UN VOLUMEN QUE ACOMPAÑA
LOS TÍTULOS DE LA TRILOGÍA
GENTE DEL FUTURO
B. J. CASTILLO
EL ÚLTIMO MINUTO
RELATOS DE GENTE DEL FUTURO

B. J. CASTILLO

EL ÚLTIMO MINUTO

RELATOS DE GENTE DEL FUTURO

EL ÚLTIMO MINUTO

EDICIÓN KINDLE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sea electrónico, mecánica, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo, y por escrito de los titulares *copyright*.

© B. J. Castillo, 2021

Esta colección está compuesta por los siguientes títulos:

1. *Ataque en Staten Island*, 2018
2. *Nada más que silencio*, 2019
3. *Cada segundo cuenta*, 2019
4. *Contrarreloj*, 2020
5. *Nosotros nunca olvidamos*, 2020
6. *Ataque en Midtown*, 2020
7. *Una misión importante*, 2021
8. *Memorias robadas*, 2021
9. *El último minuto*, 2021

Copyright del extracto de *Días de Furia* © 2018 por B. J. Castillo.
Todos los derechos reservados.

Diseño de portada
B. J. Castillo

Edición
Grupo Joven Lectura

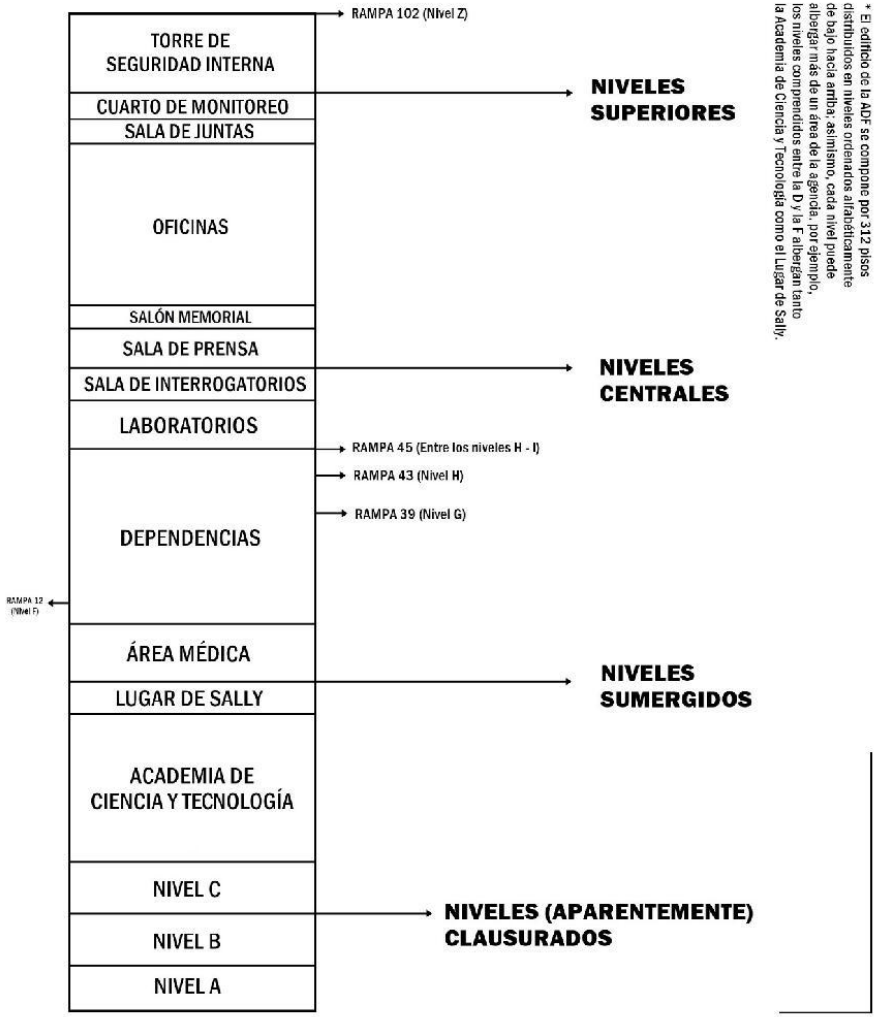
Primera edición
Diciembre de 2021

Esta es una colección de relatos originales.

Para los lectores.
Los verdaderos agentes del futuro.

AGENCIA DEL FUTURO

NUEVA YORK



* El edificio de la ADF se compone por 312 pisos distribuidos en niveles ordenados alfabéticamente de bajo hacia arriba, asimismo, cada nivel puede albergar más de un área de la agencia, por ejemplo, los niveles comprendidos entre la D y la F albergan tanto la Academia de Ciencia y Tecnología como el Lugar de Sally.

INTRODUCCIÓN A EL ÚLTIMO MINUTO

¡Nos volvemos a ver! Me hace sobremanera feliz poner en tus manos *El último minuto*, una nueva entrega de Gente del Futuro. Si has adquirido este libro con la idea de que sigue los eventos descritos en *La hora perdida*, debes saber que no es así…, hasta cierto punto. ¿Qué quiero decir con esto? Pues, que este volumen es un compendio que reúne nueve relatos que fueron publicados de forma independiente a la par que las novelas de la trilogía.

Debes tener en cuenta que los hechos en estos relatos transcurren antes, durante y después de los eventos descritos en *Días de Furia*, *Viajera* y *La hora perdida*; algunos incluso se superponen a lo contado en el tercer libro; por ello, te recomiendo leer los tres volúmenes ya mencionados antes de empezar con este. La primera mitad de esta colección describe hechos que ocurrieron antes de los eventos del primer volumen, entremetiendo, además, hechos pasados de los agentes del futuro a modo de *flashbacks* (lo que resulta curioso, en mi opinión, dado que estos también acontecen en el futuro [aunque no adelantan nada de la historia de Evelyn White]).

Hacia los últimos relatos, en cambio, descubrirás que los hechos allí descritos se adelantan al final de la trilogía, ofreciéndote una conclusión diferente de la gente del futuro que ya conoces. Así pues, el orden en el que he dispuestos los relatos en este volumen no se adhiere a ninguna disposición cronológica (ya sea de publicación o de los hechos referidos en ellos). Básicamente, los he colocado de tal forma que considero yo —el autor— que sería el orden que más placería a los lectores que siguen las pericias de los agentes del futuro desde el primer libro; y para los que no, y desean iniciar esta serie y apegarse a la secuencia cíclica de sus hechos (es decir, según estos fueron sucediendo) alternando los libros de la trilogía con los relatos, a continuación les haré una breve descripción de cada uno para que estén al corriente de qué tratan y cuándo acontece cada historia. Aquí vamos:

«*Contrarreloj*» (relato): transcurre en 2017 y 2042. Ambas líneas temporales se remontan a hechos previos a *Días de Furia*. En la primera, seguimos a Dawit y a Juno durante la extracción de Jim Cornwell (por lo que también puede leerse después de *Ataque en Staten Island*, ya que es un hecho posterior a este); en la segunda, sobre la preparación de Tadhg y Dawit en la academia de los agentes del

futuro.

«*Ataque en Midtown*» (relato): continúa los hechos de *Contrarreloj*, esta vez en 2044. En él, vemos como Tadhg, aprendiz en la academia de los agentes del futuro, debe enfrentarse a la peligrosa (aunque al principio no lo parezca) prueba final para convertirse en agente. Este relato se publicó por primera vez en la antología *Grandes Héroes* (2020), editada por este servidor.

«*Cada segundo cuenta*» (relato): sucede en 2047, un año antes de que los agentes viajasen al pasado en su misión en los libros de la trilogía. En éste, se narra los inicios de la relación entre Rhys y Sett y la prueba final de Rhys para convertirse en agente del futuro.

«*Ataque en Staten Island*» (relato): transcurre a mediados de 2016. Tadhg y Rhys deben salvar a Rebecca Gibbings, que se convierte en la primera protegida de la agencia en el pasado. Al mismo tiempo, se narra cómo inició la relación de ésta con Tadhg.

«*Días de Furia*» (primer libro): empieza en 2017. Evelyn White, una chica que lleva una vida tranquila en Brooklyn, es salvada por los agentes del futuro del ataque de criaturas interdimencionales que quieren asesinarla. (Recomiendo al lector iniciar la serie Gente del Futuro con este volumen, incluso antes de los relatos que preceden sus hechos.)

«*Viajera*» (segundo libro): abarca los años 2017-2018/2051. Sigue la historia de Evelyn White tras el primer libro, y aparecen por primera vez Rob y otros personajes del futuro.

«*Nada más que silencio*» (relato): tiene lugar entre la segunda y tercera parte de *Viajera*, en 2017 y 2018. En él, Juno intenta saber más del pasado de su familia, los Kerr, pero su investigación la conduce a ningún lugar y, cuando lo creía todo perdido, el destino la lleva a encontrarse cara a cara con el malvado Doctor Silencio.

«*La hora perdida*» (tercer libro): este es uno de los volúmenes más extensos que he escrito al presente y el que más tiempo me ha llevado completar. Continúa y termina (aunque no en el sentido estricto de la palabra) la historia de Evelyn White que inició con *Días de Furia* y su secuela, *Viajera*, y acontece entre los años 2018/2051.

«*Nosotros nunca olvidamos*» (relato): fue publicado por primera vez en la edición tapa blanda del tercer libro de la trilogía. Transcurre a finales de octubre de 2051, en concreto, entre los capítulos 46 y 47 de *La hora perdida*. Allí, vemos a Rhys intentando cumplir una promesa que la lleva a reencontrarse con Hailee, la niña tímida que salvó en el pasado.

«*Una misión importante*» (relato): acontece meses después del final del tercer libro de la trilogía y es el segundo relato más largo de esta colección (créeme, no pude evitarlo). En éste, Tadhg apadrina a la próxima generación de agentes del futuro en su prueba final junto a la

agente Litta, que secretamente despierta sentimientos en él. Para los lectores de la trilogía, este podría ser un final alternativo para uno de los personajes principales de toda la historia.

«*Memorias robadas*» (relato): transcurre en 2052, un año después de los hechos del tercer libro de la trilogía. Este relato, a diferencia de los anteriores, no fue publicado previamente de forma independiente o como parte de otra colección. Es, estimado lector, una de las dos historias inéditas que leerás en este volumen. En ella, alguien se ha robado el desmemorio, el aparato que contiene todos los recuerdos de Russ del futuro, y Robert, el director de la ADF, debe averiguar quién fue, aunque al final lamentará haberlo hecho. (Este, como el anterior, también podría ser un final alternativo, no sólo para uno, sino para varios de los personajes principales de la trilogía.)

«*El último minuto*» (relato): se desarrolla un mes después del relato anterior, es decir, en 2052. Es Halloween y Dawit se ha propuesto irrumpir en el *edom* para detener a un afamado traficante y así limpiar la reputación de su exnovio. Pero nada sale según lo planeado, como era de esperarse. Vemos reaparecer a un personaje de los primeros libros de la trilogía (me gustaría agregar que esta fue una idea de "último minuto", aunque no por ello le he puesto ese nombre a esta colección) y sufrimos una trágica pérdida.

Quizás algunos consideren que este relato da un final justo a las historias de todos los personajes que hemos seguido desde el primer libro y que no les ofreció el tercero, pero deben tomar en cuenta lo siguiente: 1) los relatos no son complemento de las novelas de la trilogía, que, básicamente, se enfocan en contar la historia de Evelyn White antes de ser Furia, la gran heroína; y 2) los relatos fueron escritos para profundizar en las vidas de los agentes del futuro (Tadhg, Rhys, Dawit y Juno [e inevitablemente Rob]) y ofrecer a los lectores una visión alternativa de la historia que describen las novelas de la trilogía, que, repito, estaban enfocadas en narrar el ascenso de Furia. Las razones por las que hay relatos que se superponen al final de la trilogía se las daré al terminar esta colección, en la nota final.

Por último, aunque puedes leer las historias de la serie Gente del Futuro en el orden que desees, yo recomiendo que empieces por los libros de la trilogía y, después, continúes con los relatos que contiene esta colección. Sin decir más (por ahora), que disfrutes la lectura.

PRÓLOGO

Fragmento de *Días de Furia*: Capítulo 1

La secundaria estaba cubierta por un aura gris que distaba del atardecer, radiante y despejado, que dominaba sobre el edificio; o al menos ésa era la perspectiva que tenía de Saint Saviour. Y de cualquier secundaria en general, a decir verdad. Se agazapó y, a través de la ventana de la oscura camioneta, observó furtivamente la entrada del edificio.

Tragó saliva. El silencio, minutos previos a la campanada, le ponía la piel de gallina.

Para empezar, no debería estar allí: las reglas de la Agencia prohibían —salvo que fuera estrictamente necesario— acercarse a determinadas personas de la época. Pero no podía evitarlo. Por mucho tiempo, desde su llegada, había luchado con aquel impulso, evitando cruzar alguno de los puentes que conectaba Manhattan con Brooklyn. Y, evidentemente, fue inútil.

Sólo un mes desde su arribo a la época bastó para que diera una vuelta por Prospect Heights, donde tenía firmemente prohibido poner un pie. Lo hacía a espaldas de sus compañeros; no había podido negárselo a Dawit cuando lo confrontó hace dos semanas, y el silencio de Juno hablaba por sí solo. Claro, pensó, Juno no tenía ningún problema, pues las únicas personas de esa época que le interesaba ver estaban en el mismo lugar que ella.

No obstante, Rhys era el principal problema. Su hermana, incapaz de romper un plato aunque su vida dependiera de ello, lo había amenazado reaciamente a hacerle la vida imposible si llegaba a descubrir que estaba visitando a una chica en cuestión o a cualquiera de su círculo más cercano. Él había mantenido un bajo perfil y, hasta ahora, no había levantado el más mínimo recelo de parte de su hermana. (De haberlo hecho, ya lo sabría; Rhys no podía esconder sus emociones, como el enojo que le provocaría saber que había roto las reglas de la agencia.) Además, sus compañeros, Juno y Dawit, a veces

le hacían cortinillas a sus clandestinas escapadas.

Escuchó una timbrada. Hubo un breve instante de silencio y calma y luego las puertas de Saint Savoir se abrieron hacia fuera, dejando escapar el bullicio de cientos de voces de que precedía a los jóvenes estudiantes del instituto. Suspiró hondo y se hundió aún más en el asiento de conductor; sintió que se le ponía la piel de gallina y que sus hombros se tensaban. La camioneta, oculta entre los vehículos del parking, era negra y tenía las ventanas polarizadas; nadie podría mirar a través de ellas aunque estuviera a escasos centímetros de distancia.

Qué estúpido, pensó. Y se irguió un poco más. No podía evitarlo: aquel temor ineludible a que alguien lo viera o, peor, que notara que los estaba observando.

El mar de estudiante se abría hacia la calle en una bataola de cientos de rostros desconocidos, estilos variopintos y voces ininteligibles, una sobre otra. Se mantuvo alerta para no perder a su objetivo. Echó un vistazo al reloj en su muñeca y confirmó la hora. Sabía con quién se juntaba cada uno de ellos, y por ende, podía hallarlos a través de las caras de su grupo de amigos. De esa forma sería más fácil. Primero lo divisó a él: alto y rubio, sonrisa relumbrante, de ojos grises que resaltaban a la distancia y tan atractivo que parecía encantar a todos los que lo rodeaban, entre ellos un chico de piel oscura bastante musculoso y alto como un junco.

Unos minutos después, las chicas emergieron, algo rezagadas, como era habitual. Una de ellas tenía el cabello largo y negro, e impresionantes ojos azules, llevaba muy calado el bolso sobre el hombro y un suéter de terciopelo morado que resaltaba su palidez y combinaba con sus zapatillas deportivas. Su mejor amiga, que la tomaba afanosamente del brazo, no paraba de chismorrear mientras se dirigían al auto de la madre de ésta. Estaban a un par de metros de distancia de la camioneta negra, al otro extremo del parking, de modo que no lo advertirían. Con todo, él había decidido que la próxima vez que visitara aquel lugar se ocultaría tras un árbol o en otro edificio para evitar riesgos.

La chica de cabello negro y ojos azules, familiares, entornó la vista y echó una ojeada hacia el recodo del parking, donde estaba el chico rubio y su grupo de amigos. «Así que ya había empezado —pensó él, como si no conociera la historia de antemano. Y aun así no podía evitar sentirse sacudido por una misteriosa emoción que sentía al presenciarlo con sus propios ojos—. Qué real.»

Ambas abordaron el Dodge y se marcharon.

Estuvo mirando hasta que el parking quedó medio vacío; en seguida se enderezó en su asiento y, aspirando profundo, encendió la camioneta.

ATAQUE EN STATEN ISLAND

“No hay mañana que deje de convertirse en ayer.”

Proverbio polaco

STATEN ISLAND, JUNIO DE 2016

El ferry atrancó en Saint George caída la noche. El muelle bullía con las voces de los visitantes, turistas y residentes, y un deje melodioso flotaba en el aire, donde se percibía la promesa de la lluvia. El cielo estallaría en cualquier momento. Debían apresurarse.

—Ahora, ¿adónde? —preguntó, inquieto, Tadhg.

—Espera.

Rhys estaba observando la tablet, con una arruga minuciosa entre las cejas. Se había recogido la abundante cabellera rubia en un moño prieto en la coronilla, y vestía la oscura indumentaria, además de un pesado abrigo negro que resultaba apropiado para ocultar las armas del futuro que llevaba encima. Apuntillaba la pantalla táctil con ímpetu, como si quisiera atravesar el aparato con su dedo. Estaba nerviosa, evidentemente.

Además, era la primera vez en un año, desde su llegada a esa época, que cabía la posibilidad de enfrentarse a los pyxis. Sin embargo, ésta no era la razón principal del nerviosismo de su hermana. Sabía lo que estaba en juego si fallaban en esta misión. Rhys alzó la vista, aún con el ceño apretado.

—Brian me ha enviado la dirección —dijo ella, finalmente, y apuntó algo en la pantalla.

«Brian, ¿eh?» Aquello resultaba particularmente curioso.

Rhys debió reparar en alguna extraña expresión en su rostro —o quizá fue su infrecuente deje de silencio—, pues frunció el ceño y profirió un resoplido nada propio de ella.

—Sé lo que estás pensando, idiota —afirmó ella. Y echó a andar a toda prisa hacia la salida del terminal. Tadhg, tratando no reír demasiado, apuró el paso.

Llevaron consigo la negra camioneta de la agencia, lo que parecía más prudente que arrastrar a un pobre taxista a una mortal

incursión de rescate entrada la noche. Tadhg conducía; Rhys ocupaba, muy quieta, el asiento de acompañante; con el ceño intensamente fruncido y los brazos cruzados sobre el pecho, su mutismo era inquietante, preocupante; veía sin ver el camino que tenían por delante.

—No te preocupes —se oyó decir Tadhg.

Rhys parpadeó y desvió la mirada.

—¿Qué?

—No te preocupes —repitió—. Todo saldrá bien.

—Lo sé. —Intentó sonreír.

—¿De verdad? ¿Entonces por qué tienes esa mirada?

—Es… No sé cómo voy a reaccionar cuando la vea, cuando me conozca. No sé cómo ocultar mis emociones, no soy tan buena como tú.

—Podría enseñarte.

—No hay tiempo. —Rhys suspiró—. Creo que será mejor que tú actúes primero.

—¿Yo? —La idea lo horrorizaba; conocía a la Rebecca del futuro, de su época, una mujer fría y arisca que no simpatizaba con nadie salvo con su propia descendencia. Y por lo que había escuchado, de joven no había sido muy diferente, de manera que no le agradaba en absoluto irrumpir inesperadamente en la casa de aquella temible mujer.

—Sé que la idea no te agrada —arguyó su hermana—. Pero confiará en ti, antes que en una desconocida.

—Yo soy un desconocido —puntualizó Tadhg—. ¿Por qué crees que confiaría en mí?

—Conoces a la Rebecca de nuestro tiempo, Tadhg. Ella parece llevarse mejor con los chicos. Además, eres un espécimen muy atractivo, no podrá resistirse.

—Que lo digas tú no suena muy halagador. Y el hecho de que ella vaya a ser madre de… —Resopló—. Bueno, tú me entiendes. Y que sea un candente moreno de ojos azules no la va a persuadir de que venga conmigo. ¿Qué le voy a decir? Hola, soy Tadhg, soy un agente del futuro y vengo a salvarte de la amenaza de criaturas interdimencionales que quieren evitar…

—Al menos tienes un argumento —lo cortó Rhys.

—¡Vaya argumento!

—Si voy yo, lo arruinaré todo.

—¿Y confías en que yo no lo haré?

Una mano apareció sobre la suya, apretándole dulcemente contra el volante.

—Confió en ti, sí —afirmó Rhys, mirándolo directamente a los ojos. Su hermana siempre lograba persuadirlo, ya fuese con una

amenaza o con la infinita dulzura que irradiaban sus ojos. Tadhg le sostuvo la mirada gradualmente, un instante, y suspiró. Rhys celebró su triunfo tomando a Tadhg por el cuello de la chaqueta de cuero y tirando de él hacia sí para plantarle un beso pegajoso en la mejilla.

El resto del viaje continuó en silencio, aunque por el rabillo del ojo Tadhg podía percibir que su hermana estaba menos tensa que antes, un amago de sonrisa en sus labios. Maldita sea. Y lo peor era que no había forma de remediarlo. Estaba furioso, en parte por su vulnerabilidad de hermano mayor, en parte por la maldita Rebecca Gibbings. Aunque en el futuro no se llamaba así, pues tras su matrimonio había acogido el apellido de su esposo, y todos se referían a ella como «señora».

Rebecca, según el hallazgo de Brian, vivía en el vecindario de Sunnyside, a pocos kilómetros del terminal de ferry. Aquello era un alivio, al menos de momento, pues el recorrido no sería tan prolongado. El mensaje del futuro no especificaba la hora del ataque de los pyxis, de manera que debían llegar al lugar y sacar lo antes posible a la nueva protegida. Tadhg llevaba consigo un frasquito de *ettalim*: si la chica ponía resistencia, con un simple rocío podría sacarla de allí sin problemas. En caso de que los pyxis aparecieran en medio de la extracción, bien podría utilizar alguna de las armas futuristas que el profesor Kerr había ensamblado gracias a unos planos que ellos, los agentes del futuro, trajeron de su tiempo.

La idea de volver a enfrentarse a una de aquellas criaturas lo llenaba de adrenalina, excitación y eufórica. Sin embargo, para su desgracia, debía apegarse al plan principal, salvar a Rebecca, si era posible, antes de que los pyxis irrumpieran en escena. Tadhg apretó las manos en el volante.

Mientras más lo pensaba, menos le gustaba el plan.

—Ahí. —Rhys apuntó a una de las casas del vecindario con la mirada.

Echó un vistazo a la tablet, donde tenía la información que les había suministrado Brian, un agente de la CIA que trabajaba conjuntamente con la ADF. La luz de la pantalla táctil iluminaba la cara concentrada de su hermana.

—Vive con su padre —abundó Rhys. Alzó los ojos, con cierta extrañeza. La misma pregunta atravesaba la mente de Tadhg, pero ninguno la formuló en voz alta. Sí, era bastante raro que Rebecca no asistiera a una universidad, después de todo tenía edad suficiente para hacerlo; es más, la señora que conocían de su época se jactaba de la preparación educativa de sus retoños, aunque ambos acabaron siendo

agentes de la ADF.

—Como sea —Tadhg hizo un ademán—; mejor acabemos con esto de una vez.

Rhys asintió.

—Yo tendré la camioneta en marcha para salir tan pronto sea posible.

—Bien —replicó Tadhg. Y bajó del auto.

El vecindario estaba tranquilo. Bullía un aura confortada en el vasto conjunto de casas a lo largo y ancho de la calle, incluso en la residencia de los Gibbings parecía trajinarse el sonido de alguna pantalla de televisión. Tadhg alcanzaba a ver luces en el interior de la casa a través de las ventanas que daban hacia el anverso. Había aparcado la camioneta negra de la agencia en el costado opuesto de la calle a modo de tener un poco de tiempo por si llegaban a necesitar algo de ventaja en caso de una imprevista huida. Suspiró hondo y se caló la capucha.

Cruzó la calle con la brisa susurrando sutilmente contra su rostro y subió los pocos escalones de concreto que ascendían hasta la casa.

Tadhg lograba oír el exiguo fandango de lo que, posiblemente, podría ser un partido de fútbol americano. Suspiró hondamente, percibiendo el aroma de la lluvia, y tocó la puerta, apenas un par de golpes.

Aguardó un instante. Nada.

Golpeó nuevamente. Nada, no escuchaba más sonido del interior de la casa que el del televisor. Mascullando entre dientes, propinó otra serie de golpes, infructuosos. Precisó un movimiento en el resquicio de la puerta, la luz se escapaba por el entalle a lo largo y ancho, oscilando. Estaba abierta.

Extraño, pensó. Y sospechoso. Introdujo la mano en la parte interior de la chaqueta y extrajo el desfibrilador, un arma láser de aspecto en absoluto amenazador: era pequeña, de singular color metálico, y rematada por un minúsculo máser óptico de infrarrojo para apuntar al objetivo. Respiró profundo y empujó la puerta levemente con el hombro, el arma por delante. La estancia estaba tenuemente iluminada. Algo extraño estaba sucediendo, no cabía la menor duda.

Rodeó un recodo de la enjuta escalera, siguiendo el sonido de las voces narradoras que procedían de la televisión. En efecto, confirmó Tadhg, se trataba de la televisión. La luz que derivaba de la pantalla era la única luminiscencia que mantenía a raya la completa oscuridad. Hacía frío. Antecediendo un paso tras otro, muy despacio, entró a la sala reparando de inmediato una silueta que yacía en el sofá. Le daba la espalda, pero estaba casi seguro de que se trataba de

un hombre. Eso, o una mujer de avanzada edad con aguda alopecia.

Apreció algo más: aquella cabeza calva estaba inclinada hacia un lado. Como si hubiese quedado dormido tras el medio tiempo, pensó con sorna Tadhg. Rió para sí y avanzó hacia la silueta… Se detuvo súbitamente, horrorizado. «Oh, no.» Bajó el arma y terminó de rodear el sofá. Aquel hombre… Las sombras que proyectaba la pantalla no le habían permitido fijarse en que la cabeza de aquel hombre estaba ensortijada sobre el cuello en un remolino de carne flácida. Alguien —o algo— le había torcido el pescuezo sobremanera.

El cuerpo yacía laxo en el sofá, ladeado, y el control remoto a medio caer de su mano. Sus ojos seguían abiertos y reflejaban vacíos la luz. Cuando Tadhg consiguió apartar sus ojos de aquel hombre, alzó el arma y flanqueó la cabeza. Se preguntó, azorado por su hallazgo, si habría llegado tarde.

En aquel momento oyó un grito agudo, de la segunda planta, seguido por una serie de golpes ahogados contra la superficie del techo. Tadhg salió a toda prisa. «No demasiado tarde —pensó, mientras subía la escalera—. Estoy casi seguro de que…»

Otro grito. Un estallido de madera lo continuó.

Entonces lo vio: alto, delgado y cobrizo, su cabeza ovalada como un enorme huevo que brillaba ante la escasa luz del pasillo. La puerta, al menos los trozos, estaba caída ante la entrada de la habitación del fondo. La criatura se inclinó al momento de entrar dado su gran estatura. Oyó un largo y enloquecido grito seguido por un súbito silencio.

Tadhg disparó.

El láser colmó el pasillo con su brillo escarlata. El pyxis'olrut se tambaleó hacia adelante y atrás cuando le impactó en el costado del hombro, exactamente en el delgado omóplato. Ladeó la cabeza ovalada de manera escalofriante, luego se volvió de cuerpo entero. Tadhg se encontró imaginando una expresión de intensa sorpresa cruzando el rostro del pyxis —si tuviera— ante su inesperada aparición. Volvió a disparar y falló; una ventana estalló al fondo, el pyxis se había movido increíblemente rápido, y ahora culebreaba por el pasillo hacia él. Su imagen era espeluznante. Los disparos de Tadhg lo rozaban o, simplemente, no le hacían ningún daño. Debía darle en la cabeza. Pero cuando se dispuso a ello, uno de los largos brazos de la criatura lo golpeó en el pecho, empujándolo varios metros hacia el costado contrario del corredor. El estacazo fue estrepitoso; acabó impactando contra una puerta al final del pasillo.

El pyxis se alzaba de nuevo ante él. Tadhg se arrastró hacia atrás con las manos, todavía adoloridas; intentó ponerse en pie, pero trastabilló con la puerta que había tumbado; cuando lo obtuvo, difícilmente pudo esquivar una acometida del pyxis a tiempo; por

poco le aplastó la cabeza. Rodó de costado y se aferró del brazo de la criatura, tan sólido como una roca. Fue levantado, agitado, y por último, embestido contra la pared.

El pyxis chistó una maldición en su lenguaje con una voz que no le era familiar a Tadhg. A lo mejor era la del señor Gibbings. Los olruts podían imitar voces. Entonces se le ocurrió una idea. Como pudo, Tadhg rodeó la cintura del pyxis con sus piernas, soltándose del brazo, y se subió la manga de la chaqueta. Luego, golpeó el comunicador de su muñeca contra la elíptica cabeza del pyxis'olrut.

Se oyó el sonido de un estallido de corriente y el pyxis quedó inerte.

—¿Quién eres tú? —la voz vino de atrás.

Tadhg se apartó del olrut, que se derrumbó pesadamente contra el suelo. En seguida, se giró y vio a Rebecca Gibbings, de pie en el vano de la puerta recientemente derribada, tan pálida como un fantasma. Temblaba.

—¿Estás bien? —Avanzó un paso hacia ella, pero Rebecca retrocedió otro tanto. Tadhg se detuvo—. No voy a hacerte daño. Debes venir contigo.

Guardó silencio.

Rebecca emergió hacia el pasillo, apenas unos cuantos pasos. El fulgor de una de las lamparillas embebió su rostro. Sus ojos, de un extraordinario verde selva, absorbieron el reflejo del hombre del futuro. Su mirada se desvió brevemente hacia el vano de la escalera, a escasos pasos de ella. Tadhg pensó: «Espero que no se le ocurra huir.»

—No te conozco —dijo Rebecca, febrilmente. Y llevó la vista, con profundo espanto, hacia la criatura que yacía inerte a los pies de Tadhg—. ¿Qué diablos es eso?

—Es un pyxis'olrut —explicó él. Esperaba que no fuera muy pronto. Quizá debería esperar a que estuvieran en la agencia.

—Había dos.

Tadhg frunció el ceño.

—¿Dos?

—Sí. Dos. Y mi padre…

Se interrumpió, de improviso, como si cayera en la cuenta de algo que había olvidado. Su padre, claro está, era el hombre que Tadhg había visto en la sala. La mirada de la joven se ensombreció y por un momento, solo un momento, pareció que iba sucumbir. Tadhg llegó a tiempo para sostenerla entre sus brazos. Y durante un prolongado instante sus ojos —verdes y azules— quedaron fijos entre ellos. Un escalofrío recorrió el brazo de Tadhg que sostenía a la joven.

Hubo un estruendo.

Se enderezaron rápidamente, y enfilaron la escalera, desde el tope vieron una intensa luminosidad blancuzca que irrumpía en los

cenceños espacios de la antesala. Tadhg conocía aquel brillo. Recuperó el desfibrilador y luego, precavido, bajó a la planta baja, seguido por Rebecca.

Tadhg se preguntó si hablaría alguna vez. En silencio y con una mirada distante, Rebecca Gibbings observaba por la ventana como las gotas de lluvia se agolpaban en el cristal. Decidieron regresar por Brooklyn, para evitar riesgos. Al menos así tendrían tiempo para hacer hablar a la joven Rebecca.

No fue necesario.

—¿Mi padre? —murmuró.

—Brian se encargará —la tranquilizó Tadhg.

—¿Quién es Brian? —Le dirigió una mirada ceñuda a través del espejo retrovisor.

—Es un agente de la CIA —le explicó Rhys—. Se asegura de borrar toda evidencia que pueda exponernos. Nadie puede saber quiénes somos ni de dónde venimos.

Su hermana había acudido a la casa Gibbings al oír un fuerte estruendo. Cuando entró, se topó cara a cara con el segundo pyxis que había referido Rebecca. Rhys actuó rápido; esquivó el ataque del olrut a una velocidad increíble —o al menos esa fue la precisa descripción de su hermana de los hechos— y apuntó al pyxis con el arma paralizante. Disparó y, pasado un segundo, la criatura yacía inmovilizada como una enorme estatua de obsidiana entre la antesala y la sala de estar. Cuando Tadhg y Rebecca aparecieron en el lugar, Rhys había accionaba el conversor contra la inerte criatura. Aquel era el origen de la intensa luz blancuzca.

Luego hicieron lo mismo con el pyxis'olrut que había sido neutralizado temporalmente en la planta superior. Las dos rocas resultantes viajaban en el bolsillo de Tadhg como alguna especie de luctuosa compensación por la vida perdida en la campeada de esa noche.

—¿Quieres decir que se desharán a mi padre como una pila de basura? —restalló Rebecca.

—No fue lo que quise decir.

—Fue exactamente lo que dijiste. Mi padre está muerto y su cuerpo puede exponerlos, tanto a ustedes como a ésas criaturas que nos atacaron. De manera que la CIA lo desaparecerá, como si nunca hubiese existido.

—No —intervino Tadhg—. La CIA hará parecer que ustedes salieron de vacaciones.

—¿Vacaciones? —Frunció el ceño—. Claro, mi padre, un hombre paralítico que sufrió un accidente hacia menos de dos años y su hija salieron a vacacionar; es una cuartada conveniente. ¿Y qué ocurrirá con su cuerpo?

«Paralítico, accidente…» Tadhg no conocía esa información. Aunque quizás su hermana sí.

Cuando dirigió la mirada a Rhys, ésta recién apartaba la suya de él y la situaba en Rebecca.

—Brian sabe qué hacer, Rebecca —dijo suavemente—. Ya no hay nada que podamos hacer por tu padre, pero él habría querido que te mantuviésemos a salvo, ¿no crees? —Rebecca bajó la vista, turbada, como una niña sermoneada—. Adonde te llevaremos no correrás peligro.

—¿Por qué a mí? —le preguntó a Rhys, levantando otra vez aquellos ojos verdes—. ¿Por qué querían asesinarme a mí?

—Porque eres importante —soltó Rhys—. Serás importante. Algún día.

—¿Importante? —Rebecca no parecía comprender—. ¿Para qué? ¿Y cómo lo saben?

«No para qué —dijo Tadhg para sus adentros—. Sino para quién.» Su hermana entre ellos.

Rhys abrió y cerró la boca. Su mirada se encontró con la de su hermano a través del espejo retrovisor, como preguntándole si debía decirle la verdad en ese momento o aguardar a que llegasen a la agencia. Ambos coincidieron en lo mismo. Tal vez si revelaban un poco, sólo un poco de su origen, la chica tendría un tanto de avenencia durante el trayecto. Rebecca aguardaba.

—Lo sabemos —reveló Tadhg— porque venimos del futuro.

Y durante los siguientes minutos no se oyó nada más que la lluvia repiqueteando contra el vidrio del parabrisas y los vehículos que franqueaban la autopista. Finalmente, Rebecca preguntó:

—¿Adónde vamos?

Rhys puso una mano en el hombro de Rebecca. Un extraño gesto de cariño.

—A la agencia del futuro —dijo.

A última hora, llegaron a la Biblioteca Pública de Nueva York, en Manhattan. Allí estaba la agencia del futuro, en un secreto subsuelo a veinte metros bajo la superficie. El gobierno de los Estados Unidos se había encargado de la transformación del viejo almacén de reliquias literarias gracias a un plano que viajó con los agentes desde su época,

más de treinta años en el futuro. Rebecca no dio muestra de sorpresa alguna cuando Rhys comentó ése detalle; ni siquiera se sobresaltó cuando la compuerta secreta del elevador se abrió ante ella como una especie portal mágico.

Ingresaron en silencio. Los hermanos cruzaron una mirada de inquietud y extrañeza mientras la compuerta se cerraba con los tres dentro del elevador. El silencio, que acompañó el descenso, fue denso e insufrible.

¿Qué se suponía que debían hacer ahora? ¿Qué debían hacer una vez en las instalaciones? ¿Qué tanto debían revelarle sobre la época de la que venían? Habían tenido poco tiempo de pensar en ello.

Las compuertas se abrieron.

—¡Ya están aquí! —exclamó Claire, sonriendo—. Oh, no saben, estaba a punto de sufrir un colapso nervioso, y no metafóricamente —añadió, alzando una ceja.

—Es verdad. —Dawit, más serio, lo confirmó meneando la cabeza.

—Lo siento —indicó Tadhg, impasible, desviando la mirada hacia la protegida. Rebecca, más que nerviosa, parecía tensa; ni siquiera admiraba la peculiaridad de su entorno: una sala amplia y circular de un cegador blanco en las paredes—. Surgieron algunos inconvenientes.

—¿Estás bien, querida? —le preguntó Claire a Becca.

—Sí —dijo ella; no había vacilación alguna en su voz, pero sí un brillo febril en sus ojos verdes. Amagó una sonrisa—. Estoy un poco cansada.

—Por mi parte —intervino Tadhg—, voy a necesitar del ungüento mentolado y un poco de las sobras de lasaña, si es que Dawit dejó un poco. —Lanzó una mirada fruncida al aludido, que se llevó una mano al pecho con aire ofendido.

—Rebecca —oyeron decir a Rhys—, él es Dawit, es agente del futuro, como nosotros.

Dawit dio un paso al frente, casi con apocamiento.

—Es un gusto que estés aquí —dijo, amablemente.

Becca asintió; apenas alzó la mirada para ver al hombre que tenía ante ella.

—Ella es Claire —continuó Rhys—. Es la esposa del profesor Kerr, de esta época. —Ya le había contado a la joven quién era el profesor durante el trayecto a la Agencia—. Y… —Arrugó las cejas rubias—. ¿Dónde está Juno?

—Con Michael —comentó Claire. Y asió a Rebecca por el brazo con dulzura—. Esa chica no tiene modales, debería estar aquí. Anoche, ella y yo nos encargamos de arreglar una de las habitaciones para nuestra nueva protegida. —Miró a Becca—. Si tienes hambre o

necesitas alguna otra cosa… puedes decirme.

La protegida negó con la cabeza. De alguna manera parecía más temerosa que desafiante, como se había mostrado hacía algunas horas.

Claire sonrió, aunque extrañamente.

—Vamos, querida. Te llevaré a tu habitación. Y bienvenida a la Agencia del Futuro.

Dawit estaba más serio de lo habitual. Tadhg sabía cuál era la razón que agraviaba su rostro, ensombrecía su mirada y tensaba sus labios. Y no tardó en confirmarlo cuando fue el primero en hablar, tras un prolongado momento de silencio.

—Nunca me agradó Rebecca —indicó. Sus ojos relucieron al pasar la mirada por sus compañeros—. Nunca me agradó. Ahora no sé qué pensar, pues hoy, cuando la vi (al menos a la versión joven de la mujer déspota y árida que todos conocemos de nuestra época), no pude evitar sentir un poco de compasión, que, escasamente, logré disimular.

—Lo hiciste muy bien. —Rhys lo apremió con una sonrisa reluciente.

Dawit no fue el único que había podido reservarse sus emociones ante la presencia de Rebecca Gibbings, pensó Tadhg. Su hermana lo había sorprendido al mantenerse estoica, y hasta gentil, con la joven Rebecca, pues Rhys compartía el mismo sentimiento de aversión que Dawit hacia la mujer que conocían de su época. Algo tenía que ver la muerte del padre de la chica a manos de los pyxis'olruts.

—Ahora ¿qué? —inquirió Juno.

—Nada. —dijo Tadhg. Desvió la mirada hacia su hermana antes de añadir—: Supongo que todo ha salido bien, ¿no? Pues todavía recordamos a cierta persona del futuro a quien preferiría no haber conocido.

Rhys lo fulminó.

—¡Qué infantil!

—Recuerda que fui yo quien salvó su vida: deberías estar agradecida y mostrar un poco de respecto.

—Antes debes ganártelo.

—¿Acaso no lo hice ya? —replicó Tadhg.

—¡Basta! —interpeló Dawit, y luego bajó un poco la voz—. No es el momento. Además, alguien podría escucharnos. —Miró con acritud a los hermanos; aquella mirada, igual que su reservado

comportamiento, era toda una novedad en él—. Pobre. Acaba de perder a su padre.

Y esa, exactamente, era la razón de la condescendencia inverosímil de Dawit y Rhys hacia la joven Rebecca.

—Es verdad —reconoció Rhys, bajando la mirada—. Quizá sea la razón de su detestable actitud en el futuro. Su padre iba a morir de todos modos, ella quedaría amargada aunque no sola, como bien sabemos. —Mostró una febril sonrisa—. Tuvo un final feliz, aunque ella sea un ogro.

—Como Shrek —añadió Dawit en broma—. También era un ogro y tuvo un final feliz, al menos hasta que sacaron aquellas horribles secuelas.

Juno resopló una carcajada.

Los hermanos no estaban de humor para echarse a reír con el resto.

—No reparé en el hombre —dijo Tadhg, taciturno—. Jamás pensé que estuviera en esas condiciones. Ella dijo que estaba paralítico, pero tenía el control de mando en las manos. ¿Cómo es posible? Si no podía moverse, ¿por qué lo tenía entonces? Si hubiésemos llegado antes…

—No te tortures —oyó decir a Rhys. De pronto estaba a su lado, una mano reposaba sobre su hombro. La sonrisa de su hermana siempre lo reconfortaba—. Era inevitable; no había tiempo para salvarlos a los dos. La misión era salvar a Rebecca, y lo hemos conseguido.

Aunque las palabras de Rhys lo compensaban un poco, no era todo en absoluto. Sentía un extraño sentimiento rumiándole en el fondo, como una criatura con dientecillos afilados y garras punzantes. Tal vez Rhys tenía razón; quería creerlo, de verdad quería.

—¿Y por cuánto tiempo deberíamos mantenerla entre nosotros? —preguntó Dawit.

—No sé. Quizás el futuro nos lo diga. —En realidad Tadhg no había pensado en ello.

Era extraño, nunca creyó tener la sensación de recibir al enemigo en casa. «Pero ¿quién es verdaderamente el enemigo? — Quizás, otra vez, su hermana tenía razón—. La joven Rebecca es inocente, al menos por ahora.»

Todos guardaron silencio. La máquina del tiempo yacía a un costado de la estancia que llevaba su nombre, alta e intimidante como una entidad viva. *Sally*, así la llamaba el profesor, aunque ninguno (incluyendo a Juno) supiera la razón. Como muchas otras veces, tendrían que esperar las directrices de la gente del futuro. Y mientras, ¿qué? La pregunta quedaría flotando en el aire como una nubecilla. Finalmente, tras una profunda bocanada de aire, Rhys comentó:

—Deberíamos permitir que asista al funeral de su padre. Se lo debemos.

Todos estuvieron de acuerdo.

—Nosotros cuidaremos de ella —añadió Tadhg. Y para sus adentros: «Yo se lo debo.»

Los agentes procuraron que los días en la agencia fueran lo más normales posibles. Sobre todo, tras el funeral del padre de Rebecca, tres días después de su extracción. Al principio las cosas parecían a la normalidad, incluso se respiraba un aire fresco —aunque ya iban dos las veces que se descomponía el sistema de calefacción—, y Becca parecía sobrellevar positivamente los aciagos acontecimientos que precedieron su llegada a la agencia del futuro. Cuando se cumplió la semana, algo cambió.

A veces sonreía. Tenía una sonrisa hermosa.

Otras veces, se le advertía una mirada soñadora con luceros bailándole en los verdes ojos, perdida en los recuerdos de la vida que dejó atrás abruptamente. Pero cuando sonreía, todo parecía valer la pena.

La mayoría de los momentos donde se la veía sonreír con aquel brillo en la mirada, era durante los entrenamientos entre Tadhg y Dawit.

—Estuvo fantástico —encomió Becca, después de una serie de cortos enfrentamientos cuerpo a cuerpo entre los agentes, resultando Tadhg vencedor en dos de las tres contiendas.

—No… estoy… de acuerdo. —Dawit, notablemente exhausto, era insufrible—. Revancha.

Tadhg no estaba tan fatigado, pero le ardía el pecho y se le nublaba la visión a causa del sudor que le colmaba la frente y los párpados. Sonrió y escrutó rápidamente a su amigo, que estaba inclinado con las manos en las rodillas y jadeando como un perro afanoso. Se volvió hacia Becca que se había levantado de la banca tras los aplausos, y les llevado los termos con agua.

—Vaya, ¡sí que estuvo increíble! —afirmó Becca, mientras Tadhg daba un sorbo y otro—. Me gustaría aprender ese último movimiento que hiciste, Tadhg. ¿Podrías enseñarme? —Sus ojos verdes lo reflejaban, anhelante.

¿Cómo negarse?

—Sí —respondió. Y volvió a beber del termo.

Becca dio saltitos, emocionada, y regresó a las bancas con los termos vacíos.

Dawit, un poco más recuperado, se irguió y se sacó la camisa por la cabeza; con la prenda, se limpió el sudor de la frente y el cuello. Era innegable que estaba esperando su revancha, y Tadhg estaba dispuesto a dársela. Antes, Dawit comentó:

—Es muy dulce, ¿no crees? —Habló bajísimo—. Demasiado. Me da miedo.

Se estremeció.

—Eres un idiota.

Tadhg rió. Luego imitó a su compañero y se sacó la camisa húmeda por la cabeza. Estaba orgulloso de su cuerpo, sí, amplio, fuerte y de constitución atlética, y aunque bien podía participar en un concurso de fisicoculturismo, opinaba que era grotesco aquel exceso de musculatura. Oyeron a alguien suspirar ruidosamente. Arrojó la camisa a un lado de la colchoneta y luego empezaron a combatir.

Acabó más pronto de lo esperado: Dawit lo venció con una rapidez impresionante; mejor dicho, Tadhg permitió que aquello ocurriera, al distraerse con la visión fugaz de Becca recogiendo la camisa húmeda que arrojó hace un momento y llevándosela a la cara.

—Bueno. Ahora es un empate. —Dawit había recuperado su prenda y se la estaba poniendo.

Tadhg lo miró, arrugando el ceño.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Me voy.

—¿Qué quieres decir? Exijo revancha.

Dawit acabó de calarse la camisa y sonrió.

—No. Ya hemos acabado por hoy. —Se giró en redondo, dejando a Tadhg con la palabra en la boca.

Éste oyó pasos a sus espaldas y se volvió.

—Lo has hecho fantástico —dijo Becca, sonriente. Luego le tendió la camisa, que Tadhg apuró en colocarse.

—¿A qué te refieres? Me ha vencido.

—¿Ah, sí? —Parecía levemente sorprendida.

Claro; no se había dado cuenta porque estaba entretenida haciéndose con su camisa y oliéndola, además. «Por tu culpa», le atribuyó Tadhg para sus adentros. Ella, simplemente, sonrió.

—Pero si no has perdido —añadió—. Si Dawit ha ganado, eso quiere decir que ha terminado en empate; dos y dos, ¿no?

«No entiende.» Tadhg entornó los ojos.

—Debo ducharme y luego visitaré a mi hermana. No la he visto en todo el día.

—No está en la agencia. Bueno, al menos la vi salir antes de venir aquí.

—¿Salir? —«Sí. —Tadhg apenas contuvo una carcajada—. Ya me imagino adónde.»

—Podrías enseñarme aquel movimiento ahora, ¿si no estás tan exhausto? —le pregunto suavemente Becca. Tenía el cabello rojo intenso recogido en una cola de caballo y una fina blusa gris con un pronunciado escote en el busto, que tenía anegado de pecas.

Tadhg parpadeó. La ducha podía esperar.

—Está bien. —Suspiró—. Párate aquí. —Le indicó dónde, en un lugar exacto sobre la colchoneta en el centro de la sala de entrenamientos—. Colócate en esta posición; separa un poco los pies, no tanto o podrías perder en equilibrio. Bien. Así. Ahora alza los brazos y cierra los puños.

—¿Así? —Ella lo obedeció con ciertos desperfectos.

—No. —La rodeó: se colocó tras ella, muy cerca, y configuró sus brazos a los de la joven para llevarlos a la altura correcta, luego sus dedos arrobaron el dorso de sus manos para abrirlas como la hoja de un espada—. Así, sí. Perfecto.

Ella sonrió, entusiasmada, y no se movió.

—Ahora ¿qué?

—Ahora… —Hizo una pausa; percibió suavemente el aroma en el cuello de Rebecca, dulce y excitante, ahí donde la piel pálida le brillaba. Se preguntó si, entre las cosas de su hogar que trajo consigo a la agencia, habría llevado algún perfume. Suspiró—. Da un paso… hacia atrás.

En vez de eso, Becca se volvió. Y sus ojos se hallaron con la misma fijación que la primera vez; ella los tenía de un verde impresionante, familiares, carentes de malignidad. Era hermosa, debía admitirlo. Y no era que en el futuro no lo fuese, pero hasta entonces no se había permitido reparar en ello. Antes se lo habría pensado detenidamente antes de mirar dos veces a la señora Rebecca.

—¿Qué ocurre? —murmuró ella.

—No sé —respondió Tadhg, en el mismo tono. Luego se apartó, lentamente—. Creo que Rhys o Juno serían mejores instructoras que yo.

—¿Por qué? ¿Por qué son chicas, como yo?

Tadhg frunció el ceño.

—No fue lo que quise decir. Yo no tengo mucha paciencia. —Fue lo primero que se le ocurrió.

—Ah. —Becca pareció creérselo—. Entonces, eso quiere decir que lo he hecho terrible, ¿verdad?

—Por favor, no coloques frases que no he dicho en mi boca y, lo mejor, será que no visites más la sala de entrenamientos mientras yo esté aquí, ¿vale?

Ahora sí estaba perdiendo la paciencia, y no con Becca. «Qué estúpido eres, Tadhg, estás perdiendo tu oportunidad», le decía su subconsciente. Él se preguntó a qué oportunidad se refería, aunque, en

el fondo, creía saberlo.

Se giró en redondo, suspirando, y se alejó de Becca.

Esa noche, a pura fuerza de voluntad, intentó dormirse. No lo conseguía. Mucho menos con aquella idea asediando su cabeza. Pero estaba allí, tenaz y ponzoñosa, como una serpiente venenosa. ¿Estaría Becca prendada de él?, se preguntó. ¿Por qué no? Era consciente de su increíble atractivo. Pero, y si ése era el caso, ¿podía utilizarlo para llevar a cabo su venganza?

No. Jamás.

¿Y si…?

—¡Qué cara traes hoy!

Juno contenía la risa a duras penas.

—¿De qué hablas? —dijo Tadhg. Su voz sonaba más mellada de lo habitual.

—¿Te has visto en un espejo?

De hecho, no; ésa mañana, al despertar y visitar el cuarto de baño, había evitado mirarse en el amplio espejo. Sabía con qué se encontraría.

—Juno tiene razón —alegó Rhys, un tanto risueña—. Tienes el aspecto de un zombi que lleva años pudriéndose en una zanja. Aunque, debo admitir, hueles mejor de lo que imaginé que olería uno. —Sonrió.

—Eres muy elocuente, Rhys. —Tadhg añadió un agrio énfasis en el nombre de su hermana—. ¿Dónde estuviste ayer?

La pregunta la tomó por sorpresa; lo supo al ver cómo su rostro y sus hombros se tensaban y la sonrisa desaparecía fugazmente.

—Aquí y allá —dijo ella, volviendo la mirada distraída a su desayuno—. Ya sabes.

—Sí. Ya sé. —Era su momento de sonreír.

—Qué extraño. —Dawit dejó de atacar su comida para fijar la mirada en el otro extremo del comedor, en la segunda mesa que compartían el profesor Kerr y su esposa, además de Rebecca—. Siempre se sienta con nosotros.

—Adiós a la intimidad de los Kerr —soltó Juno, en broma, y se llevó una cucharada de cereal a la boca.

—¿Qué habrá ocurrido? —Dawit desvió brevemente la vista hacia Tadhg, de una manera que sólo éste lo notó.

Tadhg se encogió de hombros, fingiendo ingenuidad. Quizá la joven se había tomado muy en serio la advertencia que le proveyó ayer. Lo cierto era que él también se lo había tomado muy en serio,

tanto que no había alcanzado el sueño la mayor parte de la noche y esa mañana estaba sufriendo los estragos.

—Tal vez se hartó de nuestro hermetismo —repuso Tadhg, antes de que alguno notara su extraño silencio—. Lo han notado, ¿verdad? Casi no hablamos cuando ella está cerca, ya sea por temor a decir algo que no deba saber sobre el futuro o porque meramente sentimos recelo hacia la temible señora que sabemos que será algún día.

Era verdad. Todos asintieron.

—No había pensado en eso. —Rhys soslayó por encima del hombro a la protegida, que sonreía por algún comentario hecho por el profesor—. Quizás tengas razón. Debería acercarme más a ella, ¿no creen?

—No —dijo Tadhg, rotundamente—. Ya sabemos cómo eres, y puedes acabar soltando la lengua si te encariñas. Lo mejor será que te mantengas distante, si alguien se va a acercar a ella seremos Dawit, Juno y yo…

—¡Yo! —restalló Juno. La idea lo no gustaba; se lo veía en la cara.

Tadhg sonrió.

—Por supuesto —dijo, sarcástico—. Si tú eres la viva imagen de la simpatía.

Se echaron a reír. Solo entonces, Becca llevó la mirada hacia la mesa que ocupaban los agentes del futuro.

Un mes después de la extracción de Rebecca Gibbings, las cosas parecían marchar con bastante normalidad.

Los agentes establecieron un día de la semana para que la protegida saliera de la agencia del futuro y no perdiera contacto con el exterior. Sólo encomiaron una regla: Becca no podría visitar a familiares ni amigos (y no hacía falta decir que estaba claramente prohibido salir de la ciudad).

Tadhg sería su agente guardián, puesto que fue quien presidió su extracción, de manera que correspondía a él acompañar a Becca durante sus días de asueto. Aunque tenía la leve conjetura que tal honor había recaído dado que ninguno de los otros sabría cómo comportarse con la chica. Qué tontería. ¿Acaso él era la viva imagen de la cordialidad? No. Sin embargo, no pudo negarse, pues su hermana le había arrojado una de sus miradas fulminantes que lo hacían tragarse sus palabras.

Como fuese; en los días consiguientes al pequeño e íntimo

momento entre Becca y Tadhg en la sala de entrenamientos, ella se había mostrado más distante del resto: se sentaba con el profesor Kerr y su esposa durante las comidas, y apenas hablaba frente a los agentes o siquiera los miraba cuando estaban cerca. Tadhg se atribuía aquel cambio de actitud, dada la naturaleza del encuentro que tuvieron semanas atrás. Sin embargo, todo empezó a cambiar a medida que comenzaron las salidas por la ciudad.

—Me gusta aquí —indicó Becca, sonriendo. Y se inclinó para dejar sobre la hierba del claro la cesta de mimbre con los enseres para el picnic.

—A mí también —mintió Tadhg, forzando una sonrisa; lo cierto era que no le gustaba en absoluto ese lugar (Central Park), puesto que estaban muy expuestos.

Rebecca respiró profundamente, entrecerrando los ojos y sonriendo; luego se inclinó y extrajo de la cesta una sábana de tela basta con recuadros verdes y rojos que le recordaba a Tadhg las faldas de estilo escocés. Becca la extendió sobre la hierba, verde y veraniega, mientras una inusual brisa estival agitaba las hojas de los árboles circundantes.

Se sentaron.

—¿Tienes hambre? —preguntó Becca.

Tadhg asintió, vagamente. Tenía un hoyo en el estómago que quizás lograra tapar con la comida.

Comieron un par de emparedados de queso que les preparó Juno y bebieron jugo de zumo de naranja. Tadhg habría preferido algo más fuerte. Engulleron sus alimentos en silencio, oyendo la brisa melodiosa que agitaba las copas de los árboles y las voces lejanas de las personas en el parque, absorbiendo el paisaje con aire parsimonioso.

Finalmente, Tadhg rompió el silencio y comenzó a preguntarle a Becca sobre su vida. La joven no vaciló en responder cada una de sus preguntas; hablaba con suavidad y tristeza, con un timbre emocional en cada palabra. Era hija única, le contó: sus padres se habían divorciado años atrás; su madre había acabado viviendo en Queens y se había casado otra vez, y su padre había estado asistiendo a reuniones para AA (Alcohólicos Anónimos), al menos hasta que sufrió un accidente automovilístico hace dos años, donde resultó tullido, y a raíz de ello, Becca tuvo que abandonar sus estudios en la universidad de Hudson y dedicarse al completo cuidado de su padre.

Eso explicaba un poco la errática conducta de la Rebecca en el futuro, profundizó Tadhg. No obstante, al fijarse en la sonrisa y el brillo en la mirada de la joven frente a él, no podía evitar pensar que toda aquella belleza que irradiaba internamente desaparecería algún día de la noche a la mañana. ¿Qué habría convertido a esa joven y

rozagante Rebecca en una mujer infeliz? Quizá nunca lo sabría.

—¿Qué me dices tú? —inquirió Becca, cuando acabó de hablar sobre su familia.

—¿Yo? —Tadhg no quería entrar en detalles—. Que vengo del futuro.

—Oh, vamos —insistió Becca—. No es justo.

—Las reglas prohíben que hablemos del futuro, ya lo sabes.

Becca arqueó una ceja.

—¿Y quién les va a decir?

—Tú no, seguramente. —Sonrió.

—Podrías contarme sobre tu familia, tus padres, ¿tienes más hermanos? ¿En qué podría afectar eso mi destino?

«Más de lo que piensas.» En parte, Tadhg debía admitir, Becca tenía razón.

—Sí, tengo más hermanos —confesó—. Además de Rhys, quiero decir. Robert, se llama, y es mayor que Rhys y que yo. Mis padres… De verdad preferiría no hablar de ellos ahora. Lo siento. —Desvió la mirada.

Una mano se posó en su hombro.

—No tienes por qué hacerlo —oyó decir a Becca. Cuando Tadhg volvió la vista, se halló reflejado en aquellos enormes ojos verdes. Se miraron largamente, como si intuyeran lo que estaba pasando por sus cabezas, como si anhelaran algún tipo de consuelo indebido. Y así era.

—Rob es el mejor hermano —alargó Tadhg, en parte para impedir aquel extraño hipnotismo que causaba Becca en él, en parte porque, además de Rhys y sus compañeros, no había otra persona con quien pudiera hablar de su vida sin exponer su procedencia—. Siempre fue mi ejemplo a seguir, aunque mi padre era… —hizo una pausa— bueno. Sí, bueno. Hasta que todo cambió.

—¿Qué cambió? —preguntó Becca.

—Es de eso, exactamente, de lo que no puedo hablar. Pero antes, éramos una familia feliz, completa. Antes… —Se irguió y volcó sus ojos en Becca—. Debemos regresar.

—Tadhg…

—¿Sí?

—Soy feliz. —Le brillaban los ojos. Estaba tan cerca para un beso, pero la distancia entre ambos era abismal. Aun así, él no podía luchar contra el intenso deseo de alcanzar el roce de sus labios. Tragó saliva.

—¿Eso está mal?

—No —murmuró. Aunque se le ocurrían un par de cosas que sí lo estarían.

Caminaban por un sendero del parque, con el cielo encapotado sobre ellos. Todavía no amenazaba con romper en lluvia, pero en el aire se percibía el aroma. Tadhg aspiró hondo; llevaba en una mano la canasta de picnic por la agarradera, y con la otra sostenía la mano de Becca.

Ella sonreía.

Tadhg se preguntó si sus palabras de consuelo tenían algo que ver con ello.

—Debimos traer abrigos —comentó ella. Y la continuó una sacudida.

Tadhg, automáticamente, le soltó la mano y la atrajo hacia sí por los hombros. Tardío, comprendió lo que estaba haciendo y lo cercanos que estaban, pero ya era tarde. Y no quería apartarse de su lado, de la vulnerable Rebecca.

Ella le sonrió, aceptando su abrigo humano. Él le devolvió la sonrisa, pero casi al instante advirtió una mirada ominosa en una de las parejas que se cruzaron en el camino. Tadhg se conservó impávido, Becca seguramente no lo notó. Él se irguió en un rictus y frunció el ceño. La otra pareja siguió caminando, a sus espaldas, pero atacarían, lo sabía; lo reparó en sus ojos, negros y brillantes como pozos llenos de brea. Tadhg se inclinó para susurrar en el oído de ella.

—Pyxis —dijo.

Becca abrió mucho los ojos. Él levantó ligeramente las cejas, instándola a continuar el paso despreocupadamente, y la asió aún más contra su costado. No había nadie más en el sendero, oportunamente.

Un rápido vistazo por encima del hombro fue suficiente para vislumbrar que los pyxis habían cambiado de trayecto y ahora avanzaban presurosos hacia ellos. Tadhg le entregó a Rebecca la cesta, con apremio, y la espoleó a un costado, con dirección al claro de los montículos rocosos. Tadhg gritó:

—Corre, ¡CORRE!

Ella echó a correr.

Tadhg se giró rápidamente. Los avalhs estaban casi sobre él, pero se movió con premura: sacó el desfibrilador y disparó dos veces, simultáneamente. La brisa agitó las hojas de los árboles. Falló el primer tiro; el segundo, atravesó el costado izquierdo del pecho de la mujer avalh.

Ésta se tambaleó hacia atrás, seguida por una salpicadura al aire de sangre, tela y piel rasgada a la altura del hombro. El brazo se le desprendió. Tadhg se adelantó, expedito, y le propinó un disparo mortal en la cabeza, que explotó. Luego se apartó y, premioso, cayó en

la cuenta de una ausencia. ¿Dónde estaba el otro pyxis?

Oyó un grito. «Becca.»

Los halló entre los montículos. La joven estaba acorralada por el prominente hombretón, que avanzaba hacia ella de frente, y un enorme cercado de rocas; ella gritaba. Tadhg se acercó despacio, encumbró el arma del futuro y tiró. El pyxis'avalh se volvió en el último momento.

Hubo un destello rojizo que iluminó sus negros ojos. Luego, silencio absoluto.

—¿Estás bien? —le preguntó a Becca mientras le limpiaba la sangre del rostro con la manga de la chaqueta.

—S-Sí —titubeó ella. Sus ojos se desviaron hacia el cadáver del pyxis'avalh que yacía tumbado entre la hierba.

Tadhg la tomó con dulzura por la barbilla.

—No —le dijo con firmeza. Luego la asió contra su pecho, envolviéndola con sus brazos, donde la notó temblar como un pajarillo asustado; le acarició la sedosa cabellera escarlata con los dedos, evitando aspirar su aroma. Quería besarla, así como estaba, vulnerable. Una centella iluminó el cielo. Con todo, no se apartaron uno del otro.

Oyó un bullicio a poca distancia del lugar, quizás alguien había encontrado el cadáver de la pyxis que había dejado abandonado a mitad del sendero. Debían salir de ahí pronto y avisar a Brian de lo sucedido.

En ese momento, Becca debió notar su turbación, porque se apartó paulatinamente de su resguardo y alzó los ojos, anegados. Se miraron fijamente un instante, mientras la lluvia empezaba a caer como un rocío sobre sus cabezas.

Al otro, se estaban besando.

Las últimas dos semanas en la Agencia fueron un torbellino de acontecimientos inesperados. Todo empezó con aquélla salida al parque con Becca. Luego de aquel íntimo encuentro entre los montículos rocosos, ambos decidieron mantener en secreto lo ocurrido, sobre el beso. Tadhg notificó a Brian de lo sucedido y luego se aseguró de sacar a la chica del parque antes de que irrumpieran los agentes de la CIA, ya entonces había un montón de espectadores en torno al cuerpo de la pyxis.

Una semana después de aquellos sucesos, un nuevo mensaje del futuro llegó a la agencia. Como era costumbre, se reunieron en el Lugar de Sally, los agentes del futuro y el profesor Kerr, que insistía en

participar en aquellas reuniones aunque su presencia en ellas estaba estrictamente prohibida. Juno, obviamente, había tenido mucho que ver en la aprobación de la asistencia del profesor en el grupo de discusiones.

Kerr se ubicó en el centro de la sala, con las muletas bajo las axilas y sonriente como un ratón. La bata blanca relucía de forma espectral ante la luz blanquecina que irradiaba la farola que pendía del techo. Carraspeó.

—Este mensaje lo envía Robert, director de la Agencia del Futuro… —empezó. Arqueó las cejas y lanzó una miradilla hacia los hermanos, Tadhg y Rhys—. Los Días de Furia, como se le conocen en el futuro a los eventos previos a la Gran Catástrofe, están en marcha.

—Eso ya lo sabemos —dijo Juno, ecuánime. Se miró las uñas y contuvo un bostezo con dorso de la mano.

—Continúe, profesor. —Rhys la fulminaba con la mirada.

—Dice que deben evitar los días de furia —prosiguió Kerr—. El plan de los pyxis para eliminar a los progenitores sigue en marcha, así que debemos estar alerta. —Alzó la vista—. Supongo que eso quiere decir que en cualquier momento puede llegar otra misión, un nuevo protegido que debemos salvaguardar.

—¿No menciona nada sobre Rebecca? —inquirió Rhys.

—No. Y supongo que se debe a que los hilos del tiempo se han alterado.

—¿Qué quiere decir, profesor?

Era sencillo: si ellos salvaron a Rebecca, la gente del futuro no debe recordar, o siquiera olvidar, que la joven Gibbings estuvo en peligro de muerte. Eso quería decir que los agentes del futuro estaban en una posición privilegiada, dado que ellos sí recordaban.

Los días siguieron con tranquilidad. Las noches, en efecto, eran más agitadas… Al menos para algunos. Tadhg se deslizó en silencio por el pasillo de las habitaciones. Ladeó la cabeza para asegurarse de que no hubiera muros en la costa. Silencio y calma. Nadie cerca. Respiró hondamente y cruzó el escaso espacio que separaba su habitación de la de Rebecca. Todo empezó la primera noche tras el suceso en el parque. Desde entonces no habían podido parar.

Dio un par de toques rápidos a la puerta y aguardó ansioso hasta que ella abrió.

Entró precipitadamente. Ella se volvió, tras cerrar la puerta a sus espaldas.

Se atacaron con pasión. Becca le arrancó la camisa de un tirón mientras Tadhg le devoraba en cuello y la alzaba en brazos por la cintura; luego la llevó a tientas hasta la cama, donde bajó con ella sobre su regazo. Estaba mal. Terrible. Debía parar. «No puedo —pensó él mientras besaba bruscamente a la chica en los labios. Ella gimoteó

—. Juré que me vengaría de ese cabrón, sí, y ha llegado el momento.» Ciertamente, Rhys no se lo perdonaría jamás. Pero él tampoco olvidaría la añagaza de su hermana. Y por eso, y sólo por eso, valía la pena yacer con el fuego y arder hasta el amanecer.

CADA SEGUNDO CUENTA

“Sólo triunfa en la lucha por la vida aquél que tiene la paciencia en sus buenos propósitos e intenciones.”

Proverbio árabe

MAYO DE 2047

Era viernes por la tarde, y el sol esplendía en el cielo azul, medio oculto entre las nubes pomposas que intentaban eclipsar su intenso resplandor. El patio de entrenamientos estaba escasamente concurrido y solo se oían los resuellos cansinos de las únicas combatientes que practicaban en ese momento.

—Mira —dijo Leslie—, la edad entre ustedes no debe suponer un problema. Creo que sólo buscas desesperadamente una excusa para no corresponderle. —Luego proyectó velozmente una patada de costado a Rhys.

Ésta la esquivó a duras penas; se inclinó, giró sobre el talón y luego ella misma proyectó un puñetazo. Falló. Leslie se movía tan veloz como un guepardo. Rhys retrocedió, jadeando. Tenía razón, debía admitir. Ella tenía dieciocho; él, veintitrés. Y, sin embargo, ese no era el mayor de sus problemas.

—Eso es… lo que menos… me preocupa…, lo sabes —aseguró Rhys, entrecortada, a la vez que rodaba sobre su espalda y ponía un poco de distancia entre ella y su insufrible adversaria de entrenamientos—. Mis hermanos…

—¿Qué sucede con ellos? —Leslie parecía menos exhausta de lo que Rhys se sentía.

—Lo sabes muy bien. —Tomó una honda bocanada de aire y alzó una mano. Estaba cansada.

—Ellos no podrían hacer nada al respecto, salvo aceptarlo. —Enarcó una ceja negra y añadió—: Por su bien y el tuyo. —Se acercó al largo banco, cogió los termos de agua y le arrojó uno a Rhys, que escasamente logró alcanzarlo al vuelo—. Además, que se conozcan tiene sus ventajas. —Se llevó el termo a los labios y dio un profundo sorbo.

Rhys la imitó.

—No conoces a mis hermanos —dijo después, en tono pragmático. Robert, su hermano mayor, era de los hombres más compasivos que conocía, y los hermanos Wode eran sus mejores amigos. Al final terminaría aceptándolo.

Bueno, pensó, al menos eso esperaba, pues nunca se estaba realmente segura.

Leslie bajó bruscamente el termo y alzó una ceja.

—Concretamente Tadhg, ¿no es así?

—Sí —admitió. De quién sí estaba totalmente segura de cuál sería su reacción, era Tadhg, que, si bien su amistad con los Wode no estaba tan consolidada como la de Rob, estos tenían un trato cercano que podría pasarse por amigos cordiales. Esto, sin embargo, no quería decir que no se tomaría la noticia como una traición de parte de Sett y, peor aún, de la propia Rhys.

Además, Tadhg se había vuelto muy protector con ella desde la muerte de su madre hace dos años.

—Pues, ¡qué se joda! —exclamó Leslie, entusiasta. Y le dio otro sorbo al agua.

Rhys carcajeó, sin embargo, por dentro, pensó que no sería tan fácil como mandarlo al diablo. Ella bebió también. Luego suspiró profunda y sonoramente.

Aquello hizo que Leslie se fijara nuevamente en ella y alzara su ceja intuitiva y mordaz.

—Hay algo más, ¿no? —preguntó. Rhys la miró directamente a la cara como si de pronto hubiese descubierto la capacidad secreta de Leslie para leer las mentes—. Algo peor que el temperamento de Tadhg, lo que ya es mucho decir, ¿no?

—No estoy segura. —Se encogió de hombros—. Efectivamente no se trata de mis hermanos. —De nuevo respiró hondo y caminó hacia el banco, donde se dejó caer bruscamente. Al cabo, Leslie se sentó junto a ella y le rodeó los hombros con un brazo. Hacía mucho tiempo que no sentía un gesto de cariño tan simple como ese, pensó Rhys. Quiso llorar allí mismo. Pero logró dominarse—. Se trata de la madre de Sett —confesó.

Rebecca Gibbings-Wode, mejor conocido como la señora Wode, era una mujer déspota y protectora de su familia. Y la pérdida de su esposo, hace unos años, sólo había agravado aún más su inicua actitud. Aparte de esto, la señora Wode y la madre de Rhys nunca se agradaron, es más, por años llevaron discretamente una acérrima enemistad.

—Ya —dijo Leslie, dejando caer los hombros.

—Sí. —Rhys se miró las manos y suspiró. Pensándolo bien, su relación con Sett haría más mal que bien a los demás. Demasiado

complicado. Era mejor para todos (incluyéndola) que no hubiera futuro para aquellos sentimientos. Alejarse.

Había llegado a esa conclusión esa misma mañana, cuando, de golpe, Sett apareció, sonriendo y con los ojos castaños brillándole, en la puerta de su dormitorio en Dependencias para invitarla a una cita. Rhys había disimulado bien su sorpresa inicial. Tras oírlo pronunciar la invitación, ella guardó silencio y volvió a meterse en su cuarto diciendo un sucinto «Lo pensaré» antes cerrar la puerta.

—¿Te invitó a salir? —repitió Leslie. La miraba con intensa sorpresa y diversión.

—Sí.

—¿Aceptarás?

Rhys tragó saliva.

—No —dijo. Había tomado una decisión, y no había vuelta atrás.

«Te equivocas —le dijo la voz de su consciencia—. Sí la hay. Después de todo, aún no has respondido a su invitación.»

—Creo que estás cometiendo un error, Rhys —dijo Leslie. Dejó el termo en el banco, se puso en pie y caminó hacia el centro de la liza de combate. Era una chica increíblemente alta y delgada como un junco, eso la hacía más rápida y ágil en la ofensiva; su cabello era negro cetrino, lo que resaltaba la palidez de su rostro y confería profundidad a sus enormes ojos color miel—. Te estás rindiendo. Sabes quién no se habría rendido… Es más, si lo hubiera hecho, tú no estarías aquí.

Rhys se levantó.

—No menciones a mi madre —le espetó.

—No lo he hecho —indicó Leslie, divertida, y encogió un hombro—. Pero, ahora que la aludes, Furia nunca se rindió en el amor. Y tú tampoco deberías hacerlo.

Rhys sacudió la cabeza.

—Esto es diferente.

—Tal vez. Pero el amor también es una contienda, y debes lucharla hasta el final, ¿no?

Tenía razón, debía admitir Rhys. Se echó a reír.

—No sabía que fueras una romántica —comentó acercándose a la liza de combate. Evidentemente, Leslie, audaz, la estaba esperando para una revancha.

—Solo cuando la situación lo amerita —reconoció llanamente. Adoptó su postura ofensiva, separando las piernas y levantando los puños ante sí. Una despiadada sonrisa se trazó a lo largo de su rostro afilado, y los ojos le brillaron—. Dime algo, Rhys, ¿qué crees que diría tu madre sobre Sett?

«¡Mi madre!», pensó súbitamente. Debió haberse hecho esa

pregunta desde el principio. Su madre le habría dicho que no renunciara a Sett si realmente lo amaba, «y de tus hermanos y la señora Wode me encargo yo».

Sonrió.

—Tomaré eso como una aprobación de su parte —dijo Leslie, elocuente.

Acto seguido, Rhys adoptó su postura de combate y continuaron sus entrenamientos.

Leslie cargó primero; Rhys la esquivó, trazando un círculo en torno a la otra chica. Seguido, arremetió un par de golpes y una patada vertical. Falló los primeros, pero la patada alcanzó a Leslie en el costado del brazo izquierdo. Leslie se balanceó hacia atrás, más divertida que dolida.

—Necesitaré tu ayuda —le dijo Rhys, jadeando, al final de la tarde. Leslie la miró confundida—. Quiero decir, que no tengo ni idea de qué luciré.

El primer acercamiento —por llamarlo de alguna forma— entre Sett y ella sucedió durante el réquiem de su madre hacía dos años. Aquel día Rhys sentía una espantosa sensación en el pecho como si se ahogara con cada bocanada de aire. Contenía la respiración hasta su límite, pensando tontamente que de esa forma sosegaría su malestar. No funcionaba.

Estaba cansada. El funeral de su madre se había llevado a cabo esa mañana, después se había develado un busto de yeso en su nombre en el Salón Memorial donde todos los agentes, familiares y amigos cercanos, le rindieron honores. Y por fin habían acabado, sólo familiares y amigos, en la propiedad de los Goodbrother a las afuera de la ciudad.

El aire de aquel día, recordaba Rhys, era friolento, de esos que ponían la piel de gallina o te calaban hasta los huesos provocándote un fuerte estremecimiento. Se oía un tenue murmullo entre los congregados en la terraza con vista al jardín de la casa. Toda su familia estaba allí, incluso la tía Cassie, que usualmente acompañaba a su marido, un reconocido político, en sus giras por todo el país.

Sin embargo, era imposible que Rhys sintiera calidez alguna entre sus seres queridos en ese momento. No. Lo que sentía, en pocas palabras, era un vacío desmedido en su pecho. Sí, eso era. Y en absoluto ayudaba a mejorar su ánimo que los presentes se acercaran a ella piadosamente para darle sus condolencias. No las quería. La herían y le recordaban la pérdida irremediable que había sufrido

(como si fuera necesario).

¿Acaso no se daban cuenta de lo cruel que era?

Además, pensó ella, no necesitaba más consuelo que el de su propia madre. Qué tonta. Eso no sería posible. Nunca más. Pero el resto seguía empeñado en recordárselo. Recordó, entonces, haber desviado la mirada hacia los extremos de la terraza buscando a Tadhg, pero en su lugar halló a su padre, apartado del resto y notablemente desolado. Nadie sobrellevaba los estragos de la pérdida tanto como él, se dijo, y consideró acercársele. «Él estuvo allí y la vio morir.»

Estaba a punto de dar el primer paso cuando, de golpe, Sett apareció. Ella se sobresaltó e, instintivamente, retrocedió.

—Lo siento —dijo Sett con torpeza; tenía las mejillas teñidas de un intenso rojo, quizás por el frío glacial que imperaba en la atmósfera, o vergüenza por haberla asustado. Esa fue la primera vez que Rhys se fijó en él con ternura y no como el amigo torpe de su hermano—. No quise asustarte. De verdad.

—Está bien. ¿Querías decirme algo?

Era evidente que sí, advirtió ella. Cruzó los brazos sobre el pecho y frunció los labios.

Sett fluctuó a la vez que sus mejillas adquirían un tono escarlata más vivo. La gélida actitud de Rhys debió ponerlo nervioso. A ella no le importó haber sido un poco grosera. (Muchas cosas no le importaban por entonces, a decir verdad, como que la redecilla negra que cubría la mitad de su rostro estaba a punto de sucumbir al viento.)

—Por favor —soltó ella—. No vayas a decirme que lamentas la perdida de mi madre.

—Supongo que lo has oído mucho últimamente. Te entiendo. —Habló en tono despreocupado. Rhys recordó, en una fracción de segundo, que Sett había perdido a su padre hacía ya un año—. Créeme, sé realmente lo que sientes en este momento.

—Yo… —empezó ella.

—No —dijo Sett, sonriendo ligeramente—. Esta es tú pérdida, no la mía. Bueno, tú madre era la heroína de todos, así que es una perdida para el mundo.

—Supongo. —Rhys suspiró. Notó de pronto que los ojos de Sett no se habían apartado de ella. Más que su mirada, se apercibió de lo que esta le comunicaba discretamente, tan discreto que tal vez ni el propio Sett había caído en la cuenta de ello.

Rhys, con todo, pudo verlo. Ya tenía mucha experiencia detectándolo, pues, desde que empezó a desarrollar los espléndidos atributos físicos que le legó su madre, había sido foco de atención de algunos chicos y chicas en el instituto.

Extraño, pensó entonces, que Sett la estuviera mirando de esa

forma. No como la pequeña hermana de su mejor amigo (o, por el contrario, como si la quisiera poseer en ese preciso instante tras los arbustos del jardín, como la veía la mayoría de los chicos), sino como una mujer de pie a cabeza.

Aquel pensamiento la hizo enrojecer; percibió el calor calando sus propias mejillas y apartó la mirada.

Sett se aclaró la garganta.

—Rob se estaba preguntando dónde estaba Tadhg y me ofrecí a venir a preguntarte —repuso—. ¿Sabes, por casualidad, dónde está?

—No. Yo me preguntaba lo mismo cuando apareciste. Y no imagino dónde podría estar. —Lo dijo con tono apagado, triste. Lo cierto era que tenía una idea bastante aproximada de dónde podría encontrarse su hermano.

Sin embargo, Tadhg no querría que lo encontrasen. Y estaba en todo su derecho. Si alguien sufría tanto o más la reciente pérdida como su padre, ése, sin duda, era Tadhg.

Suspiró hondo y se acercó al balcón. Se podía vislumbrar la silueta sombría de la ciudad, a lo lejos, como las almenas picudas de un castillo. El cielo era gris sólido y el aroma de la lluvia, helada y próxima, se percibía en el aire con cada punzante ráfaga de viento.

Rhys advirtió tardía que Sett la había seguido hasta el balcón y que estaba a su lado, contemplando. Él volvió la mirada hacia ella y esbozó una cálida sonrisa. Luego extendió su mano y le acomodó la redecilla que apenas le pendía del pelo. Rhys lo miró con inquietud y extrañeza.

Una vez hecho, él le sonrió de nuevo y volvió la vista al frente. Tenía una sonrisa hermosa, pensó ella, demorando un poco más la mirada en Sett. Sus labios eran hermosos. También volvió la vista y suspiró hondo.

Guardaron silencio unos instantes, con el tenue murmullo del viento hendiendo entre ellos y el leve bullicio que venía de entre las personas a sus espaldas. Fue como si, en opinión de Rhys, el mundo se hubiera reducido a ellos dos.

—¿Cómo pudiste superar la muerte de tu padre? —le preguntó con cautela.

Sett no la miró, mantuvo la vista al frente, sin alterarse ante la directa pregunta. Todavía sonreía.

—Nunca lo superas —dijo—. Quizá no es la respuesta que quieres escuchar, pero es la verdad. El tiempo lo cura todo, dicen…, pero esto no. —La miró directamente a los ojos, le tomó la mano un breve instante y luego se alejó.

Rhys no sabría decir si fue en ese momento cuando todo empezó. Nunca lo sabría.

Daba igual. Al final, se enamoró perdidamente de Sett Wode.

Rhys extendió el vestido lila para que sus amigas lo apreciaran.

—¿Entonces? —preguntó al cabo de unos segundos.

Las miradas Marleen y Leslie eran como de dos borregos entrando al matadero. Al menos ellas tenían la decencia de permanecer ecuánimes, lo que, en su experiencia, significaba que no les gustaba en absoluto.

—Es un poco… —empezó Marleen.

—Lo sé —se adelantó Rhys, volviendo la prenda hacia sí—, está muy ancho en la cintura.

—¿Ancho en la cintura? —soltó Leslie, seguido por una fuerte risotada.

—Corto, iba a decir —terminó Marleen, circunspecta. Fruncía el ceño con desazón—. ¿No te parece demasiado provocador para tu primera cita formal con Sett? —preguntó.

—¿Demasiado corto? —inquirió Leslie como si hubiera oído una pésima broma—. La zorras que van a *Hell's Kitchen* se visten más recatadas.

Hell's Kitchen era el club nocturno más famoso de Manhattan, al que Rhys no podría entrar hasta dentro de tres años. Si Leslie mencionaba aquello, era porque seguramente ella —quien, por cierto, tenía la misma edad que Rhys— había estado en el lugar alguna vez, aunque ella no lo admitiría dada la lóbrega reputación del *Hell's* como sitio de tráfico ilegal de...

—Deja de pensar si he estado o no en *Hell's Kitchen* y concéntrate en tu objetivo —dijo agitando las manos ante ella con un gesto enfadado.

—¿En serio? —dijo Marleen, entre confundida e impresionada. Tenía quince años y la actitud de una chica de doce, era natural que se impresionara tan fácilmente—. ¿Has estado en el *Hell's*? —preguntó cuándo salió de su impresión.

Leslie entornó los ojos.

—Recuérdame por qué está ella aquí —le dijo a Rhys—. Tiene, ¿qué? ¿Doce años? No importa.

—Tengo quince —espetó la aludida—. Y Rhys es mi prima, y somos mejores amigas.

Eran primas, sí. Marleen Cornwell era la hija mayor de la tía Cassie y Jim Cornwell. Y si estaba allí, era porque, efectivamente, eran amigas. No desde siempre, claro, pero sí desde hace dos años cuando Rhys empezó a contarle —ya fuera porque entonces Marleen tuviera trece y la mentalidad de una romántica empedernida propia de su edad, o porque, la verdad sea dicha, no tenía muchas amigas de su

edad con quien desahogarse— sobre su floreciente amor por Sett.

—Mejores amigas, ¿eh? —Leslie le echó a Rhys una intensa mirada, entre divertida y desenfadada.

—Por favor —dijo Rhys.

Leslie sonrió radiante y la rodeó, encaminándose hacia el armario de ésta.

Aliviada, Rhys escrutó la prenda de nuevo. La tela era exquisita. Pero tal vez las chicas tuvieran razón. Demasiado provocador podría enviar el mensaje incorrecto, aunque sabía que Sett no intentaría aprovecharse de ella no importara la ropa que llevase…, era todo un caballero. «Tadhg diría lo contrario —pensó—. Y cosas mucho peores.»

No debería pensar en su hermano, se dijo, no en ese momento. O después.

Marleen miraba con gesto concentrado hacia el amplio armario que había a espaldas de Rhys. Leslie estaba inmersa entre las prendas, que pasaba con la mano como si pasara revista a las páginas de un catálogo de modas. Debió ver algo de su agrado, o no, porque se detuvo y se volvió con el ceño fruncido.

—Bueno —empezó—, no he encontrado nada que sea propio para la cita que podría marcar tu destino…, salvo, quizá, para un polvo rápido y casual. —Enarcó una ceja.

Rhys puso los ojos en blanco.

—¿Polvo? —repitió Marleen, confundida.

—Sí —dijo Leslie—, es una forma educada de decir sexo-casual-en-un-baño-público-a-las-tres-de-la-mañana.

—¡Leslie! —espetó Rhys.

—Sin embargo —abundó Leslie, girándose de nuevo hacia el armario y buscando una prenda—, no todo está perdido. Encontré esto —añadió sacando un vestido negro largo hasta rodilla con cuello en «v» poco pronunciado y mangas hasta los antebrazos—. Es… decente. Formal, pero sexy.

—No —soltó Rhys. No había utilizado aquel vestido desde hace dos años, en el funeral de su madre. Avanzó decidida hacia Leslie, se lo arrebató de las manos y lo abatió contra el suelo como si de un objeto llameante se tratara—. Absolutamente no. —Al ver el estupor de las chicas, añadió, más calmada—: Es que Sett ya me lo ha visto puesto.

—Hum —replicó Leslie, cruzando los brazos ante el pecho y entrecerrando los ojos un instante—. Bueno, en ese caso, debemos ir de compras, ¿no?

—Sí —gritó Marleen, poniéndose en pie y saltando en la cama como una lunática adolescente—, sí, sí, ¡sí!

Las tres estuvieron de acuerdo. Irían de compras.

El resto de la tarde transcurrió con normalidad. Rhys y las chicas se hicieron con algunos conjuntos en Macy's. Luego comieron en un pequeño restaurante en el centro y continuaron su recorrido por la Quinta Avenida y la 42 buscando un accesorio para el vestido que Rhys llevaría en su cita.

Estaba probándose unos aretes de plata y madreperla cuando recibió, finalmente, el mensaje de Sett. «Mañana. 20:00. Pasó por ti», decía. Rhys plegó el ceño, confusa. ¿Qué habría querido decir con eso? Definitivamente no podía pasar por ella. Su hermano podría descubrirlo —¡Dios no lo quiera!— y estallaría el caos.

«No —le respondió ella—. Mañana. 20:00. Y nos vemos en la cafetería *Milo's*.»

Rhys visitaba a menudo aquel café. La primera vez fue con su madre. Ésta le había dicho una vez que aquel lugar era especial para ella aunque nunca comentó la razón. Tras su muerte, Rhys empezó a frecuentarlo: iba, se sentaba en una de sus mesas (el propietario siempre se aseguraba de que hubiera una disponible para ella), pedía un café y evocaba aquellos recuerdos.

Con el tiempo, el lugar se había vuelto especial para ella también.

Sería perfecto.

Era entrada la noche cuando Rhys volvió a casa. Abrió la puerta con mucho cuidado y observó que la antesala estaba oscurecida. Luego entró discretamente. No quería despertar a su padre o, mucho menos, a su molesto hermano (claro, si es que estaba en la casa, lo que era probable). La puerta se cerró automáticamente a su espalda con un siseo.

Avanzó cautelosamente por el pasillo hacia la sala pensando que Sett aún no había respondido a su último mensaje.

Una luz se encendió, de golpe, sobresaltando a Rhys. Rhys giró sobre sus talones, con el corazón latiéndole desbocado en la garganta. Respiró hondo. Tadhg estaba sentado en uno de los muebles, con desenfado, y el brazo extendido hacia la lámpara. Con su mirada azul hielo, legado de su abuelo materno, la escudriñaba.

—¿Dónde estabas? —preguntó sin preámbulos.

—¡Me has pegado un susto de muerte! —espetó ella, evasiva, llevándose una mano al pecho. Después, más calmada, añadió—:

Supuse que estarías con Caylis y el resto de la brigada esta noche, no sé, patrullando la ciudad.

—Es evidente que no. —Tadhg se irguió—. No has respondido a mi pregunta.

—¿Desde cuándo eres en mi guarda personal? Yo no tengo por qué darte explicaciones. —Mientras lo decía, pensaba, con cierto recelo, que si no le dada una explicación convincente Tadhg sería capaz de seguirle los pasos y, eventualmente, descubrir su cita con Sett—. Pero, si de verdad quieres saberlo —continuó, bajando la guardia—, estaba con Marleen y Leslie, en el centro, haciendo cosas de chicas.

—Ah, ¿sí? —Tadhg no parecía convencido.

«No me cree en absoluto.»

—De compras —puntualizó. Cayó en la cuenta que no se había movido del mismo lugar desde que entró en la estancia, así que se desplazó hacia el mueble contiguo al de su hermano. Con un suspiro, se sentó—. ¿Quieres, también, que te cuente cada detalle de mi día?

Tadhg frunció el ceño.

—No es necesario. —Se recostó de nuevo contra el respaldo, más tranquilo—. Debo decirte que ya no estaré más en la brigada de Caylis.

—¿No? —Rhys no daba crédito a las palabras de su hermano, pero intentó parecer más curiosa que sorprendida—. Y, ¿puedo saber por qué?

—Rob. —La miró directamente—. Tuve una conversación con nuestro hermano. Al parecer, él tiene la impresión de que te estoy sobreprotegiendo. Que necesitas espacio. Absurdo, pensé. Luego se me ocurrió preguntártelo, pero, conociéndote, me dije que tal vez no querrías romper mi corazón. —Sonrió.

Rhys (que no sabría decir si la sonrisa de su hermano destilaba ironía o algo más) también sonrió.

Ella había acudido a la casa de su hermano en Long Island, hace dos días, para hablar del tema en cuestión. Rob la había oído, con siempre, y le había prometido que hablaría discretamente con Tadhg e intentaría persuadirlo.

—Ya —dijo—. ¿Y con quién trabajarás ahora?

Tadhg suspiró.

—Robert me hizo una oferta que no pude rechazar: dirigiré mi propia brigada.

Después de que Tadhg le contara los pormenores de su nuevo puesto

(como que Dawit y Juno, la hija de Marcus Kerr, formarían parte de su brigada), satisfecho como un gallo orondo, cada quien se retiró a su habitación. Ella, más cansada de lo habitual, se dejó caer en la cama como un muro de concreto. Había pensado que la emoción que bullía en su interior, a causa de su cita con Sett, la mantendría despierta hasta la madrugada.

Pero no.

—No espíes —dijo Sett, entre risas.

—¿A dónde me llevas? —preguntó Rhys, entre nerviosa y solazada. No podía ver nada; Sett le cubría los ojos y la hacía avanzar en la oscuridad que le proveía sus propios párpados hacia un lugar desconocido.

Salieron; llegó a esa conclusión cuando una gélida ráfaga de viento le alborotó el cabello y le metió algunos mechones entre los labios. Estaban fuera, en algún lugar, dando trompicones y riendo al unísono como niños.

De pronto se empezó a oír el sonido estentóreo de unos propulsores que se superpuso a las risas. Sett se inclinó y le susurró que mantuviera los ojos cerrados a la vez que apartaba las manos de la cara de Rhys, quien, aun riendo, acató. Auscultó débilmente que Sett se apartaba de ella. Al cabo de unos segundos, él dijo:

—¡ÁBRELOS!

Ella lo hizo. Efectivamente, estaban fuera. La rampa 12, donde usualmente partían para sus misiones, estaba solitaria. El sonido que parecía un ventarrón provenía de una nave marsopa que estaba lista para sobrevolar. Sett estaba de pie, mirando la nave con las manos tomadas a la espalda y dándole la espalda a Rhys.

Rhys no aguardó un segundo más. Avanzó hacia él. Extraño, pensó en el preciso momento que ponía una mano en su hombro, no se había fijado que Sett fuera tan alto y musculoso como…

—Rhys —dijo Tadhg volviéndose—, ¿qué crees que estás haciendo?

Ella gritó, retrocediendo un paso instintivamente, y cayó a un abismo oscuro.

Despertó sobresaltada. Un sueño, intentó tranquilizarse. Pero la mirada de hielo ardiente de Tadhg la había perseguido hasta la realidad. Respiró pausadamente para sosegar su exaltación. Observó por el rabillo que su móvil estaba titilando. Un mensaje.

De Sett: «Te veré allí».

A la mañana siguiente, Rhys despertó con la cabeza entumecida, como

si la hubiesen golpeado con un bate de béisbol en la parte posterior del cráneo. Que recordase, no se había caído de la cama. Fue aquel sueño, se dijo. Aunque, después de leer el tardío mensaje de Sett, había dormido más tranquilamente el resto de la noche.

—Chica —increpó Leslie, implícita, cuando se reunieron esa mañana en el patio de entrenamientos de la academia—, ¿dónde dormiste anoche? Mejor dicho, ¿dormiste?

—Sí. Un poco. —Se encogió de hombros.

—Hum —replicó Leslie con una sonrisa aleteándole en los carnosos labios—. ¿Tiene que ver con… ya sabes quién?

Rhys notó que se le encendían las mejillas.

—En parte, sí —dijo lacónicamente. Se fijó que había una notable ausencia en el lugar—. ¿Dónde está Caylis?

—Tampoco está Derrius —observó Leslie.

Por lo demás, los novatos de la brigada estaban todos reunidos aguardando. Extraño, pensó Rhys, Caylis la Arpía y su leal secuaz Derrius nunca llegaban tarde a la hora de entrenamientos. Es más, siempre eran los primeros.

—¿Qué crees que haya ocurrido? —preguntó Rhys por lo bajo.

—Lo descubriremos pronto. —Leslie arrugó el ceño y desvió a mirada por encima de su hombro.

Caylis y Derrius caminaban con vehemencia hacia la zona del patio donde estaban reunidos todos los aprendices. Sus rostros permanecían inexorables. Caylis era una mujer alta y delgada, pálida como una vampiresa, y tenía la cabeza rapada. Sus brazos estaban cubiertos de tatuajes (negros, que resaltaban de maravilla en el lienzo blanco que era su piel), y el más sobresaliente era el águila arpía que tenía tatuada en el cuello, con las alas extendidas.

A su lado, Derrius, impertérrito, avanzaba a la par que su compañera. Era un hombre bajo —incluso más bajo que la propia Caylis— pero imponente, musculoso, de piel oscura y el cabello muy corto teñido de azul fluorescente. Se detuvieron. La Arpía se adelantó hacia el centro del círculo que formaban los aprendices.

—Lamento llegar tarde —empezó Caylis, que, al contrario de su tono despectivo, parecía no lamentarlo en absoluto—. Estábamos en la sede de la ADF. Hemos recibido una orden expresa de desmantelar una nueva red de tráfico de material genético pyxiriano.

—Así es —abundó Derrius, serio, con las manos tomadas a la espalda. Estaba de pie entre Rhys y otro de los aprendices—. Como sabrán, no tenemos permitido hablar de nuestras campeadas con excepción de los miembros de nuestra brigada. —Echó una firme mirada de redondo al círculo de aprendices—. Puedo verlo, en sus rostros, haciéndose la misma pregunta.

—¿Por qué se los contamos? —atajó Caylis—. Porque, para la

desgracia o la fortuna de algunos, Derrius y yo decidimos llevar a tres novatos de los que están aquí a nuestra misión. Y, sí, efectivamente, para los tres elegidos esta será la prueba final. Los demás deberán continuar con sus aprendizajes un trimestre más con la entrenadora Louane Graham.

Hubo un murmullo de descontento entre los aprendices.

Derrius se adelantó al centro del círculo a la par que Caylis lo hacía, y una vez allí, miró de nuevo a los aprendices como si quisiera asesinarlos, de este modo cesaron las quejas oblicuas.

—No los haremos combatir unos con otros para demostrar su valía —dijo sucinto—. Eso ya lo hemos hecho antes. Nos limitamos a seleccionar a los tres mejores según los apuntes de la entrenadora Graham y de Caylis.

—Leslie Wise —nombró Caylis.

Leslie, cruzando antes una mirada con Rhys, dio tres pasos al frente.

—Hutch Terogene —siguió Caylis.

El nombrado, imitando a Leslie, avanzó tres pasos y se detuvo firme junto a la primera con las manos tomadas a la espalda.

—Y por último…, Renata Goodbrother.

Rhys tardó uno segundos en caer en la cuenta que aquel era su nombre. Jamás llegó a dar los tres pasos al frente. Sin embargo, a nadie pareció importarle. La campeada sería en *Hell's Kitchen*, fue lo único que llegó a escuchar de los pormenores de la misión que aludieron Caylis y Derrius antes de retirarse.

—¿Cuándo será? —preguntó Rhys, llevada por el impulso.

Caylis se volvió y le echó una mirada anecdótica.

—Esta noche —le dijo—. ¿O tienes algo más importante que hacer?

Leslie tuvo que ponerse un vestido. Era necesario, según Caylis y Derrius.

Rhys, en cambio, se puso la oscura indumentaria de los agentes del futuro por expresa indicación de Caylis. Estaba secretamente agradecida por ello, puesto que no habría podido concentrarse usando un vestido a la vez que se recordaba que no era para su cita con Sett.

También Hutch, el tercer aspirante, había tenido que vestir de manera formal. Como si fuesen a una fiesta, o algo por el estilo. Según el propio Hutch, aquello también había sido otra precisa indicación de la Arpía y su camarada.

Ya de noche, Leslie, Hutch y Rhys fueron recibidos en el

aeródromo de la academia por Caylis, Derrius y algunos de los agentes de la brigada que ellos presidían. Rob, para sorpresa de su hermana, estaba allí.

Y ahí no acababa la sorpresa. Lo acompañaba uno de los hermanos Wode.

Y, gracias a Dios, no era el que Rhys le habría gustado ver.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Rhys a Rob.

—Quería desearte suerte, hermanita —dijo. Extendió su brazo y puso su mano en el hombro de Rhys, notablemente tenso. Luego, sonrió con su ternura habitual y ella se relajó. Aquella sonrisa la confortaba, sí.

—No era necesario —dijo ella.

—Quizá. Sin embargo, debo confesar, no es la única razón que me trae aquí. —Echó un discreto vistazo por encima de su hombro en dirección a Caylis la Arpía al tiempo que apartaba la mano del hombro de Rhys. Continuó—: Debía entregarle los antecedentes de la misión a Caylis. Será una empresa importante la de esta noche. También una muy peligrosa.

—Sí. —Rhys sonrió nerviosamente.

Rob le devolvió la sonrisa, igualmente nerviosa.

—Estarás bien —le dijo—. Eres talentosa e inteligente, y estos atributos te serán de mucha utilidad contra los pyxis. Además, eres la hija de Furia. —Lo dijo con una nota de orgullo y pesar en la voz.

Ella suspiró.

—La extraño —murmuró.

Rob le puso una mano en el mentón a Rhys, con dulzura, y llevó la mirada de ella hacia la suya. Le brillaban los ojos verdes.

—También yo —repuso Rob.

Alguien carraspeó.

—Rob, debemos irnos —dijo Edison Wode—. Y ellos también.

A la vez que decía esto, le lanzó una mirada enigmática, además de extraña, a Rhys. Quizá fuera su imaginación, pensó ella, pues a continuación Edison miró a Caylis y a su brigada, que aguardaban cerca de la nave a punto de despegar.

Acto continuo, Rob y Edison se alejaron con la mirada de Rhys puesta en ellos.

—Goodbrother —la llamó Caylis a viva voz a la vez que la hacía señas con la mano para que se acercara.

Abordaron la nave y partieron a la misión. Rhys tenía que hacer un auténtico esfuerzo para mantenerse enfocada pese a la aguda turbación que sentía por dentro en aquel momento. No podía —si bien no lo intentaba con mucho afán— sacarse a Sett de la cabeza. Suspiró profundamente.

La nave estaba colmada de tensión, zozobra y, al menos por

parte de Rhys, un temor tremendo al designio que podía resultar al final de esa empresa.

Si Leslie tenía miedo del porvenir, no daba muestra de ello. Estaba sentada tranquilamente, la mirada serena y las manos quietas. Hutch, por el contrario, sudaba copiosamente; tenía la frente perlada de sudor, la respiración aligerada, los labios pálidos, y los ojos le brillaban excitablemente.

Derrius, con una actitud beligerante, se paseaba de un lado a otro por la cabina de tripulantes refiriéndoles a sus hombres la estrategia para el asalto de esa noche; el plan consistía en, primero, tenderles una trampa a los tratantes.

—Segundo —abundó—, Wise y Terogene, haciéndose pasar por una pareja rica y futuros socios, se reunirán con el jefe de los tratantes para concretar un "acuerdo" de una importante compra de material genético pyxiriano.

—¿Y por qué razón ellos confiarían llanamente en nosotros? —preguntó Leslie.

Al parecer, apuntó Derrius, era allí cuando entraba el hermano de Rhys. Rob se había encargado personalmente de seguir el rastro de la corrupción de la conocida discoteca *Hell's Kitchen* a través de varios infiltrados. Un par de ellos se habían hecho pasar por emisarios de la multimillonaria pareja —Leslie y Hutch—, cuyos nombres falsos eran John y Ella McCulkin, para concretar la referida reunión con el jefe de los tratantes.

—Los llevarán al cuarto vip de la discoteca —explicó Derrius dirigiéndose a Leslie y Hutch—. Allí verán a Mohamed Saadiq, conocido trafagador marroquí y jefe de los tratantes de *Hell's Kitchen*. Es, hay quien dice, el misterioso propietario de la discoteca, del que todos hablan y nadie conoce.

—Ya —dijo Leslie, impávida—. Bueno, en resumidas palabras, Hutch y yo somos el cebo.

—Sí.

—¿Y qué haré yo? —preguntó Rhys.

—Tú —le respondió Caylis desde el puesto de comando de la nave— te mantendrás alejada de los tratantes y sólo atacarás cuando yo te lo ordene, ¿entendido?

—¿Por qué?

—No querrás meterte en problemas —dijo Derrius en tono despectivo y frunciendo el ceño—. Ellos reconocerían tu rostro, sabrán quién eres a través de tu vínculo con tu madre. De modo que hemos decidido que te lo cubrirás con un visor infrarrojo. Te pondremos al frente de la primera vanguardia. Entraremos cuando todo esté absolutamente oscuro.

«Oscuro.»

Cuando Derrius dijo aquélla palabra, Rhys, enardecida, sintió que la sangre se le helaba de golpe en las venas. Había pensado, por alguna razón, que lo decía metafóricamente. Pero no. Bastó que estallara el caos en el interior de la discoteca, por efecto de unos disparos, para descubrir lo que realmente quiso decir el agente.

La certeza de que algo terrible había pasado, previo al caos, subyació en la cabeza Rhys a medida que penetraba aquella profunda oscuridad que imperó en el interior de la discoteca cuando la electricidad, de súbito, fue cortada. Respiró hondo. A la orden de Caylis, entró, a la cabeza de una fila de media docena de agentes, en *Hell's Kitchen*. En seguida empezaron a resonar los disparos de los desfibriladores.

Las luces estaban totalmente apagadas; el club estaba sumido en la completa oscuridad. Si no fuera por los benditos visores infrarrojos no habría podido ver a tiempo que algunos de los presentes no eran en realidad humanos, sino pyxis, que cargaron contra ellos apenas pusieron un pie en la pista de baile. Extrañamente, pensó Rhys, *ellos* sí podían percibirlos a través de la profusa oscuridad sin utilizar artefacto alguno.

También ella los veía aproximarse, con vehemencia, aunque el visor resaltaba sus siluetas verdes y purpúreas (en lugar de rojas y naranjas, lo que los diferenciaba de los humanos comunes). Bien. De ese modo era más fácil, y no era que tuviera que ver sus rostros para saber lo que debía hacer si intentaban asesinarla. Este pensamiento le ocasionó un escalofrío en el centro de la espalda. Una silueta verde y púrpura fluorescente avanzaba hacia ella…

Un láser surgió de la densa oscuridad y lo paró en el acto. Sin mucho esfuerzo, Rhys pudo identificar a Derrius, quien, naturalmente, también usaba unos benéficos visores infrarrojos. A continuación, un pyxis'avalh (mujer, lo notó por su contorno) cargó de sorpresa contra ella. No estaba armada —de hecho, la mayoría de *ellos* tampoco lo estaban—, de lo contrario no habría podido hacer mucha cosa.

Tampoco era necesario, pues, como luchadores, los pyxis'avalh eran casi indetenibles: tenían fuerza sobrehumana, eran inmunes al dolor y se movían muy rápidos. Y, por los visto recientemente, también tenían una visión extraordinaria pese a la oscuridad. Pensar que antes fueron humanos, frágiles e inocentes, no lo hacía más fácil, así que apartó la reflexión con premura a la vez que, rauda, esquivaba una patada de costado de su adversaria y se erguía para atizarle un puñetazo en la dura barbilla.

La pyxis'avalh, sin dar muestra alguna de dolor, se tambaleó hacia atrás como un espárrago; Rhys aprovechó esa fracción de segundo para apuntarla con su arma. Una mano la tomó por detrás aferrando su cabello como tenaza de hierro y, luego, un brazo envolvió su cuello y tiró de ella hacia atrás. Quiso gritar, pero, en su lugar, solo pudo emitir un trémulo graznido atenuando por la falta de oxígeno en sus pulmones. El brazo del pyxis, o lo que fuera, no había aflojado el agarre en su cuello.

Cuando lo hizo, por fin, Rhys se desmoronó en el suelo, tosiendo e intentando infructuosamente ponerse en pie. Debió quedarse en el piso, pensó…, demasiado tarde, pues una patada la alcanzó en las costillas y ella rodó por la fría superficie, gimiendo con apenas un hilito de aire en los pulmones. Debía ser una pesadilla, quiso convencerse. Se preguntó dónde estaban Leslie, Hutch, Caylis y el resto, y qué parte del plan había salido mal.

Porque no estaba en tela de juicio que algo terrible había sucedido, se habían escuchado varios disparos incluso antes de que Caylis diera la orden de actuar, lo que había conllevado a que estallara el caos en el *Hell's*. Aquello no había sido parte del plan, se dijo entonces, pero cuando intentó preguntarle a Caylis, ésta se volvió hacia el resto, firme como una autómata, y ordenó que entraran al club y sacaran a los inocentes del lugar.

Todo pasó muy rápido.

Ahora, aquellos pensamientos solo eran efímeros destellos blanquecinos en su cabeza. Estaba cegada por el dolor de los golpes en los costados de su cuerpo y por la falta de aire. Con todo ese ajetreo, no cayó en la cuenta de que había perdido los visores infrarrojos en algún punto. En cualquier caso, ya no los necesitaba.

El cuarto donde se hallaba estaba íntimamente iluminado con focos de luz rosada, violeta y dorada, muebles muy lujosos, mesas de juego como en un casino, y hasta un bar. No había nadie detrás de la barra. Todo esto lo fijó cuando estuvo (tanto como podía en tan poco tiempo) sobrepuesta.

Ladeó la cabeza. No había nadie —o nada— amenazante en el cuarto vip. Porque era el cuarto vip. No llegó a esa conclusión por la ostentosa decoración del lugar, no. Lo supo en cuando dio el primer vistazo hacia los muebles del centro y se fijó en la mujer que estaba tendida a su largo en uno de ellos. Tenía sangre en el cabello y en el vestido color esmeralda, y había mucha más en el tapizado blanco del mueble donde yacía, al igual que restos de cerebro y mechones de cabello esparcidos por la alfombra de piel de cebra a sus pies.

Era una escena macabra.

Rhys tuvo la impresión de que la sangre se le coagulaba en las venas y que los pálpitos de su corazón se atenuaban con cada

pulsación, a la par que el bombeo de sus pulmones. Habría vomitado, o llorado, pero su cuerpo apaleado no tenía las fuerzas suficientes para doblegarse a esas simples necesidades humanas.

Con las piernas aún entumecidas, y haciendo acopio de la poca fuerza que tenía, se arrastró hacia uno de los muebles. Bajo su piel, sus huesos aullaban como una jauría de lobos y le clavaban despiadadamente sus colmillos. No podía continuar en el suelo, se dijo, debía reponerse antes de que…

No llegó a terminar su frase mental. La puerta se abrió, como si lo hubiesen hecho con una fuerte patada (lo que probablemente sucedió, aunque no lo vio desde su ángulo). Entonces había logrado sentarse en el mueble con la espalda encorvada y las manos y las piernas desmadejadas a los costados. Quien fuera que haya entrado, cerró la puerta tranquilamente sosegando así el bullicio clamoroso que provenía desde fuera del cuarto vip. A continuación, unos pasos.

—No puedo creer que estés aquí —expresó una voz (masculina, Rhys estaba segura) que se acercaba a ella por detrás—. La hija de la inolvidable, y amada por todos, Furia. ¿Quién lo diría? Visitando mi humilde local.

Rhys pudo ver parte de la fisionomía del sujeto gracias a uno de los espejos que ataviaban la pared del costado izquierdo. Era un hombre, como había previsto por su voz; alto, de piel atezada y nariz ganchuda, sin un solo pelo en la cabeza pero una copiosa barba negra en el mentón. Su sonrisa, que vio cuando rodeó el mueble y se detuvo frente a ella, era afilada como una esquirla de vidrio.

—Bienvenida —dijo, y sus ojos oscuros brillaron—. Lástima que no tendremos tiempo para divertirnos como quisiera, pero, al menos, podré decir que conocí a uno de los vástagos de la célebre Furia.

Se irguió, rodeó el mueble y caminó resueltamente hacia el bar a la vez que cantaba una cancioncilla en un idioma desconocido para Rhys. Ésta, por su parte, estaba recuperando poco a poco la sensibilidad de sus piernas y del brazo que se había golpeado duramente cuando embistió el piso. Al menos tenía dos costillas rotas, calculó.

—Como dije —prosiguió Mohamed Saadiq (porque no podía ser otro que el marroquí jefe de los tratantes) a la vez que se servía vodka en un vasito de vidrio—, nuestro encuentro será muy breve, me temo. Pero haré que disfrutes cada segundo.

Se echó a reír ruidosamente volviéndose con el vasito lleno en la mano.

—Bueno —dijo después—, no hay suficientes segundos para aprovecharlos como querría contigo —añadió mirándola de arriba abajo con una mirada lasciva y humedeciéndose los labios. Rhys,

asqueada, lo observó desafiante—. En cualquier momento entrará alguno de tus amigos, así que, tristemente, deberé prescindir de todas mis ideas. Eres una cosita preciosa, incluso más que tu madre, y verte así me la pone dura…

Rhys escupió a sus pies; la flema sanguinolenta le salpicó el oneroso calzado de piel.

Saadiq la miró pasmado un instante. Al otro, se partió de risa. Luego se llevó el vaso de cristal a la boca y, una vez vacío, lo arrojó a un lado donde se estrelló. De nuevo la recorrió ávidamente con sus ojos oscuros, saltones. Si bien no era un pyxis'avalh —tal vez sí un *paria*—, su mirada era la antítesis de la bondad. Se arrojó sobre ella con las manos extendidas con claras intenciones de abordarla a la fuerza…

Rhys se movió increíblemente rápido, llevada por el miedo y la rabia; sacó la pequeña navaja del costado de su bota y la hendió contra Mohamed Saadiq. La sangre comenzó a empañar el regazo de Rhys. Mohamed estaba más rígido que antes. Ella reparó en su rostro la expresión de intensa sorpresa, de intensa cólera, y tuvo miedo. El hombre sacó fuerzas de algún lugar, sus últimas fuerzas; le rodeó el cuello con sus largos dedos, rió con los dientes teñidos de rojo, y empezó a apretar, apretar…

Lo siguiente que supo Rhys fue que volvía a estar en un lugar por completo oscuro. Más allá de la escasa visión, y la picazón en el cuello, no podía ver ni sentir nada. Habría dado por hecho que estaba muerta, si el mero razonamiento de su propia expiración no le hubiese parecido absurdo.

Además, notaba la presencia de las personas que amaba preocupados en torno a ella. Empero, aún seguía sumida en la negrura que le proveía sus parpados. Quiso separarlos y darles el consuelo de que aún estaba viva. No pudo.

Más que verlos, ella los oía, los sentía: una mano que rozaba la suya con infinita ternura. Sabía quién la tocaba con aquel roce febril, efusivo. Sólo una madre podría hacerlo así, pensó; pero, claro, aquello era dolorosamente imposible. Se preguntó si despertaría alguna vez.

Esta pregunta, como la oscuridad, continuó persistiendo un rato más.

Quiero darte este regalo: es un relicario que perteneció a mi madre y que mi padre me entregó después de… Bueno, eso te lo diré más adelante. Lo que debes saber, por ahora, es lo que hay dentro. Ábrelo, así, y podrás ver lo que guarda…

Despertó, de golpe, llevándose una mano al cuello. Nada.

Luego, más aliviada, recordó dónde estaba. La entrenadora Graham prohibía llevar puesto cualquier alhaja o accesorio durante sus lecciones, de modo que desde que comenzó sus aprendizajes en la academia de los agentes del futuro (concretamente, sus lecciones con Louane) lo había dejado guardado en un bonito estuche blanco (otro obsequio su madre) que tenía en su cuarto de dependencias. Allí estaba.

Hacía frío. Aunque, vio por la ventana, fuera hacía un día precioso. Lo notó también en el lóbrego haz de luz que entraba como un reflector a su habitación. Estaba en casa, fue lo primero que supo estando más repuesta. Lo segundo, que no estaba sola. Escuchó una respiración a un costado; ladeó la cabeza y halló a su hermano, dormitando en uno de los muebles.

Rhys se irguió en un codo; tomó su almohada, llevada por el impulso, y se la arrojó a Tadhg. Éste se incorporó como una cobra atizada, aunque la expresión en su cara era más despavorida que amenazante. En otras circunstancias, Rhys se habría desternillado como una bendita.

Tadhg la miró.

—Despertaste —dijo, absorto.

—Es evidente —repuso ella. Aquélla era una de las frases favoritas de su hermano.

Tadhg se lanzó sobre ella, envolviéndola cariñosamente en un abrazo. Rhys, aunque adolorida, se sintió momentáneamente conmovida; no recordaba la última vez que su hermano la había abrazado de esa manera, o de cualquier otra, así que reprimió el quejido tanto como pudo.

—¡Ay! —dijo finalmente.

—Lo siento, lo siento.

Tadhg se apartó de ella como si se tratara de una pieza de porcelana que temía romper. La examinó. Ella, a su vez, hizo lo mismo: lucía su pijama de algodón y tenía la cabellera bien peinada a los costados del rostro. Se preguntó quién lo habría hecho.

—¿Estás bien? —inquirió Tadhg.

—Más o menos. —Aún le dolían las costillas, la base del cuello y la cabeza.

—¿Quieres que llame a alguien? ¿A la tía Cassie?

—No. —Arrugó el ceño levemente antes de preguntar—: ¿La tía Cassie está aquí?

Toda la familia estaba en la sala de la residencia Goodbrother, explicó Tadhg, esperando noticias suyas. Era comprensible. La familia (tanto Goodbrother como Schmidt) se había vuelto más unida desde la terrible pérdida de hace dos años.

Tadhg se sentó a medias en el borde de su cama y, con mucho cuidado, la instó a recostarse en la almohada. Ella estaba harta de sentirse cansada, pero, de momento, recostarse era lo único que podía hacer, así que no se resistió. Inspiró hondo. Tadhg le sirvió agua de un recipiente que estaba en la mesita de noche y le pasó el vaso lleno con el líquido vital. Ella bebió lentamente.

—¿Qué sucedió? —preguntó después.

—¿No lo recuerdas?

—Un poco, sí.

Todo, dicha sea la verdad, lo recordaba todo. Pero, teniendo la impresión de haber vivido un sueño cruento y prolongado, decidió que mejor era oírlo de alguien más, así tendría la certeza de que no había sido un sueño. Mohamed Saadiq: había soñado con aquel hombre durante su inconsciencia. Las manos como garras que le rodeaban el cuello y le arrancaban la vida lentamente.

Tadhg relató con lujo de detalles —algo que ella le agradeció para sus adentros—las partes que él sabía —o que había oído furtivamente a través de Rob— de los sucesos en *Hell's Kitchen*.

—Leslie murió —dijo Tadhg.

Rhys suspiró y bajó la mirada.

—Lo sé —repuso.

Algo había salido mal. El jefe de los tratantes —y propietario de la discoteca, un detalle que tal vez Rhys fuera la única en tener— había descubierto la farsa de la pareja rica interesada en material pyxiriano. Eso explicaba por qué había pyxis vigilando la discoteca la misma noche del asalto. A mitad de su reunión con los McCulkin, Saadiq había revelado que sabía la verdad; en seguida, sacó su arma y le disparó a Leslie en la cabeza. Hutch había logrado escapar, saliendo del cuarto vip y detonando el desfibrilador para alertar a la brigada. Entonces había estallado el caos.

—Y eso no es todo —siguió Tadhg.

Derrius, el segundo de Caylis la Arpía, también murió, hacia el final de la incursión.

Derrius la había salvado, sí. Lo recordaba.

—Aun así —dijo Tadhg—, el comité ha decidido hacerte una agente del futuro de inmediato. Mataste a Mohamed Saadiq. También a Hutch lo harán agente del futuro, por advertir a tiempo a los demás y, encima, quedarse a luchar en la campeada incluso después de ver morir a… a...

—Leslie —terminó Rhys.

Aún recordaba a Leslie tendida en el mueble del cuarto vip, salpicada de sangre y la cabeza abierta como una macabra flor escarlata. Se estremeció. Cerró los ojos y juntó las manos sobre el abdomen. De pronto sintió que unas manos se deslizaban entre las suyas y abrió los ojos con desconcierto.

La fina cadenita de oro blanco se escurrió entre sus dedos como una preciosa lágrima. Seguramente Tadhg lo había obtenido de su cuarto de dependencias, pensó. Era el relicario de su madre.

«No. —Lo dejó en su pecho y volvió a cerrar los párpados con una ligera sonrisa tremolando en sus labios—. Es mío. Mi relicario.»

—Mío —repitió.

Más tarde, despertó tranquilamente de otra larga siesta. Philip Sullivan había asegurado que era parte de la recuperación, que el sueño era el mejor antídoto para los males del cuerpo. Ella no estaba tan segura.

En fin. Cuando abrió los ojos se llevó una grata sorpresa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Quería verte —dijo Sett—. Espero no te moleste.

Lo decía, supuso Rhys, porque llevaba algún tiempo viéndola dormir antes que ella despertara.

—Oí lo que ocurrió en el *Hell's* —siguió Sett—. Hace varios días que espero noticias de ti, pero, en vista de que no recibía ninguna, decidí venir personalmente.

Sett tenía unos preciosos ojos castaños que absorbían el reflejo de Rhys como las aguas de un pozo profundo. Ella suspiró.

—Lamento no… —intentó decir.

—No importa —se adelantó Sett—. Tú mensaje fue bastante claro, y entendí la razón…, sólo espero tener pronto otra oportunidad para componer nuestra cita —añadió.

Rhys parpadeó.

—Sí —soltó tardía, al notar, por su tono, que se lo estaba preguntando—. Eso me encantaría.

CONTRARRELOJ

"Cuanto más violento es el amor, más violento es el enfado."

Proverbio birmano

ABRIL DE 2017

Nada, pensó Dawit, era mejor que el pastel de manzana trozada de su madre. Sin embargo, debía admitir que el de chocolate de Juno estaba escalando en su tabla de posiciones de sus pasteles favoritos. ¿Qué diría su madre si lo oyera decir aquello en voz alta?

Jamás lo sabría, decidió…, salvo que quisiera dejar de comer sus pasteles.

—¿Y bien? —preguntó Juno.

Dawit alzó los ojos. Profirió un ruidito de incuria y encogió los hombros.

—No está nada mal —dijo.

Juno arrugó el ceño.

—¿Que no está nada mal? —repitió, indignada—. Pero, si te has comido todo el platillo de un bocado.

—Tenía hambre —afirmó él.

—Hambre, ¿eh? —Juno, evidentemente, no estaba convencida; cruzó los brazos ante el pecho, resopló divertida y arqueó una ceja—. Está bien. Confieso que no pensé que admitirías que mi pastel es mejor que el de tu madre, pero me esperaba algo mejor que un *no está nada mal*.

—Lo siento. —Dawit encogió los hombros de nuevo.

—Descuida. —Juno se inclinó, riendo ligeramente, y le apartó el plato vacío de la mesa—. Si el pastel *no estuvo nada mal*, imagino que no te comerás el resto.

—¿El… resto? —farfulló Dawit, desconcertado. Luego dedujo. Claro, Juno solo le había servido una enorme porción de un trozo mucho más grande; debió dejar el resto en la cocina. Abrió mucho los ojos disponiéndose a suplicar.

Juno alzó una mano, la que tenía desocupada.

—No —espetó—. Está bien. Supongo que les serviré el resto a

los demás. Estoy segura que el profesor Kerr lo valorará mucho mejor. —Se volvió y, con un revuelo de su oscuro y corto cabello, se marchó.

Dawit se puso tardíamente en pie. La puerta hacia la cocina que acababa de atravesar Juno continuaba moviendo adelante y atrás. Masculló una maldición.

—¿Qué sucede? —La voz vino de atrás.

Dawit pegó un bote del susto. Tadhg había entrado al comedor sin que él lo notase. Fruncía el ceño y sonreía ligeramente.

—Parece que has visto un fantasma —repuso—. Lo que es raro, pues he percibido un aroma de pastel de chocolate en el aire cuando entré. —Enarcó una ceja.

—Ya lo has adivinado, ¿no? —dijo Dawit, arrugando los labios, y se sentó de nuevo en el banco de la mesa, frustrado. Juno era una entusiasta de las apuestas: había apostado que su pastel de chocolate sería mejor que el de manzana de su madre y que él lo reconocería. Pero aquella no fue la única apuesta que realizó. Miró a Tadhg seriamente—. ¿Cuánto? ¿Y qué apostaste?

Tadhg sonrió.

—Cien dólares —dijo—. Aposté que irías tras ella en cuanto te dijera que había más pastel.

—¿Y era cierto?

—No lo sé. —Tadhg se encogió de hombros; se había sentado en el banco junto a Dawit mientras éste contaba los términos de su apuesta. Agregó—: De cualquier forma, mi amigo, parece que ambos salimos perdiendo. —Le dio unas palmaditas en la espalda.

Dawit frunció el ceño. ¿Se suponía debía consolarse con eso?

A continuación sobrevino un silencio.

Dawit se quedó pensando (más bien, preguntándose) qué tipo de consuelo recibiría de Eliot en una situación como esta. Apartó de inmediato esta reflexión. Aquel no era el mejor momento para pensar en ello. Tadhg le echaba una penetrante mirada como si estuviese escuchando sus cavilaciones. Se levantó.

—Ya casi es hora del entrenamiento —le comunicó—. Iré a poner mi indumentaria. Te veré allí… —Giró sobre sus talones, pero, en seguida, Dawit lo llamó.

—Espero que no verla allí. —Él también se había levantado y miraba a Tadhg de forma amedrentadora—. No quiero ver a Becca en la sala de entrenamientos —siguió—; ya suficiente tengo con ocultarle a Rhys tus enredos con la madre de… —No acabó la frase, en su lugar, respiró profundo.

Tadhg continuaba impasible, algo más serio, sí, pero no daba muestras de haberlo entendido. Un instante después, una amplia sonrisa se extendió a lo ancho de su rostro. Le brillaban los ojos azules de forma aterradora.

—Es curioso, ¿no? —dijo—. Que ahora tú te encuentras en esta posición.

—¿De qué estás hablando? —La risita idiota de Tadhg lo estaba haciendo enfurecer; debía mantener la calma, se dijo. Recordó que sabía exactamente de qué estaba hablando Tadhg: «Eliot.» No era posible que aún siguiera con eso—: Si te refieres a Eliot, aquello era diferente. Lo sabes.

—Tal vez. —Tadhg encogió un hombro—. Pero Kerr era mi acérrimo enemigo, y tú lo sabías. Aun así me hiciste a un lado cuando tú y ese mentecato empezaron a salir. Y cuando estaban juntos, debía aceptar que estuviera metido entre nosotros, incluso cuando entrenábamos en pareja. ¿Lo recuerdas?

—Sí —dijo Dawit—. Con todo, es nefasto que quieras comparar tú relación con Becca a la mía con Eliot.

—No lo hago. Pero, a veces, hay que recordarles a los amigos los sacrificios que se hacen por mantener la amistad. —Dicho esto, se marchó airosamente del comedor.

Dawit se quedó allí solo. «¿Cómo se atreve? —pensaba. Estaba furioso—. Decir que sacrificó su bienestar mental por mantener nuestra amistad cuando yo estoy ocultando un terrible secreto a Rhys, que también es mi amiga.» Suspiró hondo. Debía calmarse. Claro que iba a entrenar esa tarde con Tadhg, se dijo, pues lo vería como una oportunidad para drenar toda la ira que le bullía por dentro tras haber escuchado aquella sarta de idioteces.

La puerta del comedor se abrió, de improviso, cuando estaba dispuesto a salir de ese lugar.

Rhys, en su apuro, estuvo a punto de estrellarse contra Dawit. Estaba un poco exaltada, advirtió él; luego reparó en su aspecto general: llevaba el cabello rubio recogido en una cola de caballo (algo poco habitual en ella, pues, en su opinión, era poco femenino), la blusa caída en un hombro, la frente perlada de sudor y las mejillas arreboladas. Jadeaba. Se preguntó si habría corrido hasta allí y, si este era el caso, por qué.

—Te estaba buscando —empezó ella, un instante después, un poco sobrepuesta—. Y también a Juno. ¿Sabes dónde está?

Dawit frunció el ceño; empezaba a inquietarse.

—En la cocina.

—Bien. —Rhys lo esquivó para echar andar hacia la cocina, pero, en el último instante antes de cruzar la puerta, se detuvo y se volvió como si hubiese olvidado decir algo importante—. Por cierto, acaba de llegar un mensaje del futuro —le dijo.

Dicho esto, Dawit se dirigió al laboratorio. El profesor estaba sentado en una silla, con el soporte sobre el regazo, y sonriendo como un bendito. Llevaba en las manos el mensaje del futuro, entrevió

Dawit por el rabillo del ojo. Rhys no había querido contarle de quién se trataba esa vez.

Quizá no lo supiera todavía. El profesor, recordó, tendía a esperar a que todos estuvieran reunidos para dar las noticias importantes.

Dawit, por su parte, bullía de ansiedad; aunque también sentía aquel temor persistente que acompañaba la pregunta «¿y si esta vez fueran ellos?» a la vez que pensaba que sus padres podrían estar en peligro.

—Y bien, profesor, ya estamos todos —empezó Tadhg—. ¿Qué dice el mensaje?

Kerr sonrió.

—Eso ya lo sabes, muchacho. —Le tendió la fina cartulina con el grabado en braille y añadió—: Deben salvar a un inocente. El nombre no me dice nada, salvo, claro, que es un chico esta vez.

Tadhg estaba leyendo con sus manos el mensaje del futuro; lo hizo un par de veces antes de tendérselo a su hermana, que estaba a su lado, ansiosa.

—¿Qué dice? —le preguntó Juno a Tadhg.

Dawit tampoco pudo contenerse.

—¿De quién se trata esta vez?

—Jim Cornwell —respondió Rhys, turbada, bajando la mano con el mensaje en ella.

—¿Cornwell? —repitió Juno, absorta.

—¿Quién es Cornwell, cariño? —preguntó Kerr.

Juno miró a sus compañeros un largo y silencioso instante.

—Cornwell será el presidente de esta nación en el futuro —dijo finalmente—. Uno de los mejores.

—Entonces es muy importante, ¿no?

—Mucho. —Le dirigió una penetrante mirada a Tadhg y Rhys antes de agregar—: Supongo que esta misión les corresponde a ustedes.

Cierto, pensó Dawit. Los cuatro habían llegado al acuerdo sobre los protegidos que tuvieran fuertes lazos afectivos y de sangre con cada uno. Así que, si en algún momento los padres de Dawit corrían peligro, él deberá acudir en su auxilio, porque nadie los protegería mejor que su propio hijo.

Aquel pensamiento lo estremecía.

—No —oyó decir a Tadhg.

—¿No? —repitió Rhys, confusa.

Dawit se apercibió que la mirada azul hielo de Tadhg estaba puesta en él.

—No. —Miró a su hermana, cambió el peso de una pierna a la otra y cruzó los brazos sobre el pecho. Explicó—: Si bien, nuestro lazo

con Jim es ineludible, creo, hermana, que deberíamos darle esta oportunidad a Dawit.

—Ah, ¿sí? —Rhys le echó una breve mirada al aludido antes de volverla de nuevo a su hermano—. ¿Estás seguro?

No lo entendía. Es más, ninguno concebía por qué Tadhg estaba renunciando al convenio, cuya cláusula acordada por los cuatro, indicaba que debía salvar a Jim Cornwell por estar vinculado directamente a su familia; sin embargo, era evidente en la expresión de su rostro, que estaba hablando en serio.

—Esto si es extraño —dijo Juno, que parecía más divertida que absorta—. E inesperado.

Tadhg soltó un bufido.

—Así soy yo —dijo—. Una caja de sorpresa.

«Maldita sea.» Dawit le estaba echando una mirada asesina a Tadhg. A él no le extrañaba la reciente maniobra de aquel idiota: o bien lo había hecho para comprar su silencio, o para ganar puntos después de varios meses de enojo tras descubrir su idilio con Rebecca Gibbings.

—En ese caso —dijo Rhys dirigiéndose a Dawit—, supongo que deberás elegir un auxiliar para la misión.

—Eso no será necesario, ¿cierto? —se anticipó Juno.

—Cierto. —Dawit esbozó una leve sonrisa—. ¿Cuándo será el ataque?

—Aquí no lo dice —señaló Rhys, preocupada, con el mensaje del futuro oscilando aún en su mano—. Pero, si esto es igual que la última vez, entonces *ellos* podrían atacar en cualquier momento —agregó en tono lóbrego.

—Entonces —dijo Dawit—, no hay tiempo que perder. Estamos contrarreloj.

Minutos después, Dawit y Juno se preparaban en el cuarto de armas de la agencia. El silencio que imperaba en la estancia era abrumador, y si bien Dawit era consciente de ello, no hacía conato por llenar el vacío.

—¿Qué pasó allá fuera? —preguntó finalmente Juno.

Dawit se hizo con una de las navajas suizas que estaban en el escaparate de cristal y la ocultó en la manga de su chaqueta. Luego frunció el ceño.

—¿No sé de qué hablas?

—Lo sabes muy bien —El tono de Juno traslucía enfado (claro, ella era muy avispada; seguramente reparó en la mirada que le echó a Tadhg en el laboratorio); no era estúpida; Rhys tampoco, se dijo—. Mírame.

Dawit lo hizo.

—¿Y bien?

—No hay nada que debas saber.

—Bueno. Los últimos meses has estado distanciado un poco de Tadhg y se han comportado extraño. Más que amigos, yo creía que eran como hermanos —dijo. Y cruzó los brazos sobre el pecho esperando su argumento.

«¿Hermanos? —quiso decir—. Un hermano no le haría a otro lo que Tadhg le está haciendo a Rhys.» Se encogió de hombros.

Juno resopló.

—No soy estúpida —espetó—. Esto se trata de Rebecca, ¿cierto?

Absorto, Dawit la miró largamente, abriendo la boca como un pez fuera del agua.

—¿Cómo…? —empezó.

—Ya te lo dije —enarcó una ceja—, no soy estúpida. Además, una vez lo vi entrar a la habitación de Rebecca avanzada la noche. Me quedé a oír en la puerta, lo que lamento, puesto que escuché cosas en esa habitación que a día de hoy no he olvidado. —Suspiró—. Como sea.

Dawit no sabía qué decir a continuación.

—¿Y no vas a decírselo a Rhys? —le preguntó por fin a Juno, cuándo halló las palabras.

—No.

—¿Por qué?

Ella se rió.

—¿Por qué no lo has hecho tú?

—No sé…

—Sí lo sabes —terció Juno—. Sientes que le debes algo, por lo que pasó con Eliot.

—¿A qué te refieres? —No lo entendía—. ¿Qué tiene que ver Eliot en este asunto?

—Más de lo que piensas, aunque, de manera inconsciente, no lo reconoces. —Tomó el desfibrilador que estaba ante ella y lo puso en su cinturón, oculto por la chaqueta negra que lucía a juego con el resto de su atuendo—. Rhys me contó toda la historia del conflicto que tuvieron cuando Tadhg descubrió tu secreto con mi primo.

—Eso fue…

—Lo sé. —Juno alzó los hombros—. Quizá Tadhg quiere compensar lo sucedido. O quizá sólo quiere mantener a raya respecto a su secreto con Rebecca. En cualquier caso, este no es momento para tribulaciones. El tiempo apremia.

Dicho esto, salió del cuarto de armas, y Dawit se quedó allí solo.

FINALES DE SEPTIEMBRE DE 2043

El comedor estaba atestado. Era blanco y se extendía a lo largo de un recinto bañado por la cálida luz diurna. Tadhg se sentó en una de las largas mesas, flanqueado por Daren y Ellie, cada uno con sus respectivos almuerzos en bandejas metálicas. No muy lejos, al otro lado de la estancia, estaba Eliot Kerr, riendo y farfullando con sus secuaces a la vez que lanzaba miradillas indiscretas hacia la mesa que ocupaban Tadhg y sus amigos.

—No le prestes atención —dijo Daren—. Yo no lo hago la mayor parte del tiempo. Y mírame.

—A ti no te provoca constantemente como a mí —terció Tadhg volviendo la mirada a su almuerzo—. No entiendo por qué me odia ese imbécil. —Empezó a mancillar el puré de patata con el tenedor como si se tratara de la masa cefálica de Eliot Kerr—. Quizá tenga celos.

Daren se atragantó con el zumo de naranja.

—¿Celos? —repitió, divertido, mientras se limpiaba la barbilla con el dorso del brazo.

—Sí. ¿O se te ocurre otra explicación?

—Hace un tiempo conocí a un chico llamado Elon Bridges —les contó Ellie—. Era un odioso. —Su cara prístina enrojeció, fruncida, en opinión de Tadhg, al recordar al chico en cuestión—. Conmigo se ensañaba la mayor parte del tiempo, más que con cualquiera de las otras chicas del instituto: me subía la falda (la razón por la que ya nunca las uso), con sus amigos decía cosas asquerosas sobre mi trasero, y gastaba bromas como anotar mi número telefónico en el baño de los chicos para…

Tadhg se irguió.

—Ellie —inquirió—. Por casualidad, ¿conocemos a ese chico? Si no, me gustaría encontrármelo.

—¿Sí?

Era evidente que Ellie no había percibido el sarcasmo en su voz. Daren se aclaró la garganta.

—Ellie, ¿qué querías decirnos con tu historia? —preguntó.

—¡Ah, así! —repuso ella. Luego, más cautelosa, agregó mirando a Tadhg directamente a los ojos—. Quizá Eliot no tiene celos de ti; quizá esté enamorado.

Quedaron pasmados.

—¡¿Qué?! —espetó Tadhg, aguantando las ganas de estallar de la risa.

—Sí —arguyó Ellie, seriamente—. Elon acabó confesándomelo después de la bronca que se armó cuando anotó mi número en el baño de chicos. —Esbozó un gesto de enfado, cruzando los brazos sobre el pecho—. Yo, por supuesto, no podía, ni podré, fijarme en alguien

como él.

—Yo tampoco —soltó Tadhg. Lanzó una larga mirada hacia la mesa que ocupaban Kerr y sus secuaces, apercibiéndose de que estos se la devolvían. La posibilidad, en sí, era absurda hasta un nivel inenarrable. Eliot y Tadhg eran enemigos acérrimos desde la primaria; desde que Eliot, legítimamente, lo acusara de robarse su figura de legos.

Tadhg lo había hecho, robarse su estúpida figura, pero estaba seguro de que Eliot no tenía la certeza de ello; simplemente había levantado su mano y lo había acusado (porque era el hijo de Furia y por ello gozaba de cierta notoriedad entre los niños de primaria, pensó). Nunca se probó nada en su contra.

Hasta que su madre descubrió su diablura y lo acompañó a la casa de los Kerr para ofrecerle una disculpa a Eliot. Tadhg se negó en redondo a disculparse con Eliot; en cambio, sí le entregó el maldito juguete.

«Nadie puede guardar tanto rencor por una nimiedad como esa —pensó con sorna—. ¡Éramos niños!» En cualquier caso, por entonces había pensado que le devolvería misteriosamente su lego una vez acabara el periodo.

Se llevó una porción de puré de patata a la boca y masticó de forma mecánica.

—¿Qué otra cosa podría ser? —siguió diciendo Ellie—. ¿Tú qué crees, Daren?

Daren se encogió de hombros, sin afán.

—Eso pensé. —Suspiró—. Ya veo que todos los hombres, en cuanto al amor, están ciegos.

La AFE, a diferencia de la Academia de Ciencia y Tecnología de la Agencia del Futuro, era una edificación autónoma de la sede principal, en Wall Street; la primera, en cambio, estaba al oeste de la ciudad de Nueva York. Había sido reconstruida después del terremoto de hace trece años. Por una parte estaba el campus, donde se hallaban áreas de recreación y ejercicio; campos de tiro, los de obstáculos, y de escalamiento, y extensas albercas.

Por otra parte estaban las dependencias, varios inmuebles pequeños, cerca del gran recinto, donde se encontraban las habitaciones de los aprendices, los cuartos de baños y el comedor. Si bien estas estancias, en dependencias, eran acogedoras, había un detalle característico que compartía cada una de ellas e impedía que aquel lugar se percibiera como un auténtico hogar. Todas y cada una

sus esquinas eran blancas. Blanco dondequiera.

No era que a Tadhg le molestase aquél color, pero a veces sentía escalofrío al verse rodeado por aquella vacía inmensidad. Rob, su hermano mayor, le había asegurado que acabaría acostumbrándose a él. Tadhg estaba a principios de su segundo trimestre en la academia y aún sentía frío incluso en los días calurosos, lo que le provocaba intensos estremecimientos y, a veces, un poco de desasosiego.

Se sacó la camisa y la arrojó al cesto. Sentía la piel pastosa, el sudor seco en las áreas intrínsecas, y ansiaba la ducha así como una larga siesta.

Compartía habitación con Daren y Miguel. El espacio era reducido, pero acogedor. Daren y Tadhg dormían una litera, y Miguel en una cama particular yuxtapuesta a un costado, cerca de la puerta. Normalmente la habitación estaba ordenada gracias a los arduos esfuerzos de Daren, fanático ferviente del orden y lo límpido.

—¿Qué haré estás semanas? —comentó Daren como por lo bajo. Su expresión era cabizbaja, aunque en absoluto parecía triste o decepcionado.

El segundo trimestre en la agencia estaba por terminar, lo que suponía cuatro semanas de descanso en casa antes de empezar el siguiente.

—Podrías dedicarte a mejorar tu tiro o entrar al equipo de natación —sugirió Tadhg. Estaba sentado en la cama inferior de la litera, que desde hacía dos trimestre hacía de su cama—. Chauncey estaría encantado de recibirte en su lección; más que encantado, diría yo —agregó sarcástico, y arqueó fugazmente las cejas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ya sabes.

Daren frunció el ceño. Cuando se volvió, Tadhg se encogió de hombros.

—Realmente no lo sé —dijo Daren. Y, suspirando, se apartó de la ventada donde había estado contemplando el claro que atravesaba el campus de dependencias—. No importa ahora. —Hizo un ademán —. Quizá podría visitar a mis padres. Ahora que Monica y Terius han comenzado la universidad, mi madre se debe sentir bastante sola en casa.

—¿Sola? —repitió Tadhg. Se habría reído—. Tu padre y tus hermanos menores están con ella.

—No conoces a mi madre, ciertamente —dijo Daren y sonrió ligeramente. Le brillaban los ojos.

Tadhg pensó en la última vez que vio a su madre. Entonces era la directora general de la ADF; se había retirado de las campeadas contra los pyxis hacía siete años, el mismo tiempo que llevaba desempeñando el cargo. Y la última vez que estuvieron en la misma

habitación, Tadhg recordó, había sido hacía tres semanas, en una cena familiar para celebrar el reciente compromiso entre Rob y Monica. Las familias Goodbrother y Johnson se iban a unir finalmente.

No había visto a su madre tan feliz como aquél día, recordó con una sonrisa tremolando en sus labios. Con todo, Tadhg había sido capaz de advertir la sombra que cruzaba sus ojos cada vez que veía a Rob con una ternura infinita.

Unas notas musicales lo arrancaron de sus recuerdos. Miguel estaba sentado en su cama, concentrado, afinando las cuerdas de su guitarra. Acostumbraba a hacerlo cada noche. Sólo usaba calzoncillos, por lo que el instrumento encajado entre sus muslos parecía su única vestimenta.

No podía ver las miradas que le echaban sus dos compañeros de cuarto. El cabello castaño oscuro se le derramaba por la frente y le cubría parcialmente el rostro. Empezó a tocar una canción en español con voz un poco grave pero consistente, y a rasgar las cuerdas con febrilidad. Tadhg lanzó una rápida mirada a Daren, que se encogió de hombros con una expresión entre lo divertido y boquiabierto.

Claro: era la primera vez que oían cantar a Miguel; otras noches sólo se limitaba a afinar su guitarra y tararear. Cantaba. Y lo hacía estupendamente.

—No sabía que cantabas así de bien —musitó Daren cuando el chico terminó su canción.

Miguel alzó la cabeza, abriendo mucho los ojos, como si acabara de caer en la cuenta de la presencia de los otro dos, y abrió la boca para decir algo. Las palabras se le acopiaron en la garganta, solo consiguió balbucir una sarta oraciones ininteligibles. Luego apartó la mirada, avergonzado.

—Déjalo en paz, Daren —repuso Tadhg.

—¡Lo digo en serio! —Se volvió hacia Miguel—. ¿Me enseñarías a tocar la guitarra?

Miguel alzó los ojos.

—Sí —respondió tardío. Y sonrió—. Puedo. Supongo que sí.

—Qué bien —comentó Tadhg en tono arisco—. Ya sabes qué harás las próximas dos semanas.

Tocaron la puerta.

—Yo voy —se ofreció Miguel, notablemente incómodo, mientras los dos amigos se fulminaban con la mirada. Se levantó, en calzoncillos y todo, y abrió.

—¡Goodbrother! —exclamó el recién llegado. Se abría paso a la habitación, rodeando a Miguel con una agilidad increíble. Beaumont, el encargado de dependencias, se acercó a Tadhg y lo tomó con urgencia por el brazo—. ¡Deberías ver esto!

—¿Qué?

Tadhg, inamovible, intentaba mantenerse en su lugar pese a los esfuerzos del encargado para sacarlo de la habitación.

—¡Tú hermano! —explicó rápidamente, turbado—. Está en la pantalla, luchando contra un pyxis'baal.

Tadhg se cuadró y dejó que Beaumont lo guiara a la sala de estar de las dependencias, como si no conociera el camino de antemano. Con un rápido vistazo atrás, confirmó que Daren les pisaba los talones.

La estancia estaba repleta de esquila a esquina. Algunos se hallaban apiñados a frente a la enorme pantalla holográfica; otros, se amontonaban en el piso como si estuviesen viendo un película fascinante, con los cuellos levemente erguidos y sus miradas atrapadas por el hechizo del resplandor de las luces. Bastó un instante para que Tadhg quedara prendado de aquel hechizo.

En efecto; su hermano estaba enzarzado, junto a su brigada, en una campeada contra un pyxis'baal, una criatura de increíble tamaño, múltiples apéndices como tentáculos y un solo ojo negro como un agujero al infierno; y un hueste de pyxis'drak, con la apariencia de arañas de vidrio quemado. El combate se llevaba a cabo en South Park, en Manhattan, entre los restos de lo que alguna vez formó parte del corazón de la ciudad. Sombras y maleza lo cubría todo. Su hermano y Edison Wode luchaban hombro con hombro contra el ser tentaculado, evitando los embates mortales de sus apéndices, mientras su brigada hacía retroceder a la hueste de draks con sus armas de láseres granates.

Rob, su hermano, y Edison, eran de la segunda generación de agentes del futuro, después de su madre, Queslove y Schmidt, y la primera que se había graduado en la academia de los agentes del futuro. Tadhg abrió mucho los ojos, embelesado por la lucha entre su hermano y el pyxis.

Al final de la contienda no hubo muertos (al menos que fuera humano). Tampoco heridos. El bullicio de las voces, en las sala de estar, tornó a su cauce una vez acabó la pelea entre la brigada de su hermano y los pyxis. Algunos le habían palmeado en la espalda y lo habían congratulado como si hubiese tenido algo que ver con el aplastante triunfo de Rob.

Se compartieron cervezas y bocadillos varios para celebrar, y todo corrió por cuenta de Beaumont, que, al parecer, era ferviente admirador de Rob.

Más tarde, entrada la noche Tadhg oyó un golpe ahogado contra el suelo de la habitación, y abrió un ojo. Con sus reflejos de gacela, era imposible que se tratara de un intruso buscando gastarle una broma pesada a mitad de la noche —como pintarles palabrotas en la cara con rotulador o poner mantequilla en el suelo, o cosas por el

estilo que sucedían a menudo en la academia— entre los aprendices.

No, concluyó, seguramente debía ser Daren haciendo una de sus salidas furtivas. Era la quinta escapada misteriosa en lo que iba de semana, lo que significaba que Daren se había superado a sí mismo.

Le daba la espalda. Así que, haciendo uso de sus habilidades ocultas para las artes escénicas, se revolvió entre sus sábanas y, con los ojos entrecerrados, alcanzó a verlo cerrar la puerta con sumo cuidado a su salida. Extraño, pensó, que estuviera teniendo encuentros íntimos con alguien del campus y no se lo hubiera contado en el último mes, desde que comenzaron aquellas salidas furtivas.

Pensándolo bien, no recordaba cuándo fue la última vez que Daren tuvo una relación seria con una chica. «Ah, sí», pensó riendo en voz baja. Aaliyah. Hace un año, claro, justo antes de empezar sus aprendizajes en la Academia.

Quizá se trataba de Ellie. Ellie lo miraba enamoradiza cuando Daren no le prestaba atención.

«Eso pensé —había dicho Ellie esa tarde en el comedor—. Ya veo que todos los hombres, en cuanto al amor, están ciegos.»

Ese no pudo ser un mensaje para Daren. No tenía sentido si ya tenían una relación, aunque secreta.

Resopló. Basta de pensar en eso, se dijo con vehemencia. Tarde o temprano —preferiblemente temprano—, Daren terminaría contándoselo todo, con lujo de detalles, ¿no?

Noches después, cuando oyó el golpe de los pies descalzos contra el suelo y despertó, había tomado la decisión de seguirlo. Esperó un par de segundos a que Daren saliera primero de la habitación para, a continuación, disponerse a hacer lo mismo —con mucha cautela, pensó, como les había enseñado la entrenadora Graham—, y empezó abriendo la puerta apenas una rendija para echar un vistazo.

Nadie. Incluso Daren había desaparecido del campo visual del pasillo de las habitaciones, aunque alcanzó a divisar un asomo de su sombra escabulléndose al cruzar el corredor contiguo, y oír el susurro de sus pisadas a medida que se alejaba.

Vaciló un instante. Daren era su mejor amigo, se dijo, y si había decidido, de momento, no decirle nada de lo que fuera que estuviera haciendo; debía respetar su decisión. Podía esperar.

Estaba a punto de volverse y entrar a la habitación, cuando oyó unas risas.

La risa de Daren, sí. Y también… «Todos los hombres, en cuanto al amor, están ciegos.»

«No es posible», pensó. Debía estar equivocado.

No volvió a oír las risas, pero supo que si regresaba no podría pegar un ojo en toda la noche hasta confirmarlo. Inspiró hondo y salió a hurtadillas.

«Quizá Eliot no tiene celos de ti; quizá esté enamorado.» No podía dejar de pensar en las palabras de Ellie, ayer en el comedor, a medida que cruzaba el pasillo, y su sombra se extendía por el suelo, precediéndolo.

Llegó a la sala de estar de dependencias, donde hacía unos días habían estado reunidos para ver a su hermano batallando contra los pyxis, resultando victorioso. Se detuvo en el centro, un instante, e intentó auscultar. La sala estaba vacía y en absoluto silencio, como era propio pasada la hora de dormir. Si Beaumont lo descubría, se metería en serios problemas.

Por otro lado, el encargado de dependencias era un admirador ferviente de Rob. Quizá era más que admiración.

Oyó un murmullo quedó. Se irguió y siguió el leve sonido que parecía oscilar en el silencio. ¿Estaría cometiendo un error? Aún estaba a tiempo de regresar a su habitación y volver a dormir el resto de la noche, si su consciencia se lo permitía.

Avanzó hacia el corredor lateral, tenuemente iluminado por un extenso foco de luz blanca. Tuvo un escalofrío. Con todo, no detuvo su paso.

Cuando oyó algo, paró en seco. Había pasado de largo: el sonido provenía de un cuarto de mantenimiento que había dejado atrás. Retrocedió. Se pegó cuidadosamente a la puerta de metal —no tan gruesa para sofocar todo el sonido que viniera de adentro— y escuchó.

—No tan rápido —pedía una voz. Era Daren.

Tadhg jamás pensó que lo oiría en ese tono. Se habría reído en otras circunstancias. Se cubrió la boca con las manos y continuó escuchando.

—Espera, espera —dijo, apremiante, Daren.

Tadhg sintió que se le detenía en corazón. Debía irse. Tal vez lo había escuchado, o advertido su sombra por el surco de la puerta, pensó. Intentó retroceder un paso, alejarse, pero sus piernas no respondieron.

En seguida cayó en la cuenta que no tenía nada que ver con él, cuando la otra voz respondió.

—Descuida —dijo—. Seré delicado.

La voz era de un chico. Y no de cualquier chico, no. Esta vez, sin darse cuenta, retrocedió. Se apartó de la puerta, absolutamente pasmado. «Quizá Eliot no tiene celos de ti —había dicho Ellie—; quizá esté enamorado.» Respiró profundo, como si no lo hubiera hecho por

un largo rato.

Se sentía asqueado, enojado, confundido. Lo habían engañado, defraudado. Nunca imaginó que Daren haría aquello. No había problema con que se liara con alguien, aun siendo ese alguien quien era. Con todo, era su mejor amigo (de toda una maldita vida) y tenía derecho a saberlo.

Volvió a su habitación, ensimismado, atontado, fue una suerte que nadie lo viera o que se hubiera perdido en el trayecto. Abrió la puerta. Miguel dormía. El cuarto estaba oscuro. Pero algo había cambiado. Se acostó en su cama, se cubrió con la gruesa manta y pegó la mejilla a la almohada. En algún momento, tras su descubrimiento, había pensado que debía entrar al cuarto de mantenimiento y atrapar a aquellos dos en el acto, así estaría completamente seguro. Pero ya había oído mucho, decidió; verlo con sus propios ojos habría sido terrible, desagradable a un nivel impensable…

Quince minutos después, Daren regresó. Subió a su cama y lo oyó suspirar con audible satisfacción. Tadhg, en cambio, no pudo dormir el resto de la noche, o las siguientes dos. ¿Cómo no lo pudo adivinar? ¿Cuándo había empezado? Ni siquiera le molestaba que su mejor amigo se estuviera acostado con Eliot Kerr en secreto (aunque no se le podía quitar algo de crédito a eso, claro).

Le hastiaba que no hubiera tenido la suficiente confianza en él para contárselo (al menos las partes menos embarazosas, pensó) después de una vida entera de conocerse. De alguna manera había fallado como amigo, y por ende, se sentía decepcionado de Daren.

Y de sí mismo.

Los siguientes tres días Tadhg no le dirigió una palabra a Daren; incluso procuraba no ocupar la misma mesa en el comedor de la academia, evitaba estar a su lado durante los entrenamientos, lo que era mucho decir.

La mera cercanía de Daren lo hacía sentir incómodo. Sabía su secreto. Él seguramente no lo sospechaba, y fue evidente, durante esos días, que la situación también era insoportable para él. Tadhg se estaba apartando poco a poco de Daren, y del resto. Si no podía confiar en su amigo de toda la vida, pensó, ¿entonces en quién lo haría? Ojalá su madre estuviera allí. Ella le habría aconsejado qué hacer a continuación.

Al cuarto día, en los entrenamientos, llegó casi sobre la hora, como de costumbre. El resto de los aspirantes ya estaba allí. Tadhg apenas pudo disimular su sorpresa cuando ladeó la cabeza y halló a

Daren y Eliot sentados en el mismo banco, riéndose y platicando llanamente.

—Bien, bien—dijo la entrenadora Graham, haciendo gestos con una mano—. Acérquense.

En seguida, los aprendices formaron un círculo en el centro de la liza de entrenamientos. Daren y Eliot fueron los últimos en unirse al resto. Tadhg vio por el rabillo del ojo como los colegas de Eliot miraban a este y a Daren con recelo. La entrenadora Louane dio unas palmadas.

—Ya saben cómo es el procedimiento, ¿no? —inquirió en tono apático mientras ocupaba su flamante silla de observaciones, de patas altas y con su apellido, «Graham», en el respaldo. Miró su *tell* y contrajo el rostro con desagrado—. Hoy empezaremos con Goodbrother.

Tadhg no le caía bien, y el sentimiento era mutuo.

Desde que empezó el nuevo trimestre, Graham los había estado haciendo combatir unos con otros para demostrar (a ella, principalmente) que tenían potencial en el combate cuerpo a cuerpo. Cuando la entrenadora lo nombró, Tadhg, ceñudo, dio un paso al frente.

—Tú último combate fue contra Schmidt, y resultó en empate —señaló Louane, con la mirada puesta su *tell*, donde tenías sus notas. Arrugó su prominente ceño—. Puedes demandar revancha o elegir a un nuevo adversario, tú decides.

«Yo decido.» Miró a Lyle, casi de su familia, un Schmidt de cabo a rabo, como decían. Estaba impertérrito, pero también dispuesto. Lo habría elegido de buena gana, pues fue el propio Schmidt quien eligió como su adversario la vez anterior. Además, aquel triunfo compartido le había dejado un sabor agridulce.

—Elijo a Johnson —dijo en cambio—. Daren Johnson.

Los aprendices dejaron escapar exclamaciones y murmullos de sorpresa. Era evidente que ninguno, ni en un millón de años, se habría esperado que ellos dos se enfrentaran. Ni siquiera el propio Tadhg, o Daren, que, por lo visto, estaba absolutamente pasmado. Aun así, dio un paso al frente.

—Esto es una sorpresa —dijo Louane, muy erguida en su silla. Su expresión variaba entre divertida y sorprendida—. ¿Quién lo habría adivinado? Me encantaría saber las razones por las que Goodbrother ha hecho esta elección, pero me temo que no tenemos tanto tiempo. A sus posiciones.

Daren y Tadhg se aproximaron a la liza.

—¿Qué haces? —masculló Daren. Parecía confundido, más que asustado.

—Combatir —dijo cortante Tadhg. Luego adoptó una postura

de ataque, intentado parecer desafiante, feroz e intimidante, pero aquello no surtió efecto en Daren, que, tardíamente, adoptaba una postura defensiva—. Tampoco es que hubiera un acuerdo tácito de no enfrentarnos, ¿o sí?

Daren había supuesto que sí, pues no respondió.

—¿Por qué? —quiso saber.

Tadhg se encogió de hombros, cándido; también a él le gustaría saberlo.

«Eliot —habría querido decirle—. ¿Por qué demonios tenía que ser el maldito Eliot Kerr?» Debía controlarse. Era el primero en la lista de puntuaciones, junto a Schmidt, y no iba a permitir que sus sentimientos lo emplazaran al segundo lugar.

—Basta de chácharas —espetó Louane—. ¡Empecen ya!

Tadhg atacó primero. Se suponía que los aprendices no debían herirse durante esos enfrentamientos, pero el puño que proyectó al estómago de Daren, y que este apenas esquivó, lo habría dejado en el suelo pugnando por respirar. Acto continuó, arremetió una serie de patadas ladeadas, de apariencia inofensiva pero de letal alcance.

Daren lo sabía; aun así, lo esquivó. Soltó su primer golpe, sin fuerza. Tadhg lo tomó por el brazo y tiró de él, de modo que Daren quedó a una distancia mínima de su rostro. Tadhg se contuvo de escupirle a la cara. Lo miró fijamente a los ojos, en cambio. Quería trasmitirle, con la mirada, todo la ira que sentía en ese momento, bullendo en su cabeza, en su corazón y en cada poro de su cuerpo. Quería que viera a través de él y descubriera lo que pasaba por su cabeza en ese preciso momento. Lo consiguió, pues Daren pareció horrorizado.

Se apartaron.

—¿Lo sabes? —le preguntó Daren, bajando la guardia. Estaba absorto.

—Es evidente —afirmó Tadhg. Aún tenía los puños alzados, las piernas separadas y una expresión de colérica; Daren no parecía reparar en nada de aquello. Hacía mucho silencio. Los aprendices y la entrenadora estaban embelesados, Tadhg miró por el rabillo, preguntándose qué estaba pasando—. Te seguí, idiota, hace algunas noches. Te escuché en el cuarto de mantenimiento con ese imbécil de allá. —Y señaló a Eliot con el dedo.

Eliot parpadeó, anonado. Al menos no se tomó el descaro de negarlo.

Daren dio un paso al frente; Tadhg, instintivamente, retrocedió otro.

—Tadhg, no... —vaciló Daren—. No es lo que tú crees.

—¿Qué? —Tadhg cuadró los hombros—. ¿Acaso no estuviste echando unos polvos con el imbécil de Kerr aquella anoche, o las

noches anteriores a esa, en el cuarto de mantenimiento? Querías que Kerr fuera delicado contigo, ¿no? ¿Lo fue?

Daren se puso rojo como una manzana. Se oyeron unas risitas en murmullos. Eran lo colegas de Kerr.

—¿Qué esperas, Daren? Niégalo —instó con sorna uno de ellos.

Tadhg le dirigió una mirada fulminante, asesina, que le borró la estúpida sonrisa de la cara. Se giró hacia Daren, esperando que lo negara.

Daren no lo negó. Fluctuó, incapaz de decir nada más.

Tadhg no esperó respuesta en cualquier caso. Tampoco tenía ganas de continuar la contienda. Y cuando giró sobre sus talones para marcharse, nadie, ni siquiera la temible entrenadora Graham, se atrevió a detenerlo.

ABRIL DE 2017

Salieron del auto. La calle Carroll estaba silenciosa. A un cuarto para las ocho aquello debía ser un mal augurio, pensó Dawit. Cruzó una mirada con Juno, que asintió. Miraron al frente. El complejo de apartamentos donde vivían los Cornwell era un edificio de, al menos, diez pisos con la fachada de ladrillos rojos típicos de la zona. Entraron fácilmente, valiéndose de la salida de una mujer septuagenaria que sacaba a pasear a su golden retriever.

De esa forma, rauda, Juno se acercó a la puerta y metió la punta del pie antes que esta se cerrara.

—Bien hecho —murmuró Dawit.

Ya dentro, se dirigieron al elevador. El apartamento de los Cornwell quedaba en el quinto piso. Las compuertas se abrieron casi al instante de apretar el botón del costado y, un segundo después, se cerraron con un *tun* ahogado antes de empezar el ascenso.

—Lo que dijiste en la agencia —comentó Dawit—. Sobre deberle algo a Tadhg por mí secreto con Eliot…

—Olvídalo. No es el momento para eso.

Tenía razón. Estaban en una misión, se recordó Dawit. Una extracción. Jim Cornwell sería algún día presidente de la nación. Debían salvarlo.

Las compuertas se abrieron mostrándoles un sombrío pasillo en el que reinaba un silencio espectral.

Cruzó otra mirada con su compañera. Ambos, al parecer, pensaron lo mismo: «Está ocurriendo ahora.» Apuraron el paso hacia el apartamento donde vivía la familia, al final del corredor a la izquierda. La puerta gris, en la que destacaba el número «3» metálico bajo la mirilla, estaba abierta. Una oleada de miedo embistió a los

agentes del futuro. Empuñaron sus desfibriladores y se abrieron paso al interior, avanzando lentamente con las armas por delante de sus rostros.

La salita estaba callada, cosa que no extrañó a Dawit dado el ambiente que se percibía. Había tensión. Mucha. Debían ir con altísimo cuidado si no querían avisar al enemigo de su presencia allí. Las sombras poblaban el apartamento de esquina a esquina; sin embargo, un tenue halo de luz de noche que lograba colarse por la ventana de la sala les iluminaba el rumbo hacia el pasillo de las habitaciones, donde parecía conducirlos la estela de tensión que flotaba en la atmósfera. Dawit respiró profundo entrecerrando los ojos.

Se oyó un estruendo. Luego, gritos. Venían de una de las habitaciones. Dawit echó a correr hacia el origen de la bulla, con el corazón desbocado. Aquellos eran gritos de niños. «¡Jim!» Juno le pisaba los talones. Pero se adelantó y abrió la puerta de la habitación con una fuerte patada, y se hizo a un lado, permitiendo que Dawit entrase. Lo que halló dentro heló su corazón. Una sangrienta visión sobre sábanas blancas vueltas girones.

«Hemos llegado tarde», pensó. Viró la cabeza y notó la parte trasera de un hombre inclinado en el suelo de tal forma como si intentara ver qué había bajo la cama. De allí, salió otro grito. Un grito infantil. Dawit se inclinó y tomó al hombre por la andrajosa camisa y lo sacó de debajo con una fuerza impresionante. De frente, se miraron. Dawit vio su reflejo en los ojos negros del avalh que, a ojos vistas, había invadido el cuerpo de un pordiosero.

Dawit lo empujó hacia la ventana, que se abrió hacia fuera, pero el pyxis se tomó a los lados de la misma impidiendo su inminente caída. Sonrió. La figura de un niño surgió del costado de la cama. Juno gritó para prevenirlo —lo que ya Dawit había hecho por el rabillo—, pero no apartó la mirada del pyxis, que igualmente se había vuelto para ver al niño recién salido. Intentó atacarlo.

Dawit apuntó y disparó. La cabeza del pyxis se separó de su cuerpo con un estallido de sangre cuando el láser atravesó su cuello de lado a lado y repicó en una pared.

A continuación, la habitación quedó en silencio. El frío se colaba por la ventana abierta, así como los sonidos de la noche que antes ninguno había percibido. Dawit giró sobre sus talones. Juno se acercó a él con una expresión absorta y le puso una mano en el hombro, que tenía tan tenso como una tabla; le preguntó, sucinta, si estaba bien. Él no estaba seguro, pero asintió.

Sus manos temblaban. Enfundó su arma y ladeó la cabeza de un lado a otro.

—¿Dónde está?

Juno frunció el ceño. Pareció confundida. Sólo fue un instante. Luego abrió mucho los ojos.

—Está allí —le dijo, señalando la cama—. Volvió a ocultarse debajo.

«Tiene miedo —se dijo Dawit—. De nosotros.» En su lugar, también lo tendría. Respiró hondo. Seguido, se acercó a la cama, se inclinó y miró a través de la oscuridad. Un instante después, un par de ojos centellaron. Dawit extendió su mano hacia ellos.

—Hola, Jim —dijo, imprimiendo en su voz toda la afabilidad que le era posible reunir—. Me llamo Dawit. Soy un agente —Y, sin pensarlo, añadió—: Un agente del futuro.

Esperó un segundo. Echó un vistazo a Juno, de pie junto a la puerta, que se encogió de hombros. De vuelta a la oscuridad, el par de ojos sólo le devolvía la mirada. Quizá cometió un error al revelarle tan pronto aquello, se cuestionó. Tal vez debió decir otra cosa; «estás a salvo ahora», por ejemplo. «Ven con nosotros.»

—¿Del futuro? —oyó preguntar.

Al oír su nombre, Dawit parpadeó.

—¿Está bien? —Era Juno, mirándolo a través del espejo retrovisor—. No has dicho nada desde que abandonamos Brooklyn. Has estado muy pensativo todo ese tiempo. —Frunció el ceño—. Acaso ¿debo empezar a preocuparme?

Dawit sonrió levemente.

—No. Estoy bien. —Y se corrigió, echando un vistazo a su costado—. Estamos bien. Jim se han quedado dormido.

El chico estaba dormitando con la cabeza reclinada contra el brazo de Dawit. Inhalaba, exhalaba. Debió sosegar sus emociones pensando que la muerte de sus padres fue sólo una horrible pesadilla de la que despertaría en unas horas. De otra forma, no lo hubiera conseguido. Dawit sintió un nudo en la garganta al imaginarse la reacción del chico cuando descubriera que, en efecto, se había tratado de una pesadilla, una de la que no despertaría jamás.

Jim los acompañó (tranquilamente, de hecho). No volvió a formular ninguna palabra aparte de la pregunta que hizo cuando Dawit afirmó que eran agentes del futuro. Éste y su compañera sacaron al chico del apartamento y abordaron la camioneta, estacionada frente el complejo. Juno condujo un par de calles y llamaron al agente Wode, de la CIA, quien se encargaba de borrar cualquier rastro de los agentes del futuro (y algunas veces también de los pyxis) que pudiera poner en evidencia a la organización en esa

época.

Wode haría parecer, con seguridad, que la familia se ha marchado a unas repentinas vacaciones. «Ojalá fuera cierto —pensó Dawit—. Ojalá estuvieran, digamos, en Florida, disfrutando de la playa. O en alguna otra parte, no importa cuál, mientras estuvieran vivos.» Suspiró hondo. Advirtió que Juno continuaba mirándolo a través del espejo retrovisor. En ese momento pasaban por la calle Catherine y frente a la pizzería Gino's (la favorita de Dawit).

—No has dejado de pensar en lo que te dije en la agencia, ¿verdad? No debí hacerlo. Lo siento.

—¿A qué te refieres?

Juno frunció el ceño.

—Sobre Tadhg.

—Descuida, ya no estaba pensando en eso. La verdad, no he podido pensar en otra cosa desde que hallamos los cuer… —Hizo una pausa y confirmó que Jim siguiera profundamente dormido antes de continuar y volver la vista hacia el espejo—. Ya sabes de qué hablo.

—Sí. —Juno suspiró—. Lo sé. Esa es una imagen que jamás olvidaré.

Dawit tampoco.

—De cualquier forma —dijo él—, es posible que tengas razón, que le estoy guardando su secreto porque me siento en deuda con él después de lo que sucedió con Eliot. Es probable que Tadhg me haya concedido esta misión para asegurarse de mantener mi boca cerrada, sí, lo que yo habría hecho de todas formas. Quisiera no haberlo descubierto jamás. Quisiera no estar involucrado en su venganza perversa y sin sentido, pero ya es muy tarde para eso. —Inspiró profundo y bajó más la voz—. Siento pena por Rhys cuando lo descubra. Y, más aún, siento pena por Tadhg cuando se dé cuenta de su terrible error y deba hacer frente a la culpa.

Sobrevino un silencio. Al cabo, Dawit habló.

—Por cierto —dijo—, tu pastel de chocolate es fantástico. Por favor, no se lo digas a mi madre.

Juno sonrió.

—Tranquilo. No diré una sola palabra.

OCTUBRE DE 2043

Tadhg regresó a dependencias y se duchó. Aún no podía creer lo que acababa de pasar. Había expuesto a su mejor amigo frente a todos y no se sentía tan bien como creyó que sería, pensaba mientras se deslizaba lánguidamente la tableta de jabón por el cuello y los hombros.

Después de la ducha, se vistió y fue al comedor por un aperitivo que calmara los gruñidos de su estómago. Agradeció que el lugar estuviera casi vacío (a esa hora la mayoría de los aprendices de la academia estaba en sus prácticas), por lo que, tranquilamente, pudo sentarse en una de las mesas sin recibir miradas indiscretas u oír su nombre en murmullos. Devoró su pudín en segundos.

Lo ocurrido esa tarde en los entrenamientos estaría en boca de todos en la academia antes de que cayera el sol. Tadhg no podía evitar sentir que había cometido el peor error al exponer a Daren, incluso a Eliot, de la forma en que lo hizo. Los señores Johnson podían enterarse de lo sucedido, y era posible que ni siquiera supieran que Daren era gay… y…

Sacudió la cabeza e intentó apartar aquel pensamiento lo mejor que pudo para sosegar su malestar. Lo había jodido. Se levantó de la mesa. Lo hecho, hecho estaba. No podía cambiarlo. Además, pensó con sorna, no tenía una máquina del tiempo particular ni nada que se le pareciera.

El resto de la tarde, y gran parte de la noche, estuvo en la sala de proyecciones viendo películas de los años veinte de ese siglo. Le encantaban las de superhéroes. Aunque en ese momento se sentía como el peor villano. No todo había sido su culpa, intentó convencerse. Daren nunca le había dicho la verdad, pues, después de todo, era su mejor amigo. Y de haberle dicho que se sentía atraído por los hombres —en particular por los del tipo de Eliot Kerr— se habrían ahorrado aquella afrentosa escena frente a la entrenadora Graham.

«Por Dios. ¿Qué habría pensado Graham?», se preguntó. A decir verdad, le importaba un coño lo que hubiera pensado la detestable mujer. Era imposible que lo odiara más de lo que ya lo hacía… ¿o sí?

Ojalá pudiera volver el tiempo. Pero era imposible. Ni siquiera creía poder mirar a la cara a Daren, de modo que tras salir de la sala de proyección subió a la azotea del edificio de dependencias. Le gustaba ese lugar (de día, al menos). Ya de noche, el panorama era oscuro. Sin embargo, había luna llena y centenares de estrellas parpadeando débilmente entre las nubes opacas que surcaban el cielo como barcazas fantasmales.

La luna se reflejaba en las aguas del Hudson, que era visible desde aquella posición. Tadhg suspiró profundamente. Hacía mucho frío. Debió prever que acabaría allí y llevarse un suéter, algo con que abrigarse, pensó.

De buena gana pasaría toda la noche en ese lugar contemplando la luna. Aquel era un pensamiento romántico poco habitual en él. Romántico, cuando debería ser cobarde. Suspiró otra vez, sin darse cuenta. No, decidió. Bajaría a su habitación después de

la media noche y evitaría la inminente confrontación, de momento. Quizá mañana. O al día siguiente.

«Maldita sea —se dijo—. Eres un cobarde sin remedio.»

Alguien carraspeó. Tadhg se sobresaltó. Se giró y descubrió una silueta mirándolo desde las sombras.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo Daren. Y emergió hacia la franja de luz que despuntaba la luna. Se acercó al palco sin soslayar a Tadhg y miró arriba—. A veces vienes aquí a pensar. Nunca de noche, hasta hoy —añadió.

Tadhg guardó silencio. No sabía qué decir a continuación. Ni siquiera había esperado ver a Daren tan pronto. Hace un momento estaba decidiendo cuánto tiempo debía prolongar ese encuentro. Se volvió.

—Graham decidió, por alguna razón, no quitarte los puntos de la tabla —comentó Daren tras un minuto de silencio—. Pero ya no compartes el primer lugar con Lyle, pues no sumaste puntos en la lección de hoy dada tu repentina partida; Lyle, en cambio, le pateó el trasero a Eliot en menos de lo que te puedas imaginar. —Sonrió.

Otro minuto de silencio.

—Lo que pasó hoy… —continuó Daren—. Entiendo que estés enojado conmigo…

—¿Yo? —espetó Tadhg—. Creí que tú lo estarías. Yo te expuse ante todos.

—Imposible —dijo Daren mirándolo—. No me has expuesto ante nadie. Creo…, más bien, que eras el único que no sabía lo que estaba ocurriendo.

—¿El único? —Tadhg recordó el comentario de Ellie, el otro día en el comedor, ella lo sabía; también Miguel y los colegas de Eliot, por como lo miraron esa tarde en la lección. Maldita sea—. Tienes razón.

—No te sientas mal. Debí decírtelo antes. Pero temía que algo cambiara entre nosotros.

—¿Cambiar? —Tadhg bufó y arqueó una ceja—. ¿Por qué eres gay? ¿En qué década crees que vivimos?

Daren suspiró, notablemente aliviado.

Tadhg lo miró.

—Sólo una cosa —dijo—. ¿Por qué Eliot? Creí que estábamos de acuerdo con que era un idiota.

—Al principio, sí. —Daren se encogió de hombros—. Pero tras el incidente de hace unas semanas, todo cambió.

Tadhg sabía a qué incidente se refería. La entrenadora Graham había suspendido a Daren y a Eliot luego de que en una contienda entre ambos, estos acabaran en una verdadera golpiza. Y estaba prohibido herir a otros durante las lecciones. Eliot lo había hecho para

acercarse a Daren a través de una aparente venganza contra Tadhg.

—Eso me confesó —narró Daren, risueño—. Durante las horas de castigo nos acercamos. Eliot no hacía más que lanzarme pullas contra ti y contra mí y yo solo lo ignoraba, lo que parecía aumentar su enojo. Sin embargo, nunca desistió. Yo sabía que jamás lo haría, ya lo conocía lo suficiente para saber que no se detendría hasta que lo hubiera enfrentado. Y lo hice.

Eliot se mostró complacido cuando Daren le replicó a una de sus pullas. Daren le preguntó por qué los odiaba tanto: ¿enviada, rencor?, ¿por qué? ¿Qué habían hecho para merecerlo? Eliot pasó de estar complacido a confuso en menos de un minuto. No le respondió. Al menos, el resto de ese día guardó silencio.

Al día siguiente, sin que Daren lo esperase, Eliot confesó:

—Celos —dijo. Daren lo miró con una interrogante en el rostro. Y Eliot precisó—: Ayer, cuando me preguntaste qué habían hecho para merecerlo, o el motivo. —Había suspirado—. Celos. De ti y de Goodbrother.

—¿Por qué? —inquirió Daren.

Eliot bufó una sonrisa.

—Porque lo tienen todo —contestó—. Porque se tienen uno al otro. Y yo nunca podré tener nada igual.

Aquellas palabras conmovieron a Daren. Fueron inesperadas. Era auténtico. Por fin, estaba conociendo al verdadero Eliot Kerr. Ese fue un extraño e inesperado comienzo para su relación, allí, recogiendo los desperdicios del campus como parte de un castigo.

Tenían mucho en común. Para empezar, sus familias no sabían de sus preferencias, de modo que ambos, por temor a que cambiaran las cosas con aquella revelación, habían decidido mantenerlo en secreto.

—Y —añadió Daren, frunciendo el ceño, por lo bajo— yo soy bisexual y Eliot, pansexual. Que, te adelanto, no es lo mismo.

—Pan… ¿qué? —increpó Tadhg. No había escuchado nada igual antes.

Daren rió.

—Se refiere —explicó luego— a una persona que no solo sienten atracción por hombres y mujeres; sino que además acoge a las personas que no se sienten identificadas con ninguno de estos dos géneros. No profundizaré.

Tadhg asintió, aún liado por el novedoso término. Se aprendía una cosa nueva cada día.

—Por Dios —dijo por fin—, Kerr es más retorcido de lo que pensé.

—¡Tadhg!

Daren le arrojó una mirada fulminante. Con todo, sabía que su

amigo solo estaba siendo sarcástico, a su modo particularmente sombrío y agudo.

Al final, se rieron un momento. La tensión iba mermando entre ellos.

—Hablando en serio —retomó Tadhg—. Que tú seas bi, explica tu fugaz relación con Aaliyah, y que te expresaras con naturalidad cuando hablábamos de chicas. Me dijiste que tu primera vez fue con una chica hace dos años, ¿era cierto? —preguntó sin pensar antes. «Mierda. ¿Qué estoy haciendo?» Ya era demasiado tarde. Sintió que se le encendían las mejillas.

Daren no pareció notarlo, pero sonrió despreocupado.

—Es cierto —afirmó—. Pero, como te dije aquella vez, mi deber como caballero es no revelar la identidad de la dama. Además, fue la única vez que estuve con ella.

—Stacey Vaughn —soltó Tadhg arqueando una ceja—. Fue tu cita en el baile de graduación. Mi otra opción era Aaliyah, pero jamás estuvo a tu alcance de ese modo.

—Eso nunca lo sabrás. —Daren volvió la mirada hacia la luna con una sonrisa risueña.

Guardaron otro instante de silencio, nada embarazoso. Tadhg sentía que aquel peso que llevaba en sus hombros desde hacía días empezaba a remitir a medida que aquel tranquilo momento entre ambos se prolongaba. Casi… casi volvían a ser los mismos de antes.

—Por cierto —comentó Daren. Estaba entusiasmado; le chispeaban los ojos—. Ya he elegido un mote.

Tadhg lo miró fijamente; enarcó una ceja y curvó los labios en una sonrisa.

—Ah, ¿sí? —dijo—. No se supone que tú debas elegirlo; debe hacerlo alguien más.

El abuelo de Tadhg le había puesto su mote, «Tadhg», porque provenía en parte de su verdadero nombre (Taddeus, que ambos compartían) y le añadía como guiño la «G» de su apellido paterno, al final.

En parte, también, porque su abuelo había considerado que ningún nieto suyo llevaría como mote un epíteto ridículo como Ted, Teddy, o colores o criaturas del reino animal y cosas por el estilo (aunque afirmaba gustarle el mote que le habían puesto a su hija, porque le hacía justicia a su carácter, decía).

—Así fue —admitió Daren—. Mi madre me ayudó a elegirlo. Y sabes cuánto estimo la opinión de mi madre. —Tadhg lo sabía, y asintió, opinaba lo mismo de la suya, aunque ella insistiera en que debía forjar su propio carácter—. En fin; fue después de que le contara el motivo de nuestro conflicto.

Tadhg arqueó las cejas.

—Oh —dijo—. ¿Tu madre ya lo sabe? Me refiero a…

—Lo sabe. —Daren sonrió—. Por mí, no. Me explicó que una madre siempre sabe esas cosas, o lo sospecha, pero que no por ser madre debe forzarlas. Y mi padre, que también estaba allí cuando hice mi anuncio espectacular… —Encogió un hombro—. Bueno, ya sabes cómo es mi padre.

—¿Se puso a llorar?

—Un poco, sí.

Se desternillaron de risa.

—Entonces ¿me dirás tu mote? —preguntó después Tadhg.

Daren cogió aire.

—Dawit —dijo—. Es un nombre etíope, que, según mi madre, significa *amado*. —Sonrió y dio un ademán—. Lo sé, lo sé, es un poco tonto, pero me gustó el mote. Y, si lo notas, tiene algo de mi verdadero nombre, que, al igual que el tuyo, es el mismo que el de mi abuelo materno.

Tadhg sonrió y asintió, sin decir nada más.

Por uno o dos minutos, contemplaron el paisaje, que se iba iluminando más con el paso de los minutos, como si la luna llena se ensanchara sobre ellos. Tadhg miró a Daren, sabiendo que esta sería la última vez que se referiría a él (incluso en el pensamiento) con ese nombre.

Le puso una mano en el hombro.

—Dawit —dijo con una sonrisa—. Me gusta. Combina contigo.

—¡Oh, cállate! —espetó Dawit.

Y se echaron a reír.

ATAQUE EN MIDTOWN

“Las grandes almas tienen voluntades; las almas sólo tienen deseos.”

Proverbio chino

MARZO DE 2044

Louane Graham, como cosa rara, estaba de buen humor.

Tadhg la miraba. A duras penas pudo esquivar la patada que le proyectó Lyle. Salvo por el inédito estado de ánimo de Graham, el día marchaba con normalidad. En el patio de entrenamientos, los aprendices estaban afanados en sus adestramientos, y el sol esplendía radiante sobre la cúpula de cristal que los cubría. Así y todo, resultaba extraño ver a la despiadada entrenadora con una mueca casi risueña en su rostro; ni siquiera apremiaba a los aprendices en la liza con sus frecuentes ofensas. Parecía ausente.

Lyle reculó y frunció el ceño, mirando a la entrenadora.

—Extraño. ¿Qué crees que le suceda?

Tadhg encogió un hombro. Nunca antes la había visto de ese modo. Ni siquiera notaba que ellos la estaban mirando (o el resto de los vistazos poco sutiles que le echaban los demás aprendices). Parecía feliz. Tadhg había pensado que «felicidad» era un concepto desconocido para la temible entrenadora Graham. Por lo visto, se había equivocado. Miró a Lyle.

—No lo sé —dijo—. Quizá esté enferma. O algo peor.

—¿Peor?

—Sí, peor. Quizá esté enamorada. Eso parece.

Lyle sonrió.

—Tal vez tengas razón. En ese caso, prefiero combatir. No quiero empezar a imaginarme a Graham liándose con nadie.

Tadhg sacudió la cabeza, riéndose por lo bajo. La idea también lo perturbaba.

—Yo tampoco.

Y volvieron a luchar. Tadhg atacó, Lyle esquivó, y luego viceversa. La lección de ese día era tediosa y, ciertamente, más relajada, dada la extraña conducta de la entrenadora. A lo mejor tenía

razón (sobre Graham) después de todo, pensó Tadhg.

Aquello le hizo llevar la mirada, de refilón, hacia el otro extremo del patio de entrenamientos, donde Dawit, entre risas, eludía las cargas de su novio.

—Sigue sin agradarte, ¿verdad? —preguntó Lyle. Se refería a Eliot.

Tadhg frunció el ceño, mirándolo; proyectó un golpe y una patada; después se inclinó, raudo; reculó un paso, al tiempo que Lyle hendía su brazo hacia él, y ladeó el dorso cuando intentó hacer lo propio con su pierna para atizarle una patada.

—La verdad —respondió entretanto Tadhg—, no sé cómo me siento al respecto.

—Debe ser extraño, ¿no? Ver a tu mejor amigo y a tu enemigo juntos. Sin embargo, desde que ambos están saliendo Eliot no se comporta como un auténtico imbécil, y ha mejorado su puntuación en las lecciones de Graham. —Lyle arqueó una ceja, ladino—. Además, se le ve sonriendo más a menudo. Debes admitirlo.

La risa de Eliot hizo eco en los oídos de Tadhg en ese momento, pero él no ladeó la cabeza en su dirección.

—Supongo.

La puerta doble resonó al abrirse. Al oírla, los aprendices cesaron sus combates y se volvieron al unísono. Un aire de inquietud y expectación colmó la atmósfera del patio de entrenamientos cuando vieron entrar a Rob y Edison, seguidos por media docena de agentes del futuro de su brigada.

Entretanto, los aprendices, raudos, formaron un semicírculo en torno en el área de combate con Louane Graham, que los apremió si bien sin mucho esmero, en el centro. Tadhg cruzó una mirada con su hermano cuando este se detuvo por fin con Ed a su lado y el resto de los agentes detrás.

—¿Lo sabías? —le preguntó Lyle a Tadhg en voz baja. Él negó con la cabeza.

Graham dio un paso al frente, alegre, y saludó a los recién llegados con su inusual buen ánimo de ese día. Rob apartó la mirada de Tadhg para fijarla en la entrenadora, cruzar algunas palabras («los dejo en tus manos», oyeron decir a ella) y estrecharle la mano. Seguido, Louane se marchó del patio de para desconcierto de todos los aprendices, salvo Tadhg.

Él sabía lo que aquello significaba. Debió prever que pasaría pronto; se habría preparado mejor.

«No es necesario —se dijo—. Elegirán a los mejores. Y yo estaré entre ellos.»

Rob dio un paso al frente y, con una leve sonrisa, miró de redondo a todos los aspirantes a agentes del futuro. Sus ojos verdes

relucían con mucha intensidad aquel día, reparó Tadhg. Conocía lo suficiente a su hermano para saber que algo lo inquietaba, y tenía una idea bastante aproximada de qué se trataba.

Tenía miedo. Sí, eso era. Estaban por anunciar los nombres de los tres mejores aprendices que harían la prueba final para convertirse en agentes del futuro, e indudablemente el de Tadhg estaría entre ellos. Rob debía temer por su hermano, que se enfrentaría por primera vez a los pyxis en una peligrosa (quizá mortal) gestión. «Nada me pasará», pensó en decirle después de que anunciaran los nombres.

«Estaré bien. Te lo aseguro», añadiría, sabiendo que plasmaría sus palabras.

—Hoy, como verán —empezó Rob con aplomo—, anunciaremos los nombres de los tres mejores aprendices que harán la prueba final de la academia para formar parte de nuestra organización. Edison, nuestra brigada y yo seremos, digamos, los padrinos de esta importante misión en la que solo tres de ustedes participarán. —Hizo una pausa y cruzó una mirada con Wode—. Mejor dicho, cuatro.

Un murmullo de alegría y sorpresa se propagó entre los aprendices.

—Sí, cuatro —continuó Rob, más serio que antes, acabando así con el murmullo de los aprendices—. La entrenadora Graham nos proveyó los nombres de los mejores de su clase y, observamos, el tercer puesto estaba emparejado por dos aprendices, así que Edison y yo decidimos darle a un cuarto participante la oportunidad de hacer la prueba final y adelantarse a su conversión en agente del futuro. Aquellos que no sean mencionados hoy, podrán culminar con éxito sus aprendizajes en la academia un trimestre más tarde bajo el resguardo de Louane Graham. Suerte.

Edison Wode dio un paso al frente; al parecer, sería quien anunciaría los nombres de los cuatro aprendices mejor puntuados. El patio quedó en absoluto silencio cuando Wode repasó con la mirada, verde oscura, los rostros de cada uno de los aprendices que esperaban la mención de su nombre.

Tadhg miró a Eliot y Dawit, que estaban tomados de las manos con expresiones tensas en sus rostros; por otro lado, Aaliyah, Miguel y Ellie estaban a ojos vistas nerviosos, y Lyle, para sorpresa de Tadhg, estaba tan tieso como una tabla, como si en ese momento dudara de ser uno de los mejores aprendices (y el favorito de la entrenadora Graham). Quizá temía quedar sin gloria ante Rob, que era su primo y uno de los agentes del futuro más reconocidos en la actualidad.

En fin. Había una docena de aprendices, incluido Tadhg, esperando que su imagen se materializara frente a sus compañeros, anunciándolo entre los mejores. Y sólo había cuatro plazas. El

nerviosismo crecía con cada segundo de tortuosa espera que transcurría.

Después, todo pasó muy rápido.

—Lyle Schmidt —llamó Edison.

Lyle, aliviado, dio un paso al frente. Todos aplaudieron. Aquello no era una sorpresa.

—Ellie Goldblatt —continuó Edison.

«¿Qué?», pensó Tadhg. ¿Ellie? ¿De verdad? La chica en cuestión sólo se había destacado en las últimas lecciones, donde venció en combate a Miguel, y, luego, a Aaliyah. ¿Cómo era posible entonces que ocupara el segundo lugar? En fin. Debía tranquilizarse. Vendría después, sí, se aseguró.

—Alicent Wynn —nombró Edison.

Y Alicent, también conocida como Aaliyah, avanzó, incrédula pero feliz.

Atónito, Tadhg buscó la mirada de su hermano con la suya mientras los aplausos hacia Aaliyah se disipaban progresivamente en el cálido aire de la tarde. Rob, al parecer, hacía lo imposible para no mirarlo. Tadhg lo entendió de pronto, y fue como si alguien lo golpeara en el estómago con un mazo.

Edison anunció:

—Y, por último, Eliot Kerr.

Si hubo aplausos, Tadhg no los escuchó. Enfurecido, salió del patio de entrenamientos antes de que cualquiera pudiera expresar enhorabuena a Eliot Kerr y, al mismo tiempo, preguntándose qué pudo haber hecho mal.

—¡Tadhg! ¡Detente! —Era Rob, pisándole los talones—. He dicho, ¡detente!

Tadhg no se detuvo, todo lo contrario, apresuró el paso. ¿Qué quería decirle Rob? ¿Que estaría bien? ¿Que tendría otra oportunidad? Si así fuera Tadhg ya no estaba seguro de quererla. Avanzó rápidamente por el largo sendero de estuco haciendo caso omiso a los llamados de su hermano.

—¡Detente!

La mano de Rob cayó en el hombro de Tadhg, que se volvió a una velocidad increíble y lo fulminó.

—¿Qué quieres? —espetó Tadhg—. En realidad, no quiero oírlo.

—Pero sí que quieres. —Rob estaba pálido y tenía la frente perlada de sudor.

—No, claro que no. —Agitó las manos, se dio vuelta y resopló —. ¿Eliot? ¿En serio? ¿Por qué?

—Yo no tuve nada que ver con eso.

—No, pero… pero pudiste haber hecho algo. Graham me

desprecia. No sé por qué. Ella lo hizo, es su culpa. Yo debía estar entre los cuatro. —Entonces se detuvo, se volvió de nuevo y miró a su hermano con el ceño fruncido—. ¿A qué te refieres con que sí quiero escucharte? ¿Qué es eso tan importante que quieres decirme?

—Graham opina que no tienes lo necesario para ser un agente del futuro —dijo Rob, tomando aire—. Que deberíamos librarnos de ti antes de que puedas destruir esta organización. Suena excesivo, lo sé. —Sonrió un poco—. Estas alegaciones las hizo después de tu pelea con Viktor Greer hace una semana.

«Oh —pensó Tadhg ocultado su impresión—. Eso.» Había olvidado por completo aquel incidente. Viktor Greer fue por un tiempo uno de los compinches de Eliot hasta que éste decidió enseriar su relación con Dawit, hace unos meses. Desde entonces, Viktor había tomado el lugar de Eliot adoptando su aptitud belicosa y desafiante; hacía bromas a los demás e inventaba historias que esparcía entre sus compañeros como rumores mal intencionados.

Tadhg fue protagonista de su última ficción; Dawit le contó el rumor que llegó una tarde a sus oídos (a mansalva susurrado por Viktor) y que afirmaba que Tadhg y Louane estaban liándose secretamente, algo que iba en contra de los códigos de la academia y los del propio Tadhg, además de ser una acusación seria contra una institutora y su aprendiz. «Nadie creerá semejante cosa —le había dicho Tadhg a Dawit después de oírlo—. Es evidente que la entrenadora Graham me odia.» Y así era, para lo que el rumor tenía una explicación.

—Dicen que, de esa forma, ambos ocultan la… la… química sexual que hay entre ustedes —farfulló Dawit.

—¿Qué? —Tadhg no dio crédito; quedó helado.

—Sí. Y Bryce, el mejor amigo de Viktor, asegura haberte visto en un restaurante con Graham.

«Sí, así fue, pero, por lo visto olvidó decir que Rhys y mis padres también estaban allí, y que aquel fue un encuentro fortuito; sin contar, claro, que Louane estaba acompañada», habría dicho Tadhg. Pero no lo consideró necesario.

—Como sea, nadie lo creerá.

Al día siguiente, un día después de que el avieso rumor recorriera todo el campus, Tadhg se hallaba en el patio de entrenamientos siendo foco de las miradas acusadoras de sus compañeros. Y por añadidura, cuando Graham lo llamó para que pasara a la liza, no lo hizo con su tono habitual de desprecio, lo que, percibió Tadhg, avivó aún más las sospechas en su contra.

Entonces, por lo bajo, escuchó las risas de Viktor y Bryce y no pudo controlarse…

—Tadhg —repuso Rob—. No debiste pelear con Viktor estando

tan cerca la prueba final.

—No sabía que sería esta semana —dijo Tadhg como si aquello de verdad lo hubiese impedido.

—Louane también blandió ante el consejo la intensa discusión que tuviste con Dawit de hace algunos meses, y en medio de una lección, apuntó ella. —Rob lo miraba intensamente. Tadhg no pudo soportarlo, resopló y apartó los ojos; aquel incidente en absoluto lo enorgullecía—. Como sea, creo, por lo visto hoy, que Louane tiene razón en una cosa. Más allá de tu destacada capacidad para el combate, todavía debes aprender una de las lecciones más importantes de los agentes del futuro.

Tadhg frunció el ceño.

—¿Cuál?

—Trabajo en equipo.

Tadhg reflexionaba. Las palabras de Rob y, por lo general, de su madre, causaban este efecto en él. Tenía razón. Había cavado su propia tumba al enfrentarse de esa forma a Viktor (sin mencionar lo ocurrido con Dawit hace algunos meses, pensó sombrío). Aun así, este pensamiento no atenuaba la desilusión que lo embargaba. Su orgullo estaba herido. Y, desde luego, no había absolutamente nada que pudiera hacer para remediarlo.

—¡Tadhg! —llamó Dawit, agitando las manos ante él—. ¿Estás ahí?

Tadhg parpadeó.

—Más o menos —respondió vagamente. Caminaban por el sendero de losas y estuco que discurría como una corriente hacia dependencias a través de la vasta planicie de césped que rodeaba a los edificios de la academia como un océano verde brillante. Arriba, el sol esplendía con un fulgor cada vez más opaco propio del atardecer, y una bandada de pichones sobrevolaba hacia el oeste con dirección al río Hudson.

Dawit le puso una mano en el hombro.

—Tranquilo. Ya tendremos nuestra oportunidad.

—¿En serio? —Tadhg suspiró—. Lo mismo dijo Rob. ¿Acaso no te lo dije?

—Eh..., no. —Quitó la mano y volvió la vista al frente—. Me contaste que te dijo por qué Graham no te incluyó entre los cuatro mejores de su clase, nada más. Y, por tu mirada, puedo adivinar que das razón a la verdad aunque sea dolorosa.

Tadhg se detuvo y lo miró fulminante.

—¿Estás queriendo decirme que me lo merezco? Quizá tengas razón, pero eres mi mejor amigo. Deberías apoyarme.

—Eso hago. Y recuerda que yo tampoco he quedado entre los cuatro mejores y estoy bien.

—Como sea. —Resopló—. Tú merecías estar entre los cuatro mejores más que… que…

—¿Quién? —atajó Dawit y levantó una ceja—. ¿Eliot?

—Sí. —Tadhg cuadró sus anchos hombros. Dawit sabía bien que su mejor amigo y su novio seguían sin agradarse, así que Tadhg no tenía motivos para fingir lo contrario. Se volvió. Dawit dio dos pasos, situándose a su lado, y siguieron caminando.

—Oye, al menos Viktor y Bryce no han quedado entre los mejores…

—¿Y se supone que eso debe confortarme? —replicó secamente Tadhg—. No lo creo.

—Sí. —Dawit suspiró—. Eso supuse.

Los edificios de dependencias eran cuatro (dos para chicas, dos para chicos); se encontraban regados en el suroeste del campus y parecían dos pares de dados a los que les habían borrado los puntos numéricos; pero aquel blanco impenetrable, visto desde el exterior, era solo una ilusión óptica causada por cristales policromados que cubrían toda la perfecta estructura cuadriforme.

Tadhg y Dawit entraron al edificio. En seguida notaron una levísima agitación en el ambiente. Los aprendices caminaban en tropel por el amplio pasillo de la planta baja, farfullando. Tadhg no prestó atención a lo que fuera que estuviesen diciendo; supuso que ya la noticia de su exclusión de la prueba final se había extendido como pólvora por el campus.

La habitación de Tadhg y Dawit quedaba —por desgracia a la sazón de los recientes acontecimientos— en la cuarta planta del edificio, por lo que ambos fueron foco de atención del resto de los aprendices que merodeaban por el pasillo. Se estarían burlando, pensó. Sin embargo, Tadhg no se atrevió a mirarlos a la cara, quería llegar a su alcoba con la frente en alto. Y eso haría.

En silencio, ingresaron a uno de los elevadores. Tadhg tomó aire.

El ascenso fue inusualmente rápido; las puertas se abrieron casi un segundo después de haberse cerrado. Fuera, el pasillo estaba colmado de más aprendices. ¿Qué estaba sucediendo? Tadhg cruzó una mirada fruncida con Dawit. Avanzaron, notando que los jóvenes se acopiaban en el tramo donde quedaba su habitación. Un rumor levísimo, apenas audible, se extendía a lo largo del pasillo.

La puerta de su recámara estaba abierta, entrevió Tadhg. Lo que sea que causaba aquella vibrante quietud parecía provenir de allí.

La multitud que se apiñaba frente a la puerta guardaba un silencio expectante, efervescente. Parecían ansiosos. Tadhg se acercó a la vez que se preguntaba qué podía llamar tanto la atención de los aprendices de esa forma. Quizá Miguel, su otro compañero de cuarto, estaba dando otro de sus conciertos acústicos. No, imposible. Lo habrían oído cantar apenas se abrieron las puertas del elevador. Y la última vez no había recibido tanta atención como parecía ahora.

«No; es otra cosa.»

Fuera lo que fuese, estaba por descubrirlo. Se abrió camino hacia la entrada dando codazos y lanzando miradas asesinas, su especialidad. Ya dentro, lo primero que vio fue a Miguel, sentado en su cama con la espalda recta, las manos tomadas sobre el regazo y una expresión tensa en el rostro. Ladeó la cabeza y abrió mucho los ojos al ver a Tadhg y a Dawit parados en la puerta. Se levantó. De pronto, Tadhg se fijó que no estaba solo.

Sentada al frente, en la litera que compartían Tadhg y Dawit, estaba la madre de Tadhg.

—Mamá —soltó él—, ¿qué haces aquí?

Ella se levantó regiamente.

—Rob me ha contado lo que sucedió hoy —dijo. Terció la mirada—. Hola, Dawit.

Ella hilvanó una radiante sonrisa. Dawit cruzó el espacio con naturalidad y la abrazó.

—Tía Evelyn —dijo después, curvando una ceja—, de haber sabido que vendrías habría ordenado un poco… Oh, mierda… —Se inclinó y tomó unos calzoncillos (usados, probablemente) que estaban tirados en el piso a los pies de la cama. Se los arrojó a Miguel (el dueño, quizá), quien se los llevó con las manos a la espalda, ocultándolos, para luego esbozar una sonrisa torcida a la vez que avergonzada. Dawit fingió una tos—. Lamento eso. ¿Quieres algo de beber?

Evelyn parecía divertida.

—No, estoy bien.

Tadhg carraspeó; cruzó los brazos ante el pecho y frunció el ceño.

—¿Qué haces aquí? —repitió.

—Quería hablar contigo. Como decía, Rob me contó sobre el asunto de la prueba final.

—¿Y has venido a consolarme? No era necesario.

—He venido para hablar —replicó. Y añadió categórica a la vez que llevaba la mirada hacia la puerta—: En privado.

Tadhg se volvió siguiendo la mirada de su madre. La multitud había crecido junto a la puerta. Había, más o menos, tres docenas de rostros curiosos asomándose por ella. La mayoría tal vez jamás vio a la

famosa Furia en persona hasta ese día. ¡Y vaya momento para conocerla! En medio de una escenita madre-hijo como esa. Su madre era, digamos, una celebridad, y Tadhg había tenido que lidiar con ello toda su vida. Por otro lado, la inesperada visita de su madre desviaría la atención de lo sucedido aquel día. Mañana todos estarían hablando de la aparición de Furia en el campus y no del fracaso de su hijo. Qué bien.

Tadhg miró a Dawit. Éste asintió, tomó a Miguel por la manga de la camisa y lo llevó a fuera mientras el público congregado empezaba a dar muestras de vida suscitándose un leve bullicio. Tadhg se aseguró de cerrar la puerta y luego se giró hacia su madre, que había vuelto a sentarse en la cama inferior de la litera (la cama de Tadhg).

Tadhg suspiró.

—¿De qué quieres hablar?

Más tarde, Tadhg y Dawit se disponían a dormir. Miguel se les había adelantado, pues, a la sazón, ya estaba entregado a los dulces brazos de Morfeo; sus leves ronquidos flotaban como murmullos quedos en la atmósfera tranquila que regía en la habitación.

Dawit inquirió:

—Entonces, ¿no me dirás? —Subió a su cama, en la parte superior de la litera, dando un salto.

—Nada importante. —Tadhg habló con tono anodino—. Sólo quería saber cómo me sentía después de mí… —Hizo una pausa, tomó aire y continuó—: Mi descarte de la prueba final. Temía que mi reacción ante la noticia fuera, ¿cómo dijo?, desmedida.

—Ya. —Dawit bostezó—. Se nota que tu madre te conoce bien.

—Sí.

Tadhg se sacó la camisa por la cabeza, se descalzó y se metió en la cama, abrigándose, después, con la pesada colcha. Aplaudió, y la única luz encendida se apagó sumiendo al cuarto en una difusa oscuridad. Únicamente los sutiles ronquidos de Miguel llenaban el silencio que los envolvía como un manto denso y oscuro.

—¿En serio fue sólo por eso? —volvió preguntarle, al cabo, Dawit, quien, como de costumbre, no se creía tan fácilmente sus argucias. «Mi madre no es la única que me conoce bien», pensó veladamente Tadhg.

—No —reconoció él—. Pero sí, según ella, fue el motivo principal de su visita.

—Ya.

Escuchó otro bostezo. Un minuto después, los resuellos de Dawit se incorporaron a los de Miguel formando una suave canción a dos voces que resonaba débilmente en la habitación. Tadhg cerró los ojos también a la vez que trataba de apartar severamente de su mente los recuerdos de ese día. El peor día, por mucho, de toda su vida. Antes de quedarse dormido, las palabras de su madre rozaron su mente con una ternura infinita, llevándolo así, sin más, a los abismos de un profundo sueño. «Jamás olvides tu cometido —le había dicho ella—. Sé el héroe que el mundo merece. De ti depende...»

Notó una luz insistente que le aporreaba los párpados. Eso lo despertó con una queja en los labios. Entreabrió los ojos a regañadientes. Al principio, sólo logró distar un par de figuras oscuras recortadas por el brillo que provenía del otro lado de la puerta. Hablaban en murmullos. Tadhg no alcanzaba a entender una sola palabra de lo que decían.

Daba igual, pensó. Sólo quería que lo dejaran dormir. Con una maldición, se incorporó en un codo aun con los ojos entrecerrados.

—¿Qué ocurre? —preguntó. Su voz sonó más áspera de lo normal.

Los murmullos cesaron, dando paso a un silencio tan sólido como una pared.

—Tadhg. —Era Dawit. Al menos, eso parecía. La voz era la misma. Tadhg lo percibió acercarse y sentarse en el borde de la cama mientras se tallaba los ojos con el puño de la otra mano. Cuando acabó, la cara de Dawit emergió ante él de entre las sombras del sueño; parecía turbado—. Ha sucedido algo.

Tadhg se irguió.

—Debe serlo —dijo—. De lo contrario, no me habrías despertado a mitad de la noche. Por cierto, ¿qué hora es? —Ladeó la cabeza y halló a Miguel, también despierto, sentado en su cama frente a la litera. ¡Espera! Si Miguel estaba allí, entonces ¿quién estaba en la puerta? Echó un vistazo. Eliot estaba reclinado contra el rellano de la puerta, mirándose las uñas con aire impasible—. ¿Qué hace él aquí? —soltó, crispado.

—Eh… —empezó Dawit, poniéndose en pie. Miró a Miguel, en busca de ayuda, y éste encogió un hombro, confuso. Seguido, reculó, farfullando, hasta toparse de espaldas con Eliot, quien, negando con la cabeza, le puso una mano en el hombro para detenerlo en lo que parecía un pueril intento de huida.

—He venido a darte buenas noticias —informó Kerr. Su voz

expedía aquella nota jactanciosa que a Tadhg le hervía la sangre—. Parece, Goodbrother —expresó radiante—, que la suerte ha vuelto a sonreírte.

Tadhg apartó la colcha, confundido.

—¿De qué estás hablando?

Dawit y Eliot compartieron una extraña mirada, como si estuvieran zanjando, tácitamente, quién debería proceder a contarle aquella «buena noticia» que mencionó Kerr. El silencio colmó la habitación. Mientras, Tadhg, que empezaba perder la paciencia con la espera, sacó los pies de la cama y le dirigió a su amigo, y al novio de éste, una mirada fulminante. Al final, Dawit tomó aire y le informó lo que, según Eliot, se había decidido recientemente que Tadhg participaría en la prueba final después de todo en vista de la repentina indisposición de uno de los participantes que ya habían sido elegidos.

—Tadhg —repitió, por último, Dawit—. Irás a la prueba final. Eso ha venido a decir Eliot. —Y sonrió.

—*¿Qué?* —soltó Miguel en español, levantándose. Parecía atónito.

—Sí. —Tadhg también se puso en pie, dirigiéndole, automáticamente, una mirada desconfiada a Eliot—. ¿De qué se trata todo esto? ¿No será una de tus estúpidas bromas, Kerr? Porque, si ese es el caso, no estoy dispuesto a tolerarlo.

Eliot se irguió y cuadró los hombros, apretando los puños al costado.

—¿Y qué harás al respecto, Goodbrother…, si es una broma? —dijo en tono desafiante. Vestía la oscura indumentaria de los agentes del futuro, y llevaba el cabello, rojo y lacio, peinado hacia atrás. Con una sonrisa, dio un paso al frente y preguntó—: ¿Vas a golpearme como a Viktor?

Tadhg bufó una palabra ininteligible.

—¡Deténganse, los dos! —intervino Dawit, alzando las manos, y se interpuso entre ellos. Miguel se levantó y puso una mano en el hombro de Tadhg (como si eso fuera a detenerlo, pensó éste) al mismo tiempo que la tensión en la atmósfera se ralentizaba lentamente—. Nadie golpeará a nadie.

Tadhg seguía taladrando a Eliot con la mirada; Kerr tenía aquella expresión, entre guasona y arrogante, que lo hacía enfurecerse a límites inexpresables. Quería golpearlo. ¡Vaya que sí! ¿Qué podía perder ahora si lo hacía? «Empero —le habló su subconsciente—, si Kerr ha dicho la verdad, entonces, golpeándolo, podrías perder la oportunidad que has estado esperando toda tu vida.» No, darle una paliza a Eliot no lo valía en absoluto.

«Sé el héroe que el mundo merece», le había dicho su madre.

—Tadhg —decía Dawit. Lo miraba fijamente. Tadhg nunca lo

había visto tan serio como en ese momento. «Joder, y estuve a punto de arruinarlo todo»—. Te puedo asegurar que no se trata de ninguna broma.

—Ah, ¿no? —dijo Tadhg como si no acabara de llegar él mismo a esa conclusión.

—No —increpó Eliot. Ya no parecía furioso, se fijó Tadhg; de pronto, aquella furia de hace un instante se había diluido como azúcar en un vaso de agua. Ahora, dándole crédito al tono de su voz, parecía cansado de aquella conversación. En el pasado, Kerr habría rebatido hasta el final sin perder el ánimo. «Por lo visto, Lyle tiene razón: ya no es el imbécil que solía ser»—. No sé por qué me eligieron a mí —decía Kerr—, en lugar de Schmidt, para darte el mensaje, porque es evidente que se llevan de maravilla.

—Como sea —espetó Tadhg. Juntamente, sintió que Miguel retiraba la mano de su hombro—. ¿Quién fue?

Eliot frunció el ceño. Había dicho (o, mejor dicho, Dawit) que uno de los cuatro participantes de la prueba final estaba indispuesto, y que por ello el consejo de la academia había decidido permitir la participación de Tadhg en la misma. Sin embargo, en lo dicho, no aludió el nombre del participante afectado.

—Aaliyah —dijo Kerr en tono neutral. Luego explicó que Aaliyah no se había presentado más temprano en la reunión de preparación de la misión de esa noche, por lo que Rob envió a dos de sus hombres a su cuarto de dependencias para averiguar el motivo. Ella no estaba, pero sí una de sus compañeras de cuarto. «Está la clínica —informó la joven con voz trémula, según contaron a Rob—. Está enferma. Y mucho. No paraba de vomitar y delirar sobre el pastel de carne relleno de gusanos (esa tarde, comimos pastel de carne en el comedor, y Aaliyah engulló dos raciones; estaba bueno).» Sí, tan bueno que se intoxicó a unas horas de la que podría ser la prueba más importante de su vida. Eliot suspiró al finalizar su relato.

«Aaliyah», pensó Tadhg apenado. Sintió un pinchazo de culpa por haber pensado antes que merecía más que cualquiera un lugar entre los cuatro participantes de la prueba final, incluso Aaliyah. Yo no estaba tan seguro de merecerlo. De hecho, sí estaba seguro de no merecerlo. Miró a Dawit.

—¿Estás bien? —preguntó su amigo.

Tadhg asintió vagamente.

—No habrás comido del pastel de carne en el almuerzo, ¿verdad? —dijo Miguel.

Tadhg lo miró fríamente y negó con la cabeza.

—Bien —soltó Eliot—. Porque debes prepararte. Tienes quince… —Y rectificó tras consultar la hora en el reloj junto a la cama de Miguel—, mejor dicho, diez minutos, para reunirte con la brigada

de Rob en el aeródromo de la academia. No tardes, Goodbrother. O te arrepentirás el resto de tu vida.

Y, dicho esto (con una sonrisa, además), salió de la habitación.

Cinco minutos después, Tadhg volvió a encontrarse con Eliot fuera del edificio de dependencias. Kerr no manifestó su sorpresa al verlo salir, preparado, en menos de la mitad del tiempo determinado, cosa que no esperó conseguir Tadhg. Se miraron. Luego, sin más, echaron a andar en silencio por el sendero que recorría el campus pasado un cuarto de la media noche.

Hacía frío, naturalmente. Por fortuna, Tadhg tenía en su haber una chaqueta de triple forro de pana y guantes de cuero sintético negros que le combinaban con el resto del atuendo. Juntó las manos ante la boca y exhaló, para condensar el calor. A su lado, impávido, caminaba Eliot. Tenía la vista al frente, y al abrir su boca, apenas una rendija, manó un vaho blanco espectral.

Tadhg volvió la vista al frente antes de que Eliot notara que lo estaba observando.

—Oí que tu madre estuvo aquí —lo oyó decir.

Tadhg lo miró con el ceño fruncido, preguntándose qué debería responderle.

—Sí —dijo simplemente.

Kerr asintió.

—Supongo que se enteró del resultado de la reunión de hoy en el patio de entrenamientos.

—Sí —repitió Tadhg.

En seguida, tomaron el trecho de la senda que llevaba directamente hacia el aeródromo. Tadhg se fijó que, desde donde estaban, se lograba distinguir el gran redondel ampliamente iluminado y las naves que se hallaban detenidas en él. Y si ponías un poco más de empeño, también podías entrever pequeñas figuras, como hormigas, moviéndose entre las sombras bajo las aeronaves. El ligero rumor de las hélices llegaba hasta ellos.

—Me habría gustado estar allí —decía Eliot, sin mirarlo. Tadhg lo observó sin comprender de qué estaba hablando, y se fijó que tenía una sonrisa radiante y una mirada que podía pasarse por soñadora, ambas cosas que no le había visto antes, que recordase (salvo, quizá, cuando estaba con Dawit, pensó con ojeriza)—. Quiero decir —siguió diciendo—, jamás la he visto en persona.

Tadhg frunció el ceño.

—¿Quién?

Eliot parpadeó, de golpe, como si fuera sacado de un poderoso encantamiento; carraspeó y le echó una mirada hostil («Allí estaba, el Kerr de siempre») como si acabara de notar su presencia y esto le desagradara a un nivel inenarrable.

—Nadie —espetó, la vista al frente. Y siguió caminando firmemente.

Pasados algunos minutos, llegaron al aeródromo, donde las rachas de viento que desprendían las hélices de la nave encendida resultaban estentóreas, como estar, más o menos, dentro de un afanoso torbellino. De cerca, la nave era imponente, como para quitarle el hálito a cualquiera. Excepto a Tadhg. Él, impasible, deslizó la mirada de ella hacia la sombra que depositaba uno de sus alerones laterales sobre el grupo de hombres y mujeres que estaban allí reunidos; algunos de los cuales se disponían a abordarla, se fijó. Entre ellos, Ellie, Lyle y Eliot, que se les unió después.

Rob se acercó apenas lo vio, con su sombra (Edison Wode) pisándole los talones.

—Estás aquí —expresó su hermano, e intentó sonreír, aunque no le salió natural.

Tadhg sabía lo que su hermano pensaba sobre él y la peligrosa tarea —cualquiera que fuese esta— que estaba por emprender, pues Rob se lo había dicho esa misma tarde. «Más allá de tu destacada capacidad para el combate, todavía debes aprender una de las lecciones más importantes de los agentes del futuro. Trabajo en equipo», había dicho, entre otras cosas. Tadhg no había podido sacarse estas palabras (y las de su madre) de la cabeza desde que las escuchó. Aquella noche había tardado en conciliar el sueño antes de que este le fuese interrumpido, de golpe, cuando por fin había logrado alcanzado.

—Sí —dijo escuetamente Tadhg. No tenía recelos hacia su hermano. Rob había dicho lo que pensaba, como hacía siempre, y como era habitual, también tenía razón. Debía pensar un poco menos en él, y más en su equipo. «Le demostraré que puedo trabajar en equipo»—. Ya sé que no te agrada que esté aquí —soltó, llevando la vista hacia la formación que empezaba a abordar la nave.

—Te equivocas, Tadhg. Estoy feliz.

—Pero…

Rob arrugó el ceño.

—No he dicho *pero*.

Tadhg enarcó una ceja.

—Todavía.

—No hay manera de que lo sepas. —Rob sonrió, una risa radiante que, según había oído, sacó de su abuelo paterno, que era un Schmidt; un vaho blanco surgió de su boca con aquella risa y el alegre

centelleo de sus verdes ojos—. Sin embargo, espero que todo salga de maravilla en la prueba final.

—¿Y de qué se trata?

Cerca, alguien se aclaró la garganta. Los hermanos volvieron la mirada. Era Edison. Llevaba allí todo el tiempo de la conversación, callado, tal cual como una «sombra». Su mirada verde cruzó el rostro de Tadhg con un vistazo antes de fijarse de nuevo en Rob.

—Debemos irnos. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

¿Era su impresión, o Wode estaba culpándolo por debajo de cuerda de ser la causa del retraso?, pensó Tadhg.

Rob asintió.

—Ed tiene razón. Vamos.

Ya abordo, Rob, lúcido, procedió a explicarle a los aprendices en qué se fundamentaba la prueba final: debían patrullar Midtown y preservar a los ciudadanos del ataque de los pyxis —si lo había, claro — durante una semana. Era, puntualizó Rob, un período de prueba en el que se observaría la reacción de los participantes en el campo, y asimismo, sus habilidades para hacer frente en una eventual acometida a gran escala de los pyxis.

«Habilidades, ¿eh? —pensó Tadhg—. Como trabajo en equipo.»

Su hermano no lo mencionó entre las que se tomarían en cuenta, y tampoco hizo falta.

Tadhg presentía que serían noches largas las de la siguiente semana. El centro de Manhattan, sabía, era una de las zonas que con frecuencia sufría ataques de menor escala de los pyxis. La mayoría, causados por pyxis'avalh recién convertidos. Otros, poco usuales, por uno que otro pyxis'szoth que lograba infiltrarse en la red eléctrica o en una toma de agua, o de un par de un pyxis'vull que se separaba de su hervidero y terminaba sobrevolando entre los rascacielos, causando terror.

Como fuera, la mayoría de estos ataques eran inofensivos y ocurrían con cierta regularidad (no demasiado), y cuando sucedían, los agentes del futuro, operando efectivamente, se presentaban en el lugar de los hechos y conseguían escudar a los ciudadanos; además, prevenir estos ataques se había vuelto «pan comido», como diría su abuelo, gracias a los progresos tecnológicos, en lo que respecta a protección ciudadana (la mayoría, huelga decir, impulsados por la propia agencia del futuro) de la última década.

Esto, sin embargo, no quería decir que la prueba final fuera a ser una completa y aburrida pérdida de tiempo. Tadhg aspiraba a

tener al menos dos enfrentamientos con los pyxis; hasta ese momento, sólo se había enfrentado a uno de ellos, en un incidente que no quería recordar y que a punto estuvo de costarle la vida. Y, claro está, las realistas (y en absoluto letales) simulaciones del programa de preparación de la academia, en la que se recreaba en *cuarta dimensión* distintos escenarios en los que debía enfrentarse al enemigo empleando las nociones de combate adquiridas hasta el momento.

Tadhg había sobresalido. Aunque no tanto como para quedar entre los cuatro mejores del curso, pensó airado. Así y todo, allí estaba, e iba a demostrar que era el mejor, que mereció estar allí desde el inicio, que podía ser un héroe tal como había dicho su madre, y que podía trabajar en equipo.

Oyó una risa.

Era Eliot, que hablaba amenamente con Ellie en el extremo contrario de la hilera de asientos. Qué difícil, se dijo. Trabajar en equipo con Kerr no resultaría una de las experiencias más enriquecedoras o placenteras de su período de formación, pero debía intentar sobrellevarlo lo mejor posible.

Al terminar su explicación, Rob se levantó y se acercó a Edison y al hermano de este, Sett, que estaba pilotando la nave. Por la ventana, se podía ver parte de la estructura de los altos rascacielos de Midtown («Hemos llegado», pensó Tadhg, como si hubiese olvidado de repente que la academia y el lugar donde sería la faena quedaban en la misma isla) y más autos voladores de los que se pudieron haber contado hace una década.

De pronto, Lyle, visiblemente animado, se dejó caer en el asiento que antes ocupó Rob.

—Una semana, ¿eh? —repuso Lyle. Se había dejado crecer el cabello, castaño oscuro con ondulaciones, hasta la parte baja del cuello, y con la mirada al frente, Tadhg apenas podía ver la línea de su perfil y la curva que formaban sus labios en una sonrisa, una sonrisa que parecía pugnar para no convertirse en una estruendosa carcajada. Y entonces Tadhg lo supo aunque no expresó nada respecto a esta reciente revelación: Lyle estaba muerto de miedo e intentaba disimularlo.

Tadhg suspiró.

—Eso dijo.

—Vaya, entonces, que será una larga semana.

La emoción en su voz salió forzada, notó Tadhg. Mantuvo la vista al frente.

—Sí.

—Qué terrible lo que le sucedió a Aaliyah. He ido a la clínica antes de reunirme con los demás en el aeródromo y lucía quebradiza. Nunca la había visto así. Cuando estuve allí, el doctor entró a la

habitación y tomó una pequeña muestra de sangre para hacerle una prueba. Al parecer, sondean la posibilidad que pudo tratarse de un envenenamiento. Y que este fue intencional.

Tadhg se irguió.

—¿Qué? —dijo boquiabierto—. ¿Quién le haría eso a…?

Al ladear la cabeza, se fijó que Lyle estaba mirándolo fijamente como si intentara hallar la verdad en la expresión de su rostro o en el brillo onírico de sus ojos. Algún indicio. Tadhg quiso golpearlo en la cara por mirarlo de esa forma acusadora («¿Cómo se le ocurre pensar que he sido yo el culpable? ¿Que la envenené?»), en cambio se limitó a resistir su mirada apretando los puños a los lados, conteniéndose, mientras la nave descendía lentamente frente al Rockefeller Center y los agentes de la brigada de Rob se agolpaban, armados, ante la escotilla de salida. Eliot pasó frente a ellos, presumido, llevándose la atención, y Tadhg se preguntó en su fuero interno «¿por qué coño envenenarían a Aaliyah y no a Kerr?»

Pasaron dos noches, tres, y no hubo un solo avistamiento o ataque de pyxis en Midtown que debieran intervenir. La cuarta noche transcurrió igual que las anteriores, o incluso más tranquila, tanto como se podía en pleno centro neurálgico de la ciudad. Tadhg empezaba a inquietarse por la extraña ausencia de los pyxis, pues en el pasado esto había precedido un hecho terrible: los pyxis habían perpetrado un ataque a gran escala.

Con todo, si los demás no se preocupaban, entonces por qué debería hacerlo él, ¿verdad?

Tadhg se preguntaba a menudo qué pasaría al final de la semana si no llegaban a enfrentarse a ningún pyxis; ¿igual pasarían la prueba? ¿Cómo demostrarían sus habilidades en el campo si durante estas siete noches no ocurría ninguna «eventual acometida a gran escala de los pyxis», como lo llamó su hermano?

Le habría gustado preguntárselo a Rob, sí, pero su hermano, Wode y el resto de la brigada habían dejado a los cuatro aprendices rondando las calles cercanas a Bryant Park desde la segunda noche en que empezara el período de prueba; Tadhg ya se sabía de memoria los nombres de todas las tiendas que había a lo largo de la calle 40 entre la Quinta y la Sexta Avenida.

Debía calmarse, se decía. *Ellos* aparecerían pronto. Pero a veces tenía la impresión de que su paciencia también se estaba poniendo a prueba, y Tadhg no era de la clase de joven adepto del estoicismo, como Lyle, que apenas conversaba mientras hacían juntos sus rondas

en completo silencio.

Lyle seguía sospechando que Tadhg había envenenado la comida de Aaliyah, por ello se mostraba más distante de lo normal. Tadhg había considerado innecesario sacarlo de su error, en vista de que todas las pruebas parecían apuntar en su contra, aunque aún no se había confirmado que Aaliyah hubiera sido envenenada intencionalmente de alguna forma. Noches atrás se había preguntado por qué alguien habría envenenado a la chica y no a Eliot, y la respuesta le llegó de golpe a su mente como si se la hubiesen susurrado al oído y hubiera encendido una luz en la lobreguez de su ignorancia.

Todos sabían que Eliot no le agradaba. Y el sentimiento era mutuo. Se lo habían expresado uno al otro a menudo en los últimos dos años, desde que empezaron su fase de formación en la academia. Si Tadhg lo hubiera envenenado, todos, al punto, lo hubieran señalado aunque no hubiese pruebas en su contra.

—¿Qué crees que pasará al final de la semana si continuamos como hasta ahora? —preguntó, serio, Lyle, cuando de detuvieron frente a la solemne fechada de la biblioteca pública de Nueva York, en la Quinta Avenida, al final de otra tranquila (demasiado, por desgracia) jornada; era la quinta noche de la prueba final.

—No lo sé —respondió Tadhg. Miraba la biblioteca pública con una intensidad desconcertante—. Creo que lo descubriremos cuando llegue el momento.

—Quizá tu hermano nos invite a unirnos a las incursiones de Washington Heights, donde, imagino, ha estado mucho más ocupado que nosotros estas últimas cinco noches.

Rob y sus hombres estaban brindando apoyo a la brigada de aquella jurisdicción en la que parecía una larga campeada para desmantelar una red de tráfico ilegal de material pyxiriano en uno de los barrios más inseguros —por no decir «el que más», dado el extenso historial acumulado a lo largo de varias décadas— de la ciudad de Nueva York. Como fuera, la misión, más allá de su ambigua ubicación, parecía muy importante.

En la actualidad, el material genético de los pyxis era codiciado por muchos científicos que deseaban adquirir o experimentar con varias de las habilidades que este podía ofrecerles, por lo que era habitual que se pagaran por debajo de cuerda garrafales sumas de dinero por él en el mercado negro.

—Sí. Yo también... —Tadhg suspiró hondo, dejando escapar un vaho blanco de sus fauces, y apartó su mirada obnubilada de la biblioteca, a la que nunca antes había entrado y que de repente suscitaba un extraño sentimiento en él—. Yo también espero que nos invite a unirnos a las incursiones, de lo contrario, esta experiencia,

que debía resultar la más extraordinaria de mi vida, terminará siendo la más aburrida de todos los tiempos, y también la más decepcionante.

Lyle asintió.

—Sí. Estoy de acuerdo.

Al mirarlo, Tadhg se fijó que estaba esbozando un amago de sonrisa. También él.

—Sigues pensando que yo lo hice.

Lyle lo miró y frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué cosa?

—Aaliyah.

—Ah, eso. —Curvó las cejas y volvió la vista al frente, hacia la biblioteca—. No debí pensar eso de ti. Lo siento.

—¿Qué quieres decir?

Lyle lo miró de nuevo, directamente a los ojos.

—Las pruebas de Aaliyah arrojaron que no hubo envenenamiento. Sólo se trataba de un trozo de carne, en el pastel, que estaba caducado. Ella, además, no fue la única que terminó intoxicada, al día siguiente se reportaron dos casos más, dos aprendices con los mismos síntomas que Aaliyah. —Mientras hablaba, Tadhg no pudo evitar notar un rubor en sus mejillas que, a la par de su tono de voz, constataba el malestar que sentía por haberlo señalado injustamente—. De verdad, lo siento.

Tadhg bufó con una sonrisa.

—Olvídalo. Yo, en tu lugar, también habría sospechado de mí.

La sexta noche de la prueba final transcurría igual que las anteriores: increíblemente aburrida. Al menos, eso parecía. Pasada la medianoche, Tadhg y Lyle estaban doblando la esquina entre la Sexta Avenida y la 39 cuando el comunicador de Lyle empezó a vibrar escandalosamente. Ambos se detuvieron, y así, «por fin», fueron informados por Ellie de un ataque en progreso en un restaurante mexicano en la 42 con salida al metro.

—¡Joder, lo que estábamos esperando! —soltó Tadhg, alegre como un niño al que se le cumplía su deseo navideño.

A su lado, Lyle no parecía menos emocionado. Tenía una curva en los labios que podía pasarse por sonrisa.

Al punto, echaron a correr hacia el lugar en cuestión pasando entre la marea de personas que transitaba la Sexta Avenida. Tadhg sentía los latidos de su corazón como martillazos en el pecho; no podía dejar de sonreír.

Y, de golpe, aquella sonrisa se evaporó de su cara, como una

pilastra de humo barrida por una ráfaga de viento, cuando observó la algarabía que había más adelante. El frío incrementó, el aire de pronto se volvió denso como si una nube de vapor se aglutinara entre los edificios a lo largo de la avenida. Había personas huyendo. Gritos. Alarmas de autos que sonaban lejanamente.

Atónitos, Tadhg y Lyle cruzaron una mirada y se fijaron que la emoción de hace un instante se había diluido en sus ojos y había sido sustituida por el miedo. Un graznido agudo, terrible, los llevó a mirar hacia arriba, hacia el cielo negro: un par de vulls pasó sobrevolando sobre ellos dirigiéndose, claramente, al epicentro del imperante caos de la Sexta Avenida.

Tadhg bajó la mirada.

—¿Preparado? —oyó decir a Lyle. Sus ojos castaños tenían una luz vibrante.

—¿Qué hay de Eliot y Ellie?

—¿Qué sucede con ellos? —inquirió Schmidt, que fruncía el ceño de manera elocuente.

Era evidente que ataque en el restaurante mexicano no tenía que ver con lo que sucedía allá adelante, observó Tadhg; que podrían estar en peligro, por nada Eliot habría permitido que Ellie solicitara refuerzos; Eliot querría llevarse todo el crédito.

—Déjalo —soltó Lyle.

Tadhg lo miró como si se hubiese vuelto loco.

—¿Qué?

Lyle abrió la boca para responder, pero un potente zumbido en el cielo cortó sus palabras. ¿Más vulls? No. Era una aeronave. Y, por lo visto, se dirigía a Bryant Park. Eran agentes del futuro, pensó Tadhg. Esa, sin embargo, no era la nave de la brigada de Rob. Entonces ¿quién…?

—Kole —dijo Lyle en voz baja. Miraba la trayectoria de la nave.

—¿Qué hace aquí?

—Siguiéndolos.

«Oh, vaya.»

Tadhg hizo un rápido repaso mental («Sí, déjalo que se lleve todo el crédito; algo más importante te está esperando», arguyó su consciente) antes de tomar su arma, que estaba adherida a la parte externa de su muslo derecho, y volverse hacia Schmidt.

—Vamos —dijo.

Lyle pareció confuso.

—Creí que…

Pero, antes que Lyle pudiera terminar la frase, Tadhg echó a correr.

Bryant Park era, como previó Tadhg, un hervidero de pyxis'vull y caos. Y no fue difícil adivinarlo, pues el tráfico, aéreo y terrestre, a lo largo de la Sexta Avenida estaba detenido, y una marea de personas que huía del lugar de los hechos estuvo a punto de aplastarlos llegando a la entrada del parque. Sin embargo, Tadhg y Lyle lograron abrirse paso sin morir en el intento.

Quedaron helados. Una docena y media de pyxis'vull sobrevolaba en círculos como un enjambre en el centro del parque justo sobre la fuente que parecía un colosal cáliz de bronce. Abajo, una brigada de agentes del futuro se afanaba en derribarlos. Para Tadhg no fue difícil localizar a Ronnie Kole entre sus hombres. Hubiera sido imposible no fijarse de inmediato en una imponente presencia como la de Kole; mucho menos, dicho sea de paso, cuando este ordenaba a sus hombres que atacaran por este flanco u otro, o que protegiera a las personas del mercado..., todo mediante potentes vociferaciones que no parecían humanas.

—Váyanse, ¡váyanse! —gritaba Kole en ese momento a un grupo de espectadores que grababa la contienda con sus teléfonos inteligentes desde los costados de las tiendas del mercado. Era increíble que aún pasada la medianoche el mercado de Bryant Park estuviera tan repleto como si de pleno día se tratara (aunque, claro está, Tadhg intuía que la mayoría había llegado recientemente sólo para mirar el encarnizado enfrentamiento).

Ronnie Kole disparaba el desfibrilador, un arma recién desarrollada en la agencia del futuro, capaz de emitir un láser abrasador que podía inflamar cualquier material u objeto que se interpusiera en su camino; además, su fuente de poder era inagotable y su trayectoria podía llegar a alcanzar lo mismo que el edificio más grande de la ciudad, aunque este último detalle, por seguridad, podía regularse. Kole, por su parte, tenía excelente tino; levantaba su brazo, apuntaba y disparaba y la mayoría de sus tiros con el láser conseguía acertar a alguna de las criaturas que sobrevolaban pesadamente en el aire, lo que ya era difícil por este simple detalle. Los vull eran especímenes grandes, feos y pesados, como pterodáctilos, aunque rollizos y carentes de los rasgos gráciles y afilados de sus hermanos prehistóricos; su vuelo era lento, si bien ágil y complejo de prever. Atacaban de volada, por supuesto; pocos lo hacían en el acto, destrozando a sus víctimas con sus garras largas y afiladas, después de lanzarse en picada sobre ellas; la mayoría, en cambio, se limitaba a tomar a su presa, llevarla a lo más alto y, luego, dejarla caer. Y eso fue lo que sobrevino en ese momento: uno de los vulls estuvo a punto de

tomar a Kole por los hombros, bajando silenciosamente por su espalda sin que éste lo advirtiera…

Pero, en el último instante, uno de sus hombres surgió de la nada y lo embistió por la espalda.

Ronnie Kole cayó desbocado, y el hombre que lo salvó fue llevado a las alturas ante la vista atónita de su oficial. La brigada de Kole estaba en serios aprietos; en los siguientes quince segundos, otros tres agentes fueron llevados a las alturas, dos fueron destrozados en el acto, y uno perdió un brazo a la altura del hombro cuando, en medio del caos, sufrió un traspié y se disparó con su propio desfibrilador.

El panorama lucía espantoso. Ronnie Kole debería pedir refuerzos, pensó Tadhg. En cualquier momento, los vulls empezarían a atacar a la gente inocente que observaba, embelesada, el desarrollo de los caóticos acontecimientos.

—Debemos ayudar… —empezó a decir Tadhg ladeando la cabeza. Lyle no estaba—. ¿Schmidt?

Al volver la mirada, lo vio corriendo hacia la contienda, levantando el brazo. Disparaba. Tadhg maldijo. Al cabo, echó a correr en pos de su compañero, aferrando una pistola eléctrica. Cada detonación, resultaba en una descarga electrizante que paralizaba al objetivo hasta derribarlo (o, en el peor de los casos, matarlo). El primero de los vulls que cayó por un disparo de Lyle, embistió pesadamente el suelo y rodó ante Tadhg como una gran masa de carne exánime, inanimada, antes de quedar tendida y con las alas abiertas a los lados. Tadhg se quitó de su camino rápidamente, aturdido, y dirigió de nuevo su mirada hacia el autor, que seguía disparando. «Bien hecho, Schmidt.» Arriba, el resto del enjambre de pyxis'vull chillaba y agitaba sus anchurosas alas. Abajo, Ronnie Kole bramaba a sus hombres palabras ininteligibles que bien podían ser la orden de «retirada».

Tadhg apuntó a su primer objetivo. El vull, raudo, se dirigía hacia la multitud que se hallaba expectante en uno de los accesos del parque que llevaba a la calle 40. El gentío enloqueció. La sombra del vull ya se cernía sobre ellos cuando Tadhg disparó, alcanzándolo, como planeó, en el borde superior del ala, lo que perturbó su trayectoria; de haberlo asesinado, habría caído sobre la multitud y habría aplastado y matado a una veintena. El montón de gente (¡por fin!) pareció reaccionar ante el inminente peligro que corría allí, y como una turba exasperada, empezó a enfilar la salida más cercana.

Tadhg enfocó la mirada y vio que Ronnie Kole, erguido, ladeaba la cabeza hacia él; estaba mirándolo.

—¡Tú! —le gritó—. ¡CUIDADO!

Tadhg lo miró, confundido. Sin embargo, se giró, siguiendo el curso de la mirada de Kole. Y…

Y fue como si una cortina cayera sobre él, nublándole la vista.

Un segundo después, fue alzado bruscamente del suelo por un par de garras que lo aferraban a la altura de los hombros y le penetraban la ropa y la piel. Aturdido, abrió los ojos. Miró arriba. El vull, imitándolo, enarboló su cuello largo y carnoso y chilló. Tadhg apretó los párpados. Al mismo tiempo, oyó algo. Un sonido sordo, como un corte de carne con un cuchillo. Fue horrible. El vull chilló de nuevo, si bien, esta vez, más apagado.

Cristales rotos, un fuerte golpe, más gritos, y después, sobrevino un silencio que se embutió en sus oídos como un trozo de carne en una máquina moledora. Tadhg sólo llegó a tener consciencia de estas cosas un segundo después de que se recobrara. Adolorido, lleno de cortes y en extremo cansado, se levantó, y así pues, reparó dónde estaba; el vull debió dejarlo caer en una de las tiendas del mercado del parque, pensó. Maldito fuera. Y qué idiota por no haberlo visto venir. Se apoyó en el borde de un mostrador y se puso en pie, masajeándose la frente con los dedos. Luego, miró afuera a través del ventanal que daba hacia la fuente con forma de copa gigante. La contienda contra los vulls continuaba.

Tadhg se dirigió, trastabillando, hacia la salida de la tiendita, pero se detuvo cuando una lluvia de cristal fragmentado le cayó en la cabeza. Cuando pasó, miró arriba, hacia el traga luz que había hecho al traspasar el techo de vidrio, y respiró hondo. Bajó la vista, y en una esquina, lo encontró, tirado en el suelo. «¿Qué clase de tienda de regalos tiene algo como esto entre sus mercancías?», se preguntó. Quizá fuera para protegerse de los pyxis. Sin embargo, no parecía que nadie lo hubiese utilizado recientemente.

Daba igual. Se llevó una mano al costado derecho del torso, donde sentía un dolor punzante, como si le hubiesen clavado un fragmento de cristal o algo por el estilo (debía tener, al menos, un par de costillas rotas), gimió, y se acercó, trastabillando, al lanzallamas; le dolió como el infierno inclinarse para recogerlo del suelo. Pero lo logró. Suspiró hondo. Caminó hacia la salida, tomándolo con ambas manos, y con el violento pensamiento «¡Haré que ardan, hijos de…!» se adentró de nuevo en la contienda.

—Debieron llamarnos. —Eliot fruncía el ceño—. Hubiéramos acudido.

Tadhg alzó lánguidamente la mirada. Por dentro, se regocijaba de la expresión del otro sujeto.

—¿Para qué? —replicó en tono despectivo—. Ya lo teníamos controlado cuando llegaron.

—Además —añadió Lyle—, creímos que estarían *muy* ocupados con el ataque al restaurante.

Tadhg se fijó de refilón en la expresión de Schmidt: él también lo estaba disfrutando.

—Por cierto —inquirió Lyle—, ¿cómo terminó aquello?

Fue Ellie quien respondió, mientras Tadhg, discretamente, lanzaba un vistazo hacia Ronnie Kole, que estaba de pie, alto cuan era, junto al asiento del piloto, con quien tenía un bajísimo intercambio de palabras. Después de la contienda en Bryant Park, a la que tardíamente llegaron Eliot y Ellie, Kole había insistido en que los cuatro aprendices viajaran con él y su brigada en la nave que los llevó a Midtown. Por supuesto, ninguno se resistió a la oferta (¿quién en sus trece se atrevería? Llegar, triunfante, acompañado por uno de los agentes del futuro más acreditados de los últimos años debía ser el sueño de cualquier aspirante); mucho menos, después del alboroto de vítores y aplausos que se formó en el parque al finalizar la batalla.

Ellie terminó de narrar, punto por punto, las pericias que Eliot y ella realizaron para detener al pyxis'szoth, que, invadiendo la red eléctrica del restaurante, atacó a los comensales; no hubo muertos, afirmó Ellie, sí varios heridos, y una pérdida casi total del establecimiento donde sucedieron los hechos.

Eliot venció al szoth, contó su compañera, pero la mención de esto, como del resto de la historia, no pareció infundir en el aludido ningún ápice de orgullo, o suficiencia, que en días previos habría hecho hervir la sangre a Tadhg. Todo lo contrario. Se mantuvo cabizbajo, pensativo, con los brazos cruzados sobre el pecho, mientras Ellie hablaba, y así continuó hasta que ella acabó. Tadhg ya no sentía, ni siquiera en su fuero interno, ganas de reír. Imaginó que estaría igual, o peor que Kerr, si se hubiera perdido de la batalla portentosa de la que había formado parte hace menos de una hora.

«No puede ser —pensó absorto Tadhg—. Me estoy compadeciendo de Eliot.»

A eso debió referirse su hermano con *trabajo en equipo*.

Como sea, este sentimiento inédito no se repetiría. Guardaría la compostura. En lo posible, evitaría actuar como Kerr, o como lo habría hecho él mismo. Adiós, arrogancia. Adiós, egoísmo. A partir de ahora, trabajaría en equipo. Esperaba que Eliot hubiera aprendido la misma lección.

—Creo que no nos dirigimos a la academia.

Era Lyle; estaba mirando por la ventana con ojo de burro.

Tadhg parpadeó y echó un vistazo también. Estaban sobrevolando Wall Street.

—¡Nuestro héroe! —oyeron decir—. ¡Quién lo diría!

Los aprendices volvieron la cabeza, al unísono, para ver

acercarse a Ronnie Kole, con los brazos abiertos y una amplia sonrisa. Su único ojo (pues el otro, que había perdido en una misión, lo tenía cubierto con un parche) brillaba alegremente entre las sombras que colmaban la cabina de la nave. Tadhg se quedó tieso, como una estatua, mientras el agente veterano lo rodeaba y, tras un breve abrazo, lo tomaba por los hombros y se lo quedaba mirando fijamente. De refilón, Tadhg vio que eran el centro de atención.

—No debería sorprenderme —siguió Kole. Quitó las manos de los hombros de Tadhg y reculó un paso, sin dejar de mirarlo—. Eres hijo de tu madre, después de todo. Si mal no recuerdo, te llamas como tu abuelo, otro gran hombre. ¿Ya tienes un mote? Yo tengo algunas ideas, si no.

—Tadhg —dijo él. Y, por si las dudas, lo deletreó—: T-A-D-H-G.

—Tadhg —repitió Kole, paladeándolo—. Ingenioso. Supongo que fue tu abuelo.

—Sí.

Ronnie le puso una mano en el hombro y suspiró.

—Bien, Tadhg —inquirió, arqueando una ceja—, ¿por qué no nos cuentas a todos dónde conseguiste el lanzallamas?

El arma en cuestión estaba reclinada en ese momento contra el costado del asiento de Tadhg. Él extendió el brazo y la cogió. Aferrándola, miró a Kole.

—En una tienda de regalos, señor —contestó, y encogió los hombros.

Ronnie Kole lo miró perplejo. Al cabo, estalló en carcajadas. Varios de los agentes de su brigada lo imitaron. Lyle y Ellie también rieron. Tadhg sonrió ligeramente, pues, debía admitir, su respuesta, basándose en la realidad de los hechos, era bastante elocuente, hilarante. Ronnie le palmeó el hombro con una mano, mientras, con la otra, se enjugaba la humedad que anegaba su único ojo. De pronto, su mirada cambió de dirección.

—Mira, muchacho —soltó—. Hemos llegado. Y te están esperando.

Lo estaban esperando, ciertamente: Rob y Edison, en primera línea; varios aprendices (entre ellos, Dawit, Aaliyah, Viktor y Bryce), en la segunda, y la entrenadora Graham y su madre («¡Mi madre! —Tadhg apenas daba crédito a lo que veía a través de la ventanilla, a la vez que la nave descendía en la rampa 12 de la agencia del futuro—. ¿Qué hace ella aquí?»), más atrás. En cuanto bajaron, hubo aplausos. El amanecer estaba lejos de llegar, pero la brisa, en la rampa, soplaba fresca cuando los cuatro salieron.

—Sabía que lo lograrías —dijo Rob. Y le estrechó la mano antes de dar un paso atrás.

—¿Ella…? —Tadhg echó un vistazo hacia su madre—. ¿Cómo lo supo tan pronto?

Discretamente, Rob siguió la dirección de la mirada de su hermano y encogió los hombros.

—Supongo que sigue teniendo varios informantes en la agencia, aun cuando ya no forma parte de ella. O quizá el propio Ronnie le avisó de lo sucedido sin que tú lo percibieras. No importa. Ha estado muy preocupada desde que lo supo. Deberías hablar con ella antes que con nadie —sugirió.

—Sí —respondió vagamente Tadhg. «Sé el héroe que el mundo merece»—. Lo haré.

Dicho y hecho, avanzó hacia su madre. Los demás se abrieron paso al notar que se dirigía hacia ella, pues tenían la mirada fija el uno en el otro. El mismo par de ojos azules. Dawit sonrió, cuando cruzaron brevemente la mirada. A su lado, tomando su mano, estaba Eliot. Aaliyah, notablemente recuperada, estaba entre Lyle y Miguel, que alzó una mano para saludarlo. Tadhg volvió la mirada al frente. La entrenadora Graham se inclinó y le susurró algo a Evelyn en el oído justo antes de alejarse y Tadhg se detuviera frente a ella. Su madre lo miró larga, cálidamente, sin hablar.

—¿Qué te di...? —empezó Tadhg, al cabo. Pero antes de que pudiera terminar la frase, su madre extendió los brazos, lo atrajo hacia sí y lo abrazó. Él, torpemente, le devolvió el abrazo, si bien se sintió cohibido y avergonzado al precisar, por encima del hombro de su madre, que todos tenían la mirada puesta en ellos. «Dios, que vergüenza. Qué termine ya.»

Como si hubiese oído su pensamiento, o, en todo caso, advertido la tensión en su cuerpo, su madre se apartó. Se miraron. Tadhg pensó en lo que seguramente le diría a continuación: en lo feliz que estaba porque había vuelto con vida, o que estaba orgullosa, el tipo de cosas que diría una madre en esa situación.

—Pues bien —dijo ella, en cambio—. Bienvenido a la agencia del futuro.

NADA MÁS QUE SILENCIO

"Una vez terminado el juego, el rey y el peón vuelven a la misma caja."

Refrán italiano

LABORATORIO DE MARCUS STEPHEN KERR, 1978

Las gotas de humedad se adherían silenciosas al cristal del mirador como lágrimas en declive. Marcus siempre las observaba mientras descendían lánguidamente hasta el borde inferior del ventanal, distraído. Últimamente había estado muy distraído: se olvidaba dónde dejaba sus lentes y que existía un sistema de calefacción que podía mantener a raya el frío que imperaba de momentos allí en el granero, que era su improvisado laboratorio de inventos. Suspiró hondo, como si estuviera resignado.

Se apartó de la ventana y cerró los postigos. Era mejor si la única luz provenía de los focos instalados en el techo y no del fulgor del exterior, bastante blanquecino; además, no quería exponerse a que alguien viera su proyecto antes de terminarlo. Desde que inventó el *etolito*, había sido blanco de indiscretos observadores. Uno que otro infeliz se había infiltrado, haciéndose pasar por un asistente y había vendido varias de sus ideas a la competencia. Ahora trabajaba solo en el granero familiar, así lo prefería, un espacio tan vasto como el hangar de un avión comercial, sólo para él. «La soledad pesa sobre mis hombros —pensó Marcus Kerr—, y el silencio ahoga mi alma.»

Aun así prefería estar solo y en silencio.

En otros tiempos había formado una pareja con su primera esposa, Camille, la madre de sus tres hijos, que también fue una joven científica consagrada. Era muy talentosa, y siempre se lo había reconocido. Marcus bien sabía que nada de lo que él había logrado hubiese sido posible sin ella. Cuánto la extrañaba.

El mayor logro de Marcus, más allá de los científicos, eran sus hijos, los que tuvo con Camille. De los tres… «Dos —le recordó una voz ominosa como la suya propia—. Hace años que murió Sally, no debes olvidarlo.» Meredith no le había dado hijos aún, algo que él había procurado con un objetivo especial. No obstante, sólo uno de

sus dos hijos se destacaba en las ciencias con el mismo talante que su padre y su interfecta madre, y era el segundo hijo nacido de su primer matrimonio, Michael, que a veces hacía de su pupilo.

Michael tenía una inteligencia aguda que amenazaba con sobrepasar la de su padre, y por tanto, Marcus se sentía orgulloso. Si algún día llegaba a faltar, al menos habría alguien que terminaría su proyecto, una especie de legado, como aquel que tenía lugar en el granero. Ese rústico recinto no fue siempre el sitio predilecto para realizar sus investigaciones y armar sus elaborados ensayos. Aquél tenía lugar en un amplio salón-sótano bajo la casa familiar. Pero ése era un proyecto especial, de tal forma que no estaba dispuesto a arriesgar a su familia en caso de que algo saliera mal; así que empezó a trabajar en el granero hacía cuatro años, poco después de los trágicos sucesos que desmoronaron a su primer intento de familia, cuando murió la pequeña Sally.

Por entonces él y su familia vivían cerca de una reserva contaminada en Wyoming. Los niños salían a jugar en las inmediaciones, cerca de un riachuelo mientras Marcus y su esposa se dedicaban a la perfección del *etolito*. Sally, de tres años, cayó en el riachuelo, donde una fábrica de combustibles drenaba fluidos químicos en la afluente que corría cerca de su antiguo hogar. La niña, su hijita del alma, enfermó, y murió al poco tiempo. Tenía tres años, ¡nada más tres!

Marcus estuvo presente cuando su niñita exhaló su última bocanada de aire y sus manitas se volvieron frías, como esculpidas en hielo. Lo recordaba vívidamente. Más tarde, se llevó a toda su familia lejos de Wyoming, tratando de sanar la herida de la pérdida. Una hermosa propiedad a las afueras de Nueva York los aguardaba, y también un nuevo comienzo. O eso esperaba.

Pero todo fue de mal en peor. Camille no pudo superar la muerte de su hija y se deprimió hasta un punto crítico: no comía, pasaba largas horas del día durmiendo, y en ocasiones alucinaba con ver a la chiquilla que perdió. Se culpaba de su muerte. «Así como me culpo yo.»

Todo sucedió en los meses que siguieron la trágica muerte de Sally. Marcus pasaba horas y horas en el granero, rehuyendo de la depresión de su esposa y desocupándose de sus otros dos hijos. Darwin, el mayor, se hacía cargo de Michael entonces. Otro motivo de tormento para Marcus, que se había convertido en un fantasma y su hogar se había tornado ominoso con el cobijo de la muerte. El hombre y sus detrimentos le habían arrebatado a su hijita, y al poco tiempo, también a su esposa, muerta de pena y de inanición que ella misma se provocó. Marcus aún recordaba la última noche que durmió junto a Camille, pues ella misma se lo había pedido. «Quería despedirse —se

dijo Kerr con tristeza—. Entonces yo no sabía que a la mañana siguiente estaría muerta.» Aquélla noche rieron y lloraron, juntos, recordando su antigua vida, el pasado, y previeron sobre un futuro que jamás llegaría para ambos.

Marcus creyó que todo cambiaría cuando saliera el sol a la mañana siguiente. Qué incrédulo.

—Ojalá pudiera regresar al pasado —había murmurado aquella noche la convaleciente Camille. Su voz era un susurro que se perdía en la lejanía, pero Marcus alcanzó a escucharla como una melodía. Las palabras de su esposa lo inspiraron a entramar un nuevo proyecto, crear un aparato que superara cualquier ambición del hombre por surcar las aguas del tiempo y el espacio—. ¿Te imaginas, Marcus?

«Ojalá pudiera regresar al pasado.» Entonces cambiaría una cosa, una sola cosa que revirtiera toda la desgracia en la que se habían convertido sus vidas a partir de la muerte de la pequeña Sally. Marcus decidió avocarse en ello; una máquina que fuera capaz de abrir una brecha hacia el pasado. Llevaba cinco largos años, sin descanso, intentando cumplir el deseo de su esposa.

Conoció a Meredith en un café hacía tres años, y se casaron hace uno y medio. Desde entonces, y por más que lo intentaban (no muy seguido, últimamente), ella no quedaba embarazada. Marcus había pensado poco después de casarse en ello: ¿y si los tenían? ¿Si cambiaba el futuro ellos no nacerían? ¿Qué hay de Meredith? ¿También la perderá a ella? Camille le respondía con una voz trémula que solo él podía oír. «Ojalá pudiera regresar al pasado. ¿Te imaginas, Marcus?» Cambiar una sola pieza del pasado desataría una reacción en cadena, un efecto mariposa que socavaría acciones realizadas hasta dejarlas inexistentes en una dimensión atemporal. Qué sueño tan maravilloso estaba por consumar.

Marcus se acercó a la enorme figura que se alzaba oscura en el extremo meridional del recinto; retiró la enorme lona de la superficie y permitió que la intensa luz blanca de los focos del techo fuera adsorbida por los metales que componían la máquina del tiempo. Era, a simple vista, un aro gigante de acero inoxidable y el metal de su creación, *etolito*, conectado a un montón de gruesos cables rejuntados que iban del aro hacia la mesa de monitoreo e instrucción, una caja de acero abrillantado que estaba a escasos pasos del eje central del aro, del cual, si todo resultaba según lo planeado, sería el portal. Había lucecillas verdes, rojas y amarillas que titilaban de acuerdo al estado de temperatura de la máquina. En ese momento las lucecillas titilaban verdes y amarillas; las rojas, eran una advertencia.

—Aquí vamos —suspiró Marcus. Lucía una bata blanca y pantaloncillos oscuros. Rodeó la mesa de monitoreo. Se quitó las viejas gafas y se puso el visor de montura metálica que estaba sobre

los botones de la mesa (allí también estaba su cuaderno de notas, que aprovechó de cerrar en la última anotación que había hecho); el cristal del visor era rojo intenso, y la visión de Marcus se tornó sanguinolenta cuando se los puso. Mientras iniciaba el reactor, recordó la frase que Michael escribió tras la muerte de su hermana.

Michael, recordó Marcus, tenía ocho años cuando Sally murió, y también se culpaba por su muerte, pues, según el muchacho, no le impidió que jugara cerca del riachuelo contaminado. Fue Michael quien la sacó de las aguas tras la fatal caída…

«El tiempo es una rueda —decía la frase—: el peligro yace en su interminable curva, cerrada y vertiginosa; como la vida, es irreflexivo, pero mutable.»

Marcus no había sabido comprender el auténtico significado de aquella frase hasta el día que se le ocurrió hacer la máquina del tiempo. «Michael tiene razón —dijo para sus adentros—. El tiempo es mutable, puede cambiarse.» Y lo iba a demostrar.

Entonces la máquina empezó a sisear. Las luces titilaron y hubo un sonido como el viento oscilando entre unas verjas. El corazón de Marcus tenía un pálpito acelerado. Temía por lo que pudiera ocurrir. Solamente cambiaría una cosa. Solo una. Suspiró profundamente y oprimió un botón en la mesa de monitoreo. Se abriría una brecha en el centro del aro, supuso de antemano tras las primeras pruebas, y entonces un torbellino lo arrastraría hacia adentro. Todo ocurriría tras el fulminante destello inicial. Era como un sueño, oscuro y peligroso hasta la muerte. Recordó los resecos labios de su amada Camille susurrándole: «Ojalá pudiera regresar al pasado. Ojalá pudiera regresar al pasado. Ojalá pudiera regresar al pasado», una y otra vez, mientras el recinto parecía tambalearse a su alrededor.

—¿Papá?

Aquélla voz lo arrancó del sueño. Alzó la vista.

Michael estaba de pie en la puerta, observando horrorizado, o fascinado, el apogeo de la máquina.

Marcus soltó una exclamación al tiempo que echaba a correr hacia su hijo. La luz que entraba por la puerta abierta a espaldas del muchacho, y distorsionada por el visor, era roja como la que imperaba en el interior del recinto, y por un brevísimo momento parecieron fundirse. Marcus envolvió a Michael entre sus brazos a la vez que estallaba un resplandor fulminante.

Y el tiempo se detuvo.

AGENCIA DEL FUTURO, OCTUBRE DE 2017

Hacía frío. El profesor estaba reparando el sistema de calefacción, tan

necesario en un lugar como aquel, veinte metros bajo tierra. Juno, como era habitual, hacía de su colaboradora. Desde que llegara a esa época apenas había podido despegarse de su pariente, por el temor desconocido y seguro de que algo le llegara a pasar.

Además, si ella no le asistía, ¿quién más lo haría? El resto de los agentes estaba diseminado en sus propias actividades. Tadhg, Rhys y Evelyn estaban acompañando a Caleb en el funeral de su madre, y Dawit estaba jugando *Twister* con Jim y Hailee en la sala de entrenamientos (lo que seguramente le acarrearía problemas con la doctora Claire, después de lo ocurrido hace dos meses). A parte, se dijo, no le molestaba en absoluto estar junto a su abuelo y perderse de la acción. Ciertamente, Juno era la más tranquila del grupo.

—Llave de tuercas —pidió el profesor. Y extendió brazo hacia Juno, quien le pasó el trasto de la caja de herramientas. Luego se sumergió en el enorme aparato que era el calefactor—. Supongo que ya sabían que lo que iba a pasar, y cuándo, ¿no? —comentó Kerr mientras hacía girar la llave.

—Sí —dijo Juno, vagamente.

—Es lamentable la muerte de la madre de Caleb; supongo que era imprevisible lo que pasaría —continuó el profesor, aparentemente ajetreado.

Ella opinaba lo contrario, pero se encogió de hombros aunque estaba fuera del campo visual del profesor. Debía tener mucho cuidado con sus palabras.

—Sí, muy lamentable —contestó. Tadhg había cometido la torpeza de abrir su enorme boca sin antes asegurarse de que nadie lo estuviera escuchando, así acabó Evelyn descubriéndolo todo. Juno no cometería ese error.

—¡Listo! —anunció el profesor, satisfecho.

Una vez cerrado el compartimiento, el enorme aparato de la calefacción emitió un rugido sofocado y se estremeció, seguido por un suave siseo. Lentamente, la estancia empezó a recuperar su gratificante aire de frescura. Fuera en la ciudad, Juno sabía, hacía un frío sobrecogedor como proclama del venidero invierno. Ayudó al profesor a ponerse en pie.

—Gracias, cariño —dijo él, sonriéndole.

Juno se tensó. Flanqueó la cabeza de un lado a otro, pero, por suerte, el pasillo estaba vacío. Temía que cualquiera pudiera oírlo, llamándola «cariño» o cualquier otro apelativo cariñoso. Ya había trasgredido una de las reglas más importantes de la ADF, revelándole su identidad, aunque había sido estrictamente necesario dadas las circunstancias.

—Sabe que no puede llamarme así, profesor —le recordó ella con suavidad—. Ellos podrían escucharlo.

—¿Ellos? —Kerr parecía divertido y confundido a partes iguales; le dio un cariñoso apretoncito en el hombro y se inclinó para concordarse mejor la prótesis metálica—. ¿A quiénes te refieres? —Se irguió—. No hay nadie cerca, cariño, y al resto también lo llamo con este tipo de epítetos.

Tenía razón. Juno se ruborizó. A veces no podía dejar de ser tan maniática.

—¿Crees que la abuela sospeche? —preguntó en voz baja. Y echó un vistazo para asegurarse de que no hubiera nadie cerca, antes de puntualizar—: Me refiero a que yo…

El profesor sonrió. Hizo ademán de inclinarse para recoger la caja de herramientas, pero Juno se adelantó.

—Yo puedo con eso, cariño. No soy tan viejo como aparento, ¿sabes? —comentó con humor. Se pusieron en marcha hacia la clínica, donde los aguardaba la señora Kerr—. Y respecto a tu pregunta, yo estoy completamente seguro de que tu abuela sabe la verdad; es más, creo que lo supo en cuanto te vio por primera vez, apostaría que le recuerdas mucho a tu padre.

—¿Y por qué crees que no ha dicho nada?

—Ése es un rasgo en común entre ustedes: son reservadas. Demasiado. —Arqueó las cejas en una mueca divertida. Juno escasamente pudo disimular una risita; tenía razón, sí, debía reconocerlo—. Tu bisabuelo también era bastante reservado, pero cariñoso, una extraña mescolanza.

«¿Mi bisabuelo?» Juno frunció el ceño. Su padre había sido llamado como su bisabuelo, Marcus Kerr, que se había hecho un científico célebre en la década de los setenta por haber inventado el *etolito*; eso era lo único que ella sabía sobre su antepasado. Extraño, pensó, que el profesor lo mencionara.

El profesor Kerr era tan renuente a responder preguntas de su pasado, como ella para responder preguntas del futuro y el destino de los protegidos. De manera que Juno tomó la tangente, y siguió con un tema seguro, aunque se moría de ganas por saber más sobre Marcus Stephen Kerr.

—Vamos. Tu abuela nos está esperando —le dijo el profesor. Y continuaron.

Si quería saber más sobre el pasado de su familia, pensó Juno, debía averiguarlo por sus propios medios. En su época escaseaban los documentos relativos a los Kerr del siglo veinte, muchos habían quedados sepultados por los eventos catastróficos de los años

venideros; otros, simplemente, habían desaparecido.

Nadie sabía, por ejemplo, ¿cómo había perdido su pierna el profesor Michael Kerr? Aquello seguía siendo un misterio. Entre otros, además.

Sin embargo, en ese momento, con teclear un par de nombres en el ordenador, podía conocer un sinfín de información de los Kerr del siglo pasado. Se llevó una auténtica sorpresa con algunos descubrimientos. Sally, por muestra, no era un nombre al azar que le había puesto su abuelo a la máquina del tiempo, oh, no. Y por lo visto, había mucho más.

Aquello tenía sentido. Claro.

Se le ocurrió, entonces, una persona cercana al círculo del profesor Kerr que podría darle algún tipo de información valiosa sobre aquel misterioso pasado familiar. Debía ser ahora, aseveró, antes que alguien las interrumpiese e ella y a la doctora Claire.

Tadhg había llamado a la agencia hacía un par de minutos para anunciar su arribo con Rhys, Evelyn y Caleb tras el funeral de la madre de este.

A continuación, el profesor se había retirado entusiasmado al laboratorio. Así pues, Juno decidió abordar a la doctora Claire, su abuela, que se preparaba en caso de tener que atender una emergencia ante la llegada de los demás. Se le notaba atareada en una tarea aparentemente fácil como ordenar sus enseres médicos a priori en la mesita del consultorio. Arqueó levemente las cejas cuando notó que Juno continuaba en la habitación.

—Oh, Juno, sigues aquí. Creí que te habías marchado con Michael.

—No. Quería hacerle unas preguntas —apuntó Juno, sin preámbulos; había decidido abordarlo sin demoras. Se atrapó un mechón oscuro tras la oreja.

La doctora se detuvo; frunciendo el ceño, se acercó a ella y le puso una mano en el hombro. Le echó una mirada cariñosa que sacudió cada una de las fibras sensibles del cuerpo de Juno. Ésta suspiró para sus adentros.

—Dime, ¿te sientes mal? —preguntó Claire, preocupada.

—Estoy bien… eh… no se trata de mí.

—Entonces, ¿qué ocurre?

Juno bajó la mirada.

—Quería saber más sobre la familia Kerr; concretamente, sobre Marcus Stephen Kerr, el padre del profesor.

—Oh, pero podrías preguntárselo personalmente a Michael. —Claire la miraba de hito a hito.

—Podría, sí, pero sé que al profesor no le gusta hablar sobre su pasado sin recibir nada a cambio, como cierta información de mi

época, así que no quiero correr riesgos, ¿si me entiende? Así que pensé que usted…

—Bueno —Claire suspiró—, para empezar, he tenido tanta suerte como el resto del mundo para escuchar sobre el pasado de Michael.

—¿Qué quiere decir?

—Michael ciertamente no habla mucho de su pasado, aunque yo daba por hecho que la gente del futuro lo conocía al derecho y al revés. —Enarcó una ceja—. De cualquier forma, mi marido pocas veces menciona a su padre y, mucho menos, al resto de su familia. Una vez lo encontré leyendo un viejo cuaderno de notas en nuestro antiguo departamento…

—¿Cuaderno de notas? —Juno se empinó.

—Sí. Un cuaderno de notas: perteneció a su padre, Marcus Stephen Kerr.

—¿Y dónde está ahora? —Un cuaderno de notas lo cambiaba todo, pensó turbada, finalmente podría develar algunos misterios que seguían inciertos en su época. Tragó aire—. ¿Sabe dónde, por casualidad, puedo encontrarlo?

La doctora la miraba fijamente, con un halo de sonrisa en los labios.

—Cómo te decía, muchacha —repuso sencillamente—. En nuestro antiguo departamento, en Lexington. Ahora está ocupado por mi hijo Marlon y su reciente esposa, pero algunas de las cosas de Michael, entre ellas el cuaderno, continúan en el estudio que hay en el departamento.

Juno sonrió, agradecida. Claire, entonces, la asió con dulzura por el brazo.

—Ahora, ven conmigo. Debemos preparar la cena.

Las cosas empezaron a ponerse tensas con la llegada de Russell Schmidt. Aunque, debía admitir, estaban tensas desde que Caleb huyera una noche, después del funeral de su madre, ayudado por Evelyn. Tadhg había estallado en cólera, como era de esperarse de su parte.

Entretanto, Juno estaba ocupada reuniendo información sobre los Kerr del siglo XX, prácticamente desconocidos en su época. Si bien era sabido que Marcus Stephen Kerr, el padre de su abuelo, había inventado el famoso *etolito*, no había más información en lo referente a su vida, o cómo esta acabó. Simplemente, se decía, había desaparecido.

Desaparecido, sí. No como un hombre cansado de su vida monótona que abandona su hogar a mitad de la noche con un pasaje solo de ida a un lugar distante y escasamente conocido que no le trajera recuerdos de aquello que dejó atrás. No. Tal parece que los Kerr eran mucho más complicados que eso y no rehuían de la normalidad.

Su bisabuelo no había desaparecido en esas circunstancias o en otras parecidas, descubrió. Es más, como decía un artículo en Wikipedia, "simplemente desapareció"; no dejó rastro de su partida, ni una nota de despedida, o cuentas de bancos tan vacías como su armario. No. Sin más, se esfumó. Y lo que era más extraño, eran las condiciones de su partida. Según el artículo, el profesor Marcus Kerr había instalado su laboratorio dentro de un antiguo granero para mantener a salvo su grandioso y muy secreto proyecto del que un sinfín de medios especulaba.

El laboratorio en cuestión se había desplomado —reseñó un periódico de la época— sobre el profesor y uno de los hijos de este, que infortunadamente estaba en el lugar cuando ocurrió el colapso de la estructura. El chico, Michael, salió incólume. Casi.

Juno había quedado boquiabierta al leer que, aunque ileso, el chico perdió una pierna. Y, más extraño aún, la extremidad no estaba entre los restos del laboratorio de su padre. Ni siquiera su padre estaba allí. Como se continuaba reiterando: «simplemente desapareció».

Copiló toda su pesquisa en una carpeta e hizo varios apuntes en un blog de notas con la esperanza de entregársela a Robert y a la directiva cuando volvieran a su época. Hasta entonces, decidió, se reservaría todo su hallazgo y no mencionaría una sola palabra a sus compañeros. Además, ellos tenían sus propios problemas familiares que debían resolver.

Por ejemplo, ese día, habían evitado que Rhys asesinara a su hermano —y no solo en el sentido literal— cuando descubrió —gracias a un comentario inocente que expresó Evelyn durante el desayuno— que Tadhg y Becca retozaban regularmente por las noches y compartían más que la cama.

Días después, cuando los ánimos hubieron amainado, sucedió un evento imprevisto. Russ y su prima, Helen McGraw, huyeron a Coney Island.

—Quiero entrenar —soltó Becca. El recibidor había quedado vacío una vez las puertas del elevador se hubieron cerrado y un silencio gélido sobrevino con la partida de los agentes del futuro a Coney Island. Habían decidido que Juno sería la única de los agentes que permanecería en la agencia cuidando al resto.

—¿Te has vuelto loca? —Miró la muñeca de Becca envuelta en

un torniquete. Se lo había lastimado en combate cuerpo a cuerpo contra Evelyn—. Aún no ha sanado tu brazo. Si la… —se corrigió de decir «abuela» en una fracción de segundo— doctora Claire se entera de que he permitido que…

—¡No me importa lo que diga Claire! —estalló Becca, agitando el brazo sano. Luego maldijo y partió acuciosamente, sus pisadas resonando airadas por el pasillo contiguo.

No había que ser muy inteligente para saber que Becca estaba de un humor de diablos porque no le habían permitido partir a Coney Island con los demás. En cambio, Evelyn —la causante de su fractura de muñeca— sí.

Hacía algunas semanas que le habían encargado a Juno formar a Rebecca en combate. No era que tuvieran planeado convertirla en una de ellos, en un agente del futuro, no; solamente era una pantomima para hacerle creer a Becca lo contrario y aplacar sus ansias de instruirse en la sala de entrenamientos. Tadhg le había encargado la gestión. Ella había aceptado a regañadientes porque había perdido una apuesta. En fin; sólo tendría que soportarlo un poco más hasta que Rebecca Gibbings fuera reubicada y no tuviera que verla nunca más… por un tiempo. Eso se decía para calmar su impulso de estrangular a su aprendiz cuando ésta se mostraba beligerante durante sus lecciones.

Aprovechó su tiempo para continuar sus indagaciones sobre Marcus Stephen Kerr.

Había aplazado la búsqueda del cuaderno de notas, que, según le había dicho su abuela, estaba en su antiguo departamento en Lexington. No se había olvidado de él; no podría, pensó, dado el valor que un objeto así representaría para ella, para su familia y para el resto del mundo. Lo buscaría.

Pronto.

El resto del año pasó con normalidad: algunos ataques de pyxis, sí, pero ningún otro protegido que debieran acoger. Finalmente. Un poco de paz. Ya empezaba a extrañar el trajín de su época (con tantos eventos sucediendo en esa época parecía no haber abandonado la suya, pensó). Juno también había pensado que el viaje en el tiempo supondría una especie de sencillas vacaciones de su propia realidad. Absurdo, sí.

Y cuando creía que las cosas no podían ponerse mejor, una mañana despierta y descubre que Becca se ha ido de la agencia, dejando una sarta de maldiciones escritas con labial rojo en las blanquecinas paredes de la planta Superior. «Mierda», «Zorra», «No

volveré jamás, tarados», decían algunas de las pullas, «Rubia oxigenada»; esa última iba claramente dirigida a Rhys, nadie lo puso en duda.

—Mi cabello es rubio natural, herencia paterna, tarada —dijo Rhys con desagrado.

—Claro que sí. —Dawit le dio unas palmaditas de consuelo en el hombro.

Luego, todos se desternillaron de risa hasta que se quedaron sin aire en los pulmones.

—¿A dónde habrá ido? —preguntó seriamente Tadhg.

Fue el único que no participó de las risas. A Juno se le ocurrió un modo de saberlo.

—El rastreador —dijo—. Ella no sabe que lo lleva alojado en el cuello.

—Cierto —exclamó Tadhg más animado. Echó un vistazo a las barbaries sin sentido que había escrito Rebecca en la pared y se partió de la risa.

La cuarta mañana del nuevo año todos se reunieron en el comedor de la agencia, y aunque algunos estaban enojados con otros, imperaba una atmósfera de tranquilidad como no se había percibido en mucho tiempo. Ni siquiera después de que Rebecca abandonara la agencia.

—¿Tadhg sigue enojado contigo? —le preguntó Juno a Dawit mientras éste devoraba su emparedado.

Dawit tragó y, echando un vistazo por encima de su hombro, respondió:

—Sí. —Habló con tono despreocupado pero regresó la vista a su desayuno un poco compungido—. Bueno, que se haya sentado en la mesa de los protegidos en lugar de la nuestra no quiere decir que rehúya de mi cercanía, ¿o sí? —Alternó una mirada con Evelyn y Juno.

—No —dijo la última—. Y no creo que rehuir sea un término que Tadhg aceptaría; evitar, tal vez.

—Además —abundó Evelyn—, no eres el único en esta mesa con quien Tadhg ha tenido un problema recientemente. —Desvió la mirada cuando la puerta entre la cocina y el comedor se abrió y Rhys entró con su desayuno en las manos—. Alguien más que se suma al grupo.

—¿De qué están hablando? —preguntó Rhys una vez sentada; sonreía ampliamente. Esa mañana se había decantado por llevar el cabello rubio en un suntuoso moño que la hacía verse más lúcida y resaltaba sus rosáceas mejillas.

—Hablábamos —dijo Juno— de tu hermano. No puedo creer que se haya enojado con Dawit porque ha estado espiando a sus

padres. Por Dios, cómo si él no lo hubiera hecho.

Cuando cayó en la cuenta de lo que había dicho, miró a Evelyn.

—Así que él me espiaba —dijo ésta; su tono traslucía cierta curiosidad.

—Sí —confirmó Rhys—. Él creía que nosotros no lo sabíamos, pero un día, justo antes de lanzarnos en la extracción de Rebecca, lo enfrenté. Yo le confesé que también te había… espiado, incluso antes de que él lo hiciera. Pero fueron un par de veces. Él nunca lo sospechó.

—Ya. —Evelyn, turbada, regresó la atención a su desayuno: cereal y leche.

—Como sea —Rhys hizo un ademán con la mano—, es solo un arrebato.

—No —soltó Dawit.

—¿No? —repitió Rhys, confundida, y reformuló—: ¿De qué estás hablando?

La furtiva visita de Dawit —como éste mismo confesó— al vecindario donde vivía su madre no había resultado muy bien; alguien había dado el aviso de una camioneta negra que llevaba meses espiando al alumnado de la secundaria. En fin, Dawit había sido arrestado. Una vez en prisión, había utilizado su única llamada para contactar a la agencia, pues no recordaba el número de Brian Wode, quien se encargaba de borrar toda evidencia de los agentes del futuro de esa época.

Casualmente, fue Tadhg quien atendió la inusual llamada, y Dawit, previendo su actitud, le contó cómo ocurrieron los hechos con escasos detalles. Por supuesto, Tadhg enfureció. Quiso darle una lección (como si él fuera el que más para darle una lección alguien, añadió Dawit arisco) y decidió llamar a Wode la mañana siguiente.

—Pero alguien pagó la fianza y salí el mismo día, aunque ya era muy entrada la noche.

—Recuerdo ese día, sí —indicó Juno—. Me pareció raro pues nunca sales hasta una hora avanzada. Me pillaste saliendo del laboratorio con el profesor.

—¿Quién pagó la fianza? —preguntó Rhys. Era la respuesta que todos querían oír.

Dawit suspiró hondo.

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Cuando salí, quien haya sido, ya se había marchado. Uno de los guardias me dijo que fue un hombre, sin más detalles. Pensé que se trataba de Tadhg.

Sobrevino un silencio. Hubo algunas miradas extrañas entre Evelyn y Rhys, se fijó Juno.

—¿Qué sucede? —preguntó Dawit. Era evidente que también

él había notado aquellas miradas.

—Estábamos pensando —contestó Rhys mirando a Evelyn.

—¿Conjuntamente? —bromeó Juno.

—Pensaba que pudo haber sido…, ya sabes, Doctor Silencio. Sigue en esta época —dijo en voz baja.

—Wayne dijo que no lo estaba —terció Evelyn discretamente.

—Mintió —aseveró Rhys con vehemencia—. Además, si no fue Silencio, ¿entonces quién?

—El *paria*.

—¿Paria? —repitió Juno—. ¿En esta época?

—Sí —repuso Rhys—. Creo que nunca te contamos detalle a detalle nuestra incursión a Coney Island. En cualquier caso, Eve se encontró cara a cara con un paria, y mientras Tadhg y yo nos encargábamos de sus camaradas, le entregó a Eve un mensaje de parte de Silencio.

—¿Mensaje? —Juno apenas pudo disimular su sorpresa—. ¿Qué mensaje?

—Una especie de adivinanza. —Y la citó—: «Dos horas serán entregadas a la muerte, tres serán para el caos, seis horas para los condenados y una hora quedará perdida».

No puede ser, pensó Juno, conocía aquellas palabras, sí, se las había oído antes a su padre. La frase la había escrito el padre de su padre: Marcus Stephen Kerr. Aturdida, miró brevemente al profesor en la mesa de los protegidos sentado junto a su esposa, Helen, Russ y Tadhg, y no pudo evitar preguntarse si también él habría oído aquellas palabras.

—Juno, ¿estás bien? —le preguntó Rhys.

Juno se levantó de golpe.

—No —dijo—. Debo ver su cuaderno. —Y salió de la estancia como alma que lleva el diablo.

La búsqueda del cuaderno de notas, en el antiguo departamento de sus abuelos, en Lexington, resultó una pérdida de tiempo. Debió haberlo buscado cuando supo dónde lo hallaría, se dijo, aunque una búsqueda priora probablemente habría acabado con el mismo resultado. No importaba.

El apartamento estaba habitado por Marlon, el mayor de los hijos del profesor y la doctora Kerr, y su reciente esposa. Juno había tenido que valerse de una tonta excusa para que el joven matrimonio le permitiese entrar a su morada. Era un lugar muy bonito, lujoso, en una de las áreas más elitistas de Manhattan. ¿Quién lo habría

pensado?

El tío Marlon se había mostrado gentil; en cambio, su esposa fue harina de otro costal.

—¿Mis padres? —repitió Marlon, absorto, cuando Juno soltó sus mentiras.

—Sí. El profesor Kerr quiere que le lleve un cuaderno de notas que perteneció a su padre. Me dijo que podía hallarlo aquí. ¿Has visto el cuaderno en cuestión alguna vez?

Marlon abrió y cerró la boca.

—¿Cómo saber que es cierto? —había intervenido la señora Kerr—. Si el padre de Marlon realmente quiere el cuaderno, ¿por qué no vino él personalmente? ¿Cómo saber si es cierto? No sería la primera vez que alguien viene a este lugar para obtener algo de…

—¡Cariño! —espetó Marlon.

Juno, con vista en la señora Kerr, frunció el ceño y se irguió.

—¿Ha venido alguien más? —preguntó cuidadosamente.

Los Kerr cruzaron una mirada.

—Un hombre, sí —reveló la esposa de Marlon—. Era joven y gentil. Pero Marlon no se fio de él.

—Así como tú no te fías de la joven ahora. —Marlon sonrió con ternura. Luego se fijó en Juno y la escrutó un instante con una mirada penetrante—: Me pareces familiar... ¿Nos hemos visto antes?

Juno parpadeó.

—No —dijo. Y volcó su atención en la señora Kerr—. ¿Aquel hombre les dijo qué quería?

—Un cuaderno de notas del profesor Kerr, aunque no entró en detalles como tú —respondió la esposa—. Al menos, debo admitir, tú tienes mejor argumento. Uno creíble. Aquel sujeto dijo que pertenecía al gobierno y que era de vital importancia que le entregáramos el cuaderno.

—¿Y les reveló su nombre? —preguntó Juno. Aunque lo más seguro era que no lo había hecho, nada perdía con preguntarlo. Además, Silencio le había dicho a Tabita, la madre de Dawit, su alias cuando estuvo en la casa de ésta haciendo preguntas sobre el paradero de Evelyn.

—Jack —dijo la señora Kerr—. Como señalé antes, era joven y gentil. También apuesto.

—Ahora que lo recuerdo, cariño, la joven aún no nos ha dicho su nombre —repuso Marlon, volviendo su mirada hacia Juno con cierta suspicacia que le recordaba su padre—. Digo, me gustaría saberlo para asegurarme de no habernos conocido antes.

«Antes, no. En el futuro, sí», pensó Juno. Amplió su sonrisa.

—Me llamo Juno —dijo. A continuación explicó que trabajaba con el profesor Kerr y que veía regularmente a la doctora Claire, esto

para que Marlon entrara en confianza. Y funcionó, pues tanto la esposa como el esposo bajaron la guardia y le permitieron buscar el cuaderno de notas en el antiguo estudio que permanecía cerrado con llave.

No halló nada. Había cientos de libros y un montón de trastes, pero no encontró lo que buscaba. Ni siquiera porque Marlon la ayudó en su búsqueda mientras su esposa preparaba la comida: pollo horneado. Buena forma de empezar el año, pensó Juno con sorna. Con todo, comió y luego se marchó, con las manos vacías y el estómago lleno.

Así pues, regresó a la agencia preguntándose qué tenía que ver su bisabuelo con Doctor Silencio y por qué éste le había dicho aquellas palabras a Evelyn a modo de mensaje. «Dos horas serán entregadas a la muerte, tres serán para el caos, seis horas para los condenados y una hora quedará perdida», recordó. A simple vista aquellas palabras no tenían sentido. Y su padre —ni el padre de su padre— llegó a decirle lo que aquello quería decir, pues, claramente, tenía un significado oculto.

Abordó el elevador rumiando la misma pregunta una y otra vez hasta que las compuertas se abrieron de nuevo en el recibidor de la agencia. La estancia, blanca y esplendente, no estaba vacía cuando entró en ella. La estaban esperando.

Esperaba no haberles pegado un susto terrible a sus abuelos con su inminente salida del comedor esa mañana. Sin embargo, se fijó, ellos no estaban en el recibidor en ese momento.

—Qué bien —profirió Tadhg—. Te estábamos esperando.

—¿A mí? —Qué tonto de su parte dudarlo; la verdad era más que evidente. Frunció el ceño a la vez que se acercaba al grupo en el centro del recibidor—. ¿Se trata de…? —empezó.

—No —la cortó Rhys. Luego dio un paso hacia ella y le tendió una pieza de papel.

No era cualquier pieza de papel: era cartulina, con un mensaje del futuro escrito en braille sobre la superficie. Juno lo contempló con extrañeza un breve momento antes de volver la mirada hacia sus compañeros.

—Llegó esta mañana después de tu salida —explicó Rhys.

—Por cierto, ¿dónde estabas? —interrogó Tadhg dirigiéndole una mirada intensa.

—En… —empezó Juno; estaba decidiendo si debía o no decir dónde estuvo toda la tarde, y con qué motivo, cuando, gracias a Dios, intervino Dawit.

—No importa —dijo. Le echó una mirada penetrante a Juno que le erizó la piel y soltó—: Se trata de tu padre. Está en peligro. Debemos ir a Boston.

Juno bajó la mirada y palpó la superficie de la cartulina. Sí, en efecto, se trataba de su padre. Necesitaba su ayuda.

Tadhg se acercó y le tomó sus manos entre las suyas. Un raro gesto de su parte.

—Esta misión, sin duda, es para ti —le dijo.

«Sin duda», pensó Juno. Y sonrió.

BOSTON, MASSACHUSETTS, UNIVERSIDAD DE HARVARD

La noche, fría y silenciosa, estaba colmada de sombras que los acompañaban en su furtiva faena. Era la primera extracción que presidía Juno desde que ella y sus compañeros llegaron a esa época. Tadhg, Rhys y Dawit habían encabezado las misiones anteriores (Tadhg más de una, se recordó); incluso Eve, sin venir del futuro, había tenido una participación estelar en la extracción de Russ Schmidt y Helen McGraw.

Estaba nerviosa, naturalmente.

«Tenía que llegar algún día, ¿no? Mi padre es importante para el futuro.»

Inhaló y exhaló hondo. Con todo, no pudo evitar un sobresalto cuando la mano de Dawit cayó suavemente sobre su hombro. Ahogó una exclamación. Dawit frunció el ceño.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó a ella en voz baja.

—¿Es que no te lo imaginas? —respondió Juno, igualmente, por lo bajo. Estaban ocultos detrás de la estatua de John Harvard, o mejor dicho, de su sombra. No muy lejos, se alcanzaba a divisar a Marcus Kerr platicando con una joven muy atractiva (demasiado, diría Juno) con actitudes de conquista. Se le veía sonriente a su padre; a su compañera, no tanto. En el campus regía un silencio que estremecía.

—Ya —dijo Dawit—. Lo siento. —Y desvió la mirada hacia el objetivo.

—Yo lo siento; estoy algo tensa —admitió, también volviendo la mirada hacia su padre. Sonrió—. Mi madre siempre bromeaba con que mi padre, con todo, era un conquistador como el que más. Jamás imaginé que yo misma lo vería en acción.

—¿Crees que podría intentar seducirte una vez te conozca? —soltó Dawit.

Juno lo habría fulminado de buena gana con la mirada si el rostro de su compañero no estuviera inmerso en la sombra del dorso de John Harvard.

—No lo creo —arguyó en cambio—. A mi padre le encantan las rubias.

—Pero tu madre… —empezó Dawit.

—Sí, mi madre es morena. Pero ¿qué sé yo? Los hombres son muy extraños.

—No me digas.

—No lo digo por ti. Aunque, sí, en efecto, eres muy extraño. El más extraño de tu clase.

—Yo también opino lo mismo de ti: que eres extraña. Y de la misma clase que yo.

Juno le clavó un codo en las costillas. Dawit, tapándose la boca con las manos, ahogó un quejido.

—¿Qué quieres decir? —replicó ella escudriñando su rostro a pesar de la opacidad—. No soy como tú. Y si lo fuera, créeme, no tendría problema en admitirlo. Me gustan los chicos. Que me gustaran las chicas lo haría más interesante, sí, pero no sería motivo de vergüenza. Esa libertad —añadió suspirando— es una de las cosas que más amo de nuestra época.

Dawit sonrió.

—Vaya —dijo.

Juno entrevió pequeños luceros en las cuencas más oscuras de su rostro. Sobrevino un agudo silencio.

Extraño, pensó ella, volviendo la mirada hacia el área donde hace un momento estaban su padre y su flamante conquista. No estaban.

—¿A dónde fueron? —inquirió, emergiendo de las sombras con Dawit en pos de ella.

Tampoco él sabía; se encogió de hombros notablemente preocupado.

Con una maldición en los labios y el corazón abriéndole un boquete en el pecho, Juno empezó a rodear los derredores. Dawit hizo lo mismo. El aire se tornó denso, además de cruelmente frío, durante los siguientes cinco minutos de la búsqueda. Los peores cinco minutos de la vida de Juno, sin duda, su padre podría estar en las manos de los pyxis.

Oyó su nombre en una cadencia baja y familiar. Se detuvo y giró bruscamente sobre sus talones. Enfocó la vista. Dawit estaba a cierta distancia, haciéndole señas con la mano; su silueta estaba ennegrecida a contra luz, pero perfectamente reconocible. Echó a correr hacia él. Todo parecía indicar que había encontrado a su padre, o eso esperaba Juno. Por el bien de su corazón, era mejor que así fuera.

Ella misma lo ratificó cuando distinguió un atisbo de su padre entrando en uno de los edificios aledaños. Iba solo. Aquello lo convertía en la presa perfecta para los pyxis. Maldita sea. Debía llegar a él antes que ellos.

—Espera —le gritó Dawit…, demasiado tarde.

Ella ya se había alejado a toda prisa, como un puma, feroz y vestida de negro de pies a la cabeza, zigzagueando entre la escasa concurrencia que había en el campo abierto; dicho sea, propinó algunos empujones para abrirse paso hasta la puerta que había atravesado el joven Marcus Kerr hacía un momento.

Una vez dentro, se halló en un pasillo vacío. Inspiró hondo para recuperar el aire que había perdido en su intensa maratón y caminó cautelosamente por el pasadizo. Como una puma, se dijo. Las puertas se abrieron a su espalda y se giró de golpe, temiendo que fuera algún estudiante o, mucho peor, los pyxis. Gracias a Dios, no era ninguno de los dos.

Dawit avanzó concienzudamente hasta ella y se detuvo dando una profunda inhalación. Su frente estaba perlada de sudor. Juno pensó que ella no tendría mejor apariencia que su compañero en ese momento. No importaba. Extendió su brazo, se llevó un dedo a los labios y le indicó, con una tensa mirada, que hiciera silencio; había oído voces.

Avanzaron. El rumor de las voces los hizo virar al siguiente pasillo a la derecha. Al parecer, logró concebir Juno, provenían de la tercera puerta que flanqueaba el costado izquierdo, que estaba casualmente abierta. Estaban acercándose con sigilo a la puerta en cuestión cuando ésta se cerró de golpe, produciendo un estrépito apagado que sacudió las almas de los agentes. O al menos eso percibió Juno.

En la puerta había una ventanilla de cristal que permitía tener un campo visual del otro lado. Era un aula, observaron. Estaba llena de estudiantes y había un hombre robusto (seguramente el profesor) hablando a viva voz. Nada que temer.

—Tal vez llegamos antes —sugirió Dawit.

—Sí —dijo vagamente Juno. La misma idea había atravesado su pensamiento.

—Podríamos abordar a tu padre cuando acabe la clase —propuso Dawit, echando otro vistazo por la ventanilla.

Entretanto, Juno estaba absorta en el movimiento de una sombra al final del pasillo. Alguien, o algo, los estaba mirando. A ella le pareció reconocerlo.

—¿Tú qué opinas?

Juno parpadeó y lo miró a los ojos.

—No —dijo—. Necesito que entres allí y lo saques, con alguna excusa. Llévalo a un lugar seguro.

—¿Yo? —Dawit parecía contrariado—. ¿Ahora mismo?

—Sí —puntualizó Juno—. Ahora mismo.

—¿Y tú a dónde irás?

—Haz lo que te digo —lo miró con severidad y súplica—. Nos

reuniremos después. Te lo prometo. Entra, ¡entra ya!

—Debemos permanecer juntos —insistió él.

—Yo dirijo esta misión —aseveró Juno—. Y si digo que entres ahí y pongas a mi padre a salvo, lo harás.

Dawit entró brusca y llamativamente por la puerta con ayuda de Juno. Cualquiera fuese la cátedra que estuvieran impartiendo ahí dentro, se habría interrumpido de golpe con la embarazosa aparición de su compañero. Sin embargo, Juno no estuvo allí para verlo.

El aula estaba vacía; era amplia y estaba tenuemente iluminada. Con todo, Juno divisó sin mucha dificultad al hombre que había visto antes, en el pasillo, de pie junto al escritorio que presidía la estancia.

—Hace mucho tiempo que esperaba este encuentro —empezó el hombre. Le daba la espalda a Juno, que intentaba, mediante un sigiloso escrutinio, descubrir por qué le resultaba ligeramente familiar —. Mucho, mucho tiempo. —Inspiró hondo.

Juno avanzó un paso.

—¿Quién eres? —preguntó. Se oyó un golpeteo y ella ladeó la cabeza temiendo que hubiera alguien más en el recinto. No había nadie más, comprobó. Nadie. Se estremeció. Luego, se volvió y avanzó otro paso.

—¿Quién soy? —repitió el hombre en un tono entre divertido y confuso, Juno no sabría decirlo. Vestía una bata blanca como las del profesor y la doctora Kerr, y era alto aunque su postura era desvaída, lo que acreditaba un deterioro de las vértebras (no era un jovenzuelo, en pocas palabras). Tardíamente Juno reparó en las dos cosas más extrañas de aquel hombre misterioso: le faltaba una pierna y se apoyaba en una muletilla. Se volvió—. Creo que eso ya lo sabes, mi niña —añadió mirándola a los ojos.

Juno retrocedió un paso y se llevó instintivamente una mano al costado de su cinturón. Empuñó el desfibrilador y apuntó al profesor Marcus Stephen Kerr.

—No es posible. —El pulso le temblaba; debía controlarse—. No, no es posible.

El hombre sonrió.

—Lo es, mi niña.

—¡NO! —Juno, arrebatada y desafiante, dio un paso hacia su bisabuelo—. No lo es.

Su actitud no parecía atemorizarlo. Él sonrió.

—Baja el arma y te lo probaré —indicó. Su cara era una reproducción envejecida y sombría de su abuelo, se fijó Juno; tenía los

mismos labios, el perfil aguileño y el mentón afilado. Salvo por su evidente senectud, lo único diferenciable era el color de sus ojos. Eran negros—. Verás, Jennifer, sé que has estado las últimas semanas investigando sobre tus antepasados los Kerr. Eso, inconcusamente, me incluye.

—No —increpó Juno—. ¡Tú eres un pyxis!

—Tal vez. —Ampliando su sonrisa agregó—: En parte pyxis, en parte Marcus. Así lo prefiero yo.

—¿Cómo sabes que yo…? —empezó Juno.

—Tengo informantes en todas partes —se adelantó Silencio. Luego, despreocupado, acercó cojeando hacia el escritorio que estaba a escasos centímetros de él, y dejó la muleta sobre la vacía planicie—. Eso incluye, claro está, la Biblioteca Pública de Nueva York.

—Entonces ¿lo sabes?

—Por supuesto que sé dónde se esconden tú y tus amiguitos del futuro. Lo supe poco después del infortunado primer día de furia que ustedes, los malditos agentes del futuro, arruinaron sin mucho esfuerzo. Alguien vio saliendo a la chica (Furia, creo que se llamará algún día) de una puerta secreta para acudir al llamado de auxilio de su padre.

Juno bajó el desfibrilador.

—Si todo este tiempo has sabido dónde encontrarnos —le preguntó con vehemencia a Silencio—, ¿por qué no has venido a por nosotros?

Doctor Silencio soltó un ruidito que podría pasarse por una corta risa.

—Tú y tus amigos tienen aliados en el futuro —respondió—. Cualquier pretensión de ataque por mi parte, ellos lo preverían y les advertirían. Mejor actuar en las sombras, pienso, en silencio, hasta que llegue el momento indicado. Llegará más pronto de lo que crees, mi niña. —Enarcó una ceja y añadió—: Además, desde que tú abuelo sabe que estoy vivo no ha parado de ayudarme en mis planes…, aunque él no lo sepa.

«¿Mi abuelo lo sabe? —Juno no podía creerlo—. Debe ser una mentira.» Su consternación debió notársele en el rostro porque Doctor Silencio rió satisfecho.

—Tu abuelo lo sabe —repuso—. Hace muchos años que sabe la verdad. ¿Te has preguntado alguna vez cómo perdió la pierna? —Echó un vistazo a su propia extremidad faltante—. Y, sí, en efecto, yo tuve algo que ver en ello.

—¿Me quieres decir que fuiste capaz de mutilar a tu propio hijo? —preguntó Juno, airada y asqueada.

—Sí. —La curva de sus labios se transformó en una estrecha línea y sus ojos relucieron como amatistas negras en las aguas de un

pozo profundo—. Era necesario.

Juno alzó de nuevo el desfibrilador.

—Eres un ser despreciable —espetó—. Me encomiarán en el futuro cuando sepan que he acabado contigo. —A continuación hizo ademán de disparar, pero un fuerte golpazo la alcanzó en las manos y el desfibrilador salió volando por los aires. Juno gimió.

Un instante después estaba rodando por el suelo debatiendo contra una mujer de mayor fuerza y tamaño que ella. Juno perdió el aliento cuando la mujer (no era humana, supo en el instante que sus miradas se encontraron por primera vez; era una pyxis'qe'rut) la golpeó con estrépito en el estómago.

La pyxis'qe'rut se apartó de ella y la dejó rodando por el suelo, entre toses y con los miembros engarrotados. «Debo escapar», pensó mientras los dolorosos estragos del golpe de la pyxis la afectaban de dentro hacia fuera. Tuvo ganas de vomitar. Luego, creyó que se desmayaría (al menos su posición actual impediría una severa caída, se dijo). Con todo, se obligó a sí misma a no hacerlo.

Entreabrió los ojos. «¿Dónde está Dawit?» Había pensado que entraría en cualquier momento una vez oyera el escándalo. No sucedió. Bien. Eso quería decir que había cumplido su encargo. Su padre estaba a salvo.

—Tu amigo no vendrá a salvarte, mi niña —empezó Silencio. De pie frente a ella como una enorme y terrorífica sombra, y apoyándose una vez más en su muletilla, soltó una gélida sonrisa que heló el corazón de Juno. Después, acabada la risa, sobrevino un silencio profundo.

La qe'rut cogió bruscamente a Juno por el cabello y el cuello y la levantó del suelo con una facilidad impresionante. La agente del futuro apenas podía sentir las piernas pero, con pura fuerza de voluntad, consiguió ponerse en pie para enfrentar a Silencio. Inhaló, exhaló.

—Estuve pensando qué haría contigo una vez llegara este momento, mi niña —aseguró Silencio—. Pensé que lo mejor sería convertirte en una qe'rut, como mi querida Ninoska, y sumarte a mis filas…

—No —increpó Juno con su último aliento—. Prefiero la muerte.

—Verás, mi niña —siguió Doctor Silencio—. Transformarse en un pyxis es como estar muerto: no harías las cosas habituales que hacen los humanos, ni siquiera pensar. No tendrías noción de tu propia existencia. Ese sería mi trabajo. —Hizo una larga e inquietante pausa antes de continuar—: Sin embargo, esta vez te tomaré la palabra.

Echó una mirada por encima del hombro de Juno a la pyxis

que la sostenía por detrás. Al mismo tiempo, unos brazos tan sólidos como el acero rodearon el cuello de la agente del futuro con una delicadeza estremecedora.

—Ninoska —dijo Silencio—. Ya sabes que hacer.

NOSOTROS NUNCA OLVIDAMOS

“Nunca se olvidan las lecciones aprendidas en el dolor.”

Proverbio africano

PRINCIPIOS DE SEPTIEMBRE DE 2051

Un busto de Caylis la Arpía fue develado en el Salón Memorial. Sólo los grandes tenían un lugar entre los más notorios desde la fundación de la organización, y definitivamente, Caylis merecía estar en la estancia del recuerdo.

El día que develaron el tributo a la Arpía, y de otros caídos durante la batalla en North Park, algunos agentes (Rhys incluida) no pudieron contener las lágrimas cuando Rob, director general, finalizó su emotivo discurso y procedió a revelar los bustos mientras los agentes del futuro clamaban, como era costumbre, el lema «nosotros nunca olvidamos» entre vítores y aplausos.

El Salón Memorial estaba vacío. Al menos, eso parecía a simple vista. Apenas se podía ignorar la sensación de estar siendo observado por un centenar de ojos de yeso formando un semicírculo. «Fueron héroes», pensó Rhys. Nadie debería tener miedo de estar solo en una habitación llena de héroes.

Todos se habían marchado tras la ceremonia de honor a los agentes caídos, excepto ella. No estaba segura de por qué se había quedado. Quizá, y sonará tonto, esperaba que alguno de los más grandiosos de entre los agentes del futuro le diera un consejo que le sirviera para el resto de su vida.

Ya no estaba el busto de su madre, a quien siempre recurría en tales ocasiones.

Suspiró hondo.

—Te estaba buscando —la voz vino de atrás.

Sett cerraba las puertas del Salón Memorial cuando Rhys se volvió para verlo.

—Aquí estoy —contestó ella—. Estaba pensando y recordando; creo que por fin entiendo que ese es el verdadero propósito de este lugar.

—Bueno —repuso Sett—, creo que te has tardado demasiado para descifrarlo. —Se detuvo a su lado y se tomó las manos por delante; sonreía. Era la primera vez que lo veía hacerlo desde que supiera de la muerte de su madre—. Yo solía venir mucho a este lugar tras la muerte de mi padre; pensaba en lo que me diría si le contara que había conocido a la chica indicada —dijo—. A veces sólo recordaba la última vez que me abrazó.

Entonces la sonrisa se desvaneció, sólo un poco. Rhys tomó su mano y entrelazó sus dedos. Sett llevó la suya a sus labios y le dio un pequeño beso con infinita ternura. Rhys, conmovida, tuvo que hacer un auténtico esfuerzo por apartar sus propios recuerdos de Brian Wode. Siempre se acordaba de él cuando miraba los ojos castaños claros de Sett, y pensaba en el parecido que tenían. En el pasado, a menudo le había pasado lo mismo con Brian: había visto en sus ojos, y en su cara, el reflejo de Settan.

—Tuviste suerte de haber pasado ese tiempo con él —repuso Sett tras un largo silencio; contemplaba, inexpresivo, el busto de su padre, una réplica del hombre maduro que había sido durante su muerte—. Aunque, claro está, se haya enamorado tontamente de ti.

Rhys se atragantó.

—No intentes negarlo otra vez. —Sett reía—. Ya hemos tenido esta conversación antes, ¿recuerdas? Desde luego, es extraño que mi padre se haya decantado por mi esposa en el pasado, cuando ni siquiera yo había nacido, pero está bien. Lo he superado.

Rhys lo miró incrédula.

—¿En serio?

Sett alzó una mano esbozando una amplia sonrisa.

—Lo juro. —Se encogió de hombros y bajó la mano—. Y no lo culpo. Tenía buen gusto.

—¡Settan! —soltó Rhys, dándole un empujoncito con el hombro sin poder contener la risa. Él también sonreía.

Sus risas resonaron en el vasto recinto. Sett alargó su brazo y rodeó a Rhys cariñosamente, atrayéndola hacia él. Ella recostó la mejilla en su hombro, riendo para sí, feliz. La feroz mirada de Caylis la Arpía estaba puesta fijamente en ella.

A continuación, imperó el silencio.

—Entonces —dijo al cabo Rhys—, ¿cuándo fue la última vez que te abrazó tu padre? —Se apartó de los brazos de su esposo para mirarlo a los ojos—. Digo, si quieres compartirlo conmigo, no estás obligado.

—Te prometí que compartiría todo contigo, ¿recuerdas?, en mis votos matrimoniales. —Sett tomó sus manos entre las suyas y las besó en el dorso. Rhys sintió que se le encogía el corazón de dicha y amor—. Aquel día estaba nervioso, ciertamente, pero sí recuerdo

haberlo dicho.

—Y yo recuerdo haberlo oído. —De hecho, había memorizado las palabras de Sett gracias al vídeo que grabó su prima, Marleen, de la furtiva ceremonia nupcial previa a su viaje al pasado—. Fue hermoso.

Sett sonrió levemente.

—Lo fue.

Hacía frío en la estancia. Rhys, tras percibirlo, se abrigó en los brazos de su esposo, de nuevo, y tornó maquinalmente la mirada hacia el busto de Brian Wode. Su mirada la remontó al pasado y la estremeció.

—No quedé entre los tres mejores de mi curso en la academia de los agentes del futuro; Edison y tu hermano, Rob, como sabes, sí entraron en este selecto grupo de tres. —Inspiró hondo—. En fin, debo confesar que esta desfavorecedora resolución me destrozó, y no opinaba que pudiera hacerlo mejor de lo que ya lo hacía en ese momento, o eso era lo que creía, y por tanto decidí no participar en la fase de resarcimiento. Había trabajado tanto, recuerdo que pensé, que no valía la pena intentarlo de nuevo.

»Mi madre no quería que todos sus hijos fueran agentes del futuro, y supuse que le daría gusto saber que no continuaría con mi aprendizaje. Decidí anunciarlo a todos en una cena familiar, lo que resultó ser mala idea. Edison superó la prueba final y estaba por convertirse en agente del futuro, y para celebrarlo había elegido esa velada para pedirle su mano a Marjorie. Mis padres ya lo sabían; yo no.

»Yo me adelanté a la proposición de Ed. Como preví, mi madre celebró mi decisión. El rostro de mi padre fue poesía, una poesía ininteligible, pues aún hoy no sabría decir qué pasó por su mente cuando hice el anuncio. En cambio, Edison, furioso, se levantó y me reclamó que hubiera elegido precisamente aquel momento para decirle a todos que no sería un agente del futuro. “Te dije que esta noche sería importante”, me gritó, aludiendo la proposición que aún no había hecho. Marjorie lo miraba con el ceño fruncido; claro está, no sabía lo que pasaba.

»Ciertamente, Edison me había advertido que sería una noche importante; lo que no me dijo, sin embargo, era que había planeado declararse a su novia a mitad de la velada. Edison me dijo que estaba celoso de él, porque lo tenía todo, y yo no tenía nada. Mi padre se levantó a su vez, enojado, jamás lo había visto tan iracundo. Discutió con Edison, algunos platos se rompieron, y Ed salió de la estancia, seguido por Marjorie.

»Solo quedamos mis padres y yo. Se me habían salido algunas lágrimas durante la discusión; soy un sensible, como sabes. Cuando caí

en la cuenta, me levanté y me dirigí a mi cuarto. Al rato, alguien tocó. En seguida, pensé que se trataba de Edison, para disculparse. Pero no. Era mi padre. Entró y nos sentamos juntos, hombro con hombro, en la cama. “Tu hermano no quiso decir aquello, Sett”, me dijo. “Edison te quiere, a su manera; tu anuncio nos tomó por sorpresa, ciertamente, creí que ser un agente era todo lo que querías. Quiero que sepas esto, Sett, no importa el camino que sigas, yo siempre estaré a tu lado y te acompañaré, hijo, hasta el final.” Luego me abrazó.

»Esa fue la última vez.

A continuación, sobrevino un silencio. Sett deslizó la palma de su mano por la espalda de Rhys y suspiró profundamente.

—¿Edison te pidió disculpas después de eso? —quiso saber Rhys. Era evidente que su esposo no había superado aquel episodio.

Sett parpadeó.

—No —dijo—. Su orgullo, a veces, lo supera. Pero ya conoces nuestro lema: «Nosotros nunca olvidamos». —Volvió la mirada hacia el busto de su padre, revelando así lo mucho que lo echaba de menos. Suspiró hondo—. Estoy seguro de que Ed no lo ha olvidado tampoco.

Rhys creía lo mismo, pero no lo dijo; recostó la cabeza en el hombro de su esposo y dejó que el silencio los envolviera.

Minutos después, cuando salían del Salón Memorial tomados de las manos, Sett preguntó:

—Por cierto, cariño, ¿por qué has venido al salón memorial?

—Por ella. —Se detuvo y miró hacia el busto de Caylis—. Hoy es su cumpleaños. Quise traerle flores, pero dudo que le gustasen.

Sett sonrió.

—En fin —continuó Rhys—. «Nosotros nunca olvidamos». Estando aquí recordé que le hice una promesa a Caylis, días antes de su muerte. Y voy a cumplir esa promesa. —Le explicó cuál era y en qué circunstancias la había hecho.

—Ya —dijo Sett—. ¿Y sabes dónde vive su madre?

—No —respondió ella, y suspiró—. Pero conozco a alguien que sí.

Sin duda, el regreso de su madre avivó algo inexplicable dentro de ella. Rhys jamás olvidaría aquel instante, el instante en el que ella apareció, repentinamente, para salvarla. Al verla, su corazón se detuvo por una fracción de segundo. Había pensado (más bien, intentado convencerse) que no podía tratarse de ella, sino, pues, de alguien más, alguien que se le parecía mucho.

Minutos antes, Rhys jamás habría pensado en la posibilidad de

que estuviera viva.

Hacía un día oscuro, y en South Park estaba por librarse una cruenta batalla entre los agentes del futuro y los pyxis. Mientras, en el subsuelo de la biblioteca pública de la ciudad, Rhys y Sett, cautivos, aguardaban las órdenes de Doctor Silencio, que, hace un instante, había cruzado un portal hacia el parque para, expresó antes de partir, «hacer su primera gran aparición».

De hecho, así era. El nombre *Doctor Silencio* era conocido en todo el mundo. Nadie hasta aquel día había podido poner un rostro a la vil criatura que ordenó la muerte de miles de inocentes, y que pretendía acabar con la raza humana. Aquellos que esperaban ver la cara de un monstruo, vieron, en cambio, la de Michael Kerr, quien fuera en otra época un hombre bondadoso, gentil, alegre, y sobre todo, un excelente padre sustituto para cuatro agentes del futuro que alguna vez se hallaron solos en el mundo.

Rhys, dadas las circunstancias, no pensó entonces en lo terriblemente injusto que eso era. Y no había nada que ella, o nadie, pudiera hacer en ese momento para evitarlo.

Por otro lado, el Lugar de Sally, sin Sally, a donde fueron llevados a la fuerza después de que Silencio les revelara los fatídicos sucesos de la noche anterior (incluyendo la muerte de Caylis la Arpía), seguía siendo una estancia tan fría como Rhys lo recordaba de su permanencia en el pasado. Y la notable ausencia de la máquina del tiempo, su imponente estructura, lo hacía mucho peor. Rhys, sin poder evitarlo, echaba de vez en cuando breves miradas hacia el sitio exacto (ahora vacío) donde *ella* había estado.

Con ellos, estaba Fabyian, el qe'rut de atributos soviéticos que había celado a Rhys los últimos días. Otro par más de pyxis'qe'rut se hallaba detenido a ambos lados del portal que había atravesado recientemente Silencio, como guardianes de una puerta. Esperaban órdenes. Del otro lado del portal, la imagen era turbia, ininteligible. Destellos ominosos. Rhys temblaba, y no podría decir, por entonces, si esto era causado por el frío o por el miedo (sabía que el final se acercaba galopante como los jinetes del apocalipsis).

De pronto, Fabyian, como una estatua de jaspe rediviva, se movió de su lugar. Rhys se fijó que tenía un par de cuerdas de cáñamo en las manos.

—¡No! —exclamó, al verlas.

A su lado, Sett se tensó. Horrorizada, Rhys reculó un paso, y Sett se interpuso entre ella y el qe'rut que se acercaba. Fabyian lo tomó por el pecho de la camisa y lo alzó en vilo con una facilidad impresionante. Estalló el caos. Rhys gritó. Luego, cargó contra Fabyian, por la espalda. El qe'rut escasamente osciló hacia adelante cuando ella, furiosa a la vez que aterrada, lo embistió con una patada

en el anverso de la rodilla. Fabyian no dio muestra alguna de dolor (aunque, ciertamente, Rhys no había esperado que emitiera algún sonido, alguna queja). Sin embargo, su pierna se curvó hacia adelante, haciéndole perder el equilibrio por un breve instante.

Así pues, Sett pudo liberarse. Mientras rodaba por el suelo, tosiendo, Fabyian se erguía, cuan alto era, y ponía su atención en Rhys, a quien, en un visto y no visto, tomó por el pelo a una velocidad impresionante. Ella apretó los dientes, y mientras era forzada a levantarse, luchó con todas sus fuerzas. Aun así, el hombretón, presto, consiguió tomarle las manos y atarle las muñecas.

Cuando terminó, Rhys volvió la cabeza y se fijó que otro de los pyxis (de los que habían estado flanqueando el portal) estaba atando de igual forma a Sett por las muñecas con una cuerda. De nuevo, Fabyian cogió a Rhys por el pelo, alzándola. Ella bramó. Cuando se halló de cara al hombre no pudo evitar escupirle. Fabyian no se inmutó. Simplemente, se limpió la faz con el dorso del brazo, y le soltó una fuerte bofetada, quitándole la respiración. El suelo ascendió hasta ella, duro, fríamente. Un grito cortó la densa atmósfera. «Sett», pensó, con la cara amoratada e inhalando hondas bocanadas de aire.

Aun con la vista nebulosa, lo vio abalanzándose sobre Fabyian como una bestia azuzada. Fue inútil. Estaba atado de manos, y la fuerza del qe'rut no era comparable a la suya. Era inhumana. Fabyian lo cogió por el cuello, en vez del pecho de la camisa, y lo alzó velozmente del suelo. Rhys quiso levantarse, detenerlo. Gritar, al menos. No podía; le faltaba el aliento, le flaqueaban las piernas, y su vista seguía estando borrosa, si bien no lo suficiente para ver, con intenso terror, cómo Sett luchaba por respirar: su tez se tornó violácea, sus miembros se tensaron, y sus ojos parecían listos a salírsele de las cuencas oculares. Era una imagen espantosa.

—¡Alto, alto! —intentó gritar Rhys. Su voz era apenas un murmullo insustancial.

Con todo, hizo acopio de sus últimas fuerzas («Si es una pesadilla, que se detenga», pensaba) y se levantó. Avanzó dos cortos pasos hasta Fabyian antes de detenerse. De pronto, Sett embistió el suelo, tosiendo descontroladamente. El pyxis lo había soltado, solo después de haberse oído aquel sonido: como un golpe sordo. O un cuchillo atravesando un trozo de cristal. Y después…, nada. Un silencio, gélido y repentino, colmó súbitamente la estancia cuando Sett dejó de toser y el cuerpo de Fabyian se desplomó de espalda contra el suelo. La cabeza, seccionada, cayó después.

«¿Qué…?», pensó Rhys, confundida. Miró a Sett.

Su esposo tenía las manos en el cuello, enrojecido, y la cabeza torcida en otra dirección. Había una figura negra agazapada en el rincón más apagado de la estancia, en el sitio donde, otrora, estuvo la

máquina del tiempo.

Y, a continuación, emergió hacia la luz como una sombra tangente. Vestía la negra indumentaria de los agentes del futuro, y Rhys pensó que podía tratarse de alguno de ellos. Su hermano, tal vez. La figura se llevó una mano a la cabeza y, lentamente, se bajó la capucha que sumía su rostro en las sombras.

«Imposible», fue la palabra que cruzó la mente de Rhys al verla por primera vez aquel aciago día. Y si daba crédito a Tadhg, no fue la única que lo pensó entonces. Habían pasado seis años desde su muerte. Seis años. Durante la mayor parte de este tiempo, ella, ciertamente, se había sentido como una niña perdida en la inmensidad de un bosque tenebroso.

Pero, menos mal, todo aquello quedó atrás.

—Huele delicioso. ¿Qué es?

Su madre sonrió.

—Ya lo verás, cariño. Cuando esté servido en tu plato.

—Huele familiar —insistió Rhys—. Sin embargo, no consigo precisar dónde…

Un vapor grato escapó del interior de la cazuela cuando su madre quitó la tapa. Olía a verduras y especias. Dentro, un cardo hervía. Rhys no era experta en temas culinarios, como su madre, por tanto no sabría decir concretamente lo que era. Su aroma resultaba familiar, sí, pero lejano. Quizá era un platillo favorito de su infancia. Rhys no podría asegurarlo a ciencia cierta.

Así pues, al final, tendría que esperar hasta que le fuera servido.

Más tarde, Sett y Rhys, junto al señor Goodbrother, se encontraban sentados en la mesa del comedor. El silencio era vasto. Parecía abarcar cada rincón de la estancia, opinaba Rhys, girando la cabeza de un lado a otro intentando evocar recuerdos de su pasado en ese lugar, aquellos tiempos priores a la fingida muerte de su madre, o a su viaje al pasado. Ella misma, recordó con sorna, había asistido a sus padres con la decoración de la sala y el comedor. Había escogido la gran mesa en la que se hallaban sentados, por ejemplo, y la lámpara (con forma de falo, según Tadhg) que estaba junto al librero que dividía ambas estancias. Se sentía orgullosa por su contribución.

—Rhys, cariño —inquirió su padre. Tenía el ceño fruncido—. ¿Tienes idea de qué está haciendo tu madre?

Ella se encogió de hombros.

—No tengo idea —admitió—. Pero me siento tentada de ir a

averiguarlo.

—No. Déjalo. Ya sabes cuán puntillosa es tu madre cuando quiere sorprendernos con la cena. —Sonrió y guiñó un ojo.

Rhys asintió con una sonrisa. De pronto, un lóbrego recuerdo anegó su pensamiento. Allí, en esa misma estancia, y pendiendo de una viga del techo con una soga alrededor del cuello, un hombre se balanceaba lentamente entre toses y gemidos ahogados. Ella, atónita, había dejado caer con estrépito las alforjas con la comida que había comprado para la cena de Acción de Gracias.

Ahora, aquel hombre estaba sentado en la misma mesa que ella con una amplia sonrisa, esperando la cena, de manos de la esposa que hace un tiempo creía muerta. Su padre ya no era el mismo de aquellos días, notó Rhys, y tampoco el que fue prior a la aparente muerte de Evelyn. Lucía exultante. A veces, la imagen del chico, joven y atractivo, que ella conoció en el pasado salía a relucir cuando trazaba una sonrisa. Como si aquellos días azarosos jamás hubiesen ocurrido y todo —al menos para la mente de su padre— hubiera sido parte de un sueño terrible del que acababa de despertar.

Ciertamente, su padre había absuelto a su madre por haberle hecho creer durante tres años que estaba muerta. Dicha sea la verdad, Evelyn había ocultado su supervivencia, y planeado su muerte, por una buena causa. Mejor dicho, por la *señora* de las buenas causas. Si su madre no hubiera hecho lo que hizo, la humanidad entera hubiera sucumbido a los pyxis y a Doctor Silencio. Rhys había estado en primera fila aquellos días —pensaba en *aquellos días* como una época lejana, pero, en realidad, fue hace casi un mes—, y había oído todo el discurso del Líder Supremo sobre sus planes y el motivo de ellos. Y estuvo a punto de morir. Y Sett con ella.

Si no fuera por su madre…

Ella había pagado un precio por haberse pasado por muerta, sí, y los que estaban a su alrededor también. Un precio que valía la pena, o que lo valdría a largo plazo, cuando, eso esperaba Rhys, el tiempo recompusiera las cosas para todos.

—Tadhg —oyó decir—. ¿Has visto a tu hermano?

Rhys parpadeó.

—No. Creí que estaría aquí.

—Yo también. Aunque evita lo más posible poner un pie en esta casa desde que tu madre…

—Sí. Supongo que no ha sido fácil para él enterarse, como lo hizo, del regreso de nuestra madre. Lo superará.

Escucharon pasos. Al cabo, Evelyn, sonriente, atravesó el umbral del comedor con un *asistente automático* pisándole los talones. La máquina, como una mesa metálica de servicio al cuarto, llevaba los platillos con la comida que había preparado su madre, se fijó Rhys,

que, en seguida, olfateó el grato aroma de hace un rato en la cocina. Delicioso. Familiar. Caleb inspiró hondo con una amplia sonrisa. Evelyn por fin se sentó en el lado opuesto de la mesa mientras el *asistente*, con sus largos y finos brazos robóticos, entregaba airosamente los platos de comida a los presentes.

—¿De qué estaban hablando? Me pareció escuchar el nombre de tu hermano.

Rhys miró a su madre.

—Sí.

—Debería estar aquí.

—Oh, querida. —Caleb echó mano a los palillos chinos—. Déjalo. Quizá esté con esa chica, ya sabes, la hija de Kole.

—¿Qué? —soltó Rhys. Estaba sorprendida—. ¿En serio?

Su madre sonrió.

—Cariño, ¿no lo sabías?

—Eh…, no. Bueno, sabía que estaba notablemente entusiasmado con una agente; no que esta agente fuera la hija, ni más ni menos, que de Ronnie Kole. —El *asistente*, diestro como un humano, colocó el plato de comida ante ella. Oyó de nuevo la risa de su madre y ladeó la cabeza.

—Yo dudo que tu hermano también lo sepa. Ahí está lo divertido del asunto.

Rhys reflexionó.

—Linette —dijo vagamente—. Así se llama. Linette Kole.

—Prefiere que la llamen Litta —informó su madre volviendo la vista a su plato.

Debía admitir, pensó Rhys, que le daba gusto la reciente revelación. Por un lado, Tadhg estaba superando lo sucedido con la señora Wode —según Rob, había quedado muy afectado tras su muerte—, y por otro estaba feliz de que por fin su hermano permitiera a alguien obtener «la llave de su corazón», como lo habría llamado el abuelo Taddeus. Ella sonrió al recordarlo.

Al volver la mirada hacia su plato rebosante de tallarines, piezas de pollo y verduras, y aderezado con salsa de soja, Rhys preguntó:

—¿Desde cuándo sabes cocinar comida thai?

Su madre la miró. Los ojos le brillaban.

—¿Thai? —oyeron preguntar a Caleb.

—Sí. Tailandesa —le explicó Sett.

Caleb volvió a mirar su plato. Arqueó las cejas con asombro y alzó los palillos.

—Eso lo explica. —Sorbió un tallarín y miró a Evelyn—. ¿Sí, cariño, desde cuándo?

—Pat sii iu —dijo Evelyn—. Así se llama el platillo. Y no es

para tanto. Sólo es una receta que encontré en un viejo libro electrónico que había guardado hace mucho tiempo. —Dicho esto, cogió los palillos a los lados de su plato y empezó a degustar su comida. Rhys se la quedó viendo, cuestionando, inconscientemente, las palabras de su madre. ¿En realidad fue así? ¿O, más bien, durante el tiempo que se hizo pasar por muerta estuvo oculta en la lejana Asia? Quizás nunca lo sabría. Si bien, Rhys esperaba que volvieran a ser tan unidas como lo fueron antes: amigas confidentes a la vez que madre e hija.

Parpadeó, y tomó los palillos. Olía delicioso.

—La verdad —repuso, de pronto, Evelyn—, este platillo lo aprendí de una amiga, en el pasado.

Al oírla, Rhys había alzado la mirada de nuevo. Ahora se miraban mutuamente.

—¿A quién te refieres, querida? —preguntó Caleb. Parecía intrigado.

Rhys lo sabía.

—Juno —dijo en voz baja—. ¿Fue ella?

Con una leve sonrisa, su madre asintió. El vibrante azul de sus ojos parecía iluminar todo su rostro.

—Sí. Hace mucho tiempo. Antes de que… —Inspiró profundo —. Ya sabes.

—Sí. Lo sé. —Por eso el aroma le resultaba familiar, pensó.

—Una noche, mientras preparaba Pat sii iu, me contó que salió con un chico tailandés, de quien lo aprendió. El chico (Somchai, se llamaba) pertenecía a una familia de inmigrantes que regentaba un restaurante en Turtle Bay. En un tono que jamás creí oírla, me confesó que había creído que se casaría con él. “Yo, que por entonces tenía dieciséis”, me dijo, y se rió como una niña.

—¿Ah, sí?

También Rhys rió. Ella y Juno fueron compañeras, sí, quizá amigas. Sin embargo, nunca fueron tan cercanas. Nunca se hicieron confidencias una a la otra, y Rhys habría pensado que no lo hacía con nadie, exceptuando tal vez a su madre. Pero se había equivocado. Sentía no haber formado un vínculo más fuerte con su compañera interfecta en el tiempo que ellas pasaron juntas en el pasado.

Evelyn asintió. Pero la tenue sonrisa que hendía sus labios acabó por disiparse al decir lo siguiente.

—Tristemente, Somchai murió en un ataque cometido por los pyxis al restaurante de su familia.

Un silencio breve y ominoso anegó el comedor.

—Somchai —añadió, por último, Evelyn—. Significa “hombre respetable” en tailandés.

Tras un silencio más largo, Sett, poniendo una mano en la de

Rhys, dijo:

—Hazlo ahora. Pregúntale.

La cena se reanudó tranquilamente. Hablaron, rieron, y los silencios se hicieron escasos. Rhys miró a sus padres, felices, y pensó que era como volver a los viejos tiempos, donde imperaba una armonía familiar que colmaba su pecho de sensaciones maravillosas. A mitad de la velada, mientras el *asistente* servía el postre (un de trozo brownie con una bola de helado de fresa encima), Rhys anunció a sus padres sus planes de casarse otra vez.

—¿En serio? —Su madre pareció notablemente sorprendida a la vez que feliz—. ¿De nuevo?

—Fue idea de Marleen. La ceremonia que Sett y yo tuvimos antes de mi viaje al pasado fue, si bien bonita, furtiva y apresurada, sin decir el temor que sentía en aquel momento de que Tadhg supiera de lo que Sett y yo estábamos haciendo y se dispusiera a impedirlo.

—Yo creo que es maravilloso, cariño —comentó Caleb. Extendió la mano hacia Rhys y esbozó una sonrisa—. ¿Cuándo sería, entonces?

—Diciembre.

—¿En dos meses? —dijo Evelyn.

—En efecto. Y apenas contamos con tiempo suficiente para todos los preparativos.

—Sí —abundó Sett—. Pensamos que era muy pronto para hacer una celebración, en vista de los recientes eventos, y la muerte de mi madre, sin contar todas las tragedias que ocurrieron hace un mes. —Inspiró hondo como si aquellas palabras le hubiesen quitado todo el aliento—. Marleen, ya la conocen, logró persuadirnos. Y Edison, mi hermano, a quien también conocen, se mostró entusiasmado con la idea. Me pidió ser el padrino.

—Y —añadió Rhys en voz aguda, tomando la mano de su esposo y mirando alternadamente a sus padres— que nos dieran su aprobación para hacer la ceremonia civil y la recepción aquí también fue otra idea de Marleen. Dijo que no hay lugar más seguro que este para evitar a toda la prensa que querrá cubrir el evento.

Evelyn y Caleb cruzaron una mirada.

—Entonces, ¿qué dicen? —preguntó, nerviosa, Rhys. Sintió un leve apretón en la mano.

Era Sett.

Al cabo, sus padres cruzaron otra breve mirada, del tipo que decía «¿En qué lío nos hemos metido?», y volvieron su atención hacia

los dos jóvenes que aguardaban su aprobación. Rhys vio, más que escuchó, la respuesta, cuando se fijó en la brillante mirada de su madre, quien por primera vez esa noche —mejor dicho, desde su reaparición— parecía entusiasmada por algo.

—Suena maravilloso. Como dijo tu padre. Cuenta con nosotros.

Al concluir la cena, Rhys ya había logrado más de lo que se había dispuesto a conseguir esa noche. Una velada fantástica con sus padres. Un lugar para la boda. Y la dirección de Hailee Fitzgerald, la madre de Caylis.

Al día siguiente, Rhys y Sett, abordo de una aeronave, volaron hasta Morningside Heights. Imperó el silencio durante el trayecto. Hacía una tarde encantadora. El sol descendía lentamente por el oeste, tiñendo el cielo de azul violáceo, rosa y dorado, los colores típicos del atardecer. Rhys estaba nerviosa. Por fin se reuniría con Hailee.

Sería extraño, sin duda. El reencuentro conllevaría a un largo instante de incómodo silencio, preveía Rhys. Hailee ya no era la niña de nueve años a quien, en el pasado, salvó de ser asesinada por un pyxis'avalh en el cuerpo de su madre. Oh, no. Debía tener unos cuarenta y tantos. Mayor que Rhys. En todos los sentidos. Ella hizo su propia investigación, la noche anterior tras la cena con sus padres, y halló que Hailee, reconocida activista, había pasado la mayor parte de su vida como voluntaria en centros de ayuda para víctimas de los pyxis. Fue condecorada por la ONU y estuvo nominada a un Premio Nobel de la Paz por sus labores sociales.

Con treinta años, se casó y al poco tiempo tuvo a su segunda hija —por entonces ya era madre de Belcalis, una niña huérfana a quien acogió años atrás cuando apenas empezaba con sus gestiones humanitarias en el este de Nueva York—, llamada Tanya, como su difunta madre.

Sett aparcó la nave a un costado de West 114th Street. Rhys bajó. Sett se ofreció a acompañarla, pero ella, cariñosamente, se rehusó. A continuación, Rhys cruzó la calle y miró el edificio donde, según la indicación de su madre, vivían Hailee, su esposo y su hija de once años. Evelyn le había dicho que ella y Hailee se reunieron un par de veces cuando Rhys era una niña, de modo que ésta no lo recordaba. Por ello, sabía exactamente dónde vivían Hailee y su familia; «Salvo, claro, que no hayan cambiado de domicilio en los últimos diez años», había añadido.

«Espero que no», pensó Rhys, y entró al edificio.

Minutos después, el elevador, con un característico *¡ping!*, se

abrió en el décimo piso. Estaba callado. Esto aumentó los nervios de Rhys. Evocó el recuerdo de la extracción de Hailee mientras recorría el pasillo hacia el apartamento de la familia Fitzgerald (aquella noche también estaba espantosamente callado, como ahora, poniéndole la piel de gallina). Debía calmarse. Respiró profundo y se detuvo ante la puerta del apartamento «206».

Tocó el timbre.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Sett cuando ella regresó, cinco minutos después, sorprendiéndolo. Debió suponer que estaría esperando en la nave, solo, varias horas mientras ella y la adulta Hailee se ponían al corriente de sus vidas. Sett había puesto a sonar su *playlist*, que empezaba y terminaba con una canción de Ed Sheeran. Todo un clásico. Pausó la música. Rhys suspiró.

—Nada —respondió. Miraba al frente. La calle estaba poco concurrida: una mujer de mediana edad sacaba a pasear a su caniche del edificio del que Rhys acababa de salir; un quinteto de ciclistas pasó por el costado de la calle a una velocidad impresionante, y una hilera de aeronaves volaba sobre la avenida Morningside Drive. La oscuridad arropaba casi por completo el cielo sobre ellos—. No estaba.

—¿No?

—No. Pero he conocido a su esposo y su hija, que me reconoció como la hija de Furia. —Sonrió—. En fin. Me dijeron que Hailee no estaba. —Sett asintió—. Hailee, según Steve (su esposo, un hombre agradable), desaparece todos los viernes y vuelve a casa cerca de las diez de la noche.

—¿Y adónde va? —inquirió Sett.

—No lo sé. Tampoco Steve.

—¿Y lo hace todos los viernes?

Rhys asintió.

—Vaya —siguió Sett, llevándose una mano hacia la cabeza—. O el viernes es un día significativo para ella, o tiene una vida secreta que vela de su familia, ¿tú qué crees?

—El viernes un día significativo —repitió vagamente Rhys. De pronto, lo supo. Se volvió hacia Sett, lo tomó por el rostro con ambas manos y le hincó un beso apasionado en los labios. Al apartarse, Sett sonreía ampliamente, confundido. Rhys exclamó—: ¡Eres un genio! Ya sé dónde puede estar Hailee. Vamos.

De camino al lugar donde esperaban —con suerte— hallar a Hailee, Rhys le contó a Sett, punto por punto, los hechos ocurridos durante la extracción de la niña. En efecto, fue un viernes. Sucedió una semana

después de la extracción de Jim Cornwell a manos de Dawit y Juno. Aquel era un día tranquilo en la agencia hasta que, de improviso, llegó un mensaje del futuro a través de la máquina que avisaba de un nuevo ataque.

El ataque, informaba (en *braille* somero), sucedería en Borough Park, Brooklyn, esa misma noche. Quien fuera que lo hubiese remitido desde el futuro, había dicho el profesor Kerr, se había tomado la molestia de poner un signo de exclamación al final de la frase. Nunca lo hacían. Los agentes cruzaron una mirada, que decía, por lo bajo, que debían proceder a elegir quién dirigiría la misión. Hailee no era pariente de ninguno de los cuatro, por tanto debían hacerlo por votación.

—Espera —había dicho Tadhg antes de iniciar—. Hailee es la madre de *ya saben quién*.

—¿Te refieres a…? —dijo Dawit. Se interrumpió cuando Tadhg arqueó las cejas y lanzó una rápida mirada al profesor Kerr, que seguía presente en la estancia, escuchando atentamente—. Oh, sí, ya entiendo. Pero ¿qué tiene que ver? Ya sabes quién no es familia de ninguno de nosotros, por eso debemos hacer la votación.

—Te equivocas —rebatió Tadhg. Miró a Rhys—. ¿Has olvidado, por casualidad, quien apadrinó tu prueba final?

—¿Qué? —masculló su hermana, arrugando el ceño. De pronto, lo recordó.

—No es de nuestra familia, cierto —siguió Tadhg—, pero conoces *a ya sabes quién* más que cualquiera de nosotros.

—Tiene razón. —Juno cruzó los brazos ante el pecho con desenfado. No parecía decepcionada de que la extracción le fuera sido quitada de las manos, ya que, obviamente, hubiera sido elegida (incluso Rhys había votado por ella) para presidir tan importante gestión. Y si daba crédito al signo que habían puesto al final del mensaje, aquella, además de importante, era apremiante.

Debían apresurarse.

Naturalmente, Rhys eligió a su hermano como su auxiliar para la misión. Tenían un acuerdo.

Faltaba una hora para que cayera la noche (los mensajes del futuro nunca especificaban la hora exacta del ataque; pocas veces, el lugar y la fecha, pero nunca la maldita hora). Así pues, decidieron encausarse de inmediato al lugar indicado por el mensaje. No querían tentar a la suerte. Además, para cuando llegaran a Brooklyn, la noche estaría ya en su apogeo, había pensado Rhys.

Y así fue.

Llegaron a Borough Park en un abrir y cerrar de ojos a la par que la noche. Rhys manipuló la *tablet* de la agencia para ubicar, ágilmente, la dirección del domicilio de los Fitzgerald. Era todo lo que

sabía Rhys por entonces sobre la niña que debían salvaguardar de los pyxis: su nombre. ¿Qué edad tendría, se había preguntado ella, ocho, nueve años? Tampoco sabía que su madre, que no llegaba a los treinta años, vivía sola, apenas subsistiendo gracias a dos trabajos de medio tiempo desde que sus padres la echaran de casa al embarazarse tempranamente. Su novio había salido una tarde a comprar leche, y nueve años después, seguía sin aparecer. Eran solo Hailee y su madre. Pero Rhys no lo sabía.

Miró el tablero del vehículo para consultar la hora. «19:15.»

—Espero que hayamos llegado a tiempo —dijo Tadhg. La miraba. Parecía ansioso (o nervioso, según quien lo mirase). Pensó que ella misma debía dar una impresión similar.

—Yo también.

—¿Quieres que vaya contigo?

Rhys lo miró como atontada. Por dentro, pedía: «Sí, por favor, acompáñame».

—Estaré bien.

Y, en efecto, lo estuvo. Al cabo de tres minutos, regresó al vehículo, sana y salva, si bien agitada por el reciente descubrimiento. No podía decir lo mismo de la niña y su madre, pues, al penetrar en la diminuta residencia —que bien podía pasarse por un cuchitril para ratones—, no halló rastro de sus residentes. Estaba vacío. Y, extrañamente, la puerta estaba abierta.

Dentro, la sala, enjuta como el cuarto de baño de un hotel, se hallaba desvencijada; había vidrios rotos por doquier, y borrones de sangre parcialmente fresca en el suelo. Era como si hubiese ocurrido una pelea en ese lugar recientemente. O esta fue la impresión que tuvo Rhys.

Mientras se lo contaba a Tadhg, lo apremiaba para que pusiera el auto en marcha.

—¿Adónde vamos? —le preguntó su hermano. No entendía su alteración, pero, de igual forma, hacía maniobras para encender y arrancar el auto lo más rápido posible.

—El puente —había respondido Rhys. La frente le sudaba copiosamente.

—¿Por qué?

—Hailee y su madre van hacia allá.

—¿Cómo lo sabes? —Tadhg conducía a toda velocidad (dentro del límite permitido, claro) a través de una calle de Sunset Park que estaba esencialmente concurrida aquella noche. Al menos no había tráfico.

—La vecina. —Y Rhys le explicó, esperando que esto la ayudara a calmar su agitación, cómo supo a través de la mujer que vivía en el apartamento de al lado de la madre y su hija, que éstas por

una razón incomprensible se dirigían al puente de Brooklyn.

—Creí que estaban robando —dijo la mujer, llamada Gillian, en tono contrito—. O que había, como mínimo, una pelea. Estaba a punto de llamar a la policía (algo que me sorprendió que el resto de los vecinos no hicieran), pero me contuve al oír que se abría la puerta. Tanya y su hija, Hailee, salían. Tanya tenía una aptitud y mirada extraña. Y Hailee parecía más asustadiza que de costumbre.

—¿Mirada extraña? ¿A qué se refería?

—Sus ojos eran negros. Sin irises. Ni siquiera la parte blanca. No. —Se estremeció al agregar—: Eran completamente negros. Y cuando le pregunté a dónde iban, me respondió, en un tono que no parecía su voz, que al lugar favorito de Hailee: el puente de Brooklyn. Sin más, se fueron.

—¿Y crees que allí está? —preguntó Sett. No parecía convencido.

—Sí. Tiene que estar allí.

—¿El lugar donde murió su madre?

—Sí, sé cómo suena. Pero no se me ocurre nada más.

—Quizá esté en un café, de entre los miles que hay en la ciudad, leyendo un libro y disfrutando del paisaje suburbano. O podría estar en otros cientos de lugares diferentes, dando conferencias, asistiendo a galas benéficas (que sólo se celebran los viernes) o ayudando a las víctimas de los pyxis en cualquier parte del estado de Nueva York. Quién sabe.

—Yo lo sé, Sett. —Rhys inspiró hondo y se llevó una mano al pecho, cerrándola en el relicario que le descansaba, frío sobre la piel cálida—. Tengo un presentimiento.

Guardaron silencio. Al cabo de un minuto, Sett preguntó.

—Y bien, ¿terminarás de contarme la historia de la extracción de Hailee?

Rhys continuó. Ella y Tadhg llegaron al puente. Pasada las ocho y cuarto, este estaba raramente atestado de personas (esto, exceptuando el tránsito vehicular, que, al contrario, estaba al tope). Detuvieron la camioneta y empezaron su búsqueda por el puente, a ojos vistas preocupados como una pareja de padres que acababa de perder a su retoño en la multitud.

—¿Y qué pasó luego? —preguntó Sett.

—Oímos un grito. Una niña.

Era Hailee. E inmediatamente Rhys y Tadhg se dirigieron hacia ella, que estaba a varios metros de ellos con su madre —o lo que alguna vez fue su madre— obligándola a subirse al borde del puente.

Se escuchaba el sonido de los autos al pasar, y las tenues ráfagas de viento helado que hendían ya entrada la noche. Encima, el barullo de voces de las personas que se congregaron en torno a la

madre y la niña que parecían encausarse a una muerte inminente. De refilón, mientras se dirigía al lugar de los hechos con su hermano pisándole los talones, Rhys se fijó que un trio de policía también se encaminaba hacia allá. Debían actuar rápida.

Se detuvo y le señaló a Tadhg los policías.

—Ve y distráelos. Yo me encargaré de salvar a la pequeña.

Tadhg asintió, no sin antes echarle la mirada que decía «¿Estás segura?»

—Estaré bien —dijo ella.

Un minuto después, se topó con la multitud que se había agrupado en torno a la niña y la *supuesta* madre; exclamaban («Que alguien la pare»; «Va a lanzarla al río»; «No, van a caer las dos»; « Por favor, que alguien haga algo») y se empujaban unos contra otros. El llanto de la pequeña Hailee se superponía sobre todo. Era desgarrador.

De pronto, fue como si los segundos se ralentizaran: el tiempo avanzó lentamente. El barullo crecía, y con él, los chillidos de la niña, que ya estaba de pie en el borde del puente. Alguien sonó un silbato. Un policía. Tadhg no estaba a la vista. Hailee gritó. Rhys apartó la mano del desfibrilador, sería un error, bastante grave, utilizarlo ante tantos testigos. No, mejor no. Mejor probaba otra táctica.

Dicho y hecho, atravesó la multitud en el momento exacto que la mujer —pyxis'avalh— se disponía a dar el empujón final a la niña. Rhys se movió a una velocidad increíble —tan increíble, que a día de hoy no sabría decir cómo fue capaz—: su mano se cerró en la parte de atrás del pijama de la niña y tiró de ella.

Hailee y Rhys rodaron por el suelo al mismo tiempo que el caos estallaba, irrumpía la policía, una mujer (que no era solo una mujer) saltaba del puente al East River y la multitud se agolpaba para ver su caída. Y —mientras el tiempo volvía a su cauce habitual, opinó Rhys— Tadhg apareció como un ángel salvador y la ayudó a levantarse con la niña aferrada a su pecho como una cría de koala a su madre. Empezó a llover.

—Y luego ¿qué? —inquirió Sett. Ya estaba descendiendo la nave en un trecho del puente de Brooklyn (que, si bien, no era el mismo que en la época en la que ocurrió la extracción de Hailee, la sensación que invadió a Rhys al estar de nuevo allí era bastante similar a la que sintió por aquel entonces).

—Fuimos a la agencia. Hailee estuvo aferrada a mi pecho, el rostro allanado contra mi cuello, hasta que llegamos. Durante dos semanas, no habló con nadie, ni siquiera para preguntar dónde estaba, quiénes éramos o qué le había ocurrido a su madre.

—¿Qué pasó, entonces, a la tercera semana?

—Dawit —respondió Rhys—. La invitó a jugar *Twister* con Jim y conmigo. Para nuestra sorpresa, Hailee aceptó.

El puente de Brooklyn brillaba. El juego de luces que bordeaba la estructura variaba gradualmente de colores. En ese momento, el naranja —y varios tonos de este— daban paso al morado, y después, al amarillo. Sett aparcó la nave en el área de estacionamiento del carril derecho y Rhys bajó.

Fuera, tuvo la impresión de haber vuelto en el tiempo a la época que, hace casi un mes, dejó atrás. Desde luego, la estructura, a lo largo de los años, había cambiado; para empezar, ya no era tan transitada como hace treinta años debido al auge de las aeronaves. De igual forma, durante el gran terremoto de 2032, el puente sufrió severos daños que amenazaron su existencia —una de las torres góticas de granito, la más próxima a Manhattan, se desplomó, arrasando con una cuarta parte de la estructura total del puente—, si bien la subida del nivel del agua, que conllevó a la devastadora inundación dos años antes, en la baja Nueva York ya lo habían hecho inaccesible. A principios de la década del 40, se inició la reconstrucción cuando el gobierno cedió una porción sustancial de los bienes públicos destinados a la seguridad civil para la restauración de uno de los íconos reconocibles más importantes de la ciudad.

Hoy día, era, básicamente, un atractivo turístico que servía de mirador, un sitio de esparcimiento; en cambio, sus días como una de las principales vías de acceso al East River quedaron atrás. Aun así, pensó Rhys, si John Roebling pudiera verlo ahora se sentiría orgulloso.

—¿Estás segura de que podría estar aquí? —preguntó Sett. Caminaban por la pasarela entre los carriles.

El puente no estaba abarrotado este día. Gracias a Dios. Había escasas personas en ambos flancos del puente, cerca de los carriles y en la pasarela: algunas capturaban imágenes con sus artilugios última generación; otras, simplemente, miraban el paisaje o andaban, a pie o en bicicletas aerodinámicas.

—Segura, no. ¿Cómo podría? —Rhys ladeaba la cabeza de un lado a otro; quizás, pensó, Hailee podría estar entre los peatones que andaban por los carriles, o incluso allí mismo, en la carretera. Esperaba encontrarla.

—¿Entonces?

—Tengo un presentimiento.

—Está bien. —Sett alzó las manos—. Supongo que puedo conformarme con eso.

—Sí, por favor. Mira por allá, y yo veré por aquí.

Sett arrugó el ceño.

—¿Y cómo se supone que sabré qué apariencia tiene Hailee ahora? Jamás la he visto.

—Mierda. Tienes razón. —Se detuvo al tiempo que profería otro improperio.

—Debí pedirle una fotografía a mi madre. O al señor Fitzgerald.

Sett le puso una mano en el hombro.

—Está bien —le dijo dulcemente—. Quizá no ha cambiado mucho. Quizá, al verla de soslayo, la reconozcas.

—Eso sería…

¿Absurdo? ¿Tonto? ¿Sacado de una novela con tintes románticos? Ellos nunca sabrían la respuesta. En ese momento oyeron, a sus espaldas, una voz...

—¿Rhys?

Ésta y Sett se volvieron. Una mujer, vestida con un gabán negro, guantes blancos y un conjunto estilo tuxedo plomizo, se hallaba frente a ellos con los ojos abiertos de par a par. Parecía sorprendida sobremanera. Sus ojos gris oscuro le resultaban familiares, reparó Rhys. Sett tenía razón cuando dijo que quizás no había cambiado demasiado. Hailee —con treinta y cuatro años más que la última vez que la vio— sonrió ampliamente.

—Dios —dijo, llevándose una mano al pecho—. Es como si estuviera viendo a un fantasma.

Rhys sonrió.

—Qué curioso. Yo también.

De noche, se podía ver más claramente el tráfico de aeronaves circulando a los lados del puente gracias a la espesa oscuridad del cielo que servía como telón de fondo. Algunos iban en hileras como si siguieran el carril de una autopista terrestre o cruzaran por puentes invisibles (si fuera así habría al menos un centenar). Otros, en cambio, iban dispersos, enfilando trayectos menos concurridos. ¿Adónde iban? Era un misterio. Se los veía perdiéndose a la distancia.

Rhys y Hailee, tras un emotivo reencuentro, en el que hubo abrazos, lágrimas, y una presentación —Hailee no conocía a Sett en persona, naturalmente—, se acercaron al borde del carril que daba vista a la silueta de la ciudad, desde la hundida Wall Street hasta los altos y brillantes edificios del centro con todas sus luces multicolores y enormes imágenes holográficas. Hailee suspiró. Rhys se la quedó mirando mientras ella, visiblemente feliz, contemplaba en silencio. Había alrededor de una docena de personas en la baranda admirando

lo mismo en ese momento. Hailee pestañó y pilló a Rhys observándola.

Rhys apartó la mirada, avergonzada, y oyó una risa (esa risa la había oído solo un par de veces en el pasado, recordó).

—He cambiado mucho desde entonces, ¿no?

Rhys frunció el ceño, mirando nuevamente a la mujer.

—¿Qué?

—Quiero decir, yo. He cambiado.

—Bueno, sí, todos hemos cambiado. Mucho ha cambiado desde aquellos días. —Puso la mirada en la dirección en la que se distaban los ruinosos edificios de Wall Street, entre otros, calados por el agua —. El futuro es como lo prometieron, solía decir mi abuelo.

—Así es. ¿Adónde ha ido tu esposo?

—¿Sett? —Rhys ladeó la cabeza, buscándolo. Y lo encontró, no muy lejos, cerca de un puesto de perritos calientes—. Allí está.

—Lo veo. —Hailee sonreía—. Si hace unos años me hubiesen dicho que la única hija de Evelyn White se casaría con uno de los hijos de Rebecca Gibbings, me habría reído. Ahí una prueba fehaciente de lo mucho que ha cambiado nuestro futuro. Nunca tuve palabras con Rebecca, ni durante aquella época ni después (si bien yo no era muy histriónica a la edad de nueve años), pero aun así lamento que haya muerto. Debe ser difícil para él sobrellevarlo.

Rhys volvió a mirar a Sett (estaba devorando un perro caliente como si fuese el último que fuera a comer en su vida).

—Sí. Quizá Rebecca no fue la mejor persona, pero no se puede discutir que fue una excelente madre.

Hailee asintió y suspiró. Lejos, Sett alzó el perro caliente a medio comer a modo de saludo cuando advirtió que Rhys y la mujer —la que alguna vez fue una niña de nueve años— lo estaban mirando sin tener la menor idea de lo que estaban hablando en ese momento.

—¿Sabes? —indicó Hailee—. Quizá fue impresión mía, quizá no. Pero cuando nos vimos hace un momento, me fijé que estabas buscando algo, o alguien… A mí, tal vez.

—Sí. —Rhys no pudo evitar una sonrisa—. Así era.

—¿Y cómo me encontraste?

—Mi madre me dio tu dirección. Fuimos a tu casa. No estabas, pero, en cambio, me recibieron Steve y Tanya, quienes me hablaron de estas raras escapadas tuyas todos los viernes. Se me ocurrió entonces…

—Que podría estar aquí, entiendo.

Hailee asintió, bajando la mirada. Mirándola bien, aun en sus cuarentas, podía pasarse fácilmente por una mujer de veintitantos. No tenía canas a la vista —su cabello era negro y lacio y lo llevaba recogido en un pequeño moño a la altura de la nuca— y ligeras

arrugas en los laterales de los ojos. Todavía se podía ver sin mucho esfuerzo a la niña de nueve años, tierna y timorata, que fue alguna vez.

Hailee soltó una exhalación. El frío condensó su aliento.

—Seguramente no lo sabes —comentó, mirando hacia la distancia—. Pero yo fui al hospital el día que naciste. Tenía que verte con mis propios ojos. Debía hacerlo, me decía. La niña que me salvaría (y me salvó) alguna vez. Te sostuve entre mis brazos con el beneplácito de tu madre. Esa fue la primera y única vez que te vi. —Volvió de nuevo la mirada hacia Rhys—. Hasta hoy.

—No lo sabía.

—Eso supuse. Aquella vez le pedí a tu madre que jamás me nombrara frente a ti. Evelyn aceptó. Sabía que, como ella, yo también velaba por este futuro.

Rhys sintió un escalofrío; el mismo que sentía desde hace un mes cada vez que pensaba que su madre siempre supo lo que pasaría, lo que debía pasar, y procuró que pasara. Era extraño, se había dicho. Era como si su madre hubiese tenido el poder de manipular el destino y hubiera jugado a ser Dios los últimos treinta y tres años. Ciertamente, este poder acabó el día que todo fue descubierto, incluido su plan para engañar a Doctor Silencio haciéndose pasar por muerta.

—¿Por qué? —preguntó Hailee.

Rhys sabía que se refería a por qué la estaba buscando ahora.

—Caylis —dijo. Sintió un ligero pinchazo en el corazón al ver la sombra que enlutó la mirada brillante de la mujer. Aún sufría la pérdida—. Yo le hice la promesa, días antes de su muerte, de que te vería alguna vez. Se supone que *nosotros nunca olvidamos*, pero yo olvidé estas últimas semanas que había hecho tal promesa. Debí reunirme contigo durante el servicio, inmediatamente después de su muerte.

—No, Renata, no te aflijas. —Hailee le puso una mano en el hombro cariñosamente—. Aquellos días fueron terribles para todos en esta ciudad. Caylis, sobradamente, hubiese entendido que no hubieras cumplido de inmediato con tu palabra. Estoy segura.

Hailee extendió la mano hacia el rostro de Rhys para limpiar una lágrima que le rodaba por la mejilla y que hasta entonces ella no había notado. Aquellas palabras la aliviaban sobremanera. Ella no conoció a Caylis lo suficiente para estar segura de aquello, pero Hailee sí, y por tanto debía creer que la Arpía habría asentido si estuviera con ellas en ese momento.

A continuación, ambas miraron el cielo. Lucía bellísimo. Un telón negro salpicado de radiantes estrellas fulgurantes. La luna, oronda, tenía la forma de una moneda de plata.

—No pensé que lo tomaría literal —dijo Hailee.

—¿Quién?

—Caylis. Ella no sabía que tú me salvaste la vida en el pasado. Se lo conté el día después de tu regreso. Fue curioso, ¿no?, que ella te apadrinara el día de la prueba final. Si no lo hubiese hecho, aquella noche me hubiera salvado otro de los agentes (Tadhg o el bueno de Dawit), y quizá el resultado de aquella gestión habría sido diferente, y no estaríamos aquí.

Rhys no supo qué decir. Ella, ciertamente, no había pensado en eso. «Esto quiere decir que Caylis no sabía que yo salvé a su madre cuando veló la prueba final de mi generación.»

—En fin. Supongo que fue a verte después de eso. Ella quedó muy sorprendida cuando se lo conté, y ya sabes cómo era Belcalis, nunca mostraba sus emociones. Quizá, solo frente a mí. Es parecida a mí a la época en la que estuve en la agencia después de mi extracción. Yo sólo me daba contigo entonces, ¿recuerdas? —Rhys asintió—. Caylis también quedó huérfana, como yo, por culpa de los pyxis. Ella tenía tres años cuando *ellos* atacaron de golpe el complejo de apartamentos donde vivía con sus padres, y estos fueron asesinados frente a ella.

»Cuando supe su historia, yo, con catorce años, era voluntaria en un centro de apoyo a víctimas de los pyxis. Creamos un vínculo. En los tiempos que corrían, no fue difícil hacerme su tutora legal. Yo, una adolescente que apenas podía relacionarse con otras personas, me convertí en la madre de una niña que padeció una tragedia como la mía. Pero fuimos, por mucho tiempo, una el apoyo incondicional de la otra para poder superar nuestros traumas del pasado.

Al finalizar, Hailee suspiró hondo, volviendo la vista al frente. Rhys la imitó.

—Lamento lo que pasó —dijo en tono febril—. Que muriera. Ojalá estuviera aquí.

—Está bien. No tienes porqué lamentarlo. Caylis es la razón por la que me salvaron en el pasado. Debía cumplir un propósito importante, y eso hizo. Ella no lo hubiese preferido de otra forma.

Rhys asintió, si bien cabizbaja.

—En algunos países, durante la Semana Santa, los católicos realizan una procesión para retribuir a Cristo sus milagros, aunque esto no siempre era bien visto por la Iglesia. En fin. Me gusta pensar que venir aquí cada viernes es una manera en la que puedo retribuir el milagro de que estuvieras allí aquella noche y cambiaras para siempre el curso de mi vida, y con ello, la de Belcalis.

—Tu madre…

Hailee inspiró profundamente.

—Sí. También por ella.

Una hora después, Rhys y Sett ofrecieron a Hailee llevarla a su casa en Morningside Heights —ella debió viajar hasta el puente gracias al *excelente* servicio de taxis aéreos de la ciudad de Nueva York, supuso Rhys—, a lo que Hailee, como era de esperarse, se rehusó. No quería suponer una molestia para ellos haciéndolos atravesar de nuevo la ciudad, oh, no, arguyó. Ella llamaría a otro taxi. Rhys era digna hija de su madre, añadió también Hailee cuando terminó accediendo al insistente ofrecimiento de Rhys.

Sett sonrió (su forma de mostrarse de acuerdo con ello).

Más tarde, de vuelta en West 114th Street frente al edificio donde vivía Hailee, ésta y Rhys se despidieron con un afectivo abrazo que las conllevó a soltar algunas lágrimas. Se apartaron riendo como niñas (las que alguna vez fueron) y se enjugaron las lágrimas.

—Adiós, Settan. Fue un placer conocerte.

Sett sonrió ampliamente y alzó una mano.

—Igualmente.

Hailee volvió de nuevo la vista hacia Rhys. Sus ojos resplandecían.

—Es muy apuesto —le dijo en voz baja—. Qué suerte tienes.

—Tú también. —Rhys echó una mirada hacia el edificio.

Rieron de nuevo.

—No lo olvides —dijo después Rhys—. En dos meses.

—Sí. Tu boda. No lo olvidaré.

—De todas formas, te haré llegar una invitación formal. Ya conozco la dirección.

Hailee sonrió, apartándose un mechón de pelo de la cara.

—Iré. Te lo prometo.

Y se alejó. Rhys se la quedó mirando con una sonrisa mariposeándole en los labios sin darse cuenta. Estaba feliz, sí. Mucho. Al cabo, sintió que una mano caía sobre la suya y apartó la mirada. Se halló reflejada en los ojos castaños de Sett, su apuesto y amoroso esposo, el otro motivo de su felicidad ese día y por siempre.

—Vamos a casa —le dijo Rhys.

Rhys ya no sentía la sensación sobrecogedora que la ceñía cada vez que entraba al Salón Memorial. No podría decir con seguridad cuándo o por qué dejó de sentirla. Debió ser en algún momento de los últimos tres meses desde los acontecimientos en South Park, pensó. Quién sabe

(ella no, por lo visto); lo importante era que había desaparecido y estaba bien.

Entró en el amplio salón sin que —esta vez— la sensación de centenares de ojos puestos sobre ella la molestaran. Ya no. Ella caminaba con soltura. Las flores que llevaba en sus manos oscilaban sus hojas con cada paso. A su lado, Sett avanzaba también. Ambos sonreían.

Un día antes, había sido su boda. La ceremonia, y la recepción posterior, fueron maravillosas, tal como Rhys la había soñado de niña —todo fue gracias a su prima Marleen que tuvo la genial idea de realizar un segundo enlace entre ella y Sett en compañía de sus familiares, amigos y personas más allegadas—, en la propiedad de los Goodbrother, como se acordó en aquella cena con sus padres. Fue maravilloso. El día más feliz de la vida de Rhys hasta el momento.

Y, al final, Hailee cumplió su promesa; asistió, como dijo que haría, a la recepción que se realizó tras la ceremonia. Este encuentro fue tan afectivo como el anterior. Rhys pensó entonces que no pudo haber sucedido en un mejor momento —justo después de un mordaz cruce de palabras con la odiosa Chloe Kerr— mientras se entregaba a un afectuoso abrazo de reencuentro con la otra mujer.

Ahora estaba allí, en el salón memorial, que en los últimos tres meses había visitado con regularidad —Hailee se había referido a sus visitas al puente como «una forma de retribución por todos los milagros que ha recibido en su vida», y Rhys quería hacerlo de igual forma, pero a su manera visitando en cambio la estancia del recuerdo —, y esa era la primera vez desde su reencuentro con Hailee que Sett la acompañaba.

—Después de todo, parece que sí le gustaron las flores, ¿eh? —comentó Sett. Echó una mirada a las que Rhys llevaba en sus manos en ese momento.

—Sí —respondió ella—. Su madre me lo dijo. Ave del paraíso. Su favorita. Caylis decía, según Hailee, que eran flores indóciles, raras; que carecían de la enternecedora belleza de las rosas, las orquídeas o las margaritas, pero que tenían personalidad y carácter de sobra.

—Como ella —atajó Sett. Y sonrió.

Rhys asintió, devolviéndole la sonrisa. Al cabo, se detuvieron frente a la figura de Caylis la Arpía. Su mirada feroz parecía escudriñar la distancia. Rhys dejó el ave de paraíso en la plataforma junto a la inscripción metálica con el nombre de Caylis y las fechas, y reculó un paso, donde Sett la rodeó con sus brazos y la besó en la sien. Ella suspiró. Por alguna razón, sentía melancolía cada vez que dejaba la flor en el mismo lugar (la verdad, sabía exactamente por qué).

—La otra flor —señaló Sett—. ¿También es para Caylis?

—No.

Rhys miró el crisantemo rojo que tenía en la mano. Se apartó de Sett. Se acercó al busto de yeso de Brian Wode (su mirada esculpida seguía teniendo aquel vislumbre solemne que Rhys bien recordaba) y dejó la flor junto a la inscripción con su nombre. Después, se juntó de nuevo con Sett y suspiró profundo.

—Ojalá hubiera estado con nosotros —dijo él— ayer en la ceremonia.

Rhys le puso una mano en el pecho.

—Estuvo. Estoy segura. —Sett le tomó la mano, se la llevó a los labios y, con infinita dulzura, la besó en el dorso. Ella sonrió derretida de amor—. Si no, al menos estará presente en este momento —añadió.

Sett la miró sin comprender.

—¿A qué te refieres?

Esta vez fue ella quien tomó su mano y la emplazó hasta su vientre. Aún plano, según Sullivan, pasarían un par de semanas antes de que empezara a notarse. El tiempo pareció ralentizarse en torno a ellos dos. Sett parecía atónito, exultante a la vez. Por instinto, ambos llevaron la mirada hacia Brian, que los miraba. Y estaba feliz. Sett envolvió a Rhys entre sus brazos.

—Si es niño —murmuró—, se llamará como mi padre.

—Y si es niña —dijo Rhys—, como tu madre.

Sett se apartó un poco. La miró atónito.

—¿Lo dices en serio?

Rhys se alzó en puntillas, sonriendo, y lo besó en la mejilla.

Ella siempre hablaba en serio.

UNA MISIÓN IMPORTANTE

“La humanidad se divide en tres clases: los inamovibles, los móviles y los que se mueven.”

Proverbio árabe

MARZO DE 2052

Estaba enojado, y con razón, pues se suponía que su hermana debió reunirse con él a las afueras del patio de entrenamientos hace más de media hora. Tadhg, intranquilo, miró de nuevo el reloj digital en su muñeca: oficialmente Rhys tenía treinta y cinco minutos de retraso. Esta era una situación sin precedentes.

Un comportamiento como este se esperaría de él. En cambio, Rhys, quien de los dos siempre había sido garante de una conducta ejemplar, nunca actuaría de esta forma. Salvo, claro está, que tuviera un motivo importante.

—¿Dónde está tú hermana? —preguntó Louane Graham, la entrenadora de los agentes del futuro, con un tono tan áspero como una lija. La espera sería menos terrible de no contar con la presencia de Graham allí, pensó Tadhg. Respiró hondo. Debía tranquilizarse. Graham era buena amiga de su madre, se recordó, y lo que menos deseaba en ese momento era decir algo de lo que después pudiera arrepentirse.

—No lo sé —dijo Tadhg tan tranquilo como le era posible.

—Los aprendices empiezan a impacientarse —siguió Graham. Fruncía aquel ceño desprolijo que Tadhg bien recordaba de su época como aprendiz de agente del futuro (hace como cien años, era la impresión que tenía). Graham vestía ropa negra, bien ajustada al cuerpo, y botas hasta las rodillas de tacón alto. Su cabello, rubio oscuro y canoso, iba recogido en una cola de caballo prieta sobre la cabeza.

—Yo también —dijo Tadhg. Miró a Graham—. Creí que no lo sabrían hasta que nos vieran a Rhys y a mí entrar en el patio. —Era una costumbre que la prueba final se efectuara cuando los aspirantes a agentes del futuro menos la esperasen.

—Da igual. —Graham le quitó importancia al asunto con un ademán—. Hace meses que saben que los hijos de Furia serán los veladores de la prueba final de su generación, y eso los tiene *muy* emocionados. —Miró a Tadhg de arriba abajo con una expresión despreciativa—. Yo, la verdad, no entiendo por qué.

Tadhg dejó pasar la pulla; tomó aire.

Después de la batalla de South Park, hace seis meses, la directiva de la Agencia del Futuro, que una semana previa a los acontecimientos había resuelto juzgar y sancionar a Tadhg y Rhys por romper las reglas de la agencia durante la misión en el pasado, decidió retirar la punición, reincorporarlos a sus funciones en la agencia y, de paso, darles el honor de ser padrinos de la prueba final de la próxima generación de agentes del futuro.

Tadhg sospechaba que su madre, quien, a pesar de haber dejado la directiva de la organización hace muchos años (incluso antes de que se hiciera pasar por muerta, un hecho que Tadhg todavía no superaba del todo), había utilizado sus influencias para revertir el fallo de la directiva que había sido fomentado, principalmente, por la despreciable Chloe Kerr, quien fue por debajo de cuerda la artífice de aquella pantomima de juicio.

—En fin —repuso Graham, mirándose las uñas. Suspiró con aire dramático antes de añadir—: Hace unos días me enteré de la buena noticia del embarazo de Rhys. Enhorabuena. Puede que este sea el motivo de su retraso. —Miró a Tadhg—. Dado su estado, no creo que deba participar en la prueba final, le dije a tu madre. Sería arriesgado. Como sea, espero que tu guapa hermana llegue pronto. —Encogió los hombros—. Así podré darle el parabién en persona.

Sonrió radiante. Luego giró sobre sus talones y, seguida por el golpeteo de sus tacones, regresó al patio de entrenamientos a través de las puertas dobles.

Tadhg maldijo. Contuvo el impulso de arrojar contra el piso el aparato que contenía los nombres de los aprendices elegidos para la prueba final que tenía en la mano. Estaba furioso. Y tanto. Graham tenía razón, y odiaba reconocerlo. Él, más que nadie, debió haber pensado en el bebé de Rhys y Sett. Hace meses que sabían la noticia de su embarazo. La pareja había hecho el anuncio durante la cena de nochebuena. A la sazón, Tadhg había estado muy feliz al enterarse que sería tío por segunda y tercera vez, pues Rob y Monica también estaban en la dulce espera.

Pero al finalizar la cena, se había sentido fatal. Recordó, de pronto, que en el pasado había usado a Rebecca de la manera más vil para vengarse de Sett Wode por haber apartado a Rhys de su lado. El auténtico motivo, sin embargo, fue su egoísmo. Y tardó un tiempo en comprenderlo y aceptarlo. Cuando lo hizo, era muy tarde. Había

intentado disculparse con Rebecca, pero ella…

—Eh… ¿qué te ocurre? —La voz vino de atrás.

Tadhg parpadeó, confuso. Había estado tan abstraído en sus pensamientos que no reparó que había alguien más allí (¿desde hace cuánto tiempo?). Disimuló un sobresalto. Lo había pillado por sorpresa.

—¿Qué haces aquí? —soltó Tadhg. Su intención no era sonar grosero, pero estaba tan absorto por la presencia de la recién llegada que no era capaz de medir el tono de sus palabras. O la expresión de su cara.

—He venido por tu hermana —dijo Litta simple y llanamente.

—¿Mi hermana?

—Sí. Como sabes, está embarazada. No puede participar como veladora de la prueba final y me ha enviado a mí para suplirla. Ella insinuó que mí presencia te agradaría sobremanera, pero tengo la impresión de que es todo lo contrario. —Litta frunció el ceño.

«Esa Rhys», pensó Tadhg volteando los ojos. Su hermana era tan sutil como un pyxis'baal en un templo budista.

Linette Kole, también conocida como Litta, era una agente del futuro de una de las generaciones recientes. Su padre era Ronnie Kole, uno de los agentes del futuro más acreditados desde los inicios de la organización. Y Litta formaba parte de su brigada. Así se conocieron. Tadhg se unió a las filas de Ronnie Kole para la batalla en South Park. Sin embargo, supo que Litta era su hija (o que Ronnie tuviera prole, dicho sea de paso) tres meses después de aquel infausto evento, en la boda de Rhys y Sett.

Litta era atractiva. Tadhg había combatido este discernimiento tras enterarse quién era su padre. Pero, ¡vamos!, no podías tapar el sol con un dedo. Tenía rasgos bien definidos: pómulos suaves, una nariz pequeña y perfilada, y unos labios carnosos que daban la impresión de mantenerse en la constante espera de un beso, o predispuestos a un mohín arisco (este rasgo lo había legado de su padre, sin duda). Además, desde Rebecca, Tadhg había advertido que tenía afinidad por las pelirrojas, y el cabello de Litta era castaño rojizo; en ese momento lo llevaba en una trenza que le caía por la espalda. Con el rigor de la luz, parecía auténticamente rojo.

Empero, su rasgo más destacable eran sus singulares ojos. Cada uno de un tono y color diferente: amarillo el derecho, pardo el izquierdo. Preciosos.

—¿Por qué tú?

Litta se encogió de hombros.

—Pregúntale a tu hermana.

«Ojalá fuera tan fácil.»

Como si no la hubiese oído, Tadhg inquirió:

—¿Cuáles son tus méritos? Para ser padrinos de la prueba final debes tener méritos de tu labor como agente del futuro, eso escuché. Así que, ¿cuáles son tus méritos? Nómbrame uno. Y, por favor, que no sea ser la hija de Ronnie Kole.

Litta alzó las cejas y esbozó una sonrisa tan fría como un témpano. Si se sintió ofendida, supo disimularlo.

—Luché en la batalla de South Park y salvé a una comunidad entera en Queens del ataque de un grupo numeroso de pyxis'draks durante mi prueba final. Casi muero —dijo Litta, indolente. «Así que por eso tiene aquellas marcas en la espalda», pensó Tadhg, mirándola. Se refería a las leves cicatrices que le vio en los hombros durante la recepción de Rhys y Sett. Aquel día Litta había lucido un fino vestido negro que se vertía sobre su cuerpo generosamente con un discreto escote en «v» en el pecho.

Este día, en cambio, llevaba puesto pantalones y una camisa franela, ambas prendas negras, que se aclimataban seductoramente (o al menos a Tadhg se le antojaba «seductora») a su esbelta figura tonificada por los entrenamientos.

—¿Y cuáles son los tuyos? —preguntó Litta, mordaz—. ¿Acaso ser el hijo de Furia? ¿Tener el ego del tamaño de un palacio? ¿O la astucia equiparable a la de una mosca?

Tadhg sonrió.

—Salvé a la mujer que salvó a la humanidad. Varias veces.

—Qué modesto.

—Pues es la verdad.

—Como dije, la astucia equiparable a la de una mosca —dijo. Volteó los ojos. Luego, miró como de pasada la hora en el sofisticado comunicador en su muñeca—. Mierda. Por tu culpa, vamos casi una hora tarde.

—¿Mi culpa? —Tadhg estaba ofendido y divertido a partes iguales.

—¿Quién tuvo la brillante idea de hablar de los méritos de cada uno?

Auch.

Ahora entendía por qué Rhys la había elegido. Litta, tal como ella, sabía cómo ponerlo en su lugar.

—Vamos —dijo Litta, dirigiéndose a las puertas dobles del patio de entrenamientos. Mientras lo hacía, tendió el brazo hacia Tadhg—. Pásame el aparato que tienes en la mano. Quiero ver quiénes son los tres afortunados.

—Malcolm Kerr —dijo Tadhg. El aludido dio un paso adelante, satisfecho. Era el primero de los tres destacados para participar en la prueba final. Malcolm era el hermano de Juno. Para Tadhg fue una sorpresa verlo entre los aprendices al entrar en el patio de entrenamientos. Había oído que el hijo menor de Marcus Kerr, actual director de la Academia de Ciencia y Tecnología de la ADF, había resuelto continuar los pasos de su padre al contrario que sus hermanos mayores, que fueron agentes del futuro. Que Malcolm fuera llamado al primero quería decir que era quien tenía el mejor puntaje de entre los aprendices de esa generación. Bien por él.

Tadhg echó un vistazo por encima del hombro. Litta parecía más seria que antes; ella, al parecer, también había reconocido a uno de los aprendices que formaban un círculo en la liza, a quien no le había quitado los ojos de encima. La entrenadora Graham estaba sentada en su silla característica, con una expresión impasible, mirándose las uñas. Mientras los vítores y aplausos que siguieron al anuncio del nombre de Malcolm Kerr concluían gradualmente, dando paso de nuevo a un silencio lleno de zozobra, Tadhg carraspeó, llamando la atención de Litta.

Ésta parpadeó y, al mirarlo, relajó el ceño. Si su expresión hablara por sí sola, diría: «Estoy bien. Continúa.»

Con reservas, Tadhg continuó. Debía admitir que siempre le había gustado ser el centro de atención. Sin embargo, la única atención en todo el recinto que le interesaba atraer no parecía especialmente interesada en él. De refilón, echó un vistazo al chico que no había parado de mirar Litta. Debía tener unos dieciocho. Mucho menor que ella, y también más bajo y algo escuálido (si lo comparabas con Tadhg). A simple vista no parecía gran cosa. Tadhg leyó el nombre.

—Alison Lambroza —dijo. Alzó la mirada. Una chica afroamericana dio algunos pasos al frente y se ubicó junto a Malcolm, que le dio unas palmaditas en la espalda. Ella lo observó nerviosa, con ojos soñadores, hasta que cesaron los aplausos en su nombre.

De nuevo, silencio.

Alguien bostezó. Graham, por supuesto. Tadhg le dedicó una mirada furiosa, que la entrenadora desdeñó con un ademán. Quiso decirle que si tan aburrida estaba, podía irse a retozar a la séptima paila del infierno. Se contuvo. Una mano apareció en su hombro.

Era Litta. Se miraron fijamente.

—Déjalo pasar. Continúa —dijo pacíficamente y apartó la mano.

Tadhg asintió. El último nombre en la lista era:

—Tremaine Winfrey.

Estallaron los aplausos. Graham se enderezó de golpe en su

silla. Tadhg, más que ver, advirtió la tensión que emitía Litta a partir de la mención de aquel nombre. El chico que ella no había parado de mirar dio un paso al frente, sonriendo de oreja a oreja, y se situó a diestra de Malcolm. Tremaine, se llamaba. ¿Qué clase de nombre sandio era ése? Aunque escuchó con sordina que entre los que lo vitoreaban y aplaudían había quienes lo llamaban Tree.

¿Por qué Tree inquietaba tanto a Litta?

Tadhg espabiló. Más tarde indagaría el motivo. De momento, se enfocaría en disfrutar la atención que estaba recibiendo. Por lo general, los ánimos de los aprendices no elegidos para la prueba final (que, desgraciadamente, debían continuar con sus aprendizajes un trimestre más con la entrenadora Louane Graham) estaban por el suelo al acabar la ceremonia de selección. Sin embargo, el grupo de aprendices (de unos diez, incluyendo a los tres destacados) se congregó animadamente entre los afortunados y Tadhg, que recibía pedidos para tomarse fotos y preguntas de todo tipo (más que nada sobre su misión en el pasado). «Se siente bien ser el premio de consolación», pensó, ampliando la sonrisa para otra foto. A su alrededor reinaba un barullo de voces. Con unas fuertes palmadas, Graham lo acalló.

—Muy bien. Ya es suficiente. La exhibición ha terminado. Aquellos que no fueron destacados se las verán conmigo la próxima semana para iniciar otro trimestre de entrenamientos —dijo Graham. Su voz sonaba tanto enfadada como monótona. Tadhg aprovechó ese momento para localizar con la mirada a Litta, que se había apartado de su lado cuando los aprendices empezaron a acercarse. Tampoco estaba a la vista. Giró sobre sus talones. Y la vio entonces, en un área apartada, hablando con Tree—. Quienes fueron elegidos, acompañarán a los veladores a la armería para la fase de elección de armas. Quizá allí ellos les adelanten algo de la misión que deberán emprender —seguía diciendo la entrenadora. Cruzó una mirada anecdótica con Tadhg—. Buena suerte.

Dicho esto, Graham y los aprendices empezaron a irse del patio de entrenamientos con diversos grados de emoción en sus caras.

—Eh…, Tadhg, ¿podemos hablar?

Era Malcolm.

—¿Qué ocurre? —preguntó sobriamente Tadhg. Que recordase, en el pasado jamás había cruzado una sola palabra con Malcolm. Esta era la primera vez que se hablaban. Y no podía haber escogido peor momento. Litta y Tree seguían conversando, a varios metros de distancia, en un tono tenso y sospechoso.

—Quería hablarte de mi padre —dijo Malcolm.

Tadhg lo miró ceñudo. Ahora tenía su atención. Marcus Kerr, el actual “profesor” y director de la Academia de Ciencia y Tecnología

de la Agencia del Futuro, era el padre de Malcolm. Tadhg tuvo un ligero problema (si se le podía llamar así a casi romperle la nariz de un puñetazo) con Marcus en el pasado cuando éste besó y profesó su amor a Rhys en un hospital. En fin, aquel hilarante episodio había sido superado (aunque no del todo). Y en aquel momento tenía delante a uno de los cuatro retoños del feliz matrimonio de treinta años de Marcus Kerr. Malcolm, el tercero de ellos, era un prodigio, tanto en la liza como en el laboratorio. Mirándolo bien, había heredado algunos rasgos de su abuelo, Michael Kerr, aparte de su inteligencia; por ejemplo, sus ojos azules claros y su sonrisa. Aunque en ese instante no estaba sonriendo.

—Así que tu padre, ¿eh? —comentó Tadhg.

—Sí. —Malcolm asintió. Parecía nervioso. Tadhg tuvo que admitir para sus adentros que no creía que su imponente físico y su intimidante contemplación tuvieran que ver en ello—. Quería pedirte un favor.

«¿Y por qué yo te haría un favor?», pudo haber dicho Tadhg. Cruzó los brazos. La verdad, quería escucharlo.

—Habla.

Y Malcolm habló. En resumen, el favor, bastante simple, consistía en que no le revelara a su padre que había sido elegido entre los tres mejores para consumar la prueba final. «Fácil —pensó Tadhg. No recordaba cuándo fue la última vez que estuvo en la misma estancia que el profesor Kerr—. Da igual. Dudo que nos veamos pronto salvo que en las próximas horas ocurra otro suceso importante en la agencia. Ni siquiera asistió a la boda de mi hermana, aunque vaya que sí tenía sus motivos.» Además, la prueba, fuera cual fuese esta, sería esa misma noche.

—¿Tu padre sabe que vas a convertirte en agente del futuro? —«Como tus hermanos», faltó decir.

—Claro que sí. Sería imposible ocultarlo siendo quien es mi padre.

—Entonces ¿por qué?

Malcolm bajó la mirada. De pronto, Tadhg supo la respuesta.

—Juno.

Malcolm asintió. Cabizbajo, empezó a contarle el trasfondo de su favor. El profesor Kerr había perdido a dos hijos: Juno, en el pasado, y un par de años antes, a su primogénito Maurice Kerr (motejado «Pirata» tras perder un ojo en una de sus primeras misiones), fue asesinado por un pyxis'olrut.

—Mi padre aún no se ha sobrepuesto del todo de sus muertes. Tal vez no lo haga nunca. Anda normalmente taciturno. A veces dura días enteros sin comer y a menudo opta pasar sus noches en el laboratorio. El corazón de nuestra familia está roto. El de mi padre,

más que eso. Si supiera que esta noche será la prueba, desfallecería, o, en todo caso, haría cuanto pudiese para evitar que participara en ella.

Al finalizar Malcolm, sobrevino un silencio. El patio de entrenamientos estaba tan callado como un cementerio a la luz de la luna sin la presencia de los aprendices…, o de Graham.

—Está bien —dijo Tadhg al cabo. Malcolm Kerr lo miró con sus enormes ojos llenos de esperanza y sonrió—. Guardaré silencio.

Entonces escuchó pasos. Litta se acercaba.

Tadhg y Litta se dividieron las actividades del día de cara a la prueba final: ella acompañaría a los aprendices a la armería para la fase de elección de armas; él, en cambio, se dirigiría a la sede central de la agencia para reunirse con el procurador de misiones.

Durante el trayecto, Tadhg no dejó de pensar en Litta y aquel novato, Tree, que parecía inquietarla de un modo que Tadhg era incapaz de imaginar. Ellos debieron tener algún vínculo en el pasado, especuló Tadhg; o al menos eso sugería la extraña conducta de ambos y la tensión que notó entre ellos al salir los cinco, veladores y aprendices, del patio de entrenamientos. Quizá Litta y Tree fueron…

«No, no. —Tadhg meneó la cabeza apartando una imagen mental donde estaban juntos, y no precisamente tomados de la mano. A su parecer, Tree era muy poca cosa para una mujer como Litta—. No, debe haber otro motivo.»

Finalmente, llegó a la agencia. Fue una sorpresa encontrarse a Rob en la rampa 12 cuando la nave donde viajaba aterrizó en ella. Rob no estaba solo. Iba escoltado por una comitiva de cinco hombres, entre los que destacaba el híbrido mitad humano mitad pyxis que se había vuelto una especie de guardaespaldas personal para su hermano desde los sucesos en South Park.

—Hola, Dawit —saludó Tadhg.

Dawit lo miró, cuan alto y fornido era desde su transformación. Por semanas Tadhg había dado por muerto a su mejor amigo. Y, de pronto, allí estaba gracias a una operación para extirparle el genoma *phyx*, o eso le había dicho Rob. Sólo la inextricable explicación hecha por Sullivan sobre el procedimiento había apaliado un poco el shock de su reencuentro.

Rob le había dicho que Dawit seguía siendo el mismo. Tadhg lo dudaba. Y con razón. Su aspecto era temible debido a la fisionomía inhumana que adquirió con la mutación pyxiriana: su tamaño formidable, extraordinaria musculatura y su piel tan brillante, tersa y oscura como el cristal de una botella, eran muestra de ello. Y, por si

todo esto no fuera suficiente, su ojo derecho era tan negro como una cuenca vacía, aunque la luz se reflejaba en él como si de una piedra de obsidiana se tratase.

En el izquierdo, al menos, aún quedaba un poco del viejo Dawit.

—Ta-dhg —dijo Dawit tras un largo escrutinio. Su voz y palabras sonaron intermitentes y lejanas. Dawit había perdido casi toda su capacidad para hablar en algún punto de su mutación, y era muy probable que este efecto no se revirtiera nunca. Acto continuo, y a una velocidad increíble, dio un par de pasos hacia Tadhg, lo cercó con sus brazos formidables y lo alzó en vilo del suelo en un exuberante abrazo.

Tadhg pugnaba por respirar; Dawit lo estrechaba.

—Yo también te he echado de menos —repuso, falto de aire, Tadhg. Sólo habían transcurrido dos días desde la última vez que se vieron, pero ¿quién los contaba? Dawit lo liberó de su fuerte apretón; los pies de Tadhg tocaron el piso y, por fin, pudo dar una profunda espiración. Dawit delineó una rígida sonrisa.

—Una imagen enternecedora. —Era Rob quien hablaba. Más bien, se burlaba.

—Oh, cierra la boca —soltó Tadhg. Ya repuesto, se fijó en el resto de la comitiva que acompañaba a su hermano: Boris Schwartz, el procurador de misiones; Edison Wode, jefe de seguridad interna de la agencia; Marcus Kerr, actual director de la academia de Ciencia y Tecnología, y un hombre al que más tarde le presentarían como el doctor Tobias Mellet, el médico genetista especializado en la clonación humana. En pocas palabras, quien ayudó a su madre (Furia) en el fingimiento de su muerte, pensó Tadhg. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Y por qué parecía tan nervioso?

—Te estábamos esperando —repuso Rob—. Me acabo de enterar del cambio de planes respecto a la prueba final.

—¿Prueba final? —Marcus parecía confundido. Como Malcolm había dicho, su padre estaba al tanto de su preparación como agente del futuro. No sabía, sin embargo, que esa misma noche sería la prueba final para tres de los aprendices de su generación.

—Sí, Marcus —dijo Rob con el ceño fruncido—. Hemos decidido disponer del caso de Söderberg como la misión a realizar para la prueba final de los aprendices de la próxima generación de nuestros agentes.

—¿En serio? —Kerr, por lo visto, no estaba enterado; empezaba a preocuparse a ojos vistas—. Es una misión importante.

—Lo mismo digo —dijo Tobias Mellet. Su tono era nervioso y algo frenético.

—Muy seguro. —Rob sonrió de oreja a oreja—. Sin duda es

una misión importante, Marcus, pero confió que está en buenas manos con mi hermano y su compañera. Sin mencionar, claro, a los aprendices.

—También es una misión peligrosa. Y ellos son inexpertos —continuó Marcus. Miró a Tadhg—. No lo digo por ti, Tadhg. En serio. Me refiero a los aprendices elegidos. ¿Ya saben quiénes son? —preguntó.

Tadhg miró a su hermano. Pero fue Wode quien acudió en su ayuda.

—Sí, pero en este momento lo más importante es discutir los detalles de la misión. —Edison tenía un semblante sombrío, aunque, sabía Tadhg, este era un rasgo de "su encanto habitual" legado de su madre. Sett, en cambio, era como su padre. Brian Wode, en paz descanse, sí que era todo un encanto—. Creía que la hija de Ronnie Kole estaría contigo.

—Así es. —Tadhg le explicó, sucinto, que ambos decidieron dividirse las actividades del día de cara a la prueba final. Esto, por el tiempo que perdieron más temprano esperando a Rhys, su querida y embarazada hermana. Ahora que lo mencionaba, miró a Rob con ojos fulminantes—. Debiste notificarme de este cambio de planes.

—Lo siento —dijo Rob. Y sonrió.

Tadhg no creía que Rob lo sintiera en absoluto. Es más, apostaría a que Rhys lo había convencido para que guardara silencio. Sus hermanos solían hacer ese tipo de cosas para molestarlo. Tadhg se los devolvería. En aquel momento, el grupo, que había estado andando por los pasillos del área de dependencias, abordó el elevador que los dejaría en la sala de juntas ubicada en los niveles superiores del edificio. Marcus (o, mejor dicho, el profesor Kerr) no los acompañó como Tadhg había esperado que hiciera. En cambio, visiblemente intranquilo, tomó otro elevador hacia la academia (o eso, al menos, dijo que haría), que se hallaba en los niveles sumergidos de la estructura. ¿Habría sospechado? ¿Habría ido, en realidad, a averiguar quiénes eran los elegidos para la prueba final? Si este era el caso, no había nada que Tadhg pudiera hacer para evitarlo. Había cumplido con su parte. Más o menos.

Ya en la sala de juntas, Rob y Boris Schwartz se dispusieron a explicarle de qué trataba la misión de Söderberg.

—¿Y quién demonios es Söderberg? —preguntó Tadhg antes de que el procurador y Rob empezaran con la explicación. Esto le valió una mirada airada de Schwartz y una palmada indulgente en la espalda por parte de Dawit, que no se había apartado de su lado.

—Söderberg —empezó Boris Schwartz. Era un hombretón alto y musculoso como un luchador de pesos pesados. Tenía la cabeza rapada. Vestía un traje formal negro hecho a la medida como los que

llevaban puestos Rob y Tobias Mellet— es un prestigioso médico de origen sueco especializado en la medicina regenerativa. Sus investigaciones en este campo hicieron posible que la cantidad de donantes de órganos dejara de ser un problema para pacientes con necesidad de trasplante desde hace veinte años. Por ello, fue merecedor de un premio Nobel en medicina.

—Ya —asintió Tadhg—. ¿Y qué se supone que debemos hacer por Söderberg? ¿Salvarlo de los pyxis? —Estaba dando por hecho que estos seres interdimencionales lo habían secuestrado para ganar algún beneficio referente a la especialidad de Söderberg. Lo usual.

Desde que Furia asesinara al Líder Supremo de los pyxis (también llamado Doctor Silencio) el año pasado, la población pyxiriana de alto nivel en el hemisferio occidental había disminuido de manera notable. Es decir, antes de aquel suceso había cuatro avalhs (los más inteligentes de su clase) por cada diez humanos, lo que era mucho considerando su alta peligrosidad. Ahora, apenas había uno por cada diez. Y esto era muy bueno, aunque no tanto como en los tiempos de la falsa paz, cuando los pyxis dieron la impresión de haber desaparecido para siempre, pero, en realidad, estaban maquinando un ataque a escala global. Tadhg ni siquiera había nacido en aquel tiempo. Y si las naciones de todo el mundo no se hubieran unido, gracias a Furia, los pyxis habrían tenido éxito en su conquista.

—No —respondió Rob. Su tono era despectivo y su mirada, sombría—. Söderberg no necesita ser rescatado.

—Así es. —Tobias Mellet, que ya no parecía en absoluto nervioso, daba un aspecto similar al de Rob. Aunque Mellet era como cuarenta años más viejo que su hermano, se dijo Tadhg. No, más bien se refería a que hablaba con el mismo tono y mirada que el director de la agencia—. Fred Söderberg ha experimentado con humanos y pyxis utilizando la medicina regenerativa. Estas prácticas ilegales, de una naturaleza inhumana inconcebible, fueron descubiertas y, por ello, Fred perdió su prestigio, el premio Nobel y es buscado por la Interpol y la Agencia del Futuro. Y hay que mencionar que el gobierno de su natal Suecia ha puesto un precio bastante elevado por su cabeza.

—Ya —dijo Tadhg.

—Queremos que lo atrapes —indicó Rob.

—Eso lo entendí. —«No soy estúpido.» Cruzó una mirada con Dawit y después observó a Rob con excesiva atención—. ¿Y cómo lo encontraremos? —preguntó.

—Ya lo hicimos —respondió, en cambio, Boris. Fruncía el ceño. Dios, tenía un semblante monstruoso.

—¿Dónde?

—Söderberg está en territorio americano —abundó Rob. Ocupaba la silla principal de la extensa mesa de reuniones que a

menudo usaban los miembros de la directiva para sus discusiones. Su hermano tenía un aspecto imponente aunque su temple era por lo general sosegado. Viendo su expresión, era evidente que las prácticas de Söderberg con pyxis y humanos le causaban un gran disgusto—. Gracias a Tobias Mellet lo hemos encontrado y mantenido vigilado.

«Así que gracias a Mellet», pensó Tadhg. Pudo disimular su sorpresa echándole otra mirada a su pétreo amigo Dawit, que tras un rato parado a su espalda, había decidido sentarse a su lado en una de las sillas ergonómicas de la mesa de juntas.

—¿Dónde?

—Nueva Jersey. Concretamente, en Jersey City. Su recinto, si bien encubierto como una innocua fábrica de cosméticos, se halla a unas cuadras de Laboratorios Mellet. Tobias logró identificarlo en una convención de especialistas en el área médica y farmacológica en Bayonne hace cinco semanas, a la cual, claro está, Söderberg asistió con una identidad falsa —explicó Rob.

—Fantástico.

Fervoroso, Tadhg se levantó. Y, al cabo de unos segundos, lamentó haberlo hecho, puesto que era el único que estaba en pie; por lo visto, la reunión aún no había terminado.

—Hay algo más —siguió Rob. Parecía turbado. Fuera lo que fuese a decir, Tadhg presintió que no era bueno. Hasta ese momento, había estado satisfecho con la misión, ya que opinaba que era bastante sencilla y con un grado de peligrosidad mínima (o, más bien, adecuada) para que llevaran a cabo tres aprendices con insuficiente experiencia. Atrapar a un sujeto como Söderberg no podía ser tan difícil, ¿o sí?

Cuando vocalizó esta idea, Rob contestó:

—De hecho, sí. La razón por la que la Agencia tiene interés en Söderberg es porque sabemos que trabaja con y para los pyxis. Tiene a su servicio al menos a dos docenas de avalhs repartidos en toda la "empresa de cosméticos" para protegerlo y mantener las apariencias de su innocua fábrica.

Tadhg ocultó sus emociones como sólo él sabía hacerlo. Por dentro, bullía de preocupación.

—Eso, en resumen, quiere decir que tendremos que usar la fuerza para llegar hasta Söderberg, ¿no? —preguntó, sabiendo de antemano la respuesta.

Rob asintió.

—Acompáñame un momento, Tadhg —dijo Rob, mientras caminaban

por los pasillos fuera de la sala de juntas. Schwartz se había adelantado a buscar los planos del edificio que Söderberg usaba para sus prácticas ilegales, mientras Edison escoltaba a Mellet hasta la salida. Entonces sólo eran Rob, Dawit y Tadhg, que accedió acompañar a su hermano—. Quiero hablar contigo.

—¿Sobre qué? —preguntó Tadhg. Echó una mirada a Dawit, que caminaba a su lado, como si supiera la respuesta a su pregunta. Dawit se encogió de hombros.

—Dos cosas —indicó Rob. Estaba muy serio. En aquel momento ascendían en el elevador de vidrio templado hasta el área de oficinas, tres pisos arriba de la sala de juntas. Mirándolo, Rob continuó—: Primero, Monica y yo ya conocemos el sexo del bebé y, por consiguiente, hemos decidido llamarlo como mi padre.

—Russell —dijo Tadhg.

—Sí.

Rob no parecía especialmente entusiasmado con esta idea, apreció Tadhg. El padre de su hermano, a quien Tadhg había conocido «lindamente» en el pasado, había muerto cuando Rob tenía dos años. Rob no tenía recuerdos de su padre, y, por lo que había oído, nunca se reunieron durante la visita (más bien, irrupción) de Russ en la época actual durante los acontecimientos del año pasado.

—Entonces… —empezó Tadhg. Las compuertas del elevador se abrieron.

—Sí, claro. Imaginé que te pondrías muy feliz al oírlo. —Rob hablaba sardónicamente mientras los tres enfilaban su oficina.

—Estoy feliz. En serio. Solo que no entiendo por qué me lo cuentas a mí. —Y, pensándolo mejor, añadió—: Rhys no lo sabe, ¿verdad?, de saberlo me lo habría dicho con intensa emoción aunque hubiera jurado no decirlo.

—No, no lo sabe. —Rob se detuvo a mitad del pasillo (concurrido, por lo que recibieron algunas miradas llenas de curiosidad), y lo observó fijamente con los ojos verdes que le legó su padre—. Nadie, de hecho, lo sabe todavía. Sólo la pequeña Evelyn y (esto no podría asegurarlo) la madre de Monica. Monica y yo también hemos decidido anunciarlo a todos en la próxima reunión familiar y, además, participar que te hemos elegido a ti como el padrino del bebé.

Y, dicho esto, entró a su oficina.

Absorto, Tadhg miró a Dawit, que tenía una expresión divertida en su rostro brillante y endurecido. Ya estaba al corriente. Dawit era el padrino de la pequeña Evelyn, y, por lo que Tadhg sabía, el rol de «padrino» era muy significativo para los miembros de la familia Schmidt.

Tadhg no sabía qué pensar al respecto; resopló y entró en la

oficina de Rob con Dawit pisándole los talones.

—Me complace, en serio, que se hayan decantado por mí —le expresó a Rob, que estaba mirando por la amplia ventana panorámica de su oficina, con las manos tomadas a la espalda—. Pero ¿por qué a mí? Monica tiene otros hermanos. Por ejemplo, Terius.

Terius era el hermano mellizo de Monica.

—Y el otro… —siguió Tadhg—. No recuerdo su nombre.

—E-ric —dijo, rígidamente, Dawit. De refilón, Tadhg se fijó en que su amigo no estaba feliz por su comportamiento. Y con razón.

Rob se volvió. No parecía enfadado, ni afligido. Quizá un poco cansado, y esto Tadhg lo apreció en la manera con la que suspiró hondo mientras se acercaba a él.

—Entiendo si no quieres ser el padrino del bebé Russ, pero te pido que al menos lo pienses. Eres mi hermano. —Le puso las manos en los hombros y esbozó una de aquellas radiantes sonrisas suyas que encandilaban el corazón—. Y eres un buen hombre.

«No tan bueno como tú», quiso decirle Tadhg. No había nadie a quien admirase más que a Rob. Bueno, sí…, a su madre.

—Lo pensaré —prometió Tadhg, y sonrió levemente.

—Bien.

Rob asintió.

—Ahora, hablemos del otro asunto —continuó, después de solicitar a su asistente que trajera té y canapés. Estaban sentados en el conjunto de muebles dispuestos en el costado derecho de la amplia oficina como una práctica salita de estar. El asunto en cuestión, expuso sin preludios Rob, eran los tres aprendices escogidos para la prueba final—. Escuché que Malcolm Kerr está en la generación de este año.

—En efecto. Y, como supongo también sabrás, es uno de los escogidos.

—Sí. —Rob adoptó una expresión pensativa—. Por esa razón Marcus ha estado comportándose muy extraño hoy. La noticia debió caerle como un balde de agua fría.

—¿Crees que ya lo sabe?

Rob lo miró.

—Más que creer, estoy seguro de que Marcus ya está al tanto.

Qué mierda. Tadhg le contó a Rob que le había prometido a Malcolm que no diría una palabra a su padre de su participación en la prueba final en cierne.

—Oh —dijo Rob, asintiendo. Su asistente trajo el té y los canapés y Dawit se sirvió a gusto.

«Por lo visto la transformación tampoco ha mermado su voraz apetito», pensó Tadhg, y sonrió.

—Tremaine Winfrey —dijo Rob, bajando la taza de té a la

mesita—. Oí que también fue escogido para la prueba.

Tadhg lo miró confuso.

—¿Lo conoces?

—No. Pero sí a su madre, Julia Steinway, que es miembro de la directiva. —Alzó una ceja antes de abundar—: Y, también tengo entendido, es medio hermano de Cobra, con quien, curiosamente, Litta Kole tuvo una relación.

«¿Ah, sí?», quiso preguntar Tadhg. Pero intentó en cambio no mostrarse demasiado sorprendido ante aquella revelación. Era evidente que Rob la había hecho con la intención de provocar alguna impresión en él. Su familia estaba al corriente de su interés por la hija de Ronnie Kole (sobre todo, tras verlos juntos en la boda de Rhys y Sett, hace tres meses) y, tontamente, esperaban que los vástagos de Ronnie Kole y Furia se decidieran a hacerlo oficial.

—¿Quién es Cobra? —preguntó, en cambio, fingiendo indiferencia.

Cobra, para noción de Tadhg, era un agente del futuro que era toda una celebridad en la costa oeste del país. Había ganado mucha popularidad mientras Tadhg, Rhys, Dawit y Juno estaban en la misión en el pasado.

Al finalizar Rob, Tadhg asintió, manteniendo su aparente impasibilidad.

—Ya. —Bajó la mirada con el ceño fruncido y tomó su taza de té. Los canapés olían delicioso—. Así que Cobra terminó su relación con Litta para seguir otros rumbos por su cuenta. Debe ser un auténtico imbécil. —Tadhg alzó la cabeza y, con extrañeza, vislumbró que su hermano y Dawit cruzaban una enigmática mirada.

—Querrás decir ella —lo corrigió Rob al cabo—. Cobra es una chica.

Una hora después, Tadhg regresó a la Academia de Formación y Entrenamiento de la Agencia del Futuro (también conocida por las siglas AFE/ADF»). Quedaba en el oeste de Manhattan. El trayecto en aeronave desde la sede principal de la agencia resultaba en absoluto largo o tedioso. Tadhg estaba sentado junto a una ventana con ojo de burro mirando el panorama, extraído en sus pensamientos.

Le gustaba Litta. Mucho. Y desde el primer día, debía admitirlo. Cuando hablaron aquella caótica tarde en la rampa 12, Tadhg quedó encantado con su sonrisa, su sagacidad y, desde luego, también con su mirada impar. «Se llama *heterocromía* —le había dicho —. Es una condición de los ojos en la que, como puedes apreciar, los

iris son diferentes; sin embargo, también puede afectar la piel y el cabello. Mi madre tenía heterocromía; su ojo derecho era castaño oscuro y el izquierdo era amarillo, como el mío.» Y Tadhg había pensado que aquello era lo más interesante que había oído en mucho tiempo.

Además, recordó entonces, Litta jamás hablaba de su madre —que llevaba quince años muerta—, y Tadhg había pensado que aquello debía ser un paso en la dirección correcta. Después de conocerse habían tenido encuentros casuales en la agencia, y citas brevísimas en algún café de la ciudad. Reían. Tonteaban. Reían. Discutían. Y reían todavía más. (Pensándolo bien, ahora entendía por qué su familia actuaba de forma tan poco sutil y sugerente respecto a su inusitado acercamiento a la hija de Kole en los últimos meses; por tanto, cabía suponer que desconocían sus preferencias).

Sin embargo, Tadhg opinaba, era demasiado pronto para reconocer que estaba enamorándose de Linette Kole. Aun así, debía admitir en su fuero interno que más de una vez había contemplado la idea de liarse en una relación más íntima con ella. Que le gustaran las chicas, ciertamente, cambiaba las cosas.

Pero ¿le gustarían también los chicos? Dawit era bisexual, y Eliot Kerr, su exnovio psicópata, había confesado ser pansexual. Después de esto, Tadhg había decidido creer que cualquier cosa, en cuanto a las preferencias de las personas por otras se refiere, era posible. Además, ¿acaso una de las frases que se le atribuían a su madre, Furia, no era: «¡Mantén la esperanza en alto!»?

Encontró a Litta y a los aprendices en la cámara de simulación. Litta cruzaba los brazos y miraba seriamente a los jóvenes practicantes luchando contra una amenaza de pyxis'qe'rut holográfica desde la pared de cristal irrompible que separaba la liza de combate y la cámara de observación. Tadhg se detuvo a su lado, ceñudo. Estaba decidido a esperar que ella percibiera su presencia y le dirigiera la palabra, mientras tanto, reparó en la extraña ausencia de Malcolm entre los practicantes.

—Tenemos un problema —dijo Litta. Se volvió para mirarlo a los ojos con una expresión anodina e infranqueable. Tadhg previó que no se trataba de nada bueno—. Marcus Kerr estuvo aquí.

—¿Qué?

Por lo visto, Rob no se había equivocado.

—Sí —siguió Litta—. No quiere que su retoño participe en la prueba final. Dijo que haría todo cuanto pudiera para evitarlo. E incluso amenazó con renunciar a la agencia del futuro si permitían que Malcolm arriesgara su vida en la misión de esta noche. —Resopló con un aire indignado que le dilató las fosas nasales, y descruzó los brazos, girándose hacia el frente—. Por su reacción, supe que el

profesor estaba al tanto de la preparación de su hijo como agente del futuro. Debía saber que este día llegaría tarde o temprano.

—Quizá esperaba que Malcolm lo abandonara en algún momento —aventuró Tadhg—. ¿Dónde está ahora? Malcolm, quiero decir.

—Fue a por su padre para intentar hacerlo entrar en razón. —Litta suspiró. Y, de nuevo, se giró para mirarlo ceñuda—. ¿Cómo estuvo tu reunión con el procurador? ¿Y por qué has tardado tanto? Creí que estarías de vuelta en menos de una hora. Me habría venido bien un poco de apoyo cuando el eminente profesor Kerr nos honró con su visita. Quizá habrías podido hacerlo cambiar de opinión respecto a Malcolm.

—¿Yo? —Sonrió—. Lo dudo. Y la reunión con el procurador estuvo bien. Boris Schwartz es todo un encanto. Y la razón por la que demoré fue mi hermano. Quería hablar. —Empezó a contarle los detalles de la importante misión que realizarían esa noche en Nueva Jersey. Litta no dio muestras de estar sorprendida o ansiosa al oír los pormenores. Entretanto, en la cámara de simulaciones, Alison y Tree unían fuerzas para enfrentarse a una nueva amenaza holográfica: una pareja de pyxis'vull de tamaño colosal.

Mirando a Tree, Tadhg recordó su reunión con Rob, mientras que la compartía en voz alta para Litta. Omitió, por supuesto, la parte donde descubría que Tree era su excuñado y que ella tenía preferencia por sus congéneres. Alzó una ceja cuando aludió la petitoria de Rob para ser el padrino de su bebé en cierne, pero nada más.

—¿Qué pasará con Malcolm? —inquirió Litta. Por lo visto no había dejado pasar aquel asunto. Tadhg sentía compasión por el chico maravilla. No merecía verse privado de sus aspiraciones por el temor de su padre a perderlo como a sus hermanos—. ¿Crees que decía en serio lo de su amenaza?

Tadhg encogió los hombros.

—No lo sé —dijo—. Pero conozco a alguien que puede hacerlo entrar en razón.

—¿Tú hermano?

—No —dijo Tadhg. Y, sin añadir más, se alejó.

Hace siete años, Tadhg asesinó a su madre. No tuvo otra elección. Si no lo hubiera hecho, ella habría matado a su padre. Durante los años que siguieron a este funesto suceso, Tadhg apenas había podido seguir adelante. La culpa pesaba. Su familia había intentado convencerlo de que había hecho lo correcto. También él intentó meterse en razón a sí

mismo al respecto.

En realidad, había pensado, aquella mujer a la que disparó con el desfibrilador no era su madre (en más de un sentido). Doctor Silencio le había tendido una trampa y la había convertido en una pyxis letal. Y, en su defensa, el interior del apartamento en Inwood donde sucedieron los hechos estaba oscuro: no sabía que era su madre al disparar. «Además —había asegurado Rob en una ocasión—, nuestra madre hubiera preferido la muerte a estar poseída por algún pyxis haciéndole daño a quienes ama.»

Estas palabras, claro está, no paliaron su dolor. Lo hizo, en cambio, su inusitado encuentro con la versión joven de su madre durante su misión en el pasado.

Entonces ocurrió lo inesperado: su madre estaba viva. «No puede ser —había pensado Tadhg al descubrirlo—. Imposible...» Atónito, había dejado caer su arma. Alrededor, imperaba el caos, puesto que la batalla había empezado tras la inusitada muerte de Doctor Silencio, que en aquel momento yacía inerte en el suelo con un puñal clavado en el entrecejo. Quien lo pinchó estaba de pie a pocos centímetros de él y, despacio, se había bajado la capucha para que todos pudieran verle la cara.

Tadhg estaba tan abstraído con la visión de su madre rediviva que no fue capaz de advertir el peligro que se aproximaba. Por fortuna, su madre actuó rápido y blandió un desfibrilador que sacó de la nada a una velocidad increíble y le disparó a un pyxis'qe'rut descomunal. El láser no lo mató; sólo le abrió un canal sanguinolento en el brazo. Esto sirvió para que Tadhg volviera en sus trece y se uniera a la batalla. Mató al pyxis que había intentado asesinarlo primero dándole un tiro de gracia en la cabeza y otro, en el pecho. El siguiente, un pyxis'olrut con movimientos tan rápidos como los de un ventilador, le dio un poco más de trabajo. Entretanto luchaba, no le quitaba la mirada a la mujer que se parecía a su madre y se hallaba a escasos metros combatiendo contra un pyxis'ritten.

La batalla no se prolongó por mucho tiempo. Quince minutos, había quien decía. El arribo de los refuerzos militares ayudó a que las pérdidas humanas fueran lo más mínimas posibles.

Al finalizar la contienda, todos se reunieron en la rampa 12. Allí, por fin, Tadhg pudo encarar a su madre. Ésta lo llevó a parte y, después de un efusivo abrazo —al que Tadhg no fue capaz de corresponder— le pidió ingenuamente disculpas por haber mantenido el secreto durante seis años.

Por supuesto, Tadhg la perdonó, pues estaban vivos, después de todo, gracias a aquel sacrificio. Él, ciertamente, tardó semanas en asimilar que la intención de su madre nunca fue involucrarlo de ninguna manera en su plan maestro para detener a Doctor Silencio.

Ella estuvo durante la mayor parte de su vida cumpliendo una misión mucho más importante.

La más importante, si cabe. Y él había formado parte de ella.

—¿Cuánto tiempo más tardarán? —Malcolm vio la hora en el reloj digital que tenía en la muñeca. Estaba impaciente, ansioso, nervioso…, y a punto de recibir un puntapié en el culo sino conseguía tranquilizarse en los próximos treinta segundos, pensó Tadhg.

—El que sea necesario —dijo, suspirando para mantener su propia calma. Estaban en una especie de sala de estar en la terraza en la casa de Marcus Kerr y su familia, en Long Island. Hacía un día típico de primavera: radiante, despejado y fresco. Entretanto, Tadhg y Malcolm esperaban que sus padres resolvieran educadamente el asunto de la prueba final en el despacho personal de Marcus, la señora Kerr les había servido sendos vasos de limonada, tarta de cereza y galletas de chocolate. Tadhg difícilmente había podido probar bocado debido al irritante ir y venir de Malcolm.

Éste, por fin, se detuvo.

—Deberíamos tocar la puerta —dijo neciamente y, tras consultar de nuevo la hora en su reloj, añadió—: Ha pasado una hora. Quizá tu madre ha estrangulado a mi padre… —Pareció horrorizado de sus propias palabras e hizo ademán de entrar a la casa.

Tadhg lo amenazó:

—Si tocas esa puerta, seré yo quien te estrangule a ti, Malcolm.

Malcolm se quedó inmóvil en el acto. Al cabo, se giró, caminó hacia los sillones y, sin mirarlo, se dejó caer en el que estaba contiguo al de Tadhg. Éste lo taladró con la mirada unos segundos más antes de inclinarse hacia adelante y tomar una galleta de la bandeja en la mesita de centro.

—¿Crees que tú madre logre hacer entrar en razón a mi padre? —Malcolm hablaba con la mirada fija en sus manos. Parecía un niño apesadumbrado—. Quiero decir, mi padre no cambia de opinión tan fácilmente.

—Y mi madre tampoco se rinde tan fácilmente. Ella es insufrible cuando quiere. Y recuerda que fue Furia quien logró unir a naciones en conflicto para enfrentar en conjunto la amenaza de los pyxis en el pasado. Si pudo darse a buenas con el gobierno ruso en su momento, y unir a palestinos e israelíes en una causa común, podrá también con tu padre. —Engulló la galleta y tomó otra del platillo.

Tardío, Malcolm sonrió a su comentario.

—Tienes razón.

Entonces oyeron que la puerta del despacho de Marcus Kerr se abría. Al salir Evelyn a la terraza, ambos se levantaron como un par de soldados al oír la voz de mando de su oficial. Extrañamente, Marcus no la acompañaba.

—¿Y bien? —preguntó Tadhg.

Ese día su madre tenía un aspecto espléndido. Aunque llevaba puesto el conjunto que utilizaba para sus clases de yoga (que constaba de unos pantalones de chándal holgados, una ajustada camisa de tirantes de licra y zapatillas de goma), tenía el cabello negro pulcramente recogido en un moño y la cara baldeada, sin maquillaje, lúcida. Ostentaba un magnifico bronceado gracias a sus recientes vacaciones (o, mejor dicho, tercera luna de miel por sus veintitantos años de casada con Caleb Goodbrother) en Hawái. Su mirada era brillante y de un azul tan profundo y penetrante como la del propio Tadhg.

—Ha accedido —anunció por fin. Al oír aquello, Malcolm hizo un altoparlante con las manos en torno a la boca y aulló como un lobo a la luna llena—. Pero antes quiere hablar con Malcolm.

—¿Ah, sí? —dijo éste, confundido pero feliz.

—Sí —apremió Evelyn—. Ve ahora, si no quieres que cambie de parecer.

Y Malcolm no lo quería, oh, no, desapareció en un visto y no visto en el interior de la casa. Tadhg sonrió por lo bajo. Luego se giró hacia su madre, que tal parecía no le había quitado su luminosa mirada de encima. Ese año cumplía cincuenta y dos, y la razón por la que Tadhg pensaba en esto ahora era porque, mirándola en ese momento, no pudo evitar evocar el vívido recuerdo de la chica de dieciséis años que salvó de los pyxis una fría noche de verano hace (aunque no exactamente) treinta y seis años.

—¿Cómo lograste —le preguntó Tadhg— que Marcus cambiara de opinión? Has tardado más de una hora en convencerlo.

—Le conté de mi experiencia de ser madre de tres agentes del futuro —repuso Evelyn—. Luego hablamos sobre Juno. El pobre no ha superado ni un poco su muerte. Pero logré hacerlo entender que Juno no aprobaría que estuviera impidiendo las aspiraciones de su hermano. Y si Malcolm es tan bueno luchando en el campo de batalla como en un laboratorio, entonces no tenía nada de qué preocuparse.

Tadhg asintió. Después no supo qué más decir. Salvo una cosa:

—Gracias.

Su madre se acercó, lo abrazó y, alzándose un poco en puntillas (puesto que Tadhg era quince centímetros más alto que ella), le dio un cariñoso beso en la mejilla. Luego lo miró.

—¿Rob te contó sobre el nombre del nuevo bebé? —preguntó ella.

Tadhg frunció el ceño.

—Sí. Creí que nadie más lo sabía. Rob dijo que lo anunciarían en la próxima reunión familiar. ¿Cómo lo supiste? —Miró fijamente a su madre, que no sonreía. Y de improviso supo la respuesta antes de oírla.

—Tabita —dijo Evelyn.

—Eso pensé.

Y rieron.

—También me contó que Monica y Rob te han escogido para ser el padrino del bebé. ¡Espero no haberme adelantado a la petitoria de tu hermano! —Pareció horrorizada.

—No, descuida. Ya lo hizo. Más temprano he ido a la agencia.

Al oír aquello, su madre se relajó.

—Qué alivio. —Suspiró—. Y bien, ¿qué respondiste?

«Que lo pensaría», estuvo a punto de decir Tadhg. Pero en el fondo ya sabía la respuesta.

El día finalizó tranquilamente. De noche, el grupo se reunió en el aeródromo de la academia como se había acordado. Faltaba una hora para la media noche y los ánimos estaban tirantes en el interior de la aeronave que haría de transporte durante la misión. Se trataba de una nave de último modelo que el padre de Litta —es decir, Ronnie Kole— y su brigada empleaban durante sus misiones secretas fuera del país. Tenían dos. Ronnie Kole accedió a prestarles una de ellas con la irrebatible condición de que uno de los hombres de su propia brigada fuera el piloto.

La nave tenía una cabina amplia y curvada en la parte superior. Tenía los típicos asientos laterales y una mesa de centro con la forma de una ameba blanca gigante. En una división aparte estaban el piloto y la cabina de mando; además, poseía lo último en tecnología para vehículos aéreos, como motores de novísima generación, más rápidos y silentes que modelos anteriores; un sistema de defensa contra ataques aéreos infalible, y, lo más importante, revestimiento camuflable, que podía hacer casi invisible a la nave y a sus tripulantes durante la noche o el día. Ronnie Kole, según Litta, cubrió por sí mismo los gastos de la modernización de las dos naves a su cargo (no era extraño que hubiera puesto aquélla condición; de hecho, era más que comprensible).

Al oír aquél detalle, sin embargo, la posible duda que tenía Tadhg de que Kole quizá había usado como excusa la condición del piloto para velar por la seguridad de Litta fue descartada en parte. El

agente que hacía de piloto se llamaba Roman. Y aunque tenía un aspecto tan intimidante como el de su oficial, no era tan dado para la charla como Kole. Apenas saludó a Litta por su nombre.

En la cabina reinaban la expectación y el miedo, y la tensión era tan palpable en la atmósfera que podía cortarse con un cuchillo para mantequilla; podía verse en los rostros de los tres aprendices, y era posible que también en los de sus veladores. Dawit también estaba allí, y vaya sí que tenía una expresión tensa. Se había sumado a la misión en el último momento, y Tadhg estaba feliz de tener a su lado a su mejor amigo (como en los viejos tiempos, había pensado).

El grupo estaba en torno a la mesa con forma de ameba gigante. En ella, destellaba en tonos rosados una imagen holográfica de un mapa del edificio que Söderberg empleaba para sus prácticas ilegales en conspiración con los pyxis. Tadhg confiaba estar interpretando bien su papel al exhibirse como todo un experto en técnicas de asalto cuando expuso su plan ante los presentes. Éste, básicamente, consistía en entrar al edificio de "Laboratorios Le Fleur" desde dos puntos diferentes: los pisos centrales a través de las ventanas, y por el área de carga en el aparcamiento ulterior de la empresa. Un infiltrado de la agencia cercioró que esa noche Söderberg estaría en una sala de reuniones en el tercer piso inferior —es decir, bajo tierra—, por lo que, si todo salía bien, sería cogido por los agentes en medio de una junta importante.

—Y cuando digo "si todo sale bien", me refiero a que es posible que de camino tengamos que neutralizar a los pyxis que resguardan a Söderberg —puntualizó Tadhg.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Los pyxis y Söderberg están aliados? —preguntó la agente en cierne Alison. Era una chica con la piel más oscura que Tadhg hubiera visto; tenía rapada la cabeza y llevaba puesta una vestimenta negra tan apretada que era asombroso que aún pudiera respirar. Durante la ceremonia de selección había mirado con ojos enamoradizos a Malcolm por lo que se alegró sobremanera (plantándole un fugaz beso en los labios a Kerr, como muestra) al ver que formaría parte de la prueba final después de todo.

—Sí —respondió Tadhg—. Eso, exactamente, es lo que quiere decir. Hay al menos dos docenas de pyxis en el edificio. Y es altamente probable que haya más de otras clases ocultas en algún lugar de la fábrica. —Miró a cada uno de los agentes que rodeaban la mesa, añadiendo—: Debemos actuar lo más veladamente posible para llegar primero a los pisos inferiores de la estructura antes de que suenen las alarmas. —Con un gesto indicó cuáles en el mapa holográfico, que se amplió en los lugares en cuestión—. Söderberg tiene un plan de escape, y puede que funcione si no somos lo suficientemente rápidos y sigilosos. —Detuvo su mirada en Litta, que

asintió.

A continuación, Litta conformó los grupos que asaltarían en los puntos indicados del edificio. Ella, Malcolm y Alison ingresarían por los pisos centrales a través del conjunto de ventanas que estuvieran a ese alcance (y gracias al mapa holográfico pudo señalar concretamente cuáles). Por otro lado, Tadhg, Dawit y Tree, lo harían por el área de carga en el aparcamiento ulterior. Allí había cámaras extrasensoriales que detectaban cualquier movimiento en las sombras, por lo que debían actuar tan rápidos y sigilosos como les fuera posible (esto no supondría una traba para Dawit que apenas respiraba y era tan silencioso y grácil como un fantasma pese a su tamaño y peso; en cambio, Tadhg no podría decir lo mismo de Tree, a quien apenas había visto por primera vez en acción ese día).

Cuando esto quedó aclarado, y fueron afinados los últimos detalles, Roman despegó la aeronave. Malcolm y Alison ocuparon los asientos laterales. Litta fue a la cabina de mando para presenciar el despegue junto al introvertido piloto. Dawit y Tadhg aún seguían en torno a la mesa mirando el mapa holográfico —y uno le contaba al otro que había decidido aceptar la petición de su hermano para ser el padrino del bebé— cuando Tree se acercó a ellos con una expresión timorata. Tadhg se preguntó si Litta lo habría puesto en su grupo adrede porque no quería tener cerca al hermano molesto de su exnovia.

En fin; Tadhg estaba a punto de preguntar qué quería tras cruzar una mirada ceñuda con Dawit, cuando Tremaine, mirando el mapa, abrió la boca.

—Hablé con mi madre después de la ceremonia de selección esta tarde —afirmó. Tadhg y Dawit se miraron sin entender. ¿Por qué les importaría a ellos saber que había conversado con su madre? De súbito, Tadhg recordó lo que había dicho Rob: Julia Steinway, la madre de Tree, era miembro de la directiva de la agencia. Y, en el pasado, Tadhg había reconocido aquel nombre—. Por supuesto, mi madre fingió felicidad al saber que esta sería una noche importante. En realidad, pude notar en su voz que le aterraba la empresa que estaba por emprender. Y con razón. —Miró a Tadhg—. Mi madre dijo que en el pasado conociste a mi abuelo.

Dawit soltó un bufido. Tadhg lo miró y asintió. Luego puso su atención en Tree. Su abuelo fue Bruce Steinway, antiguo escolta que trabajó para la agencia de guardaespaldas de Taddeus White. Gozó de la entera confianza del abuelo de Tadhg, quien, incluso, le encargó la seguridad de Tadhg y Rhys al tanto de que eran sus futuros nietos. Bruce murió por un disparo en la cabeza en cumplimiento de este deber.

—Sí —dijo Tadhg, bajando la mirada. Recordó, además, que

había sido un imbécil con el escolta en los días previos a su muerte culpándolo por haber disparado contra Dawit aquella noche en la cima del Empire State—. Lo conocí. Era… —hizo una pausa antes de añadir con poca convicción—: agradable.

«En realidad, apenas lo conocí», quiso decir.

—¿Y cómo murió? Mi madre jamás habla de ello. —La pregunta pilló por sorpresa a Tadhg. Aunque supo disimular. La muerte de Bruce fue trágica, caótica y, sobre todo, inesperada. Sucedió mientras eran perseguidos en una ambulancia por pyxis, que abrieron fuego contra el vehículo. Tadhg estuvo a punto de morir; las balas pasaron cerca de su cabeza. Por desgracia, una de ellas pegó a Bruce entre las cejas. Murió en el acto. Esto fue lo que le contó Tadhg a Tree.

—En resumen, murió protegiéndonos. Cumplía con su deber —finalizó. Estas últimas palabras tenían un regusto amargo.

Tree asintió, inexpresivo.

—Ya —dijo tras un largo silencio—. Espero que haya valido la pena. —Y, sin más, se alejó de la mesa para sentarse junto a Malcolm y Alison.

En ese momento, Litta emergió de la cabina de mando. Frunció el ceño al ver a Tree alejándose de la mesa mientras ella se aproximaba y escrutaba a Tadhg y Dawit, que se devolvían mutuamente las miradas. Carraspeó.

—¿Qué te…? —empezó a decir. Miró a Tadhg y relajó el ceño. Continuó—: Ya estamos en Nueva Jersey. En tres minutos, dice Roman, estaremos volando sobre Laboratorios Le Fleur. Debemos prepararnos.

Tadhg ladeó la cabeza.

—De acuerdo. —Alzó la voz y se dirigió a todos en la cabina—: Tomen posiciones, y sus armas, y reúnanse a los lados de la escotilla con sus respectivos grupos. ¡Estamos por arribar!

Tadhg disparó. Alrededor imperaba el caos. El sonido de las alarmas aturdía los sentidos con su incesante reproducción. Una macabra luz roja salpicaba simultáneamente los blancos pasillos de la edificación. Era una visión aterradora a la que se sumaba la presencia letal de los seres asesinos de otra dimensión.

Resultó que tenía razón: había más pyxis en el edificio aparte de las dos docenas que había asegurado el infiltrado de la agencia. Estos eran de la raza olrut. Eran cinco, y emergieron de su escondite apenas estallaron las alarmas. Los dos grupos llegaron a la primera

planta inferior del edificio antes de ser emboscados por las criaturas interdimencionales. Primero, tuvieron que enfrentarse a un convoy de avalhs en el piso superior para llegar al elevador. Después, todo fue caos y batalla, y un aire tan denso que costaba respirar. Al abrirse las puertas, allí estaban. Esperándolos.

Y empezó el combate. «Debemos encontrar a Söderberg», pensó Tadhg al mismo tiempo que disparaba su desfibrilador contra un pyxis'olrut. Debían encontrar al médico infernal antes de que llevara a cabo exitosamente su plan de escape, y era indiscutible que la presencia de los olruts era sólo una pueril distracción para conseguirlo. Falló el tiro. El pyxis se movía con una prisa increíble poco habitual a los de su raza.

Por lo general, los olruts eran —debido a sus largas porciones y su cabeza con forma de huevo gigante desproporcionada— torpes al moverse y lentos al ataque. No obstante, algunos de la misma raza habían evolucionado en los últimos meses, según leyó en un artículo de la revista *Future Weekly*. «Ahora son más peligrosos. —Aunque en el artículo ponían—: Una verdadera amenaza.»

Tadhg tuvo que admitir, al poco tiempo de que empezara la batalla, que ellos seis no podrían con los cinco olruts y los más de veinte avalhs (si bien habían acabado con siete en la primera planta) de perillas para atrapar a Söderberg. Pidió refuerzos. En cualquier momento, alguna brigada de la zona del centro de Jersey podría acudir en su ayuda. Eso esperaba.

De momento, debía resistir, pelear por sus vidas, y, en la medida posible, intentar llegar a la tercera planta para atrapar a Fred Söderberg. Salvo que… «Salvo que tenga un túnel que haga de vía de escape, u otro elevador a su disposición —se le ocurrió—, va a necesitar las escaleras.» Tadhg hizo memoria del mapa del edificio (ningún túnel figuraba en él). Calculó cuánto había pasado desde que empezaron a sonar las alarmas. Y cuánto desde que surgieron los olruts. Cinco minutos.

Miró alrededor. Malcolm disparaba certeramente a los avalhs que los rodeaban con el desfibrilador; al mismo tiempo, lanzaba patadas y puñetazos a los que estuvieran peligrosamente cerca de él antes de dispararles también. En cambio, Tree luchaba solo con puños y pies con una ferocidad increíble; le descargó una patada, y otra, al pyxis'avalh que lo combatía, antes de romperle el cuello —esto nunca los detenía definitivamente, claro está— y empuñar su arma, una pistola de electrochoques, con la que le disparó en la cabeza.

Su siguiente adversario, también avalh, ya lo tenía en la mira.

Algunos avalhs, hombres y mujeres, iban bien trajeados de negro, como si fueran ejecutivos o personal de seguridad del edificio (de hecho, esto eran a su manera); otros, en cambio, vestían batas

blancas sobre ropa civil gris y negra. Al contrario, los olrut, más aterradores, no llevaban ninguna prenda de vestir; estaban, como quien dice, como Dios los trajo al mundo. O lo que sea que los haya creado, pensó. Tenían el tamaño promedio de un humano e igual cantidad de miembros: dos manos y dos pies. Pero allí terminaban las igualaciones entre ambas especies. Los olrut tenían una cabeza desmedida con forma de huevo y sin ojos, nariz, boca y oídos a la vista. Su fisionomía era de vidrio negro (también llamado obsidiana), de pie a cabeza, esquelética y abundante de filos cortantes.

Dawit combatía a dos de ellos al mismo tiempo. Había liquidado al primero, que yacía fragmentado a pocos metros del elevador, nada más empezar la contienda. Y, por lo visto, Dawit había unido fuerzas con la agente en cierne Alison, que, dándole la espalda, se batía con un tercer olrut. Litta estaba a unos metros de distancia batallando cuerpo a cuerpo contra un pyxis'avalh que vestía un traje negro de ejecutivo; hizo una pirueta, rodeó a su rival y la golpeó con la rodilla en la parte interna de los muslos; claro está, la pyxis no dio señal de dolor, pero el golpe de la agente le dio unos segundos para empuñar su arma y dispararle a la criatura, que se doblaba hacia adelante, en la parte posterior de la cabeza. Dios, Litta era aún más *ardiente* cuando mostraba sus habilidades, pensó Tadhg. Sacudió la cabeza. Debía enfocarse.

«¿En qué estaba pensando? Ah, sí. Las escaleras. —Apuntó con su arma al olrut que se le acercaba con increíble rapidez a las diez y cuarto. Esta vez no falló: el láser traspasó el cráneo ovalado de la criatura, y hubo una explosión de vidrio e icor allí donde ocurrió—. Escaleras —continuó pensando Tadhg, frenético y sesgando la cabeza, inalterable ante el éxito de matar al olrut al primer disparo; no era momento para laureles—, ¡debo hallar las escaleras!»

Y, haciendo memoria de dónde podría encontrarlas, echó a correr. Pasando la contienda que se libraba en el centro del lobby del primer piso inferior, recordó él, había un pasillo cruzando un recodo, luego otro, y al final del segundo pasillo, una puerta metálica. Y, *voilà*, las escaleras.

Mientras se alejaba, oyó que decían su nombre. No podría jurarlo, pero estaba casi seguro de que era la voz de Litta. Aun así, continuó su camino, arma en mano (esta vez, un arma gravitacional, que se había granjeado un puesto de honor entre sus favoritas desde los sucesos del año anterior). Debía llegar a las escaleras, y a Söderberg, antes que fuera demasiado tarde. Atrás quedó el clamor de la pelea al doblar el segundo recodo. No obstante, la algarabía de la alarma permaneció inalterable, acompañándolo, durante todo el trayecto.

—¡Espera!

El grito vino de atrás. Tadhg se detuvo y se volteó, esperando ver a Litta. Un rayo eléctrico pasó a un lado de su cara. Tadhg apenas consiguió esquivarlo. Aferró fuerte el arma gravitacional contra su pecho, donde su corazón se había parado por un segundo antes de empezar a latir desbocado.

—¿Qué… demonios… haces? —dijo. La voz le salió más entrecortada de lo que habría esperado.

Tree lo estaba apuntando.

—Si lo hubiera querido, ya estarías muerto —afirmó, esbozando una maligna sonrisa. Aferraba el arma con una mano—. Pero quería que me vieras a la cara y supieras quién y por qué lo ha hecho. —Tadhg supo que se preparaba para disparar—. Esto es por mi abuelo…

Y hubo un disparo. Y todo se tornó negro.

Tadhg había cerrado los ojos. Al abrirlos, vio a Tree en el suelo, retorciéndose, mientras se agarraba la pierna con una expresión de intenso dolor en la cara. Cerca había una gran salpicadura de sangre que parecía negra con la luz roja que emitía la alarma. Más allá, estaba Litta, bajando su arma.

—¿Qué…? —empezó a decir Tadhg. Pero antes de que pudiera acabar la frase, la agente caminó decididamente hacia él, pasando por encima del chico herido, y le rodeó los hombros con un brazo para atraerlo hacia sus labios. Y lo besó.

Tadhg seguía aturdido. Sin embargo, y aunque tardío, le correspondió, envolviéndola entre sus brazos, ciñéndola contra su cuerpo, y alzándola un poco para que su altura no estorbara en aquel momento.

Pasados unos segundos, se apartaron. Tadhg continuó aferrando a Litta por la cintura como si temiera que la arrebataran de su lado.

La miró a los ojos. Amarillo y pardo.

—Creí que tú…

Litta frunció el ceño.

—¿Qué?

—Nada. —Tadhg sacudió la cabeza y recordó lo que estaba a punto de hacer antes de que Tree lo detuviera—. Debemos ir a las escaleras y subir a la azotea. Söderberg…

—Voy contigo —dijo Litta, dispuesta, y le tendió la mano.

Tadhg la aceptó. Y, sin más, echaron a correr hacia la puerta al final del pasillo.

Atrás quedaron los llamados de Tree.

—Esperen. ¡Vuelvan! No me dejen aquí. ¡Estoy herido, maldita sea! ¡Vuelvan…!

MEMORIAS ROBADAS

“La mentira es justa cuando, por hacer bien, la verdad se oculta.”

Proverbio checo

—¿Robado? —Rob, atónito, no daba crédito a la noticia que acababa de darle Malcolm Kerr. Éste, Eric Johnson y Naeem Ottah eran los únicos miembros del grupo de pasantes autodenominado «los eruditos» que se hallaban presentes en su oficina en ese momento. Los miró paulatinamente—. ¿Cómo? —preguntó.

Malcolm, Naeem y Eric cruzaron una mirada.

—Alguien se infiltró en el sistema de seguridad del sótano B-2 —dijo el último. Eric parecía nervioso. Era su cuñado, y Rob lo conocía prácticamente de toda la vida. Sabía, con verlo, que aún no le había contado la peor parte del asalto—. Y quien lo hizo no sólo se llevó el primer prototipo del desmemorio, sino también el modelo estándar que contiene los recuerdos de Russell.

«Oh», pensó Rob. Quiso proferir un improperio. Pero consiguió dominarse en el último momento. Sintió como si le echasen encima un balde de agua fría con aquella revelación. Miró a Eric. Quizá ya había contado la peor parte (porque nada podía ser peor que el robo del aparato de última generación que contenía los recuerdos del futuro del padre al que apenas conoció, ¿verdad?), pero era evidente que no había terminado. Seguía nervioso y cabizbajo, estrujándose las manos.

Por segunda vez desde su reformación el sótano B-2 sufría agravios. La primera vez, recordó Rob, fue hace alrededor de un año cuando uno de los experimentos de los eruditos se salió de control, la estancia quedó casi en la ruina y hubo algunos heridos. Después de esto, Rob accedió a destinar fondos de la agencia para su reconstrucción si el grupo permitía la admisión de nuevos miembros a sus filas, claro está, con la debida aprobación de Marcus Kerr, actual rector de la academia de Ciencia y Tecnología.

Malcolm, dando un paso al frente, dijo:

—Lamento tener que decirle esto, señor, pero no tenemos

ninguna prueba de quién pudo haberlo hecho. Las grabaciones de las cámaras de seguridad fueron cortadas ayer entre las doce y doce y cuarto de la noche. —Tomó aire; la mirada firme en Rob—. El sistema de seguridad de la agencia en general es casi infranqueable. Por ello, Naeem, Eric y yo (que, por cierto, fuimos los últimos en abandonar el sótano la noche anterior), hemos especulado al respecto, y llegamos a la conclusión de que quien ha perpetrado el asalto es de nuestro grupo.

Rob frunció el ceño.

—¿Alguien dentro de los eruditos? —Aquello era difícil de creer, pero no imposible. Además, tendría sentido que así fuera, pues sólo uno de ellos podría acceder al sistema de seguridad sin levantar sospechas.

—Uno de los nuevos —precisó Naeem en tono anodino.

—¿Nuevos? —Rob frunció el ceño—. ¿Quiénes?

—Hemos admitido a dos nuevos pasantes de la academia en respeto al convenio que hicimos para la restauración del sótano B-2, ¿si recuerda? —Rob asintió—. Pues bien. Sabemos a mansalva que uno de ellos, David Mellet, nieto del doctor Tobias Mellet, estaba en Nueva Jersey la noche anterior durante los hechos.

—Eso nos dejaría al otro pasante —prosiguió Malcolm—. Thomas Schmidt.

Thomas Schmidt era hijo de Linus Schmidt, tío de Rob, es decir, su primo. Thomas tenía un hermano gemelo, Luke, que se inclinaba más por la política. Y era hermano menor de Halcón, uno de los agentes más condecorados en la agencia.

—¿Thomas? —repitió, escéptico, Rob. La última vez que vio a Thomas fue durante la reunión familiar en la propiedad Goodbrother, hace dos semanas, para celebrar el nacimiento del nuevo integrante de la familia Schmidt. Russell Tariq Schmidt, hijo de Rob y Monica, había nacido a principios del presente mes de agosto. Huelga decir que su orgullosa hermana mayor, la pequeña Evelyn, apenas podía con tanta alegría.

En fin. Rob volvió al aquí y ahora cuando Eric, armándose de valor para verle a la cara, dijo:

—Lo sabemos, suena terrible. Pero tiene mucho sentido. El padre de Tom (es decir, tu tío), quizá le ha pedido que se haga con las memorias de su hermano para atesorar una parte de Russell, o eso hemos pensado, señor. —Miró a sus compañeros para recibir apoyo.

Y Naeem añadió:

—Sólo es una figuración. Como hemos dicho, no tenemos ninguna prueba de quién pudo haber asaltado el sótano. Y Thomas asegura que estaba en casa, con su hermano y sus padres, durante las horas relativas al asalto.

—¿Aun así…? —atajó Rob. Miraba con el ceño fruncido a los tres pasantes; aunque, en realidad, estaba inmerso en sus propias introversiones. No creía que el tío Linus hubiera hecho tal cosa. Pedirle a Tom que robara las memorias de Russ era una locura sin sentido que no correspondería con el buen carácter de Linus Schmidt. Linus era un hombre taimado, apacible, poco dado al sentimentalismo (aunque era sabido que la repentina muerte de su hermano mayor lo había afectado profundamente). Además, el tío Linus habría acudido primero a Rob para pedirle las memorias de su hermano interfecto antes de maquinar un plan como aquel y, dicho sea de paso, involucrar a uno de sus vástagos.

—Aun así —Malcolm habló con tono neutral, si bien a ojos vistas un poco incómodo—, nuestras sospechas siguen recayendo en él. —«Sospechas» era solo una forma de decirlo, imaginó Rob. Era evidente que habían decidido antes de pisar su oficina que Thomas Schmidt era el indiscutible culpable del robo de la máquina de extracción de memorias. Naeem parecía el menos preocupado de los tres. Y eso que era el orgulloso creador del aparato que había sido robado—. Tom es el único de los eruditos que no tiene una cuartada confiable, y es bastante extraño. Más bien, distante. Apenas habla con el resto.

—Ya. —Rob dio una cabezada—. Que sea un poco tímido, porque eso es Thomas en realidad, no debería convertirlo en culpable, ni tan siquiera en sospechoso del robo. —Vaya, ahora entendía por qué aquellos tres se habían aparecido esa tarde en su oficina para contarle los detalles del asalto a la sala de experimentos, en vez de dirigirse a asuntos internos o, en otras instancias, a Edison Wode, el jefe de seguridad interna de la sede central de la agencia. Al principio, Rob había creído que lo hacían por tratarse de las memorias de su padre que fueron robadas. En realidad, ellos esperaban que él pudiera descubrir si los Schmidt estaban implicados en el asalto al ser sus familiares.

—Tiene razón, señor. —Eric vaciló un poco al decir «señor». Casi nunca se refería a Rob, su cuñado, de esa forma; y jamás lo hacía fuera del entorno profesional. Por ello, Rob atribuyó aquella vacilación a lo avergonzado que debía sentirse en ese momento. Quiso darle una palmada fraternal en la espalda y decirle que lo olvidara.

—Si Linus o su hijo tuvieron algo que ver en el robo, lo descubriré —dijo Rob. Luego les sugirió a los tres «eruditos» que solicitaran de su parte la asistencia del jefe de seguridad interna (Edison Wode) para esclarecer lo ocurrido esa madrugada en el sótano. Ellos accedieron antes de marcharse, aliviados.

Rob se quedó allí solo. Rodeó su escritorio y, tomándose las manos a la espalda, se aproximó a la extensa ventana de su oficina.

Como cosa rara, la vista de los ruinosos edificios que despuntaban como monjes silentes sobre las aguas mezcladas de los ríos en el otrora Wall Street siempre lograba apaciguarlo.

Últimamente lo preocupaban muchas cosas. Sobre todo, tras el nacimiento de su hijo, Russell. Temía que hubiera un nuevo ataque a gran escala de los pyxis (si bien la población de los enemigos número uno de la raza humana se había ido reduciendo desde la muerte del Líder Supremo, era posible que esto sólo se tratara de una repetición de los falsa paz ocurrida hace muchos años). Por otro lado, estaba el grupo pro-pyxis, constituido por proscritos de la especie humana, que fueron calificados como terroristas por el gobierno de los Estados Unidos. Estos pretendían un nuevo alzamiento de los pyxis. Uno de ellos, cuyo nombre permanecía en el anonimato, aseguraba tener en su poder el aparato con el que Doctor Silencio abría portales aquí y allá a su antojo. Pero Rob sabía que esto no era cierto, pues dicho aparato estaba allí mismo: en la agencia del futuro. Por supuesto, él no tenía planeado revelarlo públicamente ni mucho menos.

El grupo pro-pyxis, equivalente a uno neonazi, se hacía llamar *Launums*, que son las siglas de «Por un bien mayor» en pyxiriano. Su lema, este dicho en cualquier idioma, era: «Si no puedes contra el enemigo, entonces únetele».

Sólo eran humanos que ansiaban su propia destrucción, opinaba Rob.

Rob pensó: ¿Y si fue el líder quien abrió un portal en la agencia y robó el desmemorio sin que nadie lo advirtiera?

«Oh, no.»

Entonces llamaron a la puerta. Rob dominó un sobresalto.

—Señor. —Era Ellga, su asistente, una mujer androide, alta y enjuta como una vara—. Su madre está aquí —anunció.

—Mi madre —murmuró Rob para sí. Oh, vaya. Tuvo un mal presentimiento. Que su madre se apareciera allí, justo después de enterarse del robo de las memorias de su padre, resultaba inquietante. Desde que su madre volvió de entre los muertos, por decirlo de alguna forma, Rob procuraba desconfiar de las casualidades que la implicaban (por obvias razones). Miró a Ellga—. Hazla pasar.

Rob fue el último de sus hermanos que se reunió con su madre después de que ella hiciera su espectacular aparición en South Park durante los sucesos del pasado año.

El reencuentro ocurrió allí mismo, en la oficina del director general de la agencia, cargo que ella ocupó durante años antes de

retirarse y fingir su muerte.

Tuvo que hacerlo, argumentó ella por entonces. Si no, Silencio y los pyxis habrían exterminado a la humanidad. Aquel era un argumento sólido. Rob, a tenor de sus resultados, no lo habría podido rebatir de haberlo querido. Y este no era el caso. Le hacía enormemente feliz tener de regreso a su madre. Siempre fueron muy unidos. Sobre todo por la muerte de su padre. Hubo días en los que sólo fueron ellos dos... Pero esto cambió cuando Caleb Goodbrother irrumpió en sus vidas y, con ello, llegaran Tadhg y Rhys.

—¿Qué haces aquí? —soltó Rob al verla entrar a la oficina. Casi de inmediato se dio cuenta de que había empleado un tono demasiado brusco para formular su pregunta. Probó de nuevo—. Quiero decir, ¿a qué se debe el honor de tu visita, mamá? —Esbozó una sonrisa.

Ella sonrió devuelta. Luego, dio algunos pasos, lo abrazó y, resuelta, lo instó a que se sentaran en los muebles que conformaban una salita de estar en la oficina. Ellga volvió a entrar a los segundos con sendas tazas de té y galletas de mantequilla (por previa solicitud de Evelyn), antes de dejarlos de nuevo a solas. Solo hasta entonces, su madre respondió:

—También me alegra verte, Robert. ¿Cómo van las cosas en casa con el bebé? Sé de buena fuente que el pequeño apenas les concede unas pocas horas de descanso a Monica y a ti. —Guiñó el ojo.

Aquel gesto siempre le arrancaba una sonrisa a Rob. Esta vez no fue la excepción.

—Así es. Gracias a Dios, Tabita se queda con nosotros tres noches por semana para ayudarnos un poco con los niños. —Había dejado de llamar «tía» a Tabita desde que se casó con Monica. Sonaba extraño ahora que eran familia. La propia Tabita, tácitamente, se había mostrado de acuerdo con ello. Ella y su marido, a quien también había dejado de llamar «tío Tariq», vivían en una bonita casa al este de Long Island; eso sí, en un distrito diferente al que residía Rob y su familia—. Supongo que Tabita tiene que ver con que sepas de «buena fuente» cómo pasamos las noches en casa desde la llegada del bebé, ¿no es así?

Ella se limitó a encoger los hombros y levantar una ceja. Evelyn y Tabita acarreaban décadas de inagotable amistad; tanto así que se consideraban como hermanas. Por ello, los hijos de cada una llamaba a la otra «tía». Y esto se extendía a sus maridos.

—¿Qué puedo decir? Nunca revelo mis fuentes —repuso Evelyn. De pronto una sombra cruzó su mirada. Bajó la mano que sostenía la galleta que había estado a punto de llevar a la boca y lo miró con una expresión dolida—. Yo también podría pasar una que otra noche en tu casa para relevar a Tabita…, si quieres.

—Bueno —dijo Rob, algo sorprendido—, tendrías que hablarlo con Tabita. Estoy seguro de que a la pequeña Evelyn le haría muy feliz pasar tiempo contigo.

El rostro de su madre se iluminó.

—Sí. A mí también. —Sus ojos eran de un azul tan profundo que resultaban hipnóticos, y la luz copiosa de la oficina sólo aumentaba este efecto. Ella los había legado de su padre, así como aquel cabello negro reflectante y el tono claro de su piel. Vestía pantalones rosado pálido y una chaqueta, también rosada, sobre una ceñida camisa blanca. Calzaba mocasines negros. No llevaba joyería o accesorios (al menos ninguno que estuviera a la vista) desde que le cedió a Rhys el relicario que le dio su madre—. No sabes cuánto lamento no haber estado allí cuando nació.

Otra vez pilló a Rob. Éste, con todo, se recobró rápidamente y le puso una mano en el brazo.

—Ya lo hemos hablado, mamá. Y no hay nada que perdonar. En cualquier caso, estoy seguro de que la pequeña Eve no te hará ningún reproche por ello. —Al ver que sus palabras apaliaban la desazón de su madre, se planteó contarle que el aparato con las memorias de su primer esposo había sido robado, y que cabía la posibilidad de que los Schmidt tuvieran implicados. Merecía saberlo. «Sí —dijo la fría voz de su consciente—, y también merece saber que su difunto esposo podría estar vivo y entre nosotros.» Esta, según estudios realizados por Marcus Kerr al cadáver de su padre (que logró sobrevivir durante años a las letales condiciones de la dimensión pyxiriana, evolucionando), sólo era una teoría que explicaría su propia supervivencia ante el ataque del qe'rut que sufrió hace un año. Rob había guardado este secreto durante meses. Monica y Marcus eran los únicos en saberlo.

—Marcus Kerr —soltó de pronto su madre; bajaba la taza de té de la que acababa de beber.

Rob la miró sin entender.

—¿Marcus?

—Quiere traer de vuelta a Jennifer.

—¡¿Qué?! —Rob se levantó de golpe. Casi vuelca la mesita de centro con tazas de té, galletas y todo. Vaya, por lo visto su madre no se hartaba con las sorpresas—. Pero…, está muerta.

—Lo sabe. —El tono de su madre era neutral—. Marcus consultó a *Camille*, y cree que hay una forma de hacerlo posible sin que esto cambie el futuro, es decir, nuestro presente.

Rob, haciendo acopio de todo su autocontrol, se sentó y preguntó:

—¿Y tú qué crees?

—Creo que el anhelo de traer de vuelta a su hija ha cegado su

razón. Sólo ve lo que quiere ver. Yo también he consultado a *Camille*.

—La máquina del tiempo súper secreta que se hallaba oculta en uno de los niveles más bajos del edificio; con su capacidad para predecir el «futuro en potencia», Marcus y Evelyn había ideado el plan maestro para acabar con Doctor Silencio.

Por entonces, Rob desconocía su existencia y, en cambio, había ideado un plan (lo justo parecido al que habían tramado su madre y Marcus con la asistencia de la máquina *Camille*) que constaba de enviar a la joven Evelyn al pasado con información del futuro, para cambiarlo, y borrarle la memoria a los involucrados en dicho plan (entre ellos Caleb y el propio Rob) con el *Desmemorio*. Esto nunca ocurrió.

Evelyn se inclinó para tomar una galleta.

—¿Y? —dijo Rob, sentándose.

—No es posible. Ni en un millón de realidades, la supervivencia de Juno no podría «no» afectar el presente como lo conocemos. Si Juno sobrevive de alguna forma, podría intervenir en mi viaje al futuro durante el caos de Nueva York, entre otras muchas posibilidades. Y si eso ocurre…

—Adiós plan maestro —terminó Rob, absorto.

—Sí. —Su madre mordió la galleta y murmuró complacida.

—¿Y qué esperas que haga yo?

—Que se lo impidas.

—¿Cómo?

—No lo sé. Intenta hablar con él.

—¿Y no lo has probado tú? Quiero decir, hablar. Según escuché, sólo tú fuiste capaz de hacer que Marcus cambiara su postura sobre la participación de Malcolm en la prueba final.

—Sí. Lo intenté, Rob. Pero esta vez es diferente. —Por primera vez su madre se mostraba preocupada por lo que fuera capaz de hacer Marcus para traer de vuelta a Juno—. Marcus está convencido de poder lograrlo. Y, además, soy la menos indicada para hacerlo cambiar de parecer. Piensa que como me funcionó a mí fingir mi muerte, podría funcionarle a Juno. Y no es así.

—¿Cómo lo sabes?

Su madre simplemente respondió:

—*Camille*.

—Oh, vaya. —Rob se llevó las manos a la cabeza. Un millón de cosas pasaron por su mente en aquel momento. Muchas preocupaciones. El bebé. El robo del desmemorio. La posibilidad de un nuevo ataque de los pyxis. El aumento de miembros de los grupos pro-pyxis. ¡Ahora esto! Marcus Kerr queriendo traer a su hija de entre los muertos.

Luego ¿qué?

Sonó el comunicador.

—Señor. —Era la voz de Ellga—. Tiene un mensaje de Laura Fayne. La asistente del profesor Kerr.

Rob alzó la cabeza. Cruzó una mirada con su madre al tiempo que decía:

—Quiero oírlo.

—«¡El profesor se ha ido! Repito: el profesor se ha ido. Venga de inmediato al Lugar de Sally». Fin del mensaje.

La estancia donde moraba la máquina del tiempo estaba sumida en estado de alarma cuando Rob y su madre llegaron a ella minutos después. «Se ha ido —había notificado la asistente; Rob no dejó de pensar en ello durante todo el trayecto—. Mierda, espero no sea lo que creo que es.» Pero no estaba equivocado.

Lo supo al llegar al lugar señalado por Laura. Una estridente alarma botaba contra las amplias paredes de la morada de la máquina del tiempo. El bullicio lastimaba los oídos. Rob y su madre se cubrieron las orejas con las manos al entrar en el recinto. Luces rojas bañaban el inmenso espacio. Una levísima cortina de humo blanco flotaba en el aire como si acabaran de extinguir un incendio. Rob sintió que su corazón empezaba a latir más rápidamente. Aguzó la vista. La asistente de Kerr y varios técnicos se encontraban cerca del panel de control de la máquina. Parecían intranquilos. No paraban de moverse y parlamentar entre ellos como si temieran que se les cayera el cielo encima. Y no era por menos.

—Se ha ido —soltó Laura, que parecía a punto de sufrir un colapso nervioso, cuando Rob y su madre se acercaron. Vestía la típica bata blanca y tenía el cabello rojizo recogido con palillos chinos—. El profesor se ha ido —repitió.

—¿Adónde? —inquirió Rob. Ya sabía una parte de la respuesta. Cruzó una mirada con su madre. Ésta tenía el semblante templado y se limitaba a fruncir el ceño. Había mantenido el talante sereno desde que recibieron el mensaje en su oficina. Extraño. O quizá no tanto. Era innegable que su madre sabía que esto podía pasar en cualquier momento.

—Al pasado —alegó Laura. Y se volvió hacia el panel de control. Operó la pantalla amplia táctil. Una imagen holográfica se extendió ante ella con un intenso resplandor azul y, así pues, revalidó su respuesta—. Cuando venía de camino al Lugar de Sally, el profesor había encendido la máquina y estaba aplicando los datos de desplazamiento —explicó—. Actuó rápido. Nos tenía casi encima. Era

evidente que el profesor estaba muy nervioso cuando dispuso la data.

—¿Qué quieres decir? —habló Evelyn. Laura la miró como si reparara por primera vez en su presencia. La alarma había cesado en algún momento y unos ventiladores automatizados filtraban el humo que había destilado la máquina del tiempo durante su marcha.

—Ha viajado —dijo Laura— al año 2008.

—¿Qué? —soltó Rob. Se alejó varios pasos con la mano en la cabeza. Estaba enfurecido. Mucho. Marcus era como de su familia. Casi como un tío. El hombre más inteligente de la agencia y, quizá, de todo el país. No podía creer que se hubiese dejado cegar por las ansias de lograr un cometido imposible que ponía en peligro (de nuevo) el destino de la humanidad.

—2008 —oyó decir a su madre; su voz venía de atrás; estaba hablando con Laura mientras Rob les daba la espalda—. ¿Exactamente qué fecha? —preguntó.

Hubo un silencio.

—Creemos que el destino original del profesor era 4/1/18 —contestó Laura—. La fecha en la que murió su hija, la agente Juno, si mal no recuerdo. Pero ha puesto 4/11/8, situando un «1» en el lugar incorrecto.

—4 de noviembre de 2008 —oyeron decir a uno de los técnicos presentes. Rob se volvió al oírlo. El que habló era un hombrecillo calvo de cuarenta y tantos. A mansalva debía medir más de un metro setenta. Y también vestía la bata blanca—. Hubo una elección presidencial en esa fecha. El primer hombre de color en llegar a la Casa Blanca, según recuerdo.

—Tiene razón —convino Evelyn. Miró a Rob—. Debemos hacer algo, Robert. Y pronto. Nueva York estaba convulsa por aquella fecha. *Ellos* ya estaban entre nosotros entonces. Pueden atacar a Marcus. O Marcus podría cambiar la historia de alguna forma. —Su madre parecía alterada. Sólo un poco. Nunca perdía demasiado la cabeza. Era más de tener la mente fría en circunstancias apremiantes como esa. De pronto, Rob reparó en sus palabras; había dicho «debemos».

—No pienso enviarte al pasado —le dijo Rob.

Su madre lo miró confusa.

—No es lo que quise decir —dijo ella al cabo—. Envía a Halcón o a otro. Pero rápido.

«Eso haré», pensó Rob.

—Volverá.

Era la voz de Laura. Rob y su madre enfocaron a la asistente. Ésta miraba estupefacta la imagen holográfica que se proyectaba azul y rojo sobre el panel de control. Rob, adelantándose un paso, preguntó:

—¿Qué quieres decir?

Laura se volvió.

—Quiero decir, señor, que el profesor Kerr ha programado a Sally para que trazará un ciclo de cuatro horas —explicó—. Transcurrido este tiempo, la máquina abrirá una brecha espacio-temporal en el pasado que lo traerá de vuelta en una hora. ¿Ve ése contador? —Laura señaló cuál con la mano; Rob asintió—. El profesor estará en el pasado cuatro horas, pero cuando vuelva aquí sólo habrán pasado sesenta minutos.

Rob reflexionó. Era posible que Marcus hubiera estimado que sólo le tomaría cuatro horas en lograr su cometido en el pasado. Debía suponer que Juno estaría a veinte metros bajo tierra en la sede secreta de la agencia del futuro oculta en la Biblioteca Pública de Nueva York. Pobre Marcus. Vaya sorpresa se llevaría cuando descubriera que la sede aún no existía. O cuando se diera cuenta de su error.

Evelyn pensaba lo mismo. Rob lo supo al cruzar la mirada con ella tras las palabras de la asistente. Sobrevino un silencio.

Y, de súbito, las puertas del recinto se abrieron provocando un estruendo.

Entraron Chloe Kerr y parte de la directiva de la agencia.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Chloe con voz autoritaria—. ¿Y dónde está mi hermano?

La sala de juntas, en uno de los niveles más altos del edificio, era una estancia espaciosa de techo bajo y ventanas panorámicas. Era donde se tomaban las decisiones más relevantes de la organización, como, por ejemplo, a quién enviar en una misión al pasado y si tal viaje debía realizarse, o quién ocupaba este o aquel cargo dentro de la agencia. Allí se dirigió la comitiva que se encontraba reunida en el lugar de Sally momentos después de que el profesor Kerr viajara en el tiempo.

—¿Qué hace ella aquí? —inquirió Chloe Kerr en tono arisco. Miraba a Evelyn. Ésta estaba sentada a la diestra de Rob, que ocupaba el sitio principal de la larga mesa de vidrio en el centro de la sala.

—¿Te refieres a mi madre? —Rob habló con voz anodina. Chloe asintió—. Alguien, por favor, querría decirle.

Todos apartaron o bajaron la mirada. Chloe Kerr era un hueso que nadie quería roer.

—Está bien —dijo Rob. Miró a Chloe—. Habrás escuchado muchas veces la historia de cómo mi madre reunió a todos los miembros que formaron esta organización y salvó a la humanidad (tres veces, para ser exactos; pero quién las cuenta, ¿no?) de su

inminente extinción. Tiene derecho de poner un pie aquí cuando quiera.

—Pero hace años que renunció a la dirección de la agencia y se hizo pasar por muerta —rebatió Chloe. Rob no había esperado otra respuesta.

—Lo que nos remite a la tercera vez que salvó a la humanidad —dijo un poco exaltado. Una mano se cerró en su brazo. Su madre lo miraba con sus enormes ojos azules.

—Robert tiene razón —intervino Julia Steinway. Todas las miradas se volvieron en su dirección—. Ella le salvó el culo a todo el mundo en más de una ocasión, nadie tiene más derecho que Furia de estar aquí. —Vaya. Era la primera vez que la señora Steinway usaba un lenguaje tan inelegante y desafiaba abiertamente a Chloe Kerr..., y todo al mismo tiempo.

Chloe y Julia siguieron mirándose un rato más. Por extraño que pareciera, la rabia no reverberaba entre ellas. Rob tomó asiento. De refilón, notó que su madre seguía tan apacible como un viejo roble. Parecía ausente. ¿Estaría pensando en Marcus y en su viaje al pasado? Imposible saberlo. Su madre era una caja de secretos infranqueable.

Este pensamiento resultaba inquietante por muchas razones.

Rob siguió el barrido con la mirada y cruzó sus ojos con los de Julia Steinway, la madre del chico que casi asesinó a su hermano. Quiso agradecerle con un asentimiento su intervención, pero Harry Marshall evitó el momento cuando preguntó por Andrée Coupe, que no estaba presente en la sala de juntas. Rob no había reparado en su ausencia, bastante extraña. Coupe nunca se perdía ese tipo de cenáculos; era un cotilla de primera liga.

—Quien sabe —masculló ásperamente William Fells. Fruncía el ceño, cano y desprolijo, a más no poder—. Coupe ha estado comportándose muy extraño últimamente. Alguien debería averiguar qué le pasa. —Miró a Rob.

«Y ése alguien, supongo, debo ser yo», pensó él. Antes de que tuviera ocasión de preguntárselo a Fells, Chloe habló:

—Basta ya de hablar de Coupe. ¿A quién diablos le importa? Estamos aquí para discutir un asunto mucho más importante. Marcus —puntualizó—. Ha viajado al pasado sin la previa autorización de la directiva. Debe haber consecuencias.

—¿Por qué? —soltó sin pensar Harry—. Al fin y al cabo el profesor Kerr y su padre desarrollaron la máquina del tiempo.

—Sí, Harry. Pero se hicieron acuerdos. Marcus, desde luego, no puede utilizar la máquina del tiempo a su antojo sólo porque fue uno de sus creadores, ¿o sí? —Pregunta retórica. Harry lo captó por su bien, más por la mirada asesina que le echaba Chloe, que por el tono de la pregunta en sí—. Estamos hablando de nuestro destino, ¡el

destino de la humanidad! —Miró a Evelyn—. Nuestra estimada Furia estará de acuerdo con ello.

Evelyn, apacible como un a flor y sin mostrar la más mínima emoción, asintió.

—Bien —siguió Chloe—. Lo que ha hecho Marcus es inexcusable. Y debe haber consecuencias.

—Pero aún no sabemos qué motivó al profesor Kerr a perpetrar tan peligrosa empresa. Puede ser algo de vida o muerte. ¿Quién sabe? —intervino Pawel Kowalski, otro de los directivos, con su marcado acento polaco—. El profesor no actuaría sin razón o llevado por un asunto personal, ¿verdad? Estamos hablando de uno de los hombres más inteligentes del mundo.

—No importa. —Julia Steinway miraba la mesa con el ceño plegado y una mueca estrecha en los labios; era evidente que lo que estaba a punto de decir no le gustaba en absoluto—. Esta vez estoy de acuerdo con Chloe. —Estas palabras debieron saberle a vinagre—. Si de verdad hay un motivo de gran peso, como dice Kowalski, el profesor debió comunicárnoslo y enviar a un grupo de nuestros mejores agentes al pasado. No podemos seguir interviniendo prosaicamente las líneas del tiempo y el espacio, o llegará el día en el que no podremos revertir el caos resultante.

—Julia tiene razón. —William Fells, de nuevo, miró a Rob con el ceño fruncido—. ¿Tienes alguna idea, Robert, de cuál fue el motivo del profesor para realizar esta peligrosa empresa sin la venia de la directiva?

Rob tomó aire.

—Sí —dijo, al cabo, tras aclararse la garganta y cruzar una mirada con su madre para infundirse valor. Todos lo miraban: Harry Marshall, a quien le temblaba la papada; William Fells, con su ceño fruncido inexorable; Julia Steinway, que tenía una mirada enigmática y cruzaba los brazos ante sí a la espera de una respuesta razonable sobre la motivación de Kerr; Tobias Mellet, recién incorporado a la directiva, parecía extrañamente divertido; Uona Fisher, la jefa de seguridad externa de la agencia que se encontraba en una convención en Taiwán, estaba presente a través de una proyección holográfica, así como otra veintena de directivos (incluido Pawel Kowalski, de Polonia) repartidos por todo el mundo…, y Chloe Kerr, arisca, que lo atravesaba con aquel misticismo ponzoñoso que manaba de sus ojos. Finalmente, Rob reveló el motivo de Marcus Kerr—: Jennifer. También conocida como la agente Juno.

Sobrevino un largo silencio. Al cabo, Harry Marshall preguntó:

—¿Quieres decir que el profesor Kerr ha viajado al pasado para salvar a su hija?

Rob suspiró.

—Sí —dijo.

De pronto un murmullo de voces atestó la sala de juntas. Algunos parecían indignados (Harry Marshall, por ejemplo, citó uno de los acuerdos sobre viajes en el tiempo que prohibía utilizarlos para motivos personales); otros estaban airados, o confundidos (como Tobias Mellet, que no sabía quién era Juno), y algunos optaron por guardar silencio.

En medio del galimatías, Rob intentó apaciguar el caos aseverando que el profesor Marcus Kerr, «uno de los hombres más inteligentes del mundo», lo había dispuesto todo para que no hubiera errores. Eso, al menos, esperaba Rob. Añadió que Marcus estaría de regreso en menos de una hora, aunque omitió que estaría en el pasado más de cuatro.

Nada sirvió.

Rob se recostó muy despacio contra el respaldo de la silla a la espera de que el alboroto hallara su propio cauce a la calma. Suspiró profundamente. Su madre, mirándolo con sus lúcidos ojos azules, le puso una mano en el hombro, y apalió un poco su desazón con una de sus radiantes sonrisas que evocaban a la Evelyn de antes de que se hiciera pasar por muerta. Rob le devolvió la sonrisa, si bien con cierta flojedad indeliberada. Después ladeó la cabeza, maquinalmente, y vio a Chloe Kerr aplanada contra el asiento, con una expresión difusa, y, extrañamente, en silencio, al contrario que el resto en la sala. Chloe debía tocar el cenit de los cincuenta, pero en aquel momento parecía haberle caído veinte años más. ¿Acaso la revelación del motivo de su hermano para viajar al pasado había hecho latir su pequeño corazón? ¿Chloe habría sentido alguna vez cariño por Juno, su sobrina fallecida? Cierto era que en su momento pareció tener cierta devoción por su sobrino, Eliot Kerr, también conocido como el agente *Rojo*, antes de que saliera a la luz su participación en los planes de Silencio. ¿Habría sentido algo cercano a aquella devoción por Juno, o era otra la razón de su aparente desazón?

—¿Qué opinas, Chloe —inquirió entonces Rob, proyectando su voz sobre el bullicio, que, al oírlo, empezó a apaciguarse gradualmente— sobre las acciones de Marcus y su motivo?

Chloe lo miró confundida. Sólo un momento. Después se enderezó en su asiento, regia como siempre, y miró a Rob directamente a los ojos con un brillo casi felino.

—Creo que ya he expresado cuál es mi postura sobre las acciones de Marcus. Y su motivo para romper las reglas no la cambia. Debe recibir una sanción en consecuencia.

Rob apenas pudo ocultar su impresión.

—¿Y qué sugieres, Chloe?

Un silencio abismal recorrió la sala de súbito al oírse esta

pregunta, a lo que siguió un murmullo expectante. ¡Y no era para menos! Evelyn, para sorpresa de todos, hablaba por primera vez desde que comenzó la junta. Aunque su expresión no revelaba ninguna emoción, su tono al preguntar había expuesto lo mucho que aborrecía a Chloe en ese momento.

Chloe, desde luego, no se amilanó ante la estoica mirada de Furia.

—Destitución.

De nuevo estallaron los murmullo aunque esta vez en menor grado.

—¿Qué? —soltó Rob, indignado. «Pero es tu hermano», quiso recordarle.

No hizo falta. Chloe replicó:

—Es mi hermano, lo sé. Y me duele en el alma tener que sugerirle a esta directiva que tome en consideración separar a Marcus del cargo al que ha dedicado la mayor parte de su vida. Pero debe hacerse. —Cabizbaja, Chloe profirió un suspiro melodramático, y continuó con (falso) pesar—: Mi hermano no es el mismo desde los eventos del año pasado. De hecho, desde que supimos de la muerte de Jennifer, su hija. Luego, la reaparición de nuestro padre, si bien transformado en aquel monstruo, menoscabó la cordura de hierro del Marcus Kerr que conocíamos todos. Y, claro está, no podemos ignorar el hecho que nos ha reunido aquí hoy: una de las reglas más importantes ha sido rota por uno de sus principales precursores. No podemos aflojar la cuerda ante una infracción cuyos resultados podrían afectar negativamente la supervivencia de todos nosotros. —Se irguió hacia adelante con una expresión tan pétrea como si hubiese sido esculpida en piedra—. Y huelga decir que si no procedemos con la severidad que merita esta situación, habrá quienes en el futuro querrán imitar la hazaña del profesor y obtener beneficios personales de los viajes en el tiempo…, y ya sabemos lo que eso puede significar.

—¡Apoyo a Chloe! —exclamó al instante Harry Marshall, poniéndose en pie.

—¡Y yo! —Uona Fisher, o al menos su presencia intangible, lo secundó—. Como jefa de seguridad exterior de la agencia, debo convenir en que lo que ha hecho el profesor Kerr es una falta grave a los principios de esta organización, y debería ser depuesto inmediatamente de su cargo. Llamo a votación.

Rob estaba absorto, incapaz de hablar. No podía creer lo que estaba pasando, estaban decidiendo el destino de Marcus Kerr en la organización. A su lado, su madre, aunque por fuera inalterable, emitía una especie de aura reverberante de furia contra Chloe Kerr, a quien no le había quitado la mirada de encima. Chloe fue la primera que alzó la mano a favor de la destitución de su hermano. Luego,

Harry Marshall, Julia Steinway y William Fells la imitaron. Y a ellos los siguieron el resto de los directivos presentes en todas las formas tecnológicamente posibles. Sólo dos se abstuvieron: Tobias Mellet y el propio Rob.

Mellet, a Dios gracias, habló desde su asiento:

—No se puede tomar una decisión de este tipo si uno de los miembros de la directiva no está presente. Así que, ¿dónde está Coupe?

—Eso no importa —replicó Chloe—. Somos mayoría.

—Aun así, estamos aquí porque alguien rompió las reglas de esta organización. No deberíamos romperlas nosotros también, ¿o sí?

—Tiene razón —convino Rob. Sólo quería ganar tiempo. Tiempo para que Marcus regresara y solucionara este desastre. O tiempo para ganar algunos apoyos contra la destitución del profesor y hacer que varios de los directivos cambiaran de opinión.

—No hará falta —interpeló Harry Marshall con una amplia sonrisa—. Coupe está aquí.

Todos volvieron la mirada. Andrée Coupe estaba en la puerta.

Coupe nunca fue un hombre imponente si bien ostentaba un carácter irascible. Ese día parecía estar especialmente airado: su postura y su andar delataban su estado de ánimo. Estaba demasiado rígido incluso para los estándares del Andrée que conocía de hacía años. Y había algo súper extraño sobre él, además del hecho de llevar lentes de sol dentro de un lugar cerrado. Coupe parecía medir un metro noventa (unos veinte centímetros más de lo que Rob recordaba) y tener un torso fornido de un atleta en vez de su característica fisionomía delgaducha y enjuta de un hombre en la cúspide de los cuarenta.

—¡Coupe! —siguió Harry Marshall rodeando la silla para aproximarse al recién llegado con los brazos extendidos. Andrée ladeó la cabeza hacia él con un gesto casi mecánico—. ¡Llegas a tiempo! Estábamos a punto de tomar una decisión importante sobre la permanencia de…

—¡Espera! —Era Evelyn, levantándose de golpe desde su asiento. Todos la miraron. Pero no era a ella a quien debieron haber mirado; Rob lo entendió en el preciso instante en el que su madre gritó—: ¡Ése no es Coupe!

Y el caos estalló. Gritos y un gemido ahogado de parte de Harry Marshall recorrieron la amplia sala de juntas cuando el farsante cerró las manos, rígidas como un par de tenazas de acero, en torno al pescuezo del directivo. Empezó a ahorcarlo. La oronda faz Harry, con una expresión aterrada congelada en ella, adquirió rápidamente un tono rojo tomate; luego, morado racimo, y por último, blanco papel. Después se desmayó pesadamente. Entretanto, los directivos presentes

físicamente en la sala emergían en tropel por las puertas dobles; los demás —salvo por Rob y Evelyn— lo hicieron en una rápida sucesión de destellos holográficos. Fuera seguían escuchándose los gritos. Edison y Dawit entrarían en cualquier momento, esperaba Rob.

Andrée Coupe se quitó los lentes oscuros; así pues, ojos negros como pozos de alquitrán y un sinnúmero de venitas oscuras que palpitaban arrítmicamente sobre los afilados pómulos del hombre transformado en pyxis, fueron descubiertos.

Aquello que fue Andrée Coupe sonrió.

—¿Quién te envió?

Habló Evelyn. Rob la miró, incrédulo, mientras intentaba cubrirla inútilmente con su cuerpo del posible ataque del pyxis. Su madre, sin embargo, exhibía una expresión intacta, desafiante, valiente como la que más. «Furia —pensó Rob, de pronto, como si lo hubiese olvidado—; ésa es mi madre.» Seguramente debía tener un arma escondida en alguna parte.

El qe'rut, sin responder, dio un paso hacia ellos. Luego otro.

—¿Quién te envió? —bramó, de nuevo, Evelyn. Su mirada tenía un brillo tan letal como el de la criatura que se les aproximaba.

Definitivamente estaba armada, concluyó Rob. Al mismo se maldijo con severidad por no estarlo él también.

El pyxis estaba a diez pasos de ellos. Rob quiso decirle (¡no, más bien, gritarle!) a su madre que si tenía un arma, aquel era el mejor momento para usarla. Ahora era ella quien se interponía entre el pyxis y él.

Escucharon pasos. En un abrir y cerrar de ojos, Dawit, alto y musculoso, y Edison Wode, seguido por un séquito de doce hombres, irrumpieron en la sala de juntas. El qe'rut hizo conato de atacar a Evelyn. Ella se movió rápido: esquivó las manos que iban dirigidas a su pescuezo a una velocidad impresionante; rodeó a la criatura con una difícil pirueta y, golpeándolo en el dorso con los puños, se apartó para dejarle camino libre a Dawit, que se lanzaba al ataque con una expresión terrible en el rostro, al mismo tiempo que la criatura que fue Andrée Coupe, rugiendo como un león atizado, se daba la vuelta para encararlo... Pero, de súbito, quedó completamente estancado cuando un láser azul refulgente irrumpió en la sala, lo envolvió y lo elevó a pocos centímetros del suelo.

Rob ladeó la cabeza para ver al tirador.

—Lo siento —dijo su madre, alzando un brazo. Portaba el arma gravitacional que neutralizaba al pyxis'qe'rut. Miró a Rob y encogió ligeramente los hombros antes agregar—: No podía dejar que se mataran.

En los siguientes minutos se reestableció el orden. Edison Wode y sus hombres llevaron a Andrée Coupe (o, mejor dicho, al pyxis'qe'rut en el que había sido convertido) a la Academia de Ciencia y Tecnología para recibir una pronta intervención quirúrgica donde le extirparían el genoma *phyx*. Asimismo, Harry Marshall, desfallecido después de ser estrangulado, fue trasladado rápidamente a la clínica, con un pronóstico poco favorecedor, según Philip Sullivan.

Pasarían meses, quizás años, antes de que Rob pudiera olvidarse del estrangulamiento de Harry. Pobre hombre. Y lo sentía también por Andrée. Se preguntó cómo pudo éste acabar de tal forma. Evelyn, que no estaba armada sino que se había hecho con el arma gravitacional de Edison Wode, no paraba de preguntarle al pyxis quién lo había enviado. ¿Sería posible? ¿Quién, o qué, enviaría a un pyxis a atacar a la directiva en plena reunión en uno de los niveles (hasta hoy) más seguros de todo el edificio? ¿Y por qué motivo?

¿Sabría su madre quién, o qué, estaba detrás del ataque?

—¿En qué estás pensando? —preguntó Evelyn. Al oírla, Rob, que estaba contemplando el paisaje borrascoso a través de la amplia ventana panorámica de su oficina, se volvió. Después del incidente en la sala de juntas habían retornado allí escoltados por Dawit, que en ese momento se hallaba fuera resguardando la puerta.

De camino, Rob se había fijado en lo rápido que el pánico de la sala de juntas se había extendido al resto de los niveles superiores de la agencia, como si toda actividad se hubiera interrumpido y el tiempo se hubiese detenido; había percibido la tensión en cada uno de los pasillos, y la zozobra supurante en las personas que se cruzaron en el camino.

—Hay algo que debo decirte. Últimamente han acontecido muchas cosas —empezó Rob. Avanzó, tomó asiento en la silla tras el escritorio y tragó una honda bocanada de aire. Su madre lo siguió todo el tiempo con la mirada y una sonrisa solaz, escasamente visible, en los labios. Rob entrelazó sus dedos sobre el escritorio y dio otra profunda inhalación antes de mirar de vuelta a su madre—. Anoche fue robado el desmemorio, el aparato que almacena los recuerdos de mi padre durante su breve paso por nuestra época. Malcolm, Eric y Naeem estuvieron aquí momentos antes de tu llegada. Creen que el tío Linus, y su hijo, Thomas, están implicados en el asalto al cuarto de experimentos de los eruditos, y…

—Ellos no tuvieron nada que ver —lo interrumpió su madre. Rob, atónito, la miró sin entender. Ella bajó la mirada y suspiró, y él tomó aquello como señal de que su madre estaba por hacer una revelación imprevista—. Fui yo.

Sobrevino un largo silencio. Al cabo, Rob habló.

—No lo entiendo. —Sentía como si lo hubiesen golpeado en el

estómago—. ¿Por qué?

—Lo extraño —reveló Evelyn. Lo miró con ojos llenos de lágrimas. Parecía tan frágil. Vulnerable. Triste. Rob no la había visto de esa forma desde la muerte del abuelo. Quiso levantarse y abrazarla. Pero se contuvo. En cambio, sacó un pañuelo del bolsillo interno de su chaqueta y se lo tendió con suavidad. Ella lo tomó—. Lo extraño —repitió mientras se soplaba la nariz y secaba la humedad de la cara—. Mucho. Tanto, que a veces siento que me ahogo nada más respirar. Sufro ataques de ansiedad cuando recuerdo el día en que desapareció de nuestras vidas. Sufría uno hace tres días (bastante terrible) cuando se me ocurrió cometer el robo. Así que me infiltré en el sistema de seguridad del sótano B-2 y, dado que no sabía cuál era el que contenía los recuerdos de Russell, cogí los dos modelos del aparato. Después, vacié las memorias en mi mente al llegar a casa durante la madrugada. Quería recordarlo. —Miró a Rob—. Quería…

—¡Yo también! —exclamó Rob. Se levantó tras golpear el escritorio. ¿Estaba llorando? Le dio la espalda a su madre—. Era mi padre. ¡Y apenas lo recuerdo! Quería hacerlo a través de sus memorias cuando estuviera preparado. —Se volvió de golpe y miró a su madre ásperamente. Evelyn callaba, el pañuelo en la mano—. ¿Pensaste siquiera que tal vez yo las querría para recordarlo…, conocerlo al menos?

Su madre asintió.

—Lo pensé. —Habló con decisión—. En serio.

—¿Y?

—Y no creí conveniente que tuvieras los recuerdos de tu padre. Quiero decir, sus pensamientos hacia mí eran constantes y no te gustaría saber lo que pensaba cuando me veía. O, mucho peor, evocar nuestros… eh… momentos íntimos en la habitación 212 del área médica. —Alzó una ceja—. ¿O sí?

Rob abrió mucho los ojos. «Oh.»

—Tienes razón —dijo precipitadamente. Se llevó las manos a la cabeza—. Dios, claro que no querría.

Su madre asintió.

—Te he hecho un favor. En serio.

—Sí. Gracias. —Rob se sentó de nuevo. «¿Qué acaba de pasar?» Estaba desconcertado. Miró a su madre y ambos se desternillaron de la risa.

Así pues, toda la tensión de hace un momento se evaporó.

Al ver reír a su madre, Rob pensó: «Ésa es: la auténtica Evelyn. Mi madre. Y está conmigo.» Después, al cesar las risas, se le ocurrió preguntar:

—¿Caleb lo sabe?

—Sí. Por supuesto. ¿Qué clase de esposa crees que soy? Caleb

sabe que llevo casi toda una vida enamorada de dos hombres, y lo entiende, y por eso lo amo. —Sonrió radiante.

También Rob.

—Vaya.

De pronto, sonó el comunicador. «Siempre oportuno.»

Rob atendió. Habló Ellga, su asistente.

—Señor, el cronista de *Future Weekly* se reunirá con usted en una hora. En dos, su entrevista con el reportero del *New York Times*. —Hizo pausa—. Además, tiene un mensaje de Laura Fayne. La asistente del profesor Kerr.

Rob miró a su madre, que esbozó una sonrisa confusa. Luego volvió la vista hacia el comunicador en su escritorio, sonriendo también.

—Ellga —dijo—, debes priorizar mejor, pudiste haber comenzado por el mensaje de Laura.

—Lo siento, señor —expresó la asistente con su voz carente de emociones.

—Está bien. ¿Cuál es el mensaje?

Ellga reprodujo:

—«¡El profesor ha vuelto! Repito: el profesor ha vuelto. Venga de inmediato al Laboratorio». Fin del mensaje.

—Gracias, Ellga. Avísales que iré en seguida. Y cancela todas mis citas del resto del día.

—Entendido, señor. —Sonó un largo *biiií*.

Rob se levantó con un suspiro y miró a su madre.

—¿Vamos?

—No. Ve tú. Yo debo ir a casa. Quiero preparar una cena especial para Caleb esta noche y pasar una linda velada. Quizá tu hermana y Sett quieran unírsenos. Les encanta la comida tailandesa. Monica y tú pueden ir también. Con los niños, por supuesto. Eso me encantaría.

Rob sonrió.

—Suena estupendo.

—Pues bien, en ese caso, mejor me pongo a liar bártulos de inmediato. —Notablemente animada por la perspectiva de la cena familiar, Evelyn se puso en pie, rodeó el escritorio y besó a Rob en la frente mientras lo tomaba cariñosamente por los lados del rostro con las manos. Luego se lo quedó mirando a los ojos; Rob sonrió, extrañado por su contemplación—. Una vez le dije a tu padre que me estremecía cada vez que te veía sonreír porque distinguía su reflejo en el tuyo. Y no estaba equivocada.

Minutos después, Rob, escoltado por su cuñado, se dirigió a la Academia de Ciencia y Tecnología, que estaba ubicada en los niveles sumergidos de la agencia. Tardíamente, Rob fue consciente del inquietante silencio que prevalecía en el elevador durante el descenso. Miró a Dawit, quien en otros tiempos fue un hablador entusiasta y prosaico, tenía en ese momento una expresión demasiado seria incluso para sus nuevos estándares como pyxis reconvertido. Parecía pensativo. Enajenado. Y, puede también, preocupado.

Una parte vital del Dawit que todos conocían se había perdido tras su transformación. Y todos la añoraban. Claro está, su familia y amigos hacían un esfuerzo para adaptarse a esta nueva versión que, en opinión de Rob, había empezado a rendir frutos en los últimos seis meses. Y aunque había aspectos que uno podía pasar por alto, otros no. Como, por ejemplo, que Dawit había adquirido con la mutación una fisionomía impresionante y sobrehumana que intimidaba a unos y asustaba a otros. Rob sospechaba que este era el motivo por el que su cuñado había decidido convertirse en su escolta personal, para mantenerse lo más alejado de todo aquel que pudiera considerarlo un monstruo.

Al mirarlo en aquel instante, tan distante, Rob supo que algo lo inquietaba. Al mismo tiempo, se preguntó dónde estaba durante el incidente en la sala de juntas. «Siempre está vigilando la puerta —se dijo—. ¿Adónde ha ido esta vez?»

Quiso preguntárselo, pero, de improviso, las puertas del elevador se abrieron con un *¡ting!*, y el barullo de la academia colmó la cabina e imposibilitó el momento. Dawit espabiló, o lo que se traduce en un solo pestañeo.

Así pues, emergieron, sin decirse palabra, en la estancia más anchurosa de toda la construcción, nueva o antigua: el Laboratorio, en el centro de los cinco pisos que establecían la Academia de Ciencia y Tecnología de la Agencia del Futuro. Unas cien personas colmaban el recinto en aquel momento, concretó Rob tras hacer un barrido con la mirada; todas iban ataviadas con la bata blanca que impuso el profesor Michael Kerr hace más de treinta años (aunque había quienes decían que en realidad se debía a Claire, la esposa de Michael, que fue doctora, gremio al que era más común ver con ese tipo de atavío).

El despacho privado del profesor Kerr estaba en el fondo del recinto; allí se dirigió Rob, con Dawit pisándole los talones. A medida que franqueaban el espacio, iban acaparando miradas. Mejor dicho, Dawit.

—¿Sabes por qué vamos a ver al profesor Kerr? —le preguntó Rob.

Dawit ladeó la cabeza y lo miró imperturbable. Si la pregunta lo había tomado por sorpresa, no dio muestra de ello. Aun así, Rob le

contó a Dawit cuál era el motivo del profesor para viajar al pasado. Merecía saberlo. Después de todo, él había acompañado a Juno, como su auxiliar en la extracción de su padre, la noche que ella murió. Dawit tampoco mostró ninguna emoción al oír la historia… Ninguna en absoluta.

—Pero cometió un error —concluía Rob—. Puso la fecha incorrecta y acabó diez años antes de la noche en que Juno murió. La directiva intentaba decidir qué hacer al respecto cuando apareció el pyxis'qe'rut. Aunque *aquí* sólo haya transcurrido una hora desde que Marcus se fue, él pasó cuatro horas en el pasado. Así lo dispuso.

Dawit asintió.

—En fin —siguió Rob, dándole una palmada en el hombro. Ya estaban de pie ante la puerta del despacho del profesor—. ¿Quieres entrar conmigo?

Dawit, sin ninguna emoción, negó con la cabeza.

—N-No, gra-gracias —balbució.

Había que reconocer que tenía mejor pronunciación que un par de meses atrás.

Rob sonrió.

—Está bien…

Y la puerta del despacho de Kerr se abrió de improviso.

—¿Chloe? —soltó Rob, absorto, al ver salir a la mujer del despacho. Ladeó la cabeza. No estaba sola—. ¿William? ¿Qué hacen aquí?

—Vinimos a comunicarle a Marcus la decisión de la directiva —dijo William Fells, impasible—. Ya está hecho. El profesor comunicará a todos su dimisión esta noche. Hará un anuncio televisivo y toda la cosa.

—Pero no se tomó ninguna decisión —exhortó Rob—. Andrée…

—El voto de Coupe no hubiera cambiado el fallo de no haberse producido aquel incidente, y lo sabes. La mayoría votó por separar a Marcus de su cargo, Robert. Además, Marcus se mostró totalmente de acuerdo cuando se lo comunicamos hace un instante. Supongo que vienes para hablar con él, ¿no? —Rob no se molestó en contestar—. Bien. Así lo confirmarás tú mismo.

Rob observó a Chloe, que miraba de un lado a otro con estoicismo.

—Debes estar feliz —le dijo—. Has conseguido lo que estabas buscando.

Chloe fingió estar indignada.

—¿Yo?

—Fue tú idea despedir al profesor. ¿Y para qué? Ahora querrás colocar a uno de tus leales colegas en el cargo. Bien hecho. —La voz

de Rob reverberaba de rabia; hacía un esfuerzo por contenerse. Las miradas de todos en el Laboratorio estaban puesta sobre ellos—. Pues no lo conseguirás.

Chloe Kerr abrió la boca para responder, pero Rob no le dio la oportunidad. Giró sobre sus talones y entró en el despacho, cerrando la puerta a su espalda.

Halló a Marcus sentado detrás del escritorio con un portarretrato hecho de lengüetillas en las manos. Rob lo había visto antes sobre el buró del profesor. Una vez Marcus le dijo que había sido un regalo de Jennifer por el día del padre cuando estaba en el kínder. Dentro guardaba una fotografía de Marcus con Jennifer, de cuatro años, sobre sus hombros.

El despacho de Marcus no era simplemente una oficina común; también era, en su mayor parte, un cuarto de experimentos e invenciones privado. Había toda clase de objetos y aparatos colmando sus espacios. La última vez que Rob estuvo allí el cadáver de Doctor Silencio yacía en una camilla en el centro de la habitación.

La camilla permanecía allí, mas no el cadáver. Los Kerr lo habían incinerado y arrojado sus cenizas al mar.

Tardío, Marcus cayó en la cuenta de la presencia de Rob. Alzó la mirada y abrió mucho los ojos, bajando el portarretrato.

—Robert —habló sosegadamente—. No sabía que estabas aquí.

—Sí. —Rob se aproximó al escritorio. Marcus se puso en pie y lo instó a sentarse. Al cabo, ambos lo hicieron. Guardaron silencio un minuto—. Me he topado con Chloe y Fells saliendo de tu despacho —empezó Rob—. Te han dado la noticia.

No era una pregunta. Aun así, Marcus, apesadumbrado, asintió.

—Haré el anuncio esta noche.

—Eso escuché. —Rob se irguió—. Aún podemos hacer algo.

—No.

—¿No?

—Eso he dicho, Robert. No quiero que hagas nada. Mis días en la agencia, y al mando de este laboratorio y de la Academia, terminaron. Lo que hice…

—Cometiste un error. Pero, ¡has vuelto! Y no has cambiado las cosas.

—Y Juno sigue muerta. Todo fue en vano.

—Lo sé. —Rob bajó la cabeza—. Y lo siento. No hay nada que podamos hacer.

—Nada en absoluto. ¡Vaya que lo intenté, Rob! Lo intenté. Pero ella no quiso hacerlo… —La voz de Marcus se quebró.

Rob alzó la mirada.

—Espera —dijo despacio—. ¿Qué quieres decir con que ella no quiso hacerlo?

Marcus lo miró. Sus ojos tenían un brillo vidrioso.

—La vi, Rob —dijo—. La noche que Silencio ordenó su muerte. Estuve ahí. Ella me impidió que evitara la tragedia.

Rob no lo entendía.

—¿Cómo?

—Abrí una brecha espacio-tiempo dentro de otra —explicó Marcus—. Para cubrir mí rastro. No quería que me buscaran. Sólo estuve en el 2008 unos segundos. Pasé las cuatro horas en el 2018.

—Laura dijo… ¡Espera! ¿Ella sabía lo de la doble brecha?

—Sí, ella lo sabía todo. Me ayudó. De hecho, fue su idea lo de cubrir mi rastro.

«Joder. —Rob se levantó—. No puedo creer que todo esto esté pasando.» Dándole la espalda a Kerr, preguntó:

—¿Qué ocurrió?

Tras unos segundos de silencio, Marcus empezó a hablar.

—La segunda brecha me transportó en una zona aislada del campus de Harvard. Como lo dispuse. Una hora antes de que… de que Juno y Silencio se encontraran, la busqué en el hotel donde ella y Dawit se alojaban. La seguí e intenté emboscarla. Por supuesto, ella me vio venir y me practicó una llave. —Su mirada brillaba—. Mi niña. Quedó atónita al ver que era yo. "¿Cómo...?", preguntó. Y le conté todo lo que había hecho y por qué…

Rob se volvió.

—¿Le contaste?

Marcus alzó la mirada. Parecía desolado.

—Sí. —Suspiró hondo—. Aunque no le conté que moriría, sólo que algo realmente malo pasaría…, ella debió intuirlo. Era astuta, como mi madre. Le dije que tenía la oportunidad de cambiarlo, de evitar aquello tan terrible que me había hecho ir al pasado. —Una límpida lágrima rodó cuesta abajo por su mejilla, y tragó saliva antes de continuar—. Se negó. "En el futuro, del que vienes, ¿logramos detener a Doctor Silencio?", me preguntó, y yo asentí. Ella sonrió. Después me abrazó.

—Lo siento mucho, Marcus. —Rob no sabía qué más decir. Su madre lo habría hecho mejor. Ella, según le contó una vez, también había luchado con el impulso de viajar en el tiempo para evitar la tragedia de Russ.

—¿Qué te detuvo? —le había preguntado Rob.

Ella sonrió ligeramente. Y miró en dirección a los hermanos de Rob, por entonces de ocho y cinco, jugando en los travesaños del parque infantil.

—¿Tú qué crees? —respondió.

Rob pestañó.

—Fue difícil despedirme de Juno. Lo más difícil que he hecho

en toda mi vida —seguía diciendo Marcus—. Ahora no puedo evitar pensar que ella a lo mejor fue a aquella misión sabiendo lo que pasaría.

—No te culpes, Marcus. Cualquiera hubiera hecho lo mismo que tú. A veces yo también quisiera saltar dentro de la máquina del tiempo y traer de vuelta a aquellos a los que he perdido. —Rob tomó asiento de nuevo.

—¿Lo dices por tus padres?

—Sí. Por mi madre. Al menos cuando creía que estaba muerta —admitió Rob. Tomó aire.

—¿Y qué te detuvo?

—Mi padre. —Rob inspiró—. Él solía decir que la muerte no nos arrebata a los seres amados. Al contrario, nos los guarda e inmortaliza en el recuerdo. La vida sí que nos lo roba muchas veces y definitivamente. Eso decía.

Cuando Rob regresó a su oficina, más tarde, no podía dejar de pensar en las palabras que le dijo a Kerr, o en las cosas que habían pasado aquel día. Quería volver a casa, tomar en brazos a su bebé, abrazar a su pequeña Evelyn y besar a su esposa y disfrutar con ellos todo el tiempo posible.

Y a eso se disponía, al tomar su móvil para llamar a Monica, cuando halló el *flyer* holográfico. Brillaba verde, fucsia y púrpura fluorescente, sobre el escritorio. Ellga debió colocarlo allí mientras estuvo fuera, pensó. Decía:

¡*EDOM* TE INVITA A SU GRAN REAPERTURA!
31 DE OCTUBRE, SÉPTIMA AVENIDA
A PARTIR DE LA MEDIANOCHE
(NO OLVIDES TU DISFRAZ DE HALLOWEEN)

«¿Edom?», pensó Rob. Aquel nombre le resultaba vagamente familiar. Se fijó de nuevo en la divisa del club (una serpiente con alas de murciélago) y, de pronto, lo reconoció.

Entretanto, en Coney Island, una mujer de negro esperaba junto al muelle. El sol se ponía delante. Detrás, bullían los sonidos de la feria y el parque y sus modernísimas atracciones. Al mismo tiempo, un hombre, también de negro, caminaba con parsimonia hacia la mujer, que lo esperaba.

—Una vista hermosa, ¿no crees? —El hombre, deteniéndose junto al asidero del muelle, profirió un hondo suspiro; a su lado, la mujer continuó mirando el atardecer vertiéndose sobre el amplio abismo azulino, sin inmutarse—. Hacía tiempo que no venía aquí; bien

sabes que éste lugar me trae muchos recuerdos.

—Lo sé. —Ella suspiró—. Y a mí me traen aquí tus recuerdos.

El hombre frunció levemente el ceño.

—¿Ya lo sabes?

—Sí. Y mucho más.

—¿A qué te refieres? —preguntó él.

Despacio, la mujer ladeó la cabeza y lo miró a los ojos. Los del hombre, se fijó, relucían bellamente como dos fuegos verdes en las perfectas cuencas de su cara.

—Mentí —dijo ella, por fin, intentando no sonar demasiado brusca—. Tuve que decirle a Rob que fui yo quien tomó los aparatos. De lo contrario, tu hermano y Thomas se habrían metido en graves problemas.

El hombre bajó la mirada; aquel fuego que antes radiaba en sus ojos, se fue apagando poco a poco. La mujer sintió una aguda punzada en el corazón al verlo tan abatido. Quiso abrazarlo. Quiso besarlo. Dominó ambos impulsos. Ella bien sabía que esto no habría servido para paliar el desánimo del hombre de negro.

Éste sabía su opinión sobre decir mentiras, y, todavía peor, sobre decírselas a Robert.

Ya le estaban escondiendo un gran secreto a Rob. Otro, sólo lo empeoraba.

—Lo siento —dijo él, cabizbajo—. Debí ser más metódico. Pensarlo mejor. Sé de buena tinta que no te gusta mentir. —La miró —. Has tenido que hacerlo toda la vida.

Ella le puso una mano en el hombro. Sonrió.

—Está bien. No ha sido tan mal. Y hemos tenido un momento maravilloso. —Enarcó una ceja—. Aunque he tenido que decir algunas verdades para compensar la mentira. No me enorgullece, pero se hace lo que se puede.

—Ya. —El hombre asintió varias veces, serio—. ¿Y a qué verdades te refieres?

Tras el último intento de suicidio de su marido, tres años antes, mientras ella se pasaba por muerta, ambos acordaron que jamás habría secretos entre ellos… Y entre Caleb. Él también lo sabía todo: que el padre de su primogénito estaba vivo; que su muerte, como la de ella misma, había sido una pantomima bien elaborada para que los eventos siguieran su curso como deberían (aunque no del todo exactamente). Ella le narró con lujo de detalle toda la historia de cómo lo hicieron con la inestimable asistencia de Louane Graham, entrenadora de la academia de los agentes del futuro (y compañera de entrenamientos de Russell en el pasado). Louane fue quien sacó al joven Russ del área médica en aquella realidad paralela de los hechos del año pasado. Caleb... bueno, se tomó bastante bien cada una de

estas revelaciones. «Por supuesto. ¿Qué clase de esposa crees que soy? Caleb sabe que llevo casi toda una vida enamorada de dos hombres», le había dicho a Rob.

—Y ésa es una de las verdades que referí —dijo Evelyn.

—Ya.

—¿Solo eso dirás? —Evelyn, mirándolo, enarcó una ceja.

El hombre curvó levemente los labios y encogió los hombros.

—¿Qué me dices del desmemorio? —inquirió Evelyn—. ¿Pudiste hacerte de nuevo con tus recuerdos?

—Sí. —El hombre asintió—. Todo lo que pasó en aquella época, está aquí. —Se apuntó a la sien con el dedo—. Todo. —Su mirada tenía un brillo juguetón.

—Qué bien. Al menos alguien obtuvo lo que buscaba.

—Y mucho más.

Evelyn no le preguntó qué quería decir con eso. Ya lo sabía. Una sonrisa pugnaba por abrirse paso en los labios de aquel hombre. Dios, que apuesto. Aún a sus cincuenta y cinco seguía teniendo la apariencia de un treintañero bien conservado. Tenía una barba de tres días —él sabía al dedillo cuánto le encantaba— y llevaba el cabello castaño copioso, y sin canas, relamido hacia atrás como era su costumbre. Mirándolo bien, parecía unos quince años más joven que la última vez que lo vio hace un mes, durante el viaje que hicieron juntos por el sudeste asiático, el cual finalizó abruptamente cuando Evelyn recibió la llamada donde le avisaron que el bebé de Rob y Monica estaba por nacer; aquello sólo fue una falsa alarma, por supuesto, el bebé nació dos semanas después.

Esto le hizo recordar…

—Russell —musitó Evelyn, de pronto. El sol era una huella rosada apenas visible que descendía lentamente por la línea del horizonte. Ella ladeó la mirada de nuevo y se encontró reflejada en los insondables ojos verdes de Russell Schmidt—. Así lo llamaron —dijo —. Como su abuelo.

Russ sonrió con los ojos anegados de lágrimas. Un instante después, rodeó los hombros de Evelyn con su brazo, y ambos suspiraron profundamente, llevando la mirada al frente, donde el sol ya no estaba a la vista…, pero el futuro brillaba con una intensidad a la par estridente.

EL ÚLTIMO MINUTO

“Después de haber recorrido el mundo entero en busca de la felicidad, te das cuenta de que estaba en la puerta de tu casa.”

Proverbio africano

El club estaba abarrotado. Si por él fuera, jamás habría puesto un pie en ese maldito lugar otra vez. Pero allí estaba, y por propia voluntad. Más o menos.

En realidad estaba en una misión. Aunque, pensándolo bien, no era la primera vez que una lo traía a *edom*, el chiribitil de mala muerte donde, en una ocasión, tuvo que rescatar a sus padres de los pyxis en el pasado. Dawit jamás olvidaría aquello. Al entrar en el club, los recuerdos, bastantes frescos, destellaron sombríamente en su cabeza a la par que la fragosa música se embutía en sus oídos y la escena de cuerpos bailando, luces relumbrando y completa desinhibición, anegaban todo su campo visual. Sintió nostalgia. O quizá fue aquel tufo apestoso que se condensaba en el aire, una espantosa mezcla de aromas variopintos que le empaparon la visión.

Como fuera, tomó un poco de aire y, con una maldición entre dientes, se adentró en el infierno… una vez más.

Luces multicolores y hologramas salpicaban la atiborrada atmósfera del local, dándole más vida a aquella ininteligible opacidad que se mecía con el casi inexistente compás de la música sintética. Dawit reparó en dos cosas al adentrarse en la marea ondulante de personas que bailaban en el recinto como si nada más importase. Primero, que el club se había mantenido tal como lo recordaba del pasado (esto aplicaba también para la discreta fachada donde la divisa de la serpiente había sido el único detalle en sufrir una ligera pero siniestra modificación). Y lo segundo, que por primera vez en más de un año desde su mutación, no era el centro de atención, pues, aquella noche, el *edom* había coincidido su tan anticipada celebración de reapertura con la de Halloween.

Hadas, vaqueros, brujas y hechiceros; vampiros, androides,

antiguos personajes mangas e hitos televisivos y cinematográficos, entre otros, coincidían en el mismo lugar; también sirenas y hombres lobos, ángeles y demonios, y quién sabe cuántos seres más. Cruzar la entrada del *edom* fue para Dawit como ingresar al País de las Maravillas, donde la noción de rareza no existía.

Desde su mutación, su aspecto solía llamar la atención a donde quiera que fuese; sobre todo su tamaño antinatural y sus ojos dispares. Esto se debía a su breve transformación en pyxis'qe'rut. Una cirugía lo había devuelto —más o menos— a la normalidad. Sin embargo, todavía eran visibles algunas de las secuelas de aquella transformación: la altura casi excesiva, la rigidez de sus movimientos y de su verbalización, la tenue brillantez de su piel y, más que nada, la disparidad de sus ojos (uno tan negro como el petróleo; el otro, gracias a Dios, aún humano), eran las que más se destacaban.

Aquella noche, empero, ninguno de estos extraordinarios rasgos llamaría la atención de los asiduos en la discoteca, oh, no.

Por supuesto, Dawit iba disfrazado. «Frankenstein —había opinado en su fuero interno—. Un monstruo. Nada tan alejado de la realidad.» Fue el único de su talla y corpulencia que halló en una tienda de alquiler a último minuto. No lo odiaba. En realidad, debía admitir, le quedaba estupendamente. El maquillaje incluía costuras falsas en el cuello y los brazos; tornillos de hule y una especie de birrete que le daba un aspecto largo y cuadriforme a la parte superior de su faz. Rhys, artífice del maquillaje, había hecho algunos retoques con pintura, y asimismo, había sugerido que recortara las mangas y se abriera el pecho de la camisa. «Debes mostrar esos asombrosos pectorales y brazos», fueron sus palabras. Dawit se había reído. Sin embargo, acató su consejo. Disfrazarse siempre le había gustado en el pasado (y todavía), y no quiso dejar pasar la oportunidad. Menos aun estando en una misión encubierta. Además, de haber irrumpido en la discoteca ataviado como agente, habría llamado la atención. Eso seguro.

La música sonaba estridente. El aire se percibía espeso y obnubilaba la vista casi tanto como los haces de luz multicolor que irradiaban en la pista de baile y sus derredores. Algo apestaba, y no sólo metafóricamente, pensó Dawit, abriéndose paso entre los bailantes. Para nadie sería una sorpresa que la atmósfera de la discoteca estuviera viciada con partículas de alguna de las drogas más propias de la época; o que varios (sino la mayoría) de los asiduos la hubieran consumido por voluntad propia, lo que tampoco sería una sorpresa. Como fuera, se dijo Dawit. Debía enfocarse.

El área *vip* estaba en un palco de cristal en el fondo del local al que se accedía por una escalera caracol, también diáfana, a un lado de la tarima en la que trajinaba un DJ de aspecto casi infantil. Dawit

debía reunirse con su compañero debajo de aquel palco. Después, juntos, procederían en la siguiente fase de su plan: sorprender infraganti al Marqués Péllet, un traficante que había trabajado estrechamente con el depravado Fred Söderberg en su laboratorio donde realizaba prácticas con humanos y pyxis. Marqués Péllet era quien le facilitaba a Söderberg (ilegalmente, huelga decir) el material pyxiriano y humano para sus atroces experimentos.

Según informes, el Marqués estaba de visita en la ciudad, quizás para conocer de cerca la situación de su antiguo socio (Söderberg estaba en proceso de ser trasladado a su país natal tras haber sido pillado por un grupo de agentes del futuro en una campeada en la que Dawit estuvo involucrado), quizás para reunirse con un nuevo socio o cliente.

Daba igual el motivo. Dawit y su compañero llevaban semanas, desde la captura de Söderberg, planeando el pillaje del Marqués tras la confesión del médico sueco, en la que alegó tener vínculos con el conocido traficante. Nadie sabía esconder su rastro mejor que Marqués Péllet, según decían; quienes lo habían visto, o creyeron verlo, daban pistas contradictorias sobre su aspecto e incluso sobre su género (el Marqués bien podía ser una Marquesa).

A dos metros del palco, el comunicador en su oreja empezó a zumbar.

Era su compañero. Habían convenido ingresar al club por separado.

¿Dónde estás?

—Cerca —contestó rígidamente Dawit.

¡Apresúrate!

Dawit calló, conteniendo un improperio.

Ahora la música sonaba rítmicamente como los latidos de un corazón, y las luces parpadeaban a su compás, cediendo terreno a una oscuridad más copiosa. Hacía mucho calor. Estalló una baraúnda de gritos alborozados. Flashes de colores cegaron a Dawit. Casi no podía ver ni moverse. La colorida marea de personas se cerraba en torno a él, cada vez más estrecha, en la pista de baile. Quiera o no (hasta el momento se había contenido de hacerlo) tendría que emplear un poco de fuerza bruta para seguir abriéndose paso hasta el palco del área *vip*. Ya estaba resuelto a dar leves empellones, cuando, de pronto, su compañero le habló por el comunicador:

Dawit, dijo. *Tenemos un problema.*

Dawit intentó mirar más allá, hacia el área *vip*. Dos metros lo separaban del lugar. Su compañero no estaba a la vista. Maldijo. La música ascendió. No volvió a oír más palabra por el comunicador. Prontamente, Dawit empezó a abrirse paso hacia el palco dando empellones a quien se interpusiera en su camino. Empujó a un

vampiro y por poco hizo caer de culo a un ángel. Golpeó duramente a un pirata en el hombro, y…

—¡Hey, tú, imbécil!

Una mano se cerró en su brazo. Dawit se giró, presto a lanzar un golpe. Se detuvo. El pirata le resultaba levemente familiar. Aquellos ojos cafés claros que asomaban con una mirada rapaz entre las sombras del ancho sombrero ladeado sólo podían ser de una persona.

—¿Halcón?

Éste resopló.

—Sí, soy yo, maldita sea. —Habló entre gritos. No parecía en absoluto sorprendido de verlo allí. En cambio, lucía enojado. Se masajeaba el hombro, donde Dawit lo había embestido. Con el ceño fruncido, preguntó—: ¿Qué demonios haces aquí, Dawit?

«Yo podría preguntarte lo mismo», pudo haber dicho Dawit. Pero era evidente, por el disfraz, que Halcón también estaba de encubierto en una misión. Como él.

—¿Tú? —dijo Dawit, en cambio.

—¿Que qué hago yo aquí?

Dawit asintió.

—¿Tú qué crees?

Se miraron fijamente mientras haces de una luz roja danzaban ante sus caras. De pronto, una joven con una túnica de satén azul y brocado plateado sostenida en un hombro se detuvo, exhausta y perlada de sudor, junto a Halcón. Llevaba una larga peluca rubia platinada. Así y todo, Dawit la reconoció, y ella a él.

—¿Dawit? —Aaliyah lo miró absorta mientras se apartaba un empapado mechón de la frente—. ¿Qué demonios eres?

Te dije que teníamos un problema, y tal parece que este te ha encontrado primero, habló de nuevo su compañero por el comunicador. *Halcón y Aaliyah están aquí.*

«Gracias por avisarme a tiempo», pensó Dawit con enfado. Por fuera, seguía inmutable.

También hay media docena de agentes de su brigada, añadió su compañero. *Quizás estén en una misión. Quizás también vienen a por el Marqués.*

«Mierda.»

—Qué más da —espetó Halcón. Parecía avizor. Ladeaba la cabeza de un lado a otro en un intento poco sutil por aparentar normalidad. Era posible que, después de todo, su compañero tuviera toda la razón respecto a lo último. Aaliyah torció los ojos.

—Aguafiestas —dijo, con un atisbo de humor. Luego se enarboló con una gran sonrisa, extendió los brazos a los lados y giró sobre sus talones, seguida por un revuelo de su túnica—. ¿Verdad que

tú, a diferencia de Halcón, *sí* sabes de quién estoy disfrazada?

Lo sabía. Dawit abrió la boca para responder. De golpe, hubo un leve estallido y el local quedó sumido por completo en una profusa opacidad. La música también cesó. Se oyeron abucheos, risillas pícaras, quejidos. Sobre todo, se percibía una creciente inquietud. Confusión. Miedo. (Era una fiesta de Halloween, después de todo, ¿no?) En el pasado apagones como aquel no habían presagiado nada bueno. La inquietud aumentaba. Dawit la compartía, y, sin verlo, sabía que así mismo lo hacían Halcón y Aaliyah. Lentamente, deslizó la mano hacia la parte trasera de su camisa y aferró reciamente el asidero del desfibrilador. La zozobra crecía con el pasar de los segundos.

Dawit, habló su compañero (donde quiera que estuviese en ese momento) con voz frugal, *algo no anda bien*.

A Dawit le habría encantado poder decirle que no hacía falta ser un genio para adivinarlo. Sin embargo, lo que dijo fue:

—¿Dónde?

En el área vip, respondió. Dawit miró en aquella dirección y alcanzó a divisar la silueta inequívoca del disfraz de payaso que llevaba puesto. Halcón también siguió fugazmente el trayecto de sus ojos antes de mirarlo de vuelta. Al mismo tiempo, su compañero, desde la cima del palco, añadía: *Logré acceder, como ves. Debes venir ahora, creo que el Marqués ya está a…*

Se calló. Allá, en el palco, Dawit vio cómo un par de hombres tomaban a su compañero por los brazos, mientras él se debatía, y, a ojos vistas, se lo llevaban a la fuerza.

Sobrevino otro estallido. La forma holográfica de una serpiente verde y azul empezó a zigzaguear entre los inquietos asiduos en la pista de baile. Una vez en el centro, se atornilló y luego se irguió hacia arriba asomando su lengua rosácea antes de desplegar unas amplias alas de murciélago púrpuras para el deleite de todos los presentes. El temor remitió. Hubo aplausos, vítores y risas. En la negrura de la alta cubierta detonaron fuegos artificiales holográficos mientras los focos de luz reflectaban lunares y estrellas multicolores y la música retornaba gradualmente.

—¿Qué ocurre, Dawit? —Era Halcón. Vestido como estaba, y con aquella expresión irresoluta en su cara, parecía la reencarnación del personaje icónico de Johnny Deep—. ¿Qué estás mirando?

Dawit no contestó; sin más, echó a correr hacia el área *vip*, con Halcón y Aaliyah pisándole los talones. Entre tanto, la voz en off de una mujer se oía, aunada a la música, dándoles la bienvenida a la discoteca. «Y gocen de la quinta paila del infierno hasta el amanecer…», concluía con un tono sobradamente seductor. Dawit se acercó a los dos gorilas que vigilaban el acceso al área *vip* al pie de la

escalera caracol; tomó a uno por la pechera de la camisa, lo alzó con una fuerza impresionante y lo arrojó a un lado (Halcón intentó imitarlo con el otro gorila). Luego subió. De prisa.

Una vez arriba, una sombra lo aporreó en el pecho y en la mandíbula con una sucesión de golpes rápidos y certeros que Dawit no tuvo la menor oportunidad de esquivar. Aquella sombra era un hombre alto y corpulento que vestía un traje plateado (como los que tomaron cautivo a su compañero) a diferencia del negro que vestían los gorilas del *edom*. Dawit contrarrestó sus embates. Giró, se inclinó y le lanzó un golpe a las costillas. Su adversario se dobló de costado, apenas dando muestra alguna de dolor; se enderezó en un visto y no visto y lo golpeó duramente en el estómago. Dawit tosió y se inclinó, doliente, hacia adelante. Luego un brazo lo rodeó por el cuello aplicándole una llave.

Cerca había una docena de personas, fascinadas, mirando la contienda. Ninguna, reparó Dawit por el rabillo del ojo, lucía un maldito disfraz de payaso.

Entonces lo supo: aquel hombre sólo era una distracción.

Lejos de perder el conocimiento, Dawit fraguó un golpe al abdomen de su adversario con el codo y otro más en la nuez con el hombro. El hombretón retrocedió, aflojando el agarre. De refilón, Dawit vio a Halcón y Aaliyah entrando tardíamente al área *vip*.

—¡Hey, tú, hombre plateado! —gritó Aaliyah. Lo apuntaba con el desfibrilador.

El hombretón se levantó con la mano en el cuello. Aaliyah disparó. Una centella escarlata traspasó la opaca atmósfera del área *vip* y abrió un enorme agujero en la cabeza del «hombre plateado», que, acto seguido, se desplomó.

Al cabo, Halcón y Aaliyah se detuvieron frente a Dawit.

—¿Qué ocurre, Dawit? —inquirió Aaliyah con la voz entrecortada y guardando el desfibrilador. Tenía la peluca un poco torcida—. ¿Por qué te ha atacado? —Miró con aversión al hombre interfecto que yacía a sus pies.

—Y, más importante aún, ¿a quién estabas buscando? ¿Quién estaba aquí? —exigió saber Halcón.

Dawit no contestó. Estaba demasiado abstraído como para hablar. El Marqués se había llevado a su compañero, pensaba, mirando el cadáver de su atacante. ¿Quién si no? No vestían el mismo traje que los de seguridad del *edom.* Debían servir a Marqués Péllet. Su corazón, de pronto, latía a un ritmo pesado y duro, y tuvo la impresión de que el piso giraba bajo sus pies. Lejos, la música y el guirigay de la discoteca resonaban, pero él apenas las escuchaba.

Por último, enfocó la mirada en los dos agentes del futuro, y vio a Halcón relajar la expresión y bajar los hombros.

—Como sea —decía, arreglándose el sombrero. Parecía tan incómodo en aquel disfraz de pirata. Como si vistiera de bailarina de ballet o princesa; bien podía ser cualquiera de estos y daría la misma impresión—. Vámonos. Lo que hemos venido a hacer aquí ya no será posible.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Aaliyah.

—Ha escapado —dijo Halcón, y miró fijamente a su suboficial (y su prometida) como si Dawit no estuviera presente, y no de forma romántica.

—¿Quién? —soltó Dawit. Avanzó un paso—. ¿Por-qué-es-tán-a-quí?

Halcón y Aaliyah lo miraron y luego cruzaron entre ellos otra larga y anecdótica mirada.

—Ven con nosotros —dijo Halcón— y te lo contaremos todo.

Halcón y Aaliyah precedían la marcha. Dawit no tenía la menor idea de hacia dónde lo conducían, pero empezó a sospechar que no se trataba del acceso principal del club cuando comenzaron a subir una empinada a la vez que estrecha escalera mientras Halcón refería lacónicamente su reunión con Rob.

—¿Qué quieres decir con que Marqués Péllet tiene algo que Robert quiere? —inquirió Aaliyah, confundida, cuando doblaron el segundo recodo de la escalera. Halcón maldijo por lo bajo. Por lo visto no le había contado a su prometida todos los detalles de su conversación con Rob de hace una semana.

Por dentro Dawit se hizo la misma pregunta que Aaliyah expuso en voz alta. ¿Qué podía tener Marqués Péllet que fuera del interés de Robert? ¿Y por qué encargó a Halcón esta misión si Dawit se había vuelto una especie de mano derecha y su guardián en los últimos meses? ¿Y, ¡con un demonio!, adónde lo estaban llevando Halcón y Aaliyah en ese momento?

Un silencio había ceñido el recorrido. Halcón se detuvo y se giró hacia Dawit, interrumpiendo la marcha. Tenía una expresión tan rocosa como un acantilado.

—Y tú, ¿qué diablos haces aquí? —Su tono era áspero.

Dawit se mantuvo impasible. Dio gracias en su fuero interno por ser treinta centímetros más alto que Halcón, de lo contrario se habría amilanado ante la fulminante contemplación del agente del futuro.

—Marqués Péllet —dijo Dawit.

Halcón frunció el ceño y, bajando la mirada, retrocedió un

paso hacia atrás como si lo hubiesen golpeado duramente en el estómago con un puñetazo. Acto continuo, Aaliyah dio un paso hacia Dawit con los ojos estrechos y una expresión irresoluta. Preguntó:

—¿Tú también vienes por el Marqués?

—Sí. —«Aunque por una razón diferente», faltó decir.

—¿Entonces sabes cuál es el verdadero motivo de esta misión? —dijo, ya recuperado, Halcón.

«No —pensó Dawit, impertérrito—. No sé cuál es el verdadero motivo de esta misión, y qué es lo que tiene el Marqués que pueda interesarle a Robert. Pero voy a averiguarlo.»

—¿Verdadero motivo? —habló Aaliyah.

Halcón no le prestó atención; sus ojos estaban trabados en los de Dawit.

Dawit no le respondió. Esperaba que Halcón se tomara aquel silencio, y aquella mirada, como una afirmación.

Funcionó. Halcón asintió (como si hubiesen llegado a un acuerdo tácito de silencio o algo por el estilo), retrocedió un paso, miró a Aaliyah y trazó una tenue sonrisa antes de prometerle que se lo contaría todo una vez atraparan a Marqués Péllet. Ella no pareció tranquila ni contenta de oír aquello, pero, de momento, se conformó.

Continuaron la marcha. Más bien, el ascenso. A ese punto, Dawit ya había llegado a la conclusión de que enfilaban la azotea del *edom*. Halcón y su brigada debieron asentar allí arriba su aeronave para mayor discreción. Inútilmente, pues no había que ser un genio para prever que el club se cuidaría las espaldas.

Mientras subían el tramo final de la escalera, Dawit evocó las últimas frases de su compañero por el comunicador. «Debes venir ahora, creo que el Marqués ya está a…» Quizás debería decirle a Halcón y Aaliyah que su compañero había sido raptado por el Marqués, se dijo Dawit. Qué tonto. Con aquello sólo conseguiría exponerse. Además, confiaba en la destreza de su compañero para salir de apuros.

Aun así, debería hacer algo.

De repente, al doblar en el tercer y último recodo de la escalera, un brillo escarlata salpicó la tenue oscuridad que los rodeaba.

El tiempo se detuvo. Aquel fulgor sólo podía provenir del láser de un desfibrilador. En seguida se escuchó el bullicio de una batalla, más disparos láser, y una explosión contenida. Los tres agentes apuraron el paso hacia la azotea y, prontamente, quedaron pasmados por la feroz contienda que se desarrollaba allí en ese momento.

Al verla, Dawit ya no se sintió tan seguro del destino de su compañero, y eso le dio más miedo que el pyxis'olrut que avanzaba hacia él con una enorme arista por brazo derecho. Dawit espabiló de

perillas. El olrut brincó e hilvanó un arco en el aire apuntando su brazo afilado como una estaca hacia Dawit. Dawit se inclinó, anuló otro ataque con el brazo, y a una velocidad increíble golpeó al olrut en el pecho, en el cuello y entre las piernas. El pyxis trastabilló. Si tuviera boca quizá se estaría riendo de aquel inútil movimiento. Pero Dawit aún no había terminado. El pyxis'olrut hizo conato de lanzar otro ataque; Dawit se ladeó, inclinó el cuerpo y lo pateó duramente en la elíptica cabeza, arrojándolo hacia atrás a unos cuatro metros de distancia. Allí, Lobo lo liquidó con un disparó del desfibrilador.

La azotea del *edom* era una especie de parking. Había más de una docena de aeronaves de último modelo aparcadas alrededor de la salida. Una de ellas estaba ardiendo. Gracias a Dios no se trataba de la de Halcón. Éste, Aaliyah, Hogan y Clovis se batían a granel contra un par de pyxis'olrut (los únicos que quedaban en pie, de hecho). Mientras, desde la cima de la que debía ser la aeronave de Halcón y su brigada, Lobo, hábilmente, disparaba contra la pequeña mesnada de pyxis'draks que lo asediaba. Dawit quedó embelesado. Podía sentir el frío roce de la brisa acariciando la tersura de la piel desnuda de sus brazos. La visión era impresionante. Y mucho más. Había cierta belleza en ella.

¡Dawit! La voz lo sobresaltó.

Era su compañero, dedujo después, hablándole por el comunicador. Dawit sintió un vuelco en el pecho.

—¿Dónde? —preguntó con vehemencia.

No lo sé. Sonaba urgido. *Los hombres del Marqués me retuvieron en el club. No sé a dónde me han traído. Está oscuro. Logré mantener oculto el comunicador, pero no será así por mucho tiempo.* Hizo una pausa y añadió en voz baja: *Me he tragado un rastreador. Conoces el código. Ven a por mí…, pero no lo hagas solo... Debo... yo…*

Y se cortó.

Dawit tuvo miedo. La nave que ardía emitió otro estallido. Una columna de humo se elevaba hacia el cielo, oscuro y sin estrellas, que se anegó de pronto con el destello violeta de un arma paralizante. Dawit pestañeó. ¿Había más gente en la azotea de la que había visto al principio o solo era su imaginación?, se preguntó. No, había más gente en el interior de las naves, quizás estaban consumiendo drogas o practicando sexo cuando empezó la reyerta. Alrededor se hallaba al menos una docena de cuerpos interfectos de pyxis'olrut de diferentes tamaños, y una cantidad innumerable de pyxis'drak.

Cinco minutos después, todo había terminado. La ciudad de Nueva York resplandecía alrededor. Como si nada hubiera pasado. Como si la batalla o el rapto de su compañero no hubieran pasado. La séptima avenida, y las calles colindantes, con sus miles de habitantes, seguían su ritmo de vida habitual.

Tardíamente arribaron dos brigadas de refuerzo. Entre ellas estaba la de Farell. Sett, su segundo al mando, lo acompañaba. Al ver a Dawit, sus ojos castaños se abrieron de hito a hito y esbozó una amplia y sincera sonrisa. ¡Vaya! Ya entendía por qué Rhys estaba perdidamente enamorada de su esposo, se dijo con sorna Dawit. Una mirada de Sett era más que suficiente para hacerte olvidar por un instante que tu mundo se estaba cayendo a pedazos.

—No esperaba verte aquí. —Lo miró de arriba abajo con admiración y sorpresa—. Vaya *outfit* el que traes. ¿Frankenstein?

Dawit asintió.

—Eso pensé. —Sett sonreía—. Clásico.

Dawit quiso decirle que Rhys había hecho el increíble trabajo de maquillaje, pero, de imprevisto, alguien lo interrumpió.

—¡Johnson!

Era Halcón. Parecía descontento. Se acercaba, con Aaliyah, Lobo y Clovis, pisándole los talones. Ya no llevaba el sombrero de pirata, tenía sangre en un brazo y el delineador descorrido por las mejillas. Sudaba.

—¿Qué ocurre, Schmidt? ¿Te hicieron daño los olrut o qué? —Sett, defensor, interfirió entre ellos. Su tono era claramente amenazador. Dawit quiso apartarlo y decirle que no era necesario que lo protegiera de Halcón ni mucho menos. Pero al mismo tiempo le agradaba contar con el apoyo de Sett.

—Mejor apártate, Wode —gruñó Halcón—. Esto no tiene que ver contigo.

—¿Ah, no?

—No. Ahora, si no tienes nada mejor que decir, quítate de mí camino.

Sett y Halcón estaban tan cerca el uno del otro que sus narices casi se rozaban.

Gracias a Dios, Aaliyah intervino. Puso una mano en el hombro de su prometido y lo hizo a un lado.

—Dawit —dijo, mirándolo—, hay algo que aún no nos has contado. —No era una pregunta.

—Sí. —Halcón habló con mirada y tono hostil. Cruzó los brazos ante el pecho y estrechó los ojos. En ese momento sí que resultaba intimidante—. La pelea comenzó cuando varios hombres de plateado salieron a la azotea arrastrando a la fuerza a un idiota con disfraz de payaso. Según Lobo, huyeron en una nave (la misma de la que emergieron los pyxis a modo de distracción) con el maldito payaso. ¿Tú lo conoces?

Dawit asintió una vez.

—Mi-com-pa-ñero —dijo él—. El-Marqués-lo-tomó-cauti-vo.

—¡Tú compañero! —repitió Halcón, furioso—. Nunca lo

mencionaste.

—Sí, Dawit —dijo Aaliyah, más calmada—. Dinos quién es.

Todos lo miraban: Halcón, disfrazado de pirata, echando chispas por los ojos; Aaliyah, vestida como Daenerys Targaryen, con una mirada suave; Sett, Lobo y Clovis, que aguardaban expectantes. Dawit preveía lo que cruzaría sus mentes cuando por fin les revelara la identidad de su compañero.

Pensó: Al menos Tadhg no estaba allí para escucharlo.

Cuatro semanas antes, estaba en la artificial Isla de la Libertad mirando la desembocadura del río Hudson en pleno amanecer. Siempre que visitaba aquel lugar, la vista del impresionante paisaje le quitaba el aliento. Aquella vez no fue la excepción.

Sobre él, el cielo era una composición de distintos tonos de rosados, azules y el típico gris neoyorkino. Cerca de lo que algún día fue la baja Manhattan, despuntaban los edificios derruidos de Wall Street, inmersos en las aguas mezcladas de los ríos. La sede central de la ADF estaba entre los pocos habitados que sobresalían de aquella zona desolada con su regio esplendor. Allende podían vislumbrarse dos trasbordadores tradicionales, surcando pacíficamente las aguas entre los edificios, uno hacia Battery Park y otro hacia la isla de la Libertad con nuevos (o recurrentes) visitantes. Un silencio sibilante, pocas veces bienvenido, acompañaba la magnífica escena.

Dawit inspiró profundo. Un denso vaho blanco surgió de sus fauces, desvaneciéndose lentamente en el aire matutino. Después aferró las manos a la barandilla, ajeno al frío inclemente que regía la atmósfera.

A su lado, había estado aguardando el sujeto, callado como si tuviera la intención de no querer perturbarlo en su admiración. Dawit no podría decir cuánto tiempo llevaba allí, sin hablar; se había distraído tanto con el paisaje, que había bajado la guardia. Al notarlo, sin embargo, se mantuvo impasible, como la estatua que se enarbolaba a sus espaldas. Aunque lo había estado esperando, tuvo que hacer un auténtico esfuerzo para mantenerse de esa forma ante su cercanía. Había cogido aire. No podía estar nervioso, ¿verdad?, se preguntó. Creía tener sus sentimientos dominados (una de las poquísimas cosas que le agradecía a su breve conversión en pyxis). Había resuelto conservar la faz invariable como la última vez que se vieron en una de las celdas del nivel C-13 de la Agencia del Futuro, y así estuvo.

Empero, sabía Dawit, aquella ocasión sería diferente. Ellos,

ciertamente, no eran los mismos de aquel entonces.

—Increíble —dijo el sujeto al cabo de un minuto más o menos. Vestía un gabán negro y guantes de cuero sintético. Inhaló e exhaló hondo y un vaho más cerrado que el de Dawit se vertió en el aire matinal—. Mi padre solía traerme aquí. Decía que era su lugar favorito en el mundo, pues fue donde le propuso matrimonio a mi madre cuando Marcelus estaba en su vientre, aunque ellos aún no lo sabían. —Sonrió levemente—. Pero dejó de venir cuando ella murió.

Dawit guardó silencio. No sabía qué decir. En definitiva no sería «lo siento». Optó por callar.

Eliot suspiró de nuevo.

—Como fuera. —Juntó las manos en su boca para condensar calor—. Me sorprendió recibir tú mensaje y, todavía más, que me citaras aquí. No nos hemos visto en casi un año, ¿no?

Así era. Casi un año. Eliot Kerr, anteriormente conocido como Rojo, había sido desterrado de la Agencia del Futuro y de Manhattan al descubrirse que era un *paria* al servicio del líder supremo de los pyxis. Durante el interrogatorio que siguió a su captura, además, Eliot se había arrancado la lengua para evitar revelar el paradero de Rhys y Sett (y de Doctor Silencio, sabrían más tarde), en un acto espantoso que, sin duda, ninguno de los presentes olvidaría jamás.

Lo último que Dawit había oído sobre Eliot fue que la operación en la que le reimplantaron la lengua había resultado exitosa. Y, por lo visto, así era.

El viento sopló, y Eliot se apartó de la frente un lacio mechón de cabello negro, antes rojo brillante (debió teñírselo tras su alocución ante el consejo general de la ONU el año pasado, había pensado Dawit; daba igual). En aquel momento estaba tan guapo e irradiaba tanta vitalidad que su esfuerzo por mantenerse entero se hacía una tarea titánica. Dios, era como estar viendo al Eliot que alguna vez conoció.

—Hay tantas cosas que quisiera decirte ahora. Quisiera disculparme. Consumé actos terribles y actué tan egoístamente que me perdí a mí mismo de forma irremediable. Yo no quise realizar esos actos ni mucho menos; lo juro. Pero no tuve otra elección. Ella… Ella me obligó… —Se le quebró la voz.

A ojos vistas hacía un esfuerzo por contener las lágrimas.

Dawit quiso consolarlo, como mínimo ponerle una mano en el hombro. Pero debió recordarse que aquel no era el Eliot que conoció y que solo estaba escuchándolo porque Evelyn le pidió que lo hiciera. De otro modo, jamás habría aceptado reunirse con él, un traidor.

Por otro lado, las recientes palabras de Eliot hicieron eco en su cabeza. «¿De qué estás hablando? ¿Qué te obligaron a hacer? ¿Y quién?», quiso preguntarle.

Dawit miró el perfil de Eliot. Una lágrima rodaba por su mejilla. Quiso enjugársela con un beso, como en otros tiempos.

—Cuéntame —dijo en cambio.

De repente, Eliot lo miró como si recién hubiese caído en la cuenta de que era la primera vez que lo oía hablar (y seguramente así era). Sonrió como Dawit no le había visto hacerlo en mucho tiempo y, en seguida, procedió a contarle todo. El viento rumoreó entre ellos a medida que Eliot le narraba la extorsión que sufrió de parte de su inicua tía, Chloe Kerr. Según Eliot, Chloe lo obligó a unirse a las filas de los *parias* y a cumplir las órdenes de Doctor Silencio, o, de lo contrario, lastimaría a su hermano Marlon, el padre de Eliot, quien había encontrado un apoyo incondicional en Chloe tras la pérdida de su esposa hace doce años. Dawit sabía cuánto cariño había sentido Eliot por su tía (a quien sólo su familia parecía soportar) y era evidente que su traición lo había lastimado sobremanera. Chloe Kerr fue quien motejó «Rojo» a Eliot.

—El día del interrogatorio, Chloe me dijo que se sentaría junto a mi padre; que le rodearía los hombros con su brazo y le prestaría su hombro para llorar si era necesario. Me dijo qué podía y qué no podía decir en el interrogatorio y amenazó con asesinar a mi padre (¡su propio hermano!) allí mismo, si hablaba de más. Un día antes de entrar al cuarto de interrogatorios, Chloe visitó mi celda y sugirió que me arrancara la lengua, tal como los *parias*, antes de revelar la ubicación del refugio de Doctor Silencio, que por entonces tenía cautivos a Rhys y Sett. Sabía que sería una de las cuestiones que querrían saber los altos directivos de la agencia; en especial, Robert Schmidt.

»Chloe conoce a la dueña del club *Hell's Kitchen*. La noche en la que Evelyn y Russ huyeron de la agencia y fueron capturados por los hombres de la señora Leibowitz, Chloe me ordenó procurar sin importar el costo (con esto, ya ves, se refería a las vidas de los agentes del futuro de la brigada de Caylis la Arpía) que los jóvenes Furia y Russell fueran entregados a Doctor Silencio. Yo no quería asesinarlos, y Silencio tampoco los quería muertos, sólo capturarlos para algún cometido que yo desconocía. —Eliot luchaba con las palabras y, claramente, estaba sollozando sin darse cuenta—. Pero Tadhg lo impidió.

Dawit había oído be por be los acontecimientos de aquella noche en *Hell's Kitchen*. Incluso sobre la participación de la misteriosa propietaria del club en cuestión que había planeado entregarle al líder supremo de los pyxis a los jóvenes Evelyn y Russ. Rhys y Sett fueron raptados por Silencio y su séquito en aquella nefasta incursión, también oyó Dawit.

Cerca, sonó el claxon del transbordador que arribaba a la isla

con más visitantes.

Entonces, Eliot preguntó, en tanto se enjugaba los ojos:

—Por cierto, ¿por qué estamos aquí?

—Verte —dijo Dawit, mirándolo.

Desde luego no planeaba decirle que había sido Evelyn la verdadera promotora de este encuentro. Ella le había pedido que se reuniera con Eliot y lo escuchara. Dawit accedió, si bien extrañado por la naturaleza de la petición.

Ahora lo entendía. Ella había previsto lo que Eliot le contaría.

Eliot plegó el ceño, aún rojizo. Sonrió.

—¿Por qué querías verme?

—Hablar.

—Sobre qué.

—Eh… —Hizo una pausa. Las réplicas simples eran una bendición. Pero no siempre. «Mierda —pensó Dawit. Tomó aire. Cuadró la postura y extrajo el *tell* que había mantenido todo ese tiempo bajo el brazo. Lo pulsó—. Esto va a ser más difícil de lo que pensé.»

Necesitaba la ayuda de Eliot para una misión. Esto lo decidió en ese preciso momento. Después de todo, Evelyn lo había instado a reunirse con Eliot por una razón, y, si iba a confiar plenamente en él tras su testimonio sobre la traición de Chloe, antes debía ponerlo a prueba.

Tras ellos, la Estatua de la Libertad enarbolaba su llama perpetua hacia el cielo azul plomizo. Dawit se la quedó mirando en tanto Eliot echaba un vistazo al expediente de la misión (autoimpuesta) en el aparato. Pasados unos minutos, Eliot alzó la mirada y le tendió de vuelta el *tell* antes de llevar la vista hacia la estatua.

—*Je lutterai pour la liberté, j'en appellerai aux peuples libres* —dijo Eliot. Parecía francés. Dawit se limitó a mirarlo con el ceño fruncido.

Eliot sonrió ante su helada expresión.

—Eso solía decir mi padre cuando miraba a la Señora Libertad justo como lo estás haciendo tú ahora.

—Ya.

—¿No quieres saber qué significa?

Dawit no respondió; daba igual; se limitó a llevar la mirada de vuelta a la estatua.

—Eso pensé —dijo Eliot con voz apagada, y suspiró—. Como sea. Cuenta conmigo.

—¿Eliot? —repitió, por décima vez, Halcón. Estaban en la nave de su brigada volando hacia el lugar que indicaba el rastreador que a destajo se había tragado Eliot. Halcón, iracundo, caminaba de un extremo a otro de la cabina. Habría resultado gracioso de ver si aún llevara el disfraz de pirata. Empero, vestía la oscura indumentaria de agente del futuro que se había puesto entre la quinta y sexta vez que repetía el nombre de Eliot. Aaliyah y Dawit, que también habían optado por cambiarse los disfraces y lucían sus vestiduras de agentes, compartieron una mirada hastiada—. ¿En serio? No puedo creer que estemos hablando del mismo psicópata que hace un año se arrancó la lengua para no revelar el paradero de Doctor Silencio.

—Pues créelo —dijo Lobo, mirándose las uñas. Como el resto, debía estar hastiado de tanto oír el nombre «Eliot» de su oficial—. En efecto. Se trata del mismo psicópata, que, según la historia que le contó a Dawit, resulta no serlo.

—Eso está por verse —profirió Halcón. Miraba el suelo, distante.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Aaliyah.

Halcón la miró directamente. Aaliyah continuó:

—¿Cuestionas la historia de Dawit? Si alguien conoce a Eliot Kerr lo suficiente para saber si está mintiendo, ése, sin duda, es Dawit. —Le echó una mirada al sujeto en cuestión, sentado, impasible, en una de las butacas a los costados de la aeronave. Dawit habría querido decir que aquello no era del todo cierto: para bien o para mal, el Eliot de ahora no era el mismo que solía «conocer lo suficiente» años atrás.

—Dice la verdad —pronunció, de pronto, Sett. El agente del futuro había decidido acompañarlos a la incursión de rescate de Eliot cuando supo que éste era el colaborador de Dawit para atrapar a Marqués Péllet.

—Para empezar, tú no deberías estar aquí —vociferó Halcón.

—Déjalo hablar —dijo Aaliyah con voz inflexible. Lo miró duramente. Halcón no se amilanó (al menos no por fuera), pero apartó a regañadientes la mirada.

—Hace dos días Chloe Kerr fue arrestada por perjurio, intento de homicidio y por haber participado activamente en los planes de Doctor Silencio durante los acontecimientos del año pasado —informó Sett, sentado junto a Dawit. Un aire de conmoción invadió la atmósfera de la aeronave. Todos y cada uno guardaron silencio, mirándose. Entretanto, Sett hizo una pausa estratégica para que los presentes digirieran la inesperada noticia antes de proseguir—. Se presentaron pruebas que demostraban que Chloe Kerr estuvo detrás del hackeo de los drones que sobrevolaron el South Park el día de la batalla; pagó a un grupo de élite iraní para esta tarea. Chloe, además, estuvo implicada en la infiltración de algunos pyxis a la sede central

de la agencia del futuro. Uno de ellos casi asesinó a Robert. Y se presume que también tuvo que ver con el ataque de hace unas semanas que causó la muerte de Harry Marshall.

—¿Qué? —profirió Halcón visiblemente atónito. Miró a Dawit —. ¿Tú lo sabías?

—¿Por qué nadie en la agencia sabe del arresto de Chloe? —preguntó al mismo tiempo Hogan, uno de los agentes de la brigada de Halcón.

Sett respondió ambas cuestiones:

—Dawit no lo sabía. Eliot sí. Gracias a él Rob y la directiva obtuvieron las pruebas que culpan a Chloe Kerr de los cargos que se le atribuyen. Los Kerr pidieron discreción sobre la detención, por ello sólo unos pocos lo saben. Es, según Rob, un silencio imperioso. La agencia no atraviesa su mejor momento desde que el profesor Kerr rompió las reglas y viajó al pasado para impedir la muerte de Juno.

—Entonces, ¿Eliot entregó a Chloe? —preguntó, aún confuso, Lobo; arrugaba su poblado ceño.

—Así es. —Sett asintió y miró a Dawit con una tenue sonrisa —. Y Dawit lo ayudó.

Sobrevino un silencio.

—Y ahora ¿qué? —quiso saber Hogan. Era tan pálido que podía pasar por albino, con una nariz tan afilada como un lápiz y barbita de tres días en torno al mentón y las patillas, y el pelo casi tan blanco como la nieve virgen atado en una cola de caballo. Sus ojos eran hierro líquido. Preciosos.

Todos lo miraron.

De pronto, desde el puesto de pilotaje, Clovis anunció:

—Hemos llegado.

Halcón echó un vistazo por la ventana con ojo de burro antes de girarse nuevamente hacia los agentes del futuro en la cabina y soltar una orden. En seguida todos los asiduos tomaron posiciones. Según la señal que emitía el rastreador de Eliot, Washington Heights, el distrito de peor fama de Manhattan, era el lugar adonde lo habían llevado los hombres del Marqués Péllet. Y, claro, también había una posibilidad de que el propio Marqués estuviera allí.

Dawit, Halcón y los demás agentes del futuro se prepararon para invadir La Torre. Era el edificio más emblemático de la zona, al que también se le conocía como «Nido de Sabandijas». Aquella enorme estructura de concreto de ciento treinta y dos pisos de alto y trescientos doce apartamentos había sido (y todavía era) uno de los frecuentes dolores de cabeza de la Agencia del Futuro desde su fundación. Desde allí operaban las principales redes de tráfico ilegal de drogas, armas y material genético pyxiriano de la costa este de Estados Unidos. Al presente ni siquiera las reiteradas y bien provistas

redadas conjuntas de la ADF con la DEA habían sido capaces de desmantelarlas por completo. «Las sabandijas siempre vuelven a su nido», decía una célebre frase.

Entraron a La Torre a través del basto sistema de túneles subterráneos que conectaba el edificio con el mercado adyacente. El trayecto fue arduo. Pero, según Halcón, era la mejor forma de pasar bajo cuerda sin poner sobre aviso a los maleantes que trabajaban con Marqués Péllet. Sin embargo, Dawit, en su fuero interno, puso esta afirmación en tela de juicio. Dudaba que las sabandijas que trajinaban en el edificio no hubieran colocado ojos avizores en los accesos más frecuentados por los agentes del futuro y la DEA para prevenirse de las redadas.

Allí abajo, la iluminación era pobre y apestaba como el infierno. Anduvieron por lo que pareció una eternidad hasta que llegaron a la escalera de mano que ascendía al edificio. Minutos después, estaban dentro.

Seguido, enfilaron la escalera para subir los primeros treinta pisos —los más concurridos— para evitar toparse con nadie en los elevadores o en los pasillos externos (nadie dijo que sería fácil). El resto del trayecto lo harían en el montacargas de la ordenanza. Para no llamar demasiado la atención, resolvieron, aunque no unánimemente (pues los que tuvieron que quedarse atrás no se mostraron del todo de acuerdo), dividir la brigada y enviar a cinco de los ocho agentes que volaron a Washington Heights. Sett fue el único de los que se quedaron en la aeronave que no emitió queja. Así pues, quienes estaban eran Halcón, Aaliyah, Lobo y Dawit.

Emergieron en el piso 129. Según el rastreador, allí estaba Eliot. Dawit se mantenía más cerca de Halcón que nadie, para prevenir que no actuara impulsivamente cuando se hallara frente a Eliot. Aaliyah era quien precedía la marcha, con el *tell* indicándoles el lugar, en las manos; por otro lado, Lobo, el mejor tirador de la brigada, les cubría las espaldas apuntando atrás y a los flancos con su desfibrilador.

En línea recta, el cuarteto avanzó juiciosamente por el pasillo del antepenúltimo piso de La Torre. El aire que imperaba estaba tan tenso que podía cortarse con tijeras. En cualquier momento podía salir alguien de los apartamentos contiguos y dar la voz de aviso, o atacarlos. Sin embargo, advirtió Dawit con recelo, el lugar estaba extrañamente tranquilo y, salvo por una música hip-hop de los años veinte que se escuchaba distante, demasiado callado para lo que era costumbre en el nido de sabandijas. Brillaba una luz azul en aquel pasillo. Dawit aferraba su desfibrilador. El pulso no le temblaba, su respiración era mínima (otra de las pocas cosas que agradecía de su conversión en pyxis era su increíble capacidad para el sigilo, similar,

en opinión de Hadrian, a la de un depredador). Por dentro, sin embargo, su corazón latía lenta y pesadamente, magullándole el pecho, su ritmo cardiaco jamás subía más de treinta latidos por minuto (como ahora) desde su breve mutación. Tenía un mal presentimiento. Debía apaciguarse, se dijo. En el mejor de los casos, Eliot estaría bien y atraparían a Marqués Péllet antes de que intentara cualquier movimiento («Maldición. ¿A quién quería engañar?»). En el peor…

En el peor, y evitó pensar en eso, todo se iría al demonio.

—Apartamento 129-12 —susurró Aaliyah vuelta hacia los demás. Señaló el *tell* y después la puerta de la residencia indicada, que estaba a un metro de distancia.

Halcón asintió. Silente, le hizo una seña a Lobo con la mano para que avanzara al frente a su lado, mientras apuntaban férreamente con sus armas. Aaliyah guardó el *tell* en un visto y no visto y se unió a la que parecía una expedición, también blandiendo su arma.

Dawit permaneció atrás. Algo no pintaba bien. Demasiado fácil. Marqués Péllet no era el tipo de maleante que solía poner fáciles sus encuentros. Estos siempre eran velados, incluso cuando se trataba de otros trafagadores probados como él..., o eso decían.

¡Dawit!

—¿Eliot? —Dawit no podía creerlo. Aún tenía el comunicador —. ¿Dónde?

En el mirador, dijo en un susurro. *¡Apresúrate!*

Dawit empuñó su arma. Mientras Halcón, Lobo y Aaliyah se abrían paso a la fuerza (disparando al pestillo con el láser) en la vivienda conurbana, Dawit echó a correr hacia el elevador como alma que lleva el diablo. Si Halcón y los demás cayeron en la cuenta de su repentina partida, no lo sabía. Daba igual. Solo importaba salvar a Eliot. Y nada lo detendría. Ni siquiera la clara convicción de saber que se estaba encaminando a una trampa. Para empezar, estaba seguro de que la voz que le habló a través el comunicador no era la de Eliot. Tal vez se trataba de un pyxis'olrut (conocidos por ser buenos imitares de voces). Si bien aquel susurro ni siquiera sonaba a Eliot. Oh, no.

Por fin, las compuertas del elevador se cerraron, en el preciso momento que Halcón, notablemente consternado, asomaba la cabeza por la puerta del apartamento 129-12, en el que acababa de irrumpir (a mansalva después de haber caído en la cuenta de la ausencia de Dawit) y abría mucho los ojos al verlo dentro del montacargas.

Las compuertas se cerraron.

Empezó el ascenso.

Dawit tenía malas experiencias en los elevadores. Al iniciar el ascenso, sintió que se hiperventilaba evocando aquellos terribles recuerdos del pasado. En una ocasión, había huido de una mesnada de pyxis'drak a través de un montacargas en lo que parecía hace cien años. No había puesto un pie en uno hasta hace unas pocas semanas que Robert lo animó a hacerlo (seguirle la pista al director de la Agencia del Futuro ya era una tarea ardua sin la asistencia de aquellos artefactos). Debía calmarse. No podría enfrentar al Marqués, o a los pyxis que le servían, si no estaba en sus trece.

Tomó aire.

Eran solo tres pisos los que lo apartaban de su destino. Sintió que el ascenso duró una eternidad: tiempo más que suficiente para recuperarse de su pequeña crisis e idear un plan. «¿A quién quieres engañar? —dijo una voz arisca (¿la de Tadhg?) en su fuero interno—. No hay tiempo.» Las puertas del elevador se abrieron.

Blandió el desfibrilador. Supo que se había repuesto del todo cuando se fijó que su pulso estaba entero. No temblaba. «Bien. Así no fallaré cuando le dispare al hijo de…»

Se interrumpió.

Briosas ráfagas de viento hendían desde aquella altura al aire libre. Dawit avanzó hacia la silueta que se hallaba de pie al final, cerca del borde del mirador. Podía jurar que era Marqués Péllet. Y no estaba solo: a su alrededor había al menos dos docenas de hombres armados (vestidos de traje plateado como el hombretón de la discoteca) que lo apuntaban. Eliot estaba arrodillado a los pies de Marqués Péllet, amordazado y atado de pies y manos.

Al verlo allí, aún con su disfraz de payaso y el maquillaje descorrido y sangrando, Dawit sintió que se le encogía el corazón.

—Bienvenido, Dawit —dijo el Marqués. Sonreía crecidamente. Debía estar próximo a los sesenta; era alto, larguirucho y pálido. Vestía un insólito traje hecho a la medida color verde manzana de solapas moradas y detalles en lentejuela plateada. Un enorme sombrero verde, a juego con el traje, con una pluma de pavorreal, que hondeaba con el brioso viento—. Por fin. No sabes cuántos años he esperado este encuentro.

«Ni me interesa saber —pensó Dawit. Despacio, empezó a bajar el desfibrilador y a colocarlo en el suelo, sin apartar la mirada del Marqués, como un gesto de buena voluntad—. Solo quiero a Eliot sano y a salvo.»

—No esperaba menos. —El Marqués se apartó el azote de la pluma de pavorreal de la cara y suspiró. Bajó la mirada hacia Eliot y le acarició la cabeza. Eliot se sacudió, rabioso—. En el pasado nunca llegamos a cruzarnos. De tus colegas, sólo conocí al imbécil de Tadhg y, en una ocasión, a su preciosa hermana. Pero tú… —Abrió los ojos

—. Eres el hijo de mi primer amor…

«¿De qué coño está hablando?» Dawit empezó a inquietarse. Echó un vistazo a Eliot, que, por la mirada que le arrojaba en ese momento, parecía tan desconcertado por las palabras del Marqués como él.

—De habernos cruzado, con todo, jamás habría sospechado que eras su hijo —siguió el Marqués; de pronto su rostro se torció en un gesto arisco de desagrado—. Te pareces tanto a tu maldito padre. El hijoputa que me la arrebató y la fecundó con cinco, ¡cinco!, de sus retoños. Tú incluido, Dawit. ¿O debería decir Daren Johnson? —Lo preguntó en tono burlón. Con una ancha sonrisa, añadió—: Qué maravilla que hayas sido tú, precisamente tú, a quien el destino ha traído hasta mí en esta noche de ensueño. —Alzó las manos hacia el cielo, sin una estrella.

«Maldita sea, este viejo está loco —pensó Dawit. Debía idear un plan rápido para salir de allí con Eliot y vivir para contarlo. Con suerte, Halcón, Lobo y Aaliyah estarían cerca, viendo aquella escena y pensando qué hacer para sacarlos—. ¿Quién es su sano juicio utiliza la palabra *fecundó* estos días? ¿Cómo es que conoce a mis padres? ¿Es posible que Tadhg y Rhys lo hayan conocido, durante la misión en el pasado, hace treinta y tantos años?»

—Esto sólo sería perfecto si estuviera aquí tú madre —afirmó el Marqués.

—¿Mi madre? —soltó Dawit, para su sorpresa, sin arrastrar las palabras.

—¡Hablas! —El Marqués pareció sobremanera emocionado. Abrió mucho los ojos y amplió aún más la sonrisa—. Pensé que los pyxis te habían arrancado la lengua…

—¿Qué-qui-quieres?

—¿Que qué quiero? —Dawit asintió—. Quiero venganza. Y sólo la obtendré cuando haya acabado por completo con la maldita agencia del futuro y todos sus malditos e inútiles agentes. Ella me prometió que me lo daría a cambio de esto. —Alzó un brazo y se bajó la manga de la chaqueta. En la muñeca llevaba lo que parecía una especie de comunicador. De pronto, Dawit recordó haberlo visto antes en la muñeca de Doctor Silencio, cuando irrumpió en la agencia bajo la biblioteca pública, la noche del caos de Nueva York. «Oh, no»—. He esperado mucho tiempo para este día; mucho, mucho ti…

—Y seguirás esperando.

La voz vino de atrás. En el mirador nadie tuvo tiempo de ver de quién se trataba (no falta hacía); de pronto hubo un intenso destello de luz blanca cegadora. Un láser escarlata lo atravesó. En seguida emergieron más láseres de aquella cándida espesura. Dawit se agazapó, a tientas, catando el suelo para encausarse hacia el lugar en

el que debía estar Eliot. Más disparos láseres irrumpieron en la atmósfera y se escuchó el estallido de un cristal. Una línea rojiza brillante rebotó en la baranda metálica y atravesó una enervada silueta (a pie enjuto era uno de los hombres de Marqués Péllet) por el pecho antes de desplomarse junto a Dawit. Éste siguió, palpando el piso e intentando llegar al palco mientras tanto, a su alrededor, reinaba el desconcierto de láseres y electrizantes radiaciones violetas manadas de las armas de los acólitos del Marqués.

Gemidos, resoplidos, maldiciones, un lamento: todas estas cosas podían oírse en la vasta claridad que gradualmente empezaba a ralentizarse en el mirador de La Torre. Dawit se elevó cuando vio a un rival acercándosele con rapidez; le incrustó el antebrazo en el cuello y lo embistió contra el piso. Luego asió su desfibrilador (lo había recuperado en cuanto se lanzó hacia el suelo con el estallido de la luz); con un disparo, impidió que uno de los acólitos del Marqués pillara inadvertido a Hogan por la espalda.

Un minuto después, la luz en el mirador había remitido por completo. Había un caos de cuerpos trajeados de plateado sobre el suelo de baldosas negras y fragmentos de cristal. Halcón, Aaliyah y Lobo estaban ahí, visiblemente exhaustos tras la contienda a ciegas; también Clovis, Hogan y Sett, de los que se habían quedado en la nave no por decisión propia. Sett, dicho sea de paso, fue quien tocó el *interruptor*, o, más bien, un nuevo modelo de las armas paralizantes, como distracción o con la esperanza de inmovilizar a algún pyxis'olrut que estuviera cerca (Dawit era lo más cercano a un pyxis que había), pues, a la sazón, todos los cuerpos que se encontraban esparcidos alrededor eran humanos. Hogan inquirió, tomando por el hombro a Dawit:

—¿Estás bien?

Dawit cabeceó.

—¿Mar-qués?

Oyó un grito. Dawit y Hogan miraron en dirección al origen.

«Aaliyah», supo Dawit. Tuvo una corazonada (la peor, si cabe, que había tenido ese día hasta ahora) cuando vio a los cinco agentes del futuro cerca de la baranda, justamente en el mismo lugar donde hace unos minutos estuvieron el Marqués y Eliot…

«¡Eliot!»

Halcón se interpuso en su camino cuando lo vio aproximarse. Fue inútil. Dawit lo apartó con una facilidad impresionante, y, seguido, se abrió paso entre los agentes que observaban por el borde del mirador.

—Está muerto —sollozaba Aaliyah—. Está muerto, ¡muerto!

Al amanecer, ya estaban despiertos. Eliot estaba acostado sobre el pecho desnudo de Dawit, callado y trazando con los dedos formas o palabras ininteligibles sobre su prominente pectoral.

Dawit suspiró. Aquella sensación era agradable. Semanas atrás no habría concebido que estaría de esa forma, otra vez, con Eliot. Durante los años que pasó en el pasado, Dawit se preguntó si Eliot lo aceptaría de nuevo a su regreso. Antes de partir a su larga misión, el propio Dawit había terminado su relación por eso que decían que el amor a distancia jamás resultaba bien. Pero, gracias a Rhys, cayó en la cuenta de su error. Su amor por Sett jamás flaqueó (si bien era posible que Brian tuviera algo que ver en ello) aunque hubiera un colosal muro de espacio y tiempo interponiéndose entre ellos.

El regreso a su época no fue lo que llamarían «un tranquilo viaje de vuelta a casa» ni nada parecido. Ya no era, en el peor sentido imaginable, el mismo sujeto que solía ser tres años atrás. Era un monstruo, propiamente dicho. Y, de cierta forma, también Eliot.

—Rob ha dicho que podrían retirar mi exilio de Manhattan, mas no de la agencia, en cuanto el asunto de Chloe salga a la luz —comentó Eliot. Sonaba feliz. Suspiró hondo y paró de recorrer la piel de Dawit con sus dedos—. Supongo que algo es algo.

—Sí —dijo escuetamente Dawit.

—Debería conformarme con limpiar mi nombre, ¿verdad?

—Sí.

—No puedo. Quiero volver a la agencia.

Dawit no dijo nada. Aquello era casi imposible, había dicho Rob. Aun si Eliot había actuado coaccionado por su tía, esto no anulaba que estuvo dispuesto a entregarle a Evelyn y Russell a Doctor Silencio, poniendo en juego, como quedó demostrado, la supervivencia de la humanidad. Eliot jamás sería aceptado de nuevo por la directiva, por sus colegas agentes, ni por la sociedad en general…, aunque hiciera mil alocuciones ante el consejo de la ONU, se tiñera el pelo cien veces o renunciara a su mote, el simbolismo más importante de entre los efectivos de la organización. Una de las frases más célebres de Furia era: «El pasado no puede cambiarse. El futuro, sin embargo, está a nuestro alcance.»

Dawit esperaba que algún día Eliot lo viera de esa forma.

Aun así, no perdía las esperanzas. Por ello era tan importante atrapar al Marqués Péllet. Rob había dicho que era «casi» imposible que Eliot volviera a ser aceptado en la agencia. Quizá lo conseguiría si lograba atrapar a un criminal de alto perfil como el Marqués.

«Mantén la esperanza en alto», decía otra frase de la célebre Furia.

—Sí —murmuró.

Eliot movió la cabeza y alzó la mirada, frunciendo el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada. —Dawit lo miró de vuelta, impasible; le acarició la oscura melena que resaltaba la claridad de su piel y el brillo onírico de sus ojos. Podría mirarlo para siempre.

—Mientes.

—Sí.

—Estás preocupado. Piensas en lo que podría salir mal en la misión de esta noche. —Bajó la mirada—. Yo pienso lo mismo. La verdad, llevo pensándolo las últimas cuatro semanas. Sé que estás haciendo todo esto por mí. Aun si no resulta, confío en que todo saldrá bien, porque estarás a mí lado, Daren. —Volvió a recostar la cabeza en su pecho, reanudó el trazo con sus dedos (Dawit tuvo la impresión de que escribía «te amo» en su piel; e «idiota», pero no podría asegurarlo) y suspiró, mientras las primeras luces se filtraban a la habitación. Así permanecieron toda la mañana.

Ojalá hubiera sido toda la vida.

Dawit miraba aturdido la sábana.

El trayecto a la agencia estaba marcado por un silencio fúnebre que ninguno de los tripulantes de la nave parecía resuelto a interrumpir. Dawit no advirtió cuando el agente se sentó a su lado; estaba con las manos tomadas sobre el regazo y la vista perdida en la sábana blanca que yacía en el suelo en el centro de la cabina.

—¿Estás bien? Parece que el diablo te hubiera quitado el alma.

—Sí —dijo simplemente Dawit. Miró al frente. Halcón y Aaliyah estaban allí, en los asientos del costado contrario de la cabina; ella, cabizbaja, con la cabeza reclinada en el hombro de Halcón, que, serio, se limitaba a mirar la silueta cubierta con la sábana en el suelo.

Hogan continuó:

—¿Y bien?

Airado, Dawit lo miró, preguntándose qué quería que dijera ahora; ¿que estaba estupendamente? ¿Que había tenido días peores? ¿Que su malestar remitiría en un minuto o dos? Tuvo que hacer un auténtico esfuerzo para controlarse y no explotar. Hogan, todo nacarado, aguardaba una respuesta. Dawit lo observó largamente, sin expresión alguna. «¿Qué quieres? —quiso decirle—. Mejor aléjate.» En cambio, dijo:

—No.

—¿No? —Hogan plegó sus blancas cejas.

—Quie-ro-ha-blar

—¿Que no quieres hablar?

—Sí.

Hogan asintió.

—Entiendo. —Miró al frente—. Debe ser difícil. Era tú novio o algo así, ¿no? Sé lo doloroso que resulta perder a la persona con la que esperabas pasar el resto de tu vida. Créeme. —Parecía triste. Su voz había bajado de tono y su mirada se había vuelto sombría. Dawit quiso consolarlo, cuando hace solo un minuto había querido gritarle que se alejara o le atizaría un puñetazo en la cara—. Yo estuve presente, ¿sabes?, en la antecámara del cuarto de interrogatorio el día de su cuestionario. Creía que estaba loco. Y después mis sospechas quedaron confirmadas cuando lo vi arrancarse la lengua de un tajo y escupírsela a Tadhg cuando este intentó sacarle a la fuerza la ubicación de su hermana. —Suspiró—. Fue la cosa más espantosa que presencié jamás.

Durante semanas, Dawit había tratado sin éxito de hacerse una imagen mental de lo que debió ser el día del interrogatorio de Eliot cuando Rob le refirió lo ocurrido, y no fue hasta ese momento que por fin pudo imaginárselo.

«Gracias, Hogan, hijo de perra», pensó Dawit. Ya jamás se sacaría esa imagen espeluznante de la cabeza.

—Según lo que dijiste, todo lo que hizo fue para proteger a su padre —siguió diciendo Hogan—. Quizá no fue un mal tipo. Quizá no estaba loco. Pero vaya sí que fue valiente. —Puso una mano en el hombro de Dawit y lo miró directo a los ojos como pocas personas lo habían hecho desde hace un año: como si fuera alguien normal—. Lamento que haya terminado así.

«También yo —Dawit soltó una lágrima y viró la mirada hacia la sábana que cubría el cuerpo de Eliot—; yo más que nadie.»

Nadie podría explicar cómo sucedió su muerte. Quizá Eliot se había caído al vacío en un intento por huir del Marqués cuando la luz colmó todo el lugar. Quizá Marqués Péllet lo arrojó antes de evaporarse como por arte de magia (o, dicho sea de paso, por efecto del aparato que mostró en su muñeca justo antes de que empezara el caos). Quizá nunca lo sabrían. Daba igual. Para Dawit solo había un culpable.

Edison Wode, el jefe de seguridad interna de la agencia del futuro, los estaba esperando cuando arribaron en la rampa 43. No pareció sorprendido al vislumbrar a su hermano bajar de la aeronave de la brigada de Halcón; en cambio, avanzó hasta Halcón y, escueto, le notificó que Rob lo esperaba en su oficina.

—¿Lo sabe? —le preguntó Halcón.

Edison terció la mirada hacia Dawit y asintió.

—En ese caso —repuso Halcón—, Dawit vendrá conmigo.

—Bien —dijo Edison—. Porque también lo está esperando a él.

Dicho esto, Edison se retiró, con Sett pisándole los talones.

Minutos después, la asistente de Rob, Ellga, los condujo hasta la puerta de la oficina del director de la agencia del futuro. Rob los esperaba, en efecto. Dawit entró, precedido por Halcón y la asistente, a la vez que se preguntaba cuál sería el motivo de aquella imprevista reunión y, en éstas, ¿cómo se enteró tan rápido de los recientes acontecimientos en Washington Heights? ¿Tendría algo que ver en ello la tía Evelyn? ¿Acaso Evelyn había estado al tanto del destino que le deparaba a Eliot esa noche y, aun así, zanjó no advertirle por aquello que dijo de «por el bien mayor» o lo que fuera? Muchas preguntas anegaban la cabeza de Dawit en aquel momento. Esperaba obtener algunas respuestas de Robert en ese encuentro, como, por ejemplo, ¿quién era realmente el Marqués Péllet? ¿Y por qué conocía a sus padres?

Rob estaba parado ante la ventana panorámica con las manos cogidas a la espalda, tan absorto en su contemplación como si aquella fuera la primera vez que miraba las ruinas de la baja Manhattan en todos sus años en el cargo. Como era habitual, vestía de traje negro (sin corbata, pues las odiaba) e iba pulcramente peinado. De pronto, pestañó, enderezó más la postura y se giró hacia los recién llegados, ampliando una sonrisa. Aquel hombre era un Schmidt de cabo a rabo. Había sacado los ojos verdes, el cabello castaño oscuro y el carisma natural de esta familia. Halcón, también Schmidt, era harina de otro costal…

—Gracias, Ellga —dijo Rob—. Puedes retirarte.

La asistente asintió y se marchó.

Halcón y Dawit cruzaron un anecdótico vistazo. Robert sonrió.

—Cálmense, los dos —empezó Rob, animado, cuando la puerta de la oficina se hubo cerrado. Sólo estaban ellos tres—. No planeo despedirlos ni nada por el estilo. —Se acercó a su asiento tras el escritorio al mismo tiempo que les indicaba a su primo y a su cuñado con un gesto que hicieran lo propio. Ya sentados, Rob, a ojos vistas de buen humor, añadió—: Antes que nada, Halcón, quería darte la enhorabuena por tu reciente compromiso con Aaliyah. Justo hoy he sabido la noticia.

Visiblemente absorto, Halcón dijo:

—Gracias.

Rob asintió y juntó los dedos sobre la planicie del escritorio. Tras una incómoda pausa, volcó su atención en Dawit. Una sombra cubría su mirada. Por lo visto, en efecto, Robert sabía lo que había pasado hace una hora en Washington Heights, y que Eliot estaba muerto.

Suspiró profundo.

—Lo siento, Dawit. También lo supe hace poco. —Bajó la

mirada—. La muerte de Eliot será un duro golpe para su padre. Ha perdido a una hermana recientemente. Ahora esto…

—¿Cómo?

Rob lo miró y frunció el ceño.

—¿Qué?

—¿Quiere saber cómo lo supiste tan pronto? —interpretó Halcón.

Rob miró a Dawit para confirmarlo y Dawit asintió.

—Farell —respondió y volvió a suspirar—. Me informó de lo sucedido previamente en el *edom* y que Eliot estaba involucrado. Cuando supe esto, le pedí que enviara a un oteador, los mantuviera vigilados y me avisara de cualquier eventualidad. Dicho y hecho, así me enteré.

—¿Mandaste a espiarnos? —espetó Halcón, indignado.

—Vigilarlos —corrigió Rob, impasible.

—Es lo mismo —replicó Halcón. Se aferraba a los brazos de la silla para contenerse de salir de la oficina echando humo. Dawit decidió que era el momento de intervenir.

—El Marqués —dijo, para sorpresa de los otros dos, sin arrastrar las palabras. Ya quería contarle a Hadrian de sus avances (además de que había descubierto recientemente que sus emociones de alguna forma estaban vinculadas a la modorra de su pronunciación). Rob y Halcón lo miraron, absortos, un instante—. ¿Quién-era?

—No entiendo —dijo Rob.

Halcón lo aclaró…, otra vez.

—En el mirador de La Torre —empezó—, antes de desaparecer, el Marqués afirmó conocer a los padres de Dawit, e incluso a Tadhg y a Rhys, del pasado. ¿Cómo es posible? ¿Quién era el Marqués en el pasado?

A la pregunta, sobrevino un largo silencio.

De pronto, Rob ya no sonreía como al principio; una sombra arropaba su faz. Dawit se preguntó si debía decir algo más, pero optó callar y esperar que Rob tomara la iniciativa y por fin le revelara las respuestas a aquellas cuestiones que le fueron planteadas.

—Hace treinta y cuatro años, el Marqués solía ser un falsificador aficionado de East Harlem al que la CIA reclutó para trabajar con la agencia del futuro en el pasado como el tratante de químicos prohibidos de la época tras la repentina muerte de su antecesor. Se llamaba Pellet. —Apretó un pequeño interruptor en el escritorio y se escuchó un tañido. De pronto, la ventana panorámica se cubrió con una sólida cortina de acero y *etolito*, bloqueando el lóbrego paisaje nocturno al sur de la isla—. Mi madre me contó en una ocasión que Pellet fue el novio de Tabita; Pellet era mayor de edad

cuando finalizaron la relación, por entonces él tenía condicional y Tabita era menor…

Dawit no podía creer que estuviera hablando de su madre. Jamás había escuchado que hubiera tenido un novio llamado Pellet (su madre hacía ver que Tariq Johnson, su esposo y padre de sus cinco hijos, había sido su primer amor y el único hombre en su vida). Qué diablos.

Dawit había pensado que lo sabía todo de su madre. Por lo visto, no era así.

—No entiendo —comentó Halcón. Su expresión era ambigua, ensimismada y, si cabe, un verídico embrollo—. ¿Dónde ha estado todo este tiempo? —preguntó—. ¿Y por qué ha decidido aparecer ahora?

Mientras Halcón hacía sus preguntas, Rob no apartó sus ojos de los de Dawit. «Así que por esa razón elegiste a Halcón y no a mí para la misión de captura del Marqués —quiso decirle Dawit a su cuñado, y casi tuvo la impresión de que éste asentía al oír sus palabras mentales —. Porque era el ex de mi madre.» Parecía la peor broma de la historia.

—Lo dieron por muerto —reveló Robert por fin. Tomó aire, echó la espalda hacia atrás y empezó a contarles la historia de cómo sucedió. Al parecer, un pyxis'drak irrumpió en su casa a mitad de la noche durante los ataques aleatorios que tuvieron lugar previo al caos de Nueva York. Dawit los recordaba: aquellos fueron días duros; una serie de brutales asaltos que ocurrieron en el oeste de la ciudad, perpetrado en su mayoría por pyxis'drak (huelga decir que era la primera vez que esta clase de pyxis irrumpía en escena por aquel entonces). Dawit, Tadhg, Rhys y, en menor medida, Evelyn (Juno había muerto meses atrás) poco pudieron hacer ante esto para salvar a todos los que corrieron peligro: los ataques sucedieron muy rápidos y simultáneamente; murió mucha gente inocente. Los padres y la hermana de Pellet fueron asesinados mientras dormían. Había un cuarto cadáver que estaba irreconocible. Tadhg y Rhys, que llegaron tarde a la cruenta escena, dieron por hecho que se trataba de Pellet. Los forenses de la CIA tomaron muestras de sangre, cabello y sus huellas dactilares, pero, insólitamente, ninguno arrojó un resultado concluyente respecto a su identidad.

»Creemos que la muerte de Pellet sólo fue una farsa de Doctor Silencio para tener una carta bajo la manga en caso de que su plan de aniquilar a la raza humana no resultara. Sabemos que Pellet quiere vengarse. Silencio debió lavarle el cerebro durante décadas diciéndole que los agentes no lo salvaron a él y a su familia porque, simplemente, no eran importantes para el futuro.

Robert tomó aire. Ya no sonreía y se miraba las manos con los

dedos entrelazados. Deslizó sobre el buró un finísimo aparato holográfico de los que se repartían por toda la ciudad como volantes promocionales y cosas por el estilo. Dawit lo miró sin entender.

—Hace unas semanas recibí esto —indicó Rob. Tocó el apartado. Hubo un destello y, de pronto, la oficina se iluminó, verde, fucsia y púrpura, con la imagen de un holograma: una serpiente con alas de murciélago. Dawit, confuso, leyó lo que decía el rótulo. Era la invitación a la reapertura de una discoteca en la séptima avenida, la última semana de octubre—. Halcón ya la había visto. Las alas de murciélago que tiene la serpiente pertenecen al emblema de Elena Leibowitz, antigua propietaria de la discoteca *Hell's Kitchen* y, suponemos, actual propietaria del *edom*.

»Y eso no es todo: hace unas semanas cuando Andrée Coupe, convertido en pyxis'qe'rut, quiso atacar a la directiva, alguien se infiltró hábilmente en el Laboratorio y substrajo el dispositivo con el que Doctor Silencio controlaba a los pyxis y abría *apexes* y portales a su antojo. El dispositivo había sido tomado del líder supremo tras su muerte y estaba siendo analizado por el profesor Kerr y un grupo de los mejores especialistas en tecnología pyxiriana que esta organización pudo reunir para dicha tarea; si bien, hasta ahora, ninguno había sido capaz de descifrar su funcionamiento. Como sea. Presumimos, si no estamos casi seguros, que lo acontecido con Andrée solo fue una distracción para desviar la atención de los niveles inferiores mientras sucedía el robo.

—Y se pone aún peor —suspiró Halcón.

—Tienes razón. —Rob asintió; en ese momento parecía haber envejecido diez años en cuestión de minutos—. Creemos que Pellet planea venderle el aparato a Elena Leibowitz, pues, al parecer, ella es la única que sabe cómo usarlo.

—Sí, planeaba hacerlo esta noche, en el *edom.* Pero hubo un cambio de planes de último minuto —abundó Halcón y echó un largo vistazo acusador a Dawit por el rabillo del ojo—. Más bien, diría que alguien hizo que los cambiara.

—Da igual. —Rob dio un ademán con la mano, frustrado, y se levantó—. Ahora lo importante es impedir que Elena Leibowitz obtenga el aparato de Doctor Silencio. O quién sabe qué cosas terribles podrían suceder.

Durante la boda de Rhys y Sett, a finales del año pasado, Dawit se sentía miserable, fuera de lugar. Tenía la horrible sensación de causar temor entre los presentes; que cada acción, por más leve que esta

fuera (como tomar una copa), era vista con profundo recelo e inquietud. Y allí estaba él, solo, sentado en la mesa, desdichado, cuando Hadrian Loughlin apareció.

—¿Puedo? —había inquirido Hadrian mirando la silla que acababa de desocupar Tadhg.

Dawit lo miró absorto. Hadrian debió tomarse su estoicismo como un *sí*, porque sonrió radiante. Luego se sentó. Pasaron la velada juntos, riendo y hablando (al menos Hadrian), recordando buenos tiempos juntos y, por último, lamentándose de la mutación de Dawit. Hadrian le dio su palabra de que haría todo lo posible por revertir los efectos de la misma.

Y, al presente, Hadrian Loughlin, el joven y majísimo profesor que conoció en el pasado (con el que, además, tuvo un breve idilio), no había cesado en sus investigaciones.

Tras su reunión con Rob, Dawit, haciendo tripas corazón, abordó el elevador y descendió hasta los niveles del Laboratorio. Allí encontró a Hadrian. Estaba solo. Dawit no se había esperado menos. (Habían acordado que nadie más se involucraría en sus investigaciones por revertir los efectos del genoma *phyx* para no crear falsas expectativas y causar desilusiones.) Eran las tres y cuarto de la madrugada.

—Allí estás, Daren —saludó Hadrian, animado. Era un hombre de sesenta que aún mantenía su encanto de antaño. Peinaba canas. Dawit odiaba que le recordara tanto a su padre, de lo contrario, quizás, se habrían liado la noche de su encuentro en la boda de Rhys y Sett. Vestía una bata blanca, pantalones negros y anteojos. Sonrió tenuemente. Tras consultar la hora en el reloj holográfico que brillaba suspendido sobre su escritorio, añadió—: No esperaba verte aquí ahora. Pero, ¡qué bueno!, porque tengo un par de cosas que contarte sobre mis avances con la máquina. —Se calló y frunció el ceño, una sombra cubría de pronto sus felinos ojos dorados. Hadrian, intuía Dawit, lo conocía ya lo suficiente para saber que algo no marchaba bien—. Espera. Creí que tú y…

Por supuesto, Hadrian estaba al corriente de la misión que Dawit había planeado llevar a cabo esa noche. E incluso de la participación de Eliot en dicha gestión.

Sobrevino un largo silencio, tras lo que Hadrian habló:

—Cuéntame.

Dawit bajó la mirada; sin darse cuenta, estaba llorando.

—Muerto —dijo.

Otro silencio, más largo que el anterior, sobrevino tras la revelación.

—¿Cómo pasó? —preguntó Hadrian, al cabo. Se acercó a su escritorio y tomó su *tell*, que luego le tendió a Dawit, junto a un

pañuelo que extrajo de uno de los bolsillos internos de su bata. Dawit tomó el aparato, pero, educadamente, rechazó la prenda. Se enjugó la humedad de las mejillas, de la que solo había caído en cuenta cuando Hadrian le ofreció el pañuelo, con un tosco gesto con el brazo.

Después, empezó a narrar los acontecimientos de esa noche, uno a uno. Fue más doloroso de lo que había experimentado en el momento vívido. Mientras describía, y el tenue fulgor fucsia de las palabras holográficas que manaban del aparato alumbraba la nebulosa atmósfera del despacho de Hadrian, Dawit sintió una mezcolanza de sentimientos (cólera, impotencia, tristeza, devastación, vacío, y más cólera) que ardían vivamente en sus interior, cada vez más violentos y amenazando con estallar.

—Lo siento mucho… —empezó a decir Hadrian cuando finalizó.

—¡NO! —vociferó Dawit. Ya no quería escuchar que «lo sentían». Esas palabras no le devolverían a Eliot o a Juno, que también murió siendo su compañera. Era un fracasado. Era un monstruo. Un engendro. Debió haber muerto, aquella noche en el Empire State, o incluso antes, se dijo. Arrojó el *tell* contra la pared del costado. El cristal estalló. Hadrian se sobresaltó y se cubrió con los brazos. Del aparato solo quedaron diminutos fragmentos esparcidos por el suelo y sobre el escritorio.

—Entiendo —repuso Hadrian—. No quieres oír más que lo sienten. —Se acercó a Dawit, que sólo miraba el piso, como poseso, aferrando los puños a los costados. Despacio, y sin apartar el contacto visual, colocó una mano en el hombro de Dawit. Este se tensó. Al cabo, liberó la rigidez y aflojó las manos—. Esas palabras no cambiarán el hecho de que haya muerto —siguió—. Joder, ni siquiera aliviarán un poco tu dolor. Todo lo contrario. Como tocar una herida abierta: eso es. Debí pensar en ello antes de decírtelas. Lo sien…

Dawit lo miró duramente, y Hadrian se calló al instante.

Un segundo después, se echaron a reír.

Aquello duró muy poco. El recuerdo de Eliot a los pies del Marqués destelló como una dolorosa centella en su fuero interno, y le borró la sonrisa. Hadrian también dejó de sonreír, seguramente, al advertir la sombra que cubría los ojos dispares de Dawit.

—Duele ahora —le dijo Hadrian—. Y es posible que sea así por un tiempo. Pero debes superarlo y seguir adelante, Dawit. No conocí lo suficiente a Eliot para estar seguro de lo que voy a decir, pero es lo que él hubiera querido.

Dawit miró a Hadrian. Lo miró larga, fijamente. Dios, si no le recordara tanto a su padre lo besaría allí mismo.

—Gracias —dijo Dawit.

Hadrian abrió mucho los ojos y sonrió.

—Has mejorado —señaló—. «Gracias» es una palabra grande y no has arrastrado las sílabas al decirla.

—Yo… —Quiso decirle que había descubierto recientemente que sus emociones estaban ligadas de alguna forma a su problema de pronunciación, pero, de golpe, Hogan apareció en el umbral con una expresión angustiada y la frente blanquecina perlada de sudor.

—Lamento interrumpirlos —dijo él, exaltado, tras dar un profundo buche de aire y quitarse un mechón de cabello albino de la cara. Dawit tuvo un mal presentimiento, y, por lo visto, Hadrian también; lo supo al ver la expresión sombría en su cara cuando cruzaron una mirada—. Tenemos una pista del posible lugar donde se verán Elena Leibowitz y el Marqués.

—Ve —dijo Hadrian.

Éste y Dawit se miraron larga, fijamente. Dawit asintió, en silencio, y se marchó en pos de Hogan, anhelando volver a encontrarse con Hadrian para oír sobre los avances de la máquina de los que antes quiso hablarle.

Hogan caminaba a paso acelerado.

—Escucha —urgió. Con el aliento entrecortado, empezó a explicarle que el centro de transmisores de la agencia había interceptado una llamada del *edom* en la que una voz de mujer, probablemente de Elena Leibowitz, había citado una frase en francés que, según Edison, podía ser un mensaje cifrado que podría indicar bajo cuerda dónde se llevará a cabo el próximo encuentro entre ella y Marqués Péllet—. Robert, que tiene comprensión de este idioma y estuvo presente cuando Edison informó de la llamada, tradujo la frase. Desde ya te digo que no tiene sentido. —Resopló una risita.

Acto seguido, doblaron un recodo y abordaron un elevador que, tal parecía, estaba esperándolos. Dawit maldijo en su fuero interno. Sus tropiezos con estos aparatos del infierno no habían cesado por ese día, por lo visto. Las puertas se cerraron. Empezó la subida. De pronto, Dawit reparó que Hogan, por primera vez desde que salieron precipitadamente del despacho de Hadrian, guardaba silencio.

Quiso preguntarle, pero prefirió callar, pues no quería arruinarlo con su modorra.

Además, no hizo falta. Hogan habló:

—Así que tú y el profesor Loughlin…

No acabó la frase. Ladeó la cabeza y, de manera sugerente, miró a Dawit por encima del hombro con aquellos ojos de hierro líquido que parecían esplender luz propia.

—No —dijo Dawit, lacónico—. Tiempo-atrás.

Hogan volvió la cabeza y asintió.

—Entiendo. —Sus hombros cedieron la tensión que hasta ese momento Dawit no había reparado. Era como si, al oír su réplica, le hubiera quitado un peso de encima o algo parecido—. Para tener, ¿qué, sesenta años?, está guapísimo. A sus treinta debió ser algo así como, no sé, una especie dios de griego reencarnado.

«Sí», pensó Dawit, con una sonrisa disimulada. En una ocasión, recordó él, Rhys había hecho una comparación igual, en absoluto exagerada, sobre Hadrian.

—Aunque quizás este no sea el mejor momento para hablar de ello —indicó Hogan moderado. Echó una mirada solemne por encima del hombro y, en seguida, Dawit entendió a qué se refería—. Supe que llevaron su cuerpo al área médica y que su familia ya fue informada.

Dawit bajó la mirada. Continuó en silencio.

Un minuto después, las compuertas se abrieron. La rampa 43 estaba escasamente atestada cuando emergieron en ella (la rampa 12, varios pisos más abajo y apuntando hacia el norte de Manhattan, era la más transitada por las brigadas de agentes que sobrepasaban la veintena de sus miembros). Halcón y Aaliyah, que acababa de descubrir que su prometido había omitido adrede información vital sobre la misión de esa noche, mantenían una intensa discusión apartados del resto. En el centro de la rampa, Edison y Sett estaban reunidos con los agentes de la brigada de Halcón, hablando en voz baja.

Dawit y Hogan se acercaron a ellos.

—No tiene sentido —decía Edison, más serio de lo habitual; parecía, más bien, reflexionando a la vez que refutando alguna teoría planteada por su hermano—. Suena ridículo. ¿Por qué pactarían una reunión en Francia? Y, además, el hecho de que haya hablado en francés no quiere decir que ahora estén de camino a Europa.

—Quizá ya estén allí —sugirió Lobo arqueando sus pobladas cejas.

—¿De qué hablas? —preguntó toscamente Edison.

—Quizá se transportó. Ya sabes. Como lo hacía Doctor Silencio.

—Patrañas.

—Lobo tiene razón —intervino Hogan—. Tú no estuviste en La Torre cuando, como por arte de magia, el Marqués desapareció sin dejar rastro. La única forma de bajar del mirador de La Torre es a través del elevador, o, como indicó Lobo, con ayuda del dispositivo de Silencio, es decir, abriendo un portal hasta...

—¿Francia? —atajó Edison, arisco—. Imposible. Robert afirmó que nadie ha podido desentrañar el funcionamiento del aparato de

Doctor Silencio (el Marqués incluido). O ya lo sabríamos.

—Paracaídas. —La voz de Halcón vino de atrás. Aaliyah, ceñuda y con los brazos cruzados ante el pecho, lo seguía de cerca. ¿Habrían resuelto ya su problema de confianza, o, a la sazón, lo habrían aplazado en vista de la apremiante situación?—. Así escapó ese desgraciado. Una cámara lo captó saltando del edificio justo después de…

Se interrumpió al mirar a Dawit, que permaneció impasible (al menos por fuera).

—Entonces ¿qué? —habló Edison—. ¿Debemos creer, pues, que Elena Leibowitz y Péllet están en estos momentos en un café parisino, con boinas, bebiendo chocolate caliente e intercambiando un dispositivo altamente peligroso, que en cualquier minuto podría liberar otra terrible calamidad de los pyxis?

—Mirándolo así, suena absurdo, sí —comentó Sett.

—¿Qué tal si reproduces la llamada de nuevo? Puede que hayan pasado algo por alto —dijo Halcón. Parecía más templado tras su conversación con Aaliyah.

Edison resopló. Sacó el *tell* que había mantenido aferrado a su mano todo ese tiempo, lo pulsó y lo alzó para que todos lo escucharan. El silencio que se percibía en la rampa 43, sin el ruido estrepitoso de las naves marsopas, era total. Y entonces, al oír la voz de la mujer, aquel silencio se fragmentó como un jarrón de cristal que era embestido contra el piso.

El tiempo se detuvo. La voz de Leibowitz cesó. Dawit reconoció las palabras que citaba la mujer en la llamada. «Eso solía decir mi padre cuando miraba a la Señora Libertad justo como lo estás haciendo tú ahora», había dicho Eliot.

Una mano cayó en su hombro y espabiló.

—¿Qué sucede, Dawit? —Era Hogan.

De pronto, Dawit se dio cuenta de que todos lo estaban mirando.

—Libertad —musitó él. Caminó hasta el borde de la rampa y, ante la vista atónita de los agentes del futuro, apuntó hacia la desembocadura del río Hudson, donde apenas se vislumbraba la estatua que despuntaba lejanamente entre las sombras—: Libertad, ¡Libertad!, ¡Libertad!

Halcón ordenó abordar la nave inmediatamente. En seguida, su brigada, Dawit y Sett, enfilaron el vehículo tras provisionarse y armarse a toda prisa con desfibriladores, conversores, un lanzallamas,

armas paralizantes y gravitacionales, y navajas, estiletes y serafines, alegorías de la vieja escuela. Quince minutos después, estaban estacionando la nave marsopa en el lado meridional de la Isla de la Libertad, donde la estatua les daba la espalda. Podría decirse que ésa era la parte más sombría de toda la isla, pero no era el caso.

Con la gran inundación, la isla, como la mayor parte del sur de Manhattan, quedó inmersa en las aguas de los ríos Hudson y Este. Una década después, gracias a una recaudación de fondos promovida por la agencia del futuro, se instauró una isla artificial cerca de los cimientos anegados de la anterior, y se trasladó a ella la Estatua de la Libertad. Más recaudos, en años siguientes, permitieron hacerle modernizaciones a la nueva isla, como, por ejemplo, una barrera para evitar futuras anegaciones; el más avanzado sistema contra sismos, esto tras el gran terremoto; y un asombroso juego de luces de última generación, que iluminaba toda la isla.

—¿Cómo sabremos cuándo ocurrirá? —inquirió Lobo segundos antes de que se dispusieran a bajar de la nave.

—Lo sabremos —se limitó a responder Halcón. Un segundo después la compuerta de la nave se abrió y emergieron.

El cielo se abría como un pozo negro insondable carente de estrellas y viciado por la luz artificial que expedía la isla. El frío regía con mano dura. De pronto sus alientos (algunos vibrantes, otros suaves) eran visibles como nubes trémulas frente a sus caras. Halcón envió a Hogan, quien era el oteador de la brigada, adelante de la marcha para que rodeara el monumento hasta el lado oriental de la isla y notificara si había muros en la costa. Hogan se alejó, en seguida, al doblar el recodo de la base, y Dawit sintió que se le encogía el corazón. Tenía miedo, admitió en su fuero interno. Mucho. Entre tanto, en línea recta, el resto se acercó a la base de la estatua, rayanos a la pared de ladrillos del enorme zócalo y aguardaron un minuto o dos antes de empezar a rodear, con Halcón y Aaliyah a la cabeza, a medida que la tensión aumentaba. Entonces, Hogan volvió…

—¡Están aquí! —dijo agitadamente—. La nave en la que partió el Marqués, más temprano en la azotea del *edom*, acaba de aparcar en el lado oriental. Es probable que Leibowitz ya esté aquí.

Halcón echó una larga mirada a su brigada (Sett y Dawit incluidos) con una expresión sombría y determinada.

—¡Vamos! —dijo, antes de volverse y emprender la marcha, alzando su arma.

Los demás agentes, sin vacilar, lo siguieron.

Más tarde, ninguno podría decir exactamente lo que pasó en los minutos siguientes. Llegaron al costado oriental de la isla en el momento exacto en el que Marqués Péllet bajaba de la aeronave en la que había arribado. Su expresión de intensa consternación al ver salir

a los agentes del futuro de la nada aparente fue auténtica poesía. Aun así, levantó una mano y una plancha bajó del flanco derecho de su nave. Una mesnada de pyxis'olrut, larguiruchos y brillantes como el cristal afilado, emergió en tropel. A estos, los siguieron docena y media de hombres de plateado.

Destellos rojizos salpicaron la atmósfera cuando los agentes del futuro empezaron a disparar con los desfibriladores a la primera línea de pyxis. El choque entre los bandos fue brutal, y hubiera sido aún peor si Clovis, adelantándose a los demás agentes, no hubiera detonado un arma paralizante de extensión masiva, paralizando en el acto a una cuarta parte de los olruts que se aproximaban. Un haz de luz violeta, no de la misma envergadura del conversor que encandiló a todos en el mirador de La Torre, abrió un pasaje directo a la nave y al Marqués; Halcón y Aaliyah la atravesaron, disparando al enemigo a su paso. Dawit hubiera querido ir tras ellos para ser quien le pusiera las manos encima a Pellet y ahorcarlo. Y lo habría hecho si, en primer lugar, uno de los olrut no se hubiera dispuesto a cargar contra él. Dawit anuló el ataque con el dorso de su brazo; golpeó al pyxis en el torso con la rodilla y, luego, le estalló la elíptica cabeza con el desfibrilador. El siguiente atacante era uno de los hombretones de plateado…

Por el rabillo del ojo, Dawit precisó que más allá Péllet echaba a correr hacia el interior de la nave al vislumbrar a Halcón y a Aaliyah acercándose. «Ojalá el hijo de puta reciba su merecido —pensó, entre tanto golpeaba al hombretón en el omóplato y el estómago y reculaba; su rival, perseverante, le atizó un fuerte puñetazo en la mandíbula—. Joder. Al menos alguien aquí sí está recibiendo su merecido.»

Escupió sangre.

Miró al hombretón, y más allá, la silueta de una mujer que se perdía en el interior del monumento. ¿Sería posible? Hogan había dicho antes que era probable que ella ya estuviera en la isla. Y, por lo visto, así era. Una sombra se movió ante su faz; Dawit apenas consiguió contrarrestar el ataque del hombretón (por un momento lo había olvidado). Golpeó una, dos veces, a su adversario en el pecho; después, con una pirueta, le rodeó el cuello con sus brazos, ciñéndolo, y tras un rápido, breve movimiento, lo dejó inconsciente.

«Escúchame. Llegará el día en que te cruzarás con Elena Leibowitz, y tendrás la oportunidad de detenerla…», recordó Dawit, entre tanto corría hacia el monumento.

«Pero no lo harás.»

Se detuvo, con la respiración agitada.

«Por un bien mayor», había dicho ella.

Dawit cayó de rodillas, con lágrimas en los ojos y el corazón roto.

—Eliot… —murmuró.

Debieron quedarse todo el día en aquella cama, juntos, pensó. Eliot aún estaría trazando con sus dedos más formas difusas en su pecho, o estaría durmiendo, pero con seguridad vivo. Ojalá pudiera regresar el tiempo…

—Dawit.

Éste sorbió por la nariz y alzó la mirada.

—Lo atraparon —dijo Hogan, con aquel rostro blanquecino y una expresión apacible, y le tendió su mano—. Halcón y Aaliyah atraparon al Marqués. Debes venir.

Dawit se puso en pie aceptando la ayuda.

Caminaron hacia la plataforma de la aeronave en la que arribó el Marqués, y allí los encontró: Halcón, Aaliyah y Lobo estaban de pie atrás y a los costados de Pellet, que se hallaba de rodillas, cabizbajo y con las manos esposadas a la espalda. Parecía tan insignificante. Al verlo, Dawit quiso dar un par de zancadas y cogerlo por el cuello huesudo y rompérselo como hizo minutos antes con el hombretón. Pero se contuvo. Apenas. Halcón lo miraba duramente y, a ojos vistas por su postura, demostraba que no iba a dejar que tal cosa pasara.

—El aparato —interrogó Halcón—. ¿Dónde está?

Pellet meneó la cabeza.

—Habla, *cabrón* —gruñó Lobo. Le pegó el cañón del desfibrilador en la base de la cabeza.

—Espera. —Aaliyah se inclinó y revisó a Pellet; con rapidez, introdujo las manos en los bolsillos internos y externos de su chaqueta, y luego en los de su pantalón. El aparato estaba en uno de los bolsillos traseros. Triunfal, Aaliyah se levantó con él en la mano—. ¡Aquí está! —exclamó.

—Qué bien. Tal parece que no eres tan inteli… —empezó a decir Halcón.

No terminó la frase. En un visto y no visto, Dawit se movió a una velocidad impresionante para arrebatarle el dispositivo a Aaliyah de las manos cuando se lo entregaba a Halcón. Acto seguido, y ante la vista atónita de los demás agentes, lo aventó con todas sus fuerzas contra el piso y lo trituró con su bota; lo aplastó como si se tratara del propio Marqués; lo pisó como si fuera la causa de todos sus males; lo pisó, una y otra vez, como si la vida de Eliot dependiera de ello (demasiado tarde), y continuó. Perdió la noción del tiempo alzando y bajando el pie en cada pisotón. Al final, solo quedaron fragmentos de metal.

Adiós al último vestigio de Doctor Silencio en la dimensión de los humanos.

Sobrevino un largo silencio.

Al cabo, Pellet, que pareció helado ante la inesperada acción

de Dawit, alzó la mirada y, preso del terror y el cólera, gritó:

—¡¿Qué has hecho?! —Como poseso, levantó la mirada con ojos inyectados en sangre y se puso en pie para atacarlo—. ¿Qué has hecho, maldito monstruo? Vas a…

Se calló, de golpe, cuando Halcón le atizó un estacazo en la nuca con una precisión asombrosa, dejándolo inconsciente. Halcón miró a todos y, con una actitud casi jovial, poco habitual en él, se encogió de hombros.

—Alguien tenía que hacerlo callar, ¿no?

Dawit estaba demasiado ensimismado durante el viaje de regreso a la agencia, aunque no tanto como para no caer en la cuenta de que Hogan se había sentado a su lado, sin decir palabra, desde que alzaron vuelo en la aeronave. Halcón estaba en el puesto de pilotaje y Lobo parecía dormido en el lugar del copiloto. De quien Dawit sí estaba seguro de su estado de sopor, era Aaliyah, que se hallaba sentada en los asientos del lado contrario, cabeceando con los ojos cerrados; sólo el cinturón del asiento la mantenía en su lugar.

Pellet seguía inconsciente, en el fondo, esposado de pies y manos, con su estúpido traje verde de solapas moradas hecho a la medida. Al despertar se hallaría en una celda del nivel C-13. Parecía justicia poética, y de la buena. Dawit habría reído. No lo hizo dadas las circunstancias. Allí, en el centro de la cabina en el suelo, donde horas antes estuvo el cuerpo de Eliot, ahora estaba Clovis, que murió al ser atravesado por la arista de un pyxis'olrut en la pequeña pero letal batalla en la Isla de la Libertad. Fue la única baja de la brigada de Halcón, aunque no por eso menos lamentable. Dawit se obligó a apartar la mirada, y la volvió hacia Hogan, un mechón de cabello blanquecino ondulaba por su cara en aquel momento. Parecía reflexivo.

Dawit quiso preguntarle qué estaba pensando. No hizo falta.

—Ella estaba ahí, y tú la viste, ¿no? —inquirió Hogan, en voz baja, mirándolo—. ¿Y no fuiste a por ella?

Dawit se limitó a mirarlo de vuelta.

—¿Por qué?

«¿Por qué? —repitió Dawit en su fuero interno. Ladeó la cabeza—. Ni siquiera yo sé la respuesta. Debo preguntárselo a ella (Evelyn) la próxima vez que la vea.»

—¿Entonces? —insistió Hogan, cruzando los brazos sobre el cinturón de seguridad del asiento y frunciendo sus albinas cejas a más no poder—. ¿No piensas hablar? ¿Debo decirle a Halcón que

retornemos a la isla porque Elena Leibowitz aún podría estar allí?

—No —dijo por fin Dawit. Casi como una súplica.

—¿Por qué? —repitió Hogan.

Dawit bajó la mirada y tomó aire. Respondió:

—Por un bien mayor.

Habló sin fluctuar, sin arrastrar las palabras. Hogan lo miró absorto. Quizá entendía el secreto significado de estas palabras; quizá le sorprendió el hecho de oírlo hablar casi como una persona normal. En cualquier caso, asintió, volvió la vista al frente y no insistió más.

Aliviado, Dawit se recostó en su asiento e hizo lo que más le gustaba hacer desde hace un año: guardar silencio. Al menos en lo externo. Por dentro, sus incesantes pensamientos no hicieron eco a sus deseos. Evocó los recuerdos de su visita al sótano B-1 un mes antes. La tía Evelyn lo había llevado a ese lugar con la promesa de mostrarle algo importante. Dawit, sin preguntar, la siguió. Durante el trayecto sintió una extraña sensación. Solo había experimentado algo igual cuando fue enviado al pasado hace cuatro años. Ya sabía que aquel sitio había sido cerrado y abandonado por considerársele inseguro, y así había estado desde mucho antes de la partida de los cuatro agentes al pasado

Y, de pronto, allí estaban. Evelyn había abierto una puerta al final de un tétrico pasillo y le había hecho un gesto para que entrara. Una vez lo hizo, la sensación sobrecogedora se amplió en su pecho a un nivel preocupante. Su corazón, más que latir, daba retumbos.

Hubo un instante en que sintió se le detenía al oír un estallido a la distancia.

«¿Adónde vamos? —recordó haberse preguntado en tanto se recuperaba—. ¿Qué lugar es este?»

Lejos, destellaba el brillo febril de unas luces. Más bien, un juego de luces, porque eran varios colores los que refulgían al ritmo de los estallidos que se repetían pausadamente y sin previo aviso. Adonde quiera que miraba, había colgaduras de plástico que pendían del techo y se mecían como pesadas cortinas de tul, empujadas por un viento helado que no parecía provenir de ningún lado. Con todo, siguió avanzando hacia aquel juego de luces y, aparentemente, el origen de los estallidos, con Evelyn presidiendo la marcha.

—Se llama *Camille* —había dicho Eve sin parar. Echó un vistazo por encima del hombro, quizás para comprobar que la estaba siguiendo. Sonrió antes de añadir—: Es la madre de *Sally*. Gracias a ella pudimos prevenir la tragedia del año pasado y también muchas otras a lo largo de los últimos treinta y cinco años.

Eso respondía a sus preguntas, pero, a la sazón, le añadía nuevas cuestiones; entre ellas, ¿a qué se refería con que *Camille*, la madre de *Sally*, los había estado ayudando? Cuando llegaron ante ella,

obtuvo sus respuestas.

Y mucho más.

—¿Russ? —farfulló Dawit cuando lo vio salir de las sombras del costado de la máquina. No podía creerlo. Era él, pensó. Pero treinta años más viejo que la última vez que se vieron.

—Sí —dijo Russ. Se detuvo frente a él y sonrió. Aquella sonrisa, y esos relucientes ojos verdes, eran inconfundibles. Definitivamente era el padre de Rob—. También me alegra verte. Fuiste el que más me agradó.

—Russell —regañó, aunque con sorna, Evelyn.

Russ encogió un hombro y se apartó.

Entonces fue el turno de Evelyn. Ella, con una resplandeciente sonrisa en la que era imposible no revivir a la chica vulnerable que fue hace más de treinta años, empezó a explicar, sucintamente, qué era la máquina con forma de aro gigante que restallaba cada tanto, y cómo había ayudado a la agencia en su imperecedera gestión de impedir la extinción de la raza humana a manos de los pyxis. Russ también formó parte de la explicación, y refirió por qué y cómo fingió su muerte (tal como Evelyn), con la asistencia impensada de Louane Graham (ni más ni menos que la despiadada entrenadora de la academia de los agentes del futuro) y pudo mantenerse oculto todos estos años desde su desaparición.

Por último, y por mucho lo más raro de todo lo que había referido hasta el momento, Evelyn dijo, tomándolo por los brazos y mirándolo a los ojos como nunca antes lo había hecho:

—Eliot. —Tal ímpetu en su mirada azul hielo lo habría hecho estremecer, así como la mención de aquel nombre, si el treinta y tres por ciento de su epidermis no estuviera compuesta de obsidiana y, por tanto, inmune a las bajas temperaturas—. Debes buscarlo. Él no hizo las cosas terribles por que esté en su naturaleza y tú más que nadie lo sabes. Ve con él y escúchalo.

—¿Eliot? —había farfullado Dawit sin entender.

—Sí. —Sonaba alterada, y a la vez tan apacible como un lago en calma—. Y algo más: cuando lo encuentres, sucederán muchas cosas, cosas inevitables y que deben seguir su curso, por un bien mayor.

Dawit bajó la mirada. No entendía. Quería salir corriendo de ese lugar (y debió haberlo hecho, pensaba ahora). Pero se quedó.

Eve lo tomó por el mentón con infinita dulzura y lo instó a mirarla a los ojos. Al hacerlo, Dawit no pudo evitar recordar a la chica del pasado que, asustadiza pero con pulso firme, intentó curarle la herida en el pecho aquella caótica noche.

—Escúchame. Llegará el día en que te cruzarás con Elena Leibowitz, y tendrás la oportunidad de detenerla —dijo—. Pero no lo

harás. ¿Entiendes?

«¿Qué? —pensó Dawit—. ¿Quién demonios es Elena Leibowitz? ¿Qué tiene que ver con Eliot? ¿Y por qué no debo detenerla?» Estaba, si cabe, más confundido que antes.

Asintió.

No obstante, Evelyn debió vislumbrar en sus ojos todas aquellas cuestiones que pasaban por su mente, porque, acto seguido, volvió a decir:

—Por un bien mayor.

Al mismo tiempo, hubo un estallido, y los tres llevaron la mirada hacia la máquina.

Evelyn había dicho que *Camille* podía predecir un futuro en potencia, o algo parecido.

Daba igual. Eliot murió, y si Evelyn no le advirtió que esto ocurriría era porque era necesario que pasara, ¿no?, que sus caminos se cruzaran y lo llevaran hasta el aparato de Doctor Silencio y Elena Leibowitz, quien quiera que ésta sea. Todo por una razón, ¿no? Por un bien mayor. Dawit de veras quería confiar en ello.

Era lo que Eliot hubiera querido.

—El tiempo vuela —dijo Rhys—. Hace tan solo cinco meses te ayudaba a ponerte aquel tonto disfraz de Frankenstein, ¿recuerdas? Ahora, henos aquí, el día de tu renacer.

—¿Renacer? —se mofó Tadhg y soltó una risita. Estaba repantigado en uno de los asientos de la antesala mirándose las uñas —. Estás exagerando. Como siempre.

—¿Que estoy exagerando? —Rhys, de pie frente a Dawit, le echó una ojeada asesina a su hermano antes de tornar los cobrizos ojos hacia el primero—. Dime, ¿tú crees que estoy exagerando?

Dawit habría preferido que no lo implicaran en sus tontas riñas fraternales.

—Un poco —afirmó sin poder evitarlo, y sonrió de medio lado.

Sin embargo, quitándole el tono melodramático, Rhys tenía razón. Aquel día, Dawit se sometería a su última sesión de reducción del genoma *phyx* con la máquina que inventó Hadrian. Éste había ganado fama mundial décadas atrás por inventar una máquina para reducir y exterminar el cáncer cerebral. Un año y dos meses le llevó modificar el modelo original, utilizando el poder contenido de rayos gama, para eliminar progresivamente los restos del genoma *phyx* del ADN de Dawit y de otros convertidos; entre ellos, Andrée Coupe.

En los últimos dos meses, Dawit había sido expuesto cuatro

veces a los rayos gama de la máquina. La mejoría, así pues, era innegable; su tamaño se había reducido como en una especie de extraño decrecimiento; su piel era suave otra vez, no liza ni brillante como el cristal de una botella, y sus músculos eran menos sólidos (esto lo iba a extrañar, la verdad sea dicha). La disparidad de sus ojos no desaparecería, salvo, claro, que decidiera extirparse el glóbulo oscurecido y lo cambiara por una prótesis (el doctor Tobias Mellet le había hecho una propuesta respecto a esto, pero Dawit la había rechazado al conocer la macabra naturaleza del procedimiento).

En fin. Con la última sesión, la de ese día, Dawit recuperaría completa movilidad y sensibilidad de sus miembros.

Rhys arqueó las cejas.

—No esperaba menos —dijo ella, indignada—. Siempre asistiendo al imbécil de mí hermano. Es injusto. Me voy con mi esposo e hija, quienes sí aprecian mi histrionismo.

—Becky solo tiene seis meses —replicó Tadhg. Sonreía jactancioso.

—Y no por eso me aprecia menos. Nos vemos adentro. —Giró sobre sus talones, caminó hacia la puerta y, antes de cruzar, se volvió y le dedicó a Dawit una amplia sonrisa, sin resentimientos. Entró.

Entonces solo quedaron Tadhg y Dawit y un incómodo silencio.

—Eso fue… —empezó a decir Tadhg.

—Lo sé.

Tadhg se levantó y caminó hacia él.

—Como en los viejos tiempos. O pronto lo será.

Suspiró y dejó caer las manos en sus hombros. Era extraño, pensó Dawit, Tadhg nunca tenía esa clase de gesto con nadie. Ciertamente su relación con Litta Kole lo estaba cambiando, y para bien. Tadhg lo miraba con sus relucientes, intensos, ojos azules.

—No me mires de ese modo —exigió—. No pienso desearte buena suerte ni nada parecido. La tienes de sobra. —Esbozó una ligera sonrisa y bajó los hombros—. Pero te voy a decir algo que no esperaba decir nunca, y que en la vida repetiré. Y es: lamento que Eliot haya muerto.

Aquellas palabras, ciertamente, dejaron atónito a Dawit.

Eliot Kerr, proscrito de la ADF, no recibió honores fúnebres propios de un agente del futuro en el Salón Memorial (huelga decir que tampoco fue honrado con un busto de yeso con su cara o una placa con su nombre en la pared; nadie aplaudió sus hazañas o vitoreó el lema de los agentes «Nosotros nunca olvidamos»), sino un sencillo funeral en una playa de Long Island, al que solo asistieron sus familiares y Dawit. Sus cenizas fueron arrojadas al mar por su padre, Marlon Kerr, tras unas emotivas palabras.

Cinco meses pasaron. El Marqués Péllet (o solo Pellet) fue

encerrado de por vida en una cárcel de máxima seguridad en Arizona (cuentan que se derrumbó al recibir una inesperada visita de su amor del pasado, Tabita, tras lo que reveló que la propietaria del *edom*, Elena Leibowitz, planeaba propagar una enfermedad desde el club y causar una pandemia global; *edom* fue clausurado al día siguiente de su reapertura, y próximamente se prevé la demolición del edificio). Al presente no había pistas del paradero de Elena Leibowitz ni se sabía a ciencia cierta si se trataba de la misma mujer a la que se refería Marcus Stephen Kerr en su cuaderno de notas.

Una semana después de la muerte de Eliot se dio a conocer públicamente el arresto de Chloe. Por desgracia, las pruebas en su contra fueron desestimadas en el juicio y, en ausencia del único testigo, salió en libertad. Así y todo, su dudosa reputación provocó que la expulsaran de la ADF, y su hermano Marlon, quien hasta ese momento no había mostrado tener mucho interés en los asuntos de la agencia, tomó su lugar en la mesa de la directiva en nombre de los Kerr.

Durante el juicio no se aludió ningún momento el nombre de Eliot.

—Espera, espera. —Tadhg se apartó—. Lo que realmente quiero decir es que hubo un momento en el que Eliot me cayó… bien. Era agradable. Hubiera preferido verte con él que con el idiota con el que estás ahora. —Arrugó el ceño—. Por cierto, ¿cómo se llama? ¿Hongo?

—Hogan —lo corrigió Dawit, y rió ligeramente. Tadhg siempre hacía aquello (hacer como si no recordara los nombres), pero eso era parte de lo que su madre llamaría «identidad». Ya no podía reprochárselo. Estaba en su naturaleza. Suspiró—. Gracias —dijo. Acto seguido, lo rodeó con sus brazos y lo ciñó.

Tadhg le devolvió el abrazo. Al menos los primeros quince segundos.

—Ya basta, Dawit —protestó, y fingió asfixia—. Me estás triturando, maldita sea.

Dawit lo soltó.

—Dicho aquello —repuso Tadhg presuntuoso y alisándose con la mano una arruga en el pecho de la blanca camisa—, mejor entremos. Todos te están esperando.

«¿Todos?» Dawit frunció el ceño.

Tadhg sonrió picaresco al ver su expresión, y le rodeó el brazo con el suyo antes de encaminarse hacia la puerta.

—Vamos.

Al entrar, Dawit lo entendió. Habían acordado que solo estarían unos pocos familiares, es decir, los Johnson, los Goodbrother y los Schmidt, de parte de Rob. Pero había, al menos, una treintena de

personas en la estancia del laboratorio privado de Hadrian. Sus padres, Tabita y Tariq Johnson, que lo recibieron con sendos abrazos («Mi bebé», le susurró su madre al oído durante el abrazo). Sus hermanos estaban: Monica llevaba en brazos al bebé Russell y la pequeña Evelyn estaba al lado de su padre, Rob; Terius y su esposa, Caroline, lo saludaron; Eric y Beetrix Sullivan, su novia, lo abrazaron a la vez; y el joven Tariq, que era el más reservado (o el más tímido), se limitó a un asentimiento.

Una de las dos sorpresas que se llevó Dawit fue la presencia de Halcón y Aaliyah, ya casados, que también lo abrazaron (Aaliyah) y le estrecharon la mano (Halcón). Rhys y Sett vinieron después; llevaban en brazos a la pequeña de seis meses, Rebecca, a quien llamaban Becky. Así pues, los Wode lo abrazaron (Rhys por tercera vez ese día) con cuidado de no despertar a la bebé. A estos, lo siguieron Evelyn y Caleb, la otra sorpresa.

Caleb lo estrechó en un abrazo y le palmeó el hombro. Ella, por otro lado, lo miró intensamente con sus ojos azules, enormes y brillantes, cuando se detuvo en frente. No se dijeron palabra y se limitaron a un corto abrazo; las palabras de Evelyn hicieron eco en la cabeza de Dawit: «Por un bien mayor».

Tadhg se había alejado del lado de Dawit en cuanto entraron a la estancia, y se reunió con Litta, la agente de ojos dispares, que lo saludó con una mano.

Hogan y Hadrian, acompañados por Naeem Ottah, lo esperaban junto a la máquina; tío y sobrino vestían batas blancas.

—¿Estás listo? —preguntó, amable, Hadrian.

Dawit asintió, sin hablar.

—Esta vez será breve y menos doloroso, así que no tienes de qué preocuparte —abundó Naeem.

—Eso estamos por verlo, chico —replicó Hogan con el ceño fruncido. Aunque hablaba con sarcasmo, su tono tenía una nota de tensión rayana en la intranquilidad. Sonrió al poner su mirada de hierro líquido en Dawit—. Ya lo oíste. Todo saldrá bien. Este será un nuevo comienzo.

—Sí —suspiró Dawit.

Ladeó la cabeza. La máquina de rayos gama de Hadrian lucía más como un mini cohete espacial que un artefacto para eliminar el cáncer, o, menos aún, los residuos de una mutación extraordinaria. Estaba hecha de *etolito* revestido de acero y cobre; tenía una compuerta, alta y ancha, que exhibía una ventana de vidrio templado como ojo de burro. No era en absoluto imponente como la máquina del tiempo, *Sally*, ni mucho menos intimidante. Dawit se volvió y echó un prolongado vistazo a su familia, que aplaudía, vitoreaba y reía, antes de entrar por la compuerta.

Y mientras Dawit se adentraba en la máquina, ante la vista de amigos y familiares, era imposible no percibir que en aquel momento un círculo se estaba cerrando. Al mismo tiempo que —en alguna parte — otro se abría.

NOTA FINAL

Llegamos al final. No el final definitivo. Como he dicho anteriormente, tengo planeado escribir otras dos trilogías de los agentes del futuro y al menos otro compendio de historias como este. No puedo asegurar que me conservaré fiel a este plan en los años venideros, pero lo intentaré cada día a partir de ahora.

Hay dos razones importantes por las que en este volumen que has leído hay tres relatos que se adelantan a los hechos del tercer libro. La primera, porque la trama de los agentes en su época adquirió tal profundidad a la par que los libros principales, que no podía, simplemente, cerrarla de la forma que lo hice allí, habría sido un final demasiado cortante (hasta para mis estándares); por el contrario, si lo extendía, el foco principal de la historia de Evelyn White en su ascenso como Furia se habría perdido (huelga decir que hubiera sido un volumen excesivamente largo, y aún le habrían faltado o sobrado algunas páginas, según quien lo mirase). Este compendio satisface la apetencia de aquellos lectores que, si bien no todos, quedaron con ganas de saber un poco más sobre los personajes del futuro tras *La Hora Perdida*. Yo lo disfruté mucho, y me conmovió cerrar este ciclo con estos héroes que me han acompañado a lo largo de casi cuatro años.

¿Qué viene después? Pues habrá que descubrirlo en un año o dos, eso espero, cuando el volumen uno de la segunda trilogía de *Gente del Futuro* esté en nuestras manos.

De momento, esto es todo cuanto puedo decir. Espero me acompañen en la próxima aventura.

El futuro está a nuestro alcance.

B. J. CASTILLO
Diciembre de 2021

LISTA DE PERSONAJES

En el Presente

—TADDEUS “TADHG” GOODBROTHER, agente del futuro;
—RENATA “RHYS” GOODBROTHER, agente del futuro;
—DAREN “DAWIT” JOHNSON” agente del futuro;
—JENNIFER “JUNO” KERR, agente del futuro;
—PROF. MICHAEL KERR, llamado simplemente El profesor, inventor de la máquina del tiempo;
—DRA. CLAIRE WINTER-KERR, esposa del profesor Kerr;
—EVELYN WHITE, mejor conocida como Furia, una protegida de la agencia y agente del futuro en ciernes, chica de dieciséis años;
—CALEB GOODBROTHER, chico de diecisiete años, un protegido de la agencia del futuro;
—REBECCA GIBBINGS, una protegida de la agencia del futuro, joven de veinte años;
—JIM CORNWELL, protegido de la agencia, un niño de once años;
—HAILEE FITZGERALD, protegida de la agencia, niña de nueve años;
—HADRIAN LOUGHLIN, protegido temporal de la agencia del futuro, reconocido inventor;
—MARCUS KERR, hijo del profesor y la doctora Kerr, también inventor, protegido temporal de la agencia del futuro;
—HELEN MCGRAW, protegida de la agencia del futuro, chica de catorce años;
—PHILLYS MCGRAW, madre de Helen;
—ROBERT SCHMIDT, gobernador del estado de Nueva York;
—ELLEINE MCGRAW, esposa del gobernador, hermana de Phyllis McGraw;
—RUSSELL SCHMIDT, hijo mayor del gobernador, joven de veinte años;
—THOMAS SCHMIDT, hijo del gobernador, chico de dieciséis años;
—LINUS SCHMIDT, hijo pequeño del gobernador, chico de catorce años;
—TADDEUS WHITE, padre de Evelyn, jefe de seguridad del gobernador de Nueva York;
—BRIAN WODE, agente de la CIA, encargado de borrar toda evidencia del paso de los agentes del futuro en su época;
—TABITA BELFORT, mejor amiga de Evelyn, chica de diecisiete años;
—TARIQ JOHNSON, mejor amigo de Caleb, novio de Tabita;
—IVVY, mejor amiga de Caleb y exnovia de Tariq;
—CASANDRA GOOBROTHER, hermana menor de Caleb, tiene doce años;
—RENATA MENDOZA-GOODBROTHER, madre de Caleb y Casandra, tiene cáncer;

—ROLANDO MENDOZA, hermano de Renata;
—FIONA MENDOZA, esposa de Rolando;
—PELLET, exnovio de Tabita, falsificador y tratante;
—ED McQUINN, joven guardaespaldas de la familia del gobernador, enamorado de Evelyn;
—SIPHRUS WAYNE, tratante de químicos y más;
—BRUCE STEINWAY, METZ y JACK, guardaespaldas de los Schmidt;
—SERGÉI IGORYK PATROV, canciller ruso;
—JI SOO, delegado norcoreano;
—FRED CURRY, un viejo pordiosero;
—ENTRENADOR HEINZ, enseñó defensa personal a Evelyn;
—TENIENTE WREN QUESLOVE;
—DR. PETERSON, médico en el hospital de Nueva York;
—DOCTOR SILENCIO, un hombre viejo y cojo, solamente visto por Tabita;
—NINOSKA, una pyxis'qe'rut, que ejecuta las órdenes de Doctor Silencio;

En el Futuro

En la Agencia del Futuro:

—ROBERT SCHMIDT, director general;
—EDISON WODE, jefe de seguridad interior;
—UONA FISHER, jefa de seguridad exterior;

—Directivos de la Agencia del Futuro:
—MARCUS KERR, también el profesor Kerr, director del Laboratorio de la ADF;
—CHLOE KERR, hermana de Marcus;
—HARRY MARSHALL;
—JULIA STEINWAY;
—WILLIAM FELLS;
—ANDRÉE COUPE;

—Agentes del futuro:
—LYLE "HALCÓN" SCHMIDT, jefe de brigada;
—ALICENT "AALIYAH" WYNN, segunda al mando de Halcón;
—MIGUEL "LOBO" HERMANDEZ, de la brigada de Halcón;
—MOSLEY, WEX, CLOVIS, HOGAN y STICH, también de la brigada de Halcón;
—CAYLIS LA ARPÍA, jefa de brigada;
—[DARRIUS], anterior segundo al mando de Caylis, murió en el primer asalto a Hell's Kitchen;
—FARELL, segundo al mando de Caylis;
—SETTAN "SETT" WODE, hermano de Edison, un agente del futuro, de la brigada de Caylis;
—ELIOT "ROJO" KERR, de la brigada de Caylis la Arpía;
—HUTCH TEROGENE, de la brigada de Caylis la Arpía;
—JOSEPH "JO" QUESLOVE, jefe de brigada;
—COTTON, oteador de la brigada de Jo Queslove;
—RONNIE KOLE, jefe de brigada, agente del futuro veterano y primer viajero del tiempo;

—LINETTE “LITTA” KOLE, de la brigada Ronnie Kole y su hija;
—ELLIE “EILLISH” GOLDBLATT, jefa de brigada;
—VITO GAMBINO, jefe de brigada;
—LINNEA, jefa de brigada;
—SAETA, jefe de brigada;

—En el Laboratorio:
—PROF. MARCUS KERR, rector de la Academia de Ciencia y Tecnología de la ADF;
—LAURA FAYNE, asistente del profesor Kerr;
—Los «Eruditos»:
—MALCOLM KERR, hijo del profesor Kerr, líder de los Eruditos;
—ERIC JOHNSON, hijo de Tabita y Tariq Johnson, cuñado de Rob;
—NAEEM OTTAH, sobrino del afamado inventor Hadrian Loughlin;
—BEETRIX SULLIVAN, hija de Philip Sullivan;
—ASHER COUPE, hijo del directivo Andrée Coupe;
—SHAWN FELLS, nieto del directivo William Fells;
—IRENE CAMPBELL;
—EDDS THOMPSON;

—En el Área Médica:
—DR. PHILIP SULLIVAN, jefe de médicos;
—IBON, enfermera;

—Personal de la Agencia:
—MÜLLER, hombre de seguridad;
—ELLGA, androide, asistente de Rob;

—En la Academia de Formación y Entrenamiento;
—LOUANE GRAHAM, despiadada entrenadora;

Fuera de la Agencia del Futuro:

—TABITA BELFORT-JOHNSON;
—TARIQ JOHNSON, casado con Tabita;
—MONICA JOHNSON, hija de Tabita y Tariq, melliza de Terius y esposa de Robert Schmidt;
—TERIUS JOHNSON, mellizo de Monica;
—CAROLINE, esposa de Terius;
—TARIQ JR. JOHNSON, hijo menor de Tabita y Tariq;
—EVELYN SCHMIDT, hija de Robert y Monica;
—CALEB GOODBROTHER, esposo (viudo) de EVELYN WHITE;
—CASANDRA GOODBROTHER, primera dama de los Estados Unidos, casada con Jim Cornwell;
—JIM CORNWELL, presidente 61° de los Estados Unidos;

—MARLEEN CORNWELL, hija de Casandra y Jim, una agente del futuro en ciernes;
—CALEB CORNWELL, hijo menor de Casandra y Jim;
—LINUS SCHMIDT, hermano de Russell Schmidt;
—LYLE SCHMIDT, conocido también como Halcón, hijo mayor de Linus;
—THOMAS y LUKE SCHMIDT, gemelos, hijos de Linus;
—MARLON KERR, hijo mayor del profesor Michael Kerr;
—ELIOT KERR, un agente del futuro motejado Rojo, hijo menor de Marlon;
—REBECCA GIBBINGS-WODE, viuda de BRIAN WODE;
—MARJORIE WODE, esposa de Edison Wode;
—EDWARD y KYLE WODE, de siete y cinco años, hijos de Edison;
—HELEN McGRAW-QUESLOVE;
—MATTHEW QUESLOVE, casado con Helen McGraw;
—JOSEPH QUESLOVE, llamado también Jo, hijo de Helen McGraw, es uno de los agentes del futuro más reconocidos;
—JOSEPH II QUESLOVE, hijo de Jo, de cinco años;
—HAILEE FITZGERALD, reconocida activista;
—BELCALIS "CAYLIS LA ARPÍA" FITZGERALD, hija de Hailee, uno de las mejores agentes del futuro;
—[THERESA LONDON], madre de Evelyn, que huyó de casa años atrás, murió;
—KAREN y GEORGE MOORE, medio hermanos de Evelyn;

—En Nueva Jersey:
—DOCTOR TOBIAS MELLET, reconocido científico;

—En un refugio oculto:
—DOCTOR SILENCIO, líder supremo de los pyxis;
—FABYIAN, un pyxis'qe'rut, que ejecuta las órdenes de Doctor Silencio;

En el Pasado

La familia Kerr:

—PROF. MARCUS STEPHEN KERR (1932 – 1978), reconocido inventor, murió en circunstancias extrañas;
—CAMILLE FIELDS (1935 – 1973), también inventora, primera esposa de Marcus, murió por causas naturales;
—DAWIN KERR (1964 – 2011), hijo mayor de Marcus y Camille, falleció en un accidente automovilístico;
—MICHAEL KERR (1967 –), segundo hijo de Marcus y Camille;
—SALLY KERR (1970 – 1973), murió tras caer en un riachuelo contaminado;
—MEREDITH COLLINS (1941 – 2004), segunda esposa de Marcus;
—FREUD y EMILY (–), asistentes de Marcus;

Y también:

—DRA. ELENA LEIBOWITZ (1947 –).

SOBRE EL AUTOR

B. J. Castillo nació en febrero del año 1997, en Venezuela. Desde muy joven se fascinó por la escritura, aunque no con la aspiración de convertirse algún día en autor o siquiera escribir un libro; todo lo contrario, escribía para su disfrute y el de sus compañeros de clase, ya que sus primeros trabajos constaban de tramas pequeñas para obras escolares. Fue en 2013 cuando empezó a interesarse por la lectura, lo que lo llevó a querer realizar su primer trabajo. En ese entonces, aprendió a escribir y a estructurar la trama de una novela fijándose en la prosa de quienes hoy considera sus maestros, entre ellos: George R. R. Martin, principalmente; Cassandra Clare, autora de Cazadores de Sombras; Robert Louis Stevenson, cuya obra La Isla del Tesoro es una de sus favoritas, y por supuesto, J. R. R. Tolkien.

Asimismo, pudo completar su primera novela titulada *Lunas Caídas* (2015), de la saga juvenil 'Crónicas de Luz y Oscuridad'. A ésta le seguirían otros tres volúmenes publicados en años consiguientes, *Estrellas Danzantes* (2016), *Soles Rotos* (2016) y *Noches Eternas* (2017), y una precuela titulada *Antes del Amanecer* (2017).

Actualmente estudia Comunicación Social, mención periodismo, y compagina la escritura de la serie «Crónicas de Luz y Oscuridad», con la serie «Gente del Futuro», que ya cuenta con dos volúmenes publicados.

bjcastilloauthor.blogspot.com
Instagram: b.j.castillo
Twitter: @bjcastilloautor
Facebook: facebook.com/bjcastilloauthor